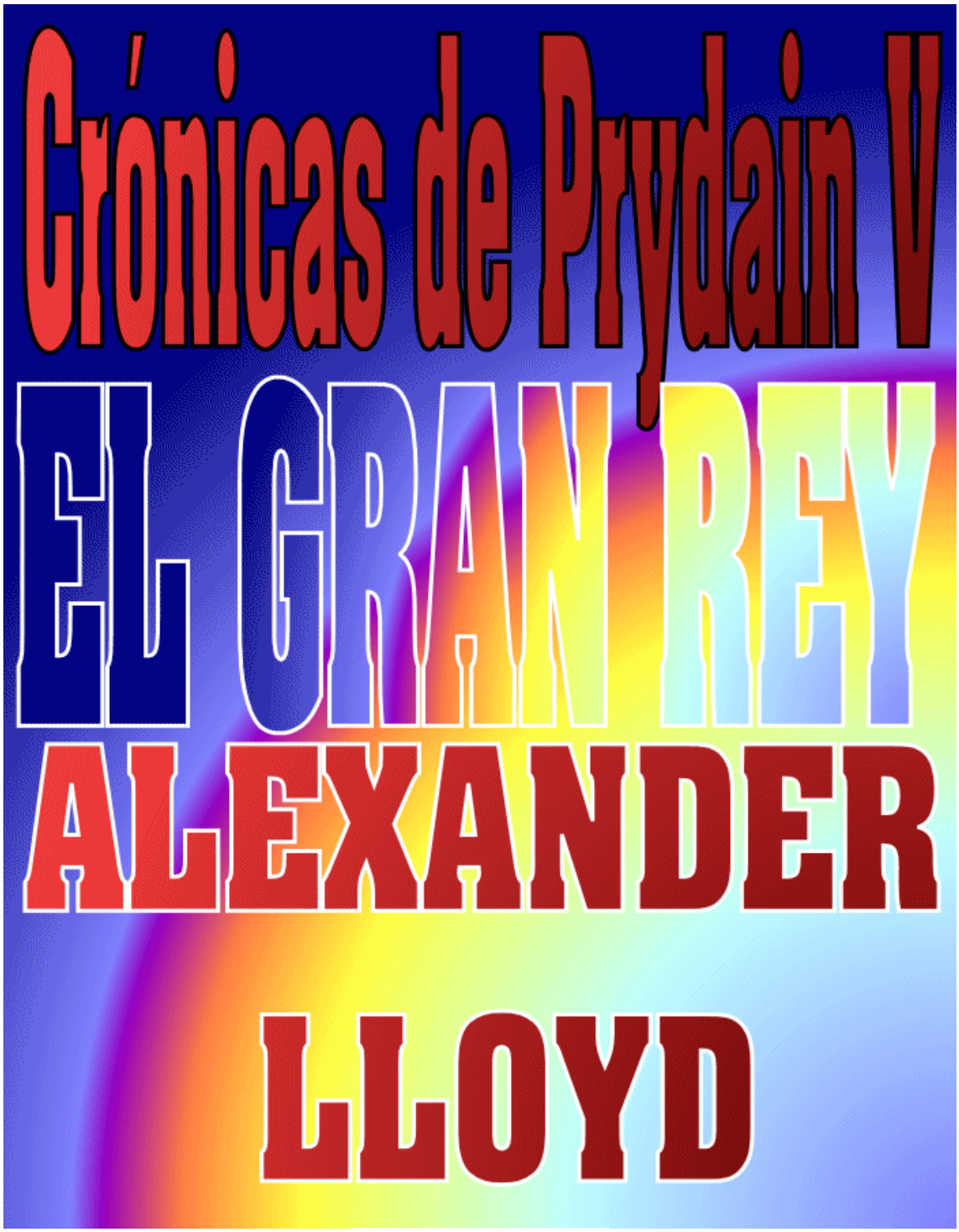
LIBROdot.com

Crónicas de Prydain V, EL GRAN REY
ALEXANDER LLOYD




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Para los chicos que podrían haber sido*
*Taran y las chicas que siempre serán Eilonwy.*



Librodot

Nota del autor

A pesar de sus defectos y carencias, ningún libro me ha proporcionado más placer a la hora de escribirlo que las Crónicas de Prydain. Ahora llego con tristeza al final de este viaje, consciente de la imposibilidad de hacer un comentario objetivo sobre una obra que me ha tenido absorbido durante tanto tiempo y de una manera tan personal.

Pero debo advertir a los lectores de esta quinta crónica que han de esperar lo inesperado. Su estructura es un poco distinta, y su alcance un poco más amplio. Hay más conflicto externo, cierto, pero también he intentado añadir más contenido interior; la forma se mantiene fiel a la del relato heroico tradicional, pero albergo la esperanza de que los individuos sean genuinamente humanos; y aunque narra una batalla a escala épica en la que Taran, la princesa Eilonwy, Fflewddur Fflam e incluso Hen Wen, la cerda oráculo, se ven llevados hasta los límites de sus fuerzas, se trata de una batalla cuyo desenlace tiene consecuencias más profundas que las del conflicto en sí. La elección final, que ni siquiera el fiel Gurgi puede evitar, es tan dura que casi resulta imposible de soportar. Por fortuna nunca se nos ofrece en el mundo real..., o por lo menos no en términos tan inconfundibles. En otro sentido, nos enfrentamos a esta clase de elección una y otra vez, porque para nosotros nunca es definitiva. En cuanto a si el Ayudante de Porquerizo escogió bien y si el final es feliz, desolador o ambas cosas a la vez, eso es algo que los lectores deberán decidir por sí mismos.

Al igual que ocurría con las historias anteriores, esta aventura puede ser leída con independencia de las demás; pero en ella se responde a ciertas preguntas que llevaban mucho tiempo en el aire. ¿Por qué se permitió que ese canalla rastrero llamado Magg escapara del Castillo de Llyr? ¿Qué fue de Glew, el gigante del corazón minúsculo? ¿Es realmente posible vivir confiado en Caer Dallben con Achren allí? Y, naturalmente, también está el secreto del linaje de Taran... Los lectores que me han estado haciendo estas preguntas descubrirán por qué no he podido responder plenamente a ellas hasta ahora sin echar a perder las sorpresas.

En cuanto a Prydain, es en parte Gales pero en una parte mucho mayor es como nunca fue: al principio me pareció un pequeño país que sólo existía en mi imaginación. Desde aquel entonces se ha ido volviendo mucho más grande. Nació y se desarrolló a partir de la leyenda galesa, pero mi intento de convertirlo en una tierra de fantasía que tuviese relevancia para un mundo de realidad lo ha ido engrandeciendo poco a poco.

Los primeros amigos de los Compañeros siguen siendo tan valientes y dignos de confianza como lo eran al comienzo; muchos que me parecían nuevos han acabado revelándose como los viejos amigos que eran desde el principio. La deuda que tengo con todos ellos es considerablemente mayor de lo que nunca podrán llegar a sospechar; y, como siempre, les ofrezco estas páginas con todo mi cariño y con la esperanza de que el resultado no les parecerá demasiado por debajo de la promesa. Si el tiempo ha puesto a prueba su paciencia para conmigo, en mi caso sólo ha conseguido fortalecer el afecto que siento hacia ellos.

# 1 - El regreso al hogar

Dos jinetes avanzaban sobre la hierba bajo un cielo frío y gris. Taran, el más alto de los dos, había tensado el rostro contra el embate del viento y se había inclinado hacia adelante sobre su silla de montar clavando los ojos en las distantes colinas. De su cinturón colgaba una espada, y de su hombro un cuerno de batalla ribeteado de plata. Su compañero Gurgi, más peludo que el pony que montaba, se envolvió en su maltrecha capa, se frotó las orejas cubiertas de escarcha y empezó a lanzar gemidos tan quejumbrosos y abatidos que Taran acabó tirando de las riendas cíe su caballo.

-¡No, no! -gritó Gurgi-. ¡El fiel Gurgi continuará galopando! Gurgi sigue a su bondadoso amo, oh, sí, tal como siempre ha hecho. ¡No hagáis caso de sus temblores y dolores! ¡No hagáis caso de los cabeceos de su pobre y tierna cabeza!

Taran sonrió. Acababa de darse cuenta de que a pesar de sus valerosas palabras Gurgi no apartaba los ojos del refugio que ofrecía un bosquecillo de fresnos cercano.

-Tenemos tiempo de sobras -respondió-. Anhelo volver a casa, pero no quiero que tu pobre y tierna cabeza pague un precio excesivo a cambio de ello. Acamparemos aquí, y no reanudaremos el viaje hasta el amanecer.

Ataron sus monturas y encendieron una pequeña hoguera dentro de un círculo de piedras. Gurgi se hizo un ovillo y empezó a roncar casi antes cíe haber acabado de comer. Taran estaba tan cansado como su compañero, pero se dispuso a remendar los arneses de cuero. De repente interrumpió su tarea y se levantó de un salto. Una silueta alada caía velozmente del cielo precipitándose hacia él.

-¡Mira! -gritó Taran. Gurgi se irguió y parpadeó, aún bastante adormilado-. ¡Es Kaw! Dallben debe de haberle enviado en nuestra búsqueda.

El cuervo batió las alas, hizo chasquear su pico y empezó a lanzar estruendosos graznidos incluso antes de haberse posado sobre la muñeca que había extendido Taran.

-¡Eilonwy! -graznó Kaw con toda la potencia de sus pulmones-. ¡Eilonwy! ¡Princesa! ¡Casa!

El cansancio que encorvaba los hombros de Taran cayó de ellos como si fuese una capa. Gurgi, quien ya había despertado del todo, fue corriendo a desatar las riendas de los caballos mientras lanzaba gritos de alegría. Taran montó de un salto sobre Melynlas, hizo volver grupas al corcel gris y salió galopando del bosquecillo con Kaw posado encima de su hombro y Gurgi y el pony galopando detrás de él.

Cabalgaron día y noche, deteniéndose sólo lo imprescindible para engullir un bocado de comida o permitirse unos momentos de sueño, pidiendo el máximo a la velocidad y fortaleza de sus monturas y de ellos mismos, y avanzaron en dirección sur bajando hasta el valle de la montaña y cruzando el Gran Avren hasta que los campos de Caer Dallben volvieron a extenderse delante de ellos una soleada mañana.

Apenas Taran hubo cruzado el umbral de la casita ésta se alborotó de tal manera que Taran casi no sabía en qué dirección volverse. Kaw había empezado a chillar y aletear nada más entraron; Coll, cuya gran coronilla calva y ancho rostro irradiaban deleite, le daba palmadas en la espalda; y mientras tanto Gurgi lanzaba gritos de alegría y daba saltos envuelto en la nube cíe pelos que se desprendían de su cuerpo. Incluso el anciano encantador Dallben, quien rara vez permitía que algo turbara sus meditaciones, salió cojeando de su habitación para contemplar la bienvenida. La agitación que le rodeaba hizo que Taran apenas pudiera distinguir a Eilonwy, aunque oyó con toda claridad la voz de la princesa alzándose por encima del estrépito.

-¡Taran de Caer Dallben, llevo días esperando verte! -gritó Eilonwy mientras Taran intentaba abrirse paso hasta ella-. Después de todo el tiempo que he pasado lejos de aquí aprendiendo a ser una joven dama, como si no lo fuera ya antes de marcharme... ¡Y luego cuando por fin vuelvo a casa resulta que tú no estás!

Un instante después Taran estaba a su lado. La esbelta princesa seguía luciendo sobre su garganta el creciente lunar de plata, y llevaba en su dedo el anillo forjado por el Pueblo Rubio; pero ahora una banda de oro circundaba su frente, y la magnificencia de su aspecto hizo que Taran fuera súbitamente consciente de que su capa de viaje estaba manchada y de que tenía las botas cubiertas de barro.

-Y si piensas que vivir en un castillo es agradable -siguió diciendo Eilonwy sin detenerse a tomar aliento-, puedo asegurarte que no lo es. ¡Es horrible y aburridísimo! Me han obligado a dormir en camas donde había tantas almohadas de plumas de ganso que podías ahogarte en ellas. Estoy segura de que los gansos las necesitaban más que yo..., me refiero a las plumas, claro, no a las almohadas. Y además hay servidores que te

traen justo lo que no quieres comer, y que te lavan el pelo tanto si necesita ser lavado como si no, y que cosen y tejen y te hacen reverencias y montones de cosas más en las que no quiero ni pensar. Ya no sé cuánto tiempo hace que no desenvaino una espada...

Eilonwy se calló de repente y contempló en silencio a Taran mientras ponía cara de curiosidad.

-Qué raro... -dijo-. Hay algo distinto en ti. No es tu pelo, aunque a juzgar por su aspecto se diría que te lo has cortado tú mismo con los ojos cerrados. Es... Bueno, no sé muy bien qué es. Quiero decir que... Bueno, si no se lo dices nadie adivinaría que eras un Ayudante de Porquerizo.

El fruncimiento de perplejidad de Eilonwy hizo que Taran dejara escapar una carcajada jovial y llena de ternura.

-Ay, ha pasado mucho tiempo desde que cuidé por última vez de Hen Wen. Cuando Gurgi y yo estuvimos viajando por los Commots Libres yendo cié un lado a otro entre sus gentes hicimos todos los trabajos imaginables, salvo el de cuidar los cerdos. Esta capa cuya urdimbre tramé e hilé en el telar de Dwyvach la Tejedora; esta espacia... Hevydd el Herrero me enseñó cómo forjarla. Y esto... -dijo con una sombra de tristeza en la voz mientras sacaba un cuenco de barro de su jubón-. Lo hice en el torno de Annlaw, el Moldeador de la Arcilla. -Colocó el cuenco en las manos de Eilonwy-. Si te complace es tuyo.

-Es muy hermoso -dijo Eilonwy-, Sí, lo guardaré como un tesoro. Pero también me refería a eso. No estoy diciendo que no seas un buen Ayudante de Porquerizo, porque estoy segura de que eres el mejor que existe en todo Prydain, pero hay algo más...

-Dices la verdad, princesa -intervino Coll-. Nos dejó siendo un porquerizo, y vuelve teniendo el aspecto de poder salir triunfante de cualquier empresa en la que decida embarcarse.

Taran meneó la cabeza.

-Descubrí que no he nacido para ser herrero ni tejedor..., ni tampoco moldeador de la arcilla, por desgracia. Gurgi y yo ya volvíamos a casa cuando Kaw nos encontró, y aquí nos quedaremos.

-Me alegra oírte decir eso -replicó Eilonwy-. Lo único que se sabía de ti era que andabas vagabundeando de un lado a otro. Dallben me dijo que estabas buscando a tus padres. Después encontraste a alguien que creíste era tu padre, pero que resultó no serlo. ¿O era al revés? La verdad es que no lo entendí del todo.

-Hay muy poco que entender -dijo Taran-, Encontré lo que buscaba, aunque no era lo que tenía la esperanza de encontrar.

-No, no lo era -murmuró Dallben, quien había estado observando a Taran con mucha atención-. Encontraste más de lo que buscabas, y quizá hayas obtenido más de lo que tú mismo sabes.

-Sigo sin entender por qué quisiste marcharte de Caer Dallben... -empezó a decir Eilonwy.

Taran no tuvo ocasión de replicar, pues alguien se apoderó de su mano y empezó a estrecharla vigorosamente haciéndola subir y bajar a gran velocidad.

-¡Hola, hola! -exclamó un joven de ojos azul claro y cabellos color de paja.

Su capa adornada con hermosos bordados parecía haber quedado empapada y haber sido colgada luego a secar. Los cordones de sus botas, rotos en varios puntos, habían sido recompuestos mediante enormes nudos que colgaban a un lado y a otro.

-¡Príncipe Rhun!

Taran casi no le había reconocido. Rhun estaba más alto y delgado, aunque su sonrisa seguía siendo tan grande y jovial como siempre.

-Rey Rhun, en realidad -respondió el joven-, ya que mi padre murió el verano pasado. Ésa es una de las razones por las que la princesa Eilonwy se encuentra aquí

ahora. Mi madre quería que se quedara en Mona con nosotros para completar su educación. ¡Y ya conoces a mi madre! La educación nunca se habría acabado, a pesar de que Dallben había enviado un mensaje diciendo que Eilonwy debía volver a casa. Bien, al final tuve que imponer mi voluntad -añadió orgullosamente-. Ordené que aparejaran un navío y zarpamos del puerto de Mona. ¡Es asombroso lo que puede llegar a conseguir un rey cuando decide poner manos a la obra! Y hemos traído a alguien más con nosotros... -dijo Rhun, y señaló la chimenea con la mano.

Su gesto hizo que Taran se fijara por primera vez en el hombrecillo regordete que estaba sentado al lado del hogar con una marmita entre las rodillas. El desconocido se lamió los dedos y contempló a Taran arrugando su nacida nariz. No hizo ningún intento de levantarse, y se limitó a asentir brevemente con la cabeza, lo que hizo que la no muy abundante franja de pelos que rodeaba su bulbosa cabeza se agitase como un matorral de algas sumergidas.

Taran le observó sin creer en lo que veían sus ojos. El hombrecillo se irguió y sorbió aire por la nariz mientras adoptaba una expresión entre altiva y ofendida.

-Nadie debería tener problemas para acordarse de un gigante -elijo con voz malhumorada.

-¿Que si me acuerdo de ti? -replicó Taran-. ¡Cómo no iba a acordarme! ¡La caverna de Mona! Pero la última vez que te vi eras más..., más grande, y eso sin exagerar. Pero no cabe duda de que eres tú... ¡Sí, es él! ¡Es Glew!

-Cuando era un gigante muy pocos me habrían olvidado tan deprisa -dijo Glew-. Por desgracia las cosas son como son y lo pasado pasado está. Bueno, en la caverna...

-Has conseguido que vuelva a empezar -murmuró Eilonwy volviéndose hacia Taran-. Ahora seguirá hablando y hablando de los gloriosos días en los que era un gigante hasta que acabes tan harto de oírle que apenas podrás tenerte en pie. Sólo parará para comer, y sólo parará de comer para hablar... Puedo comprender que coma de esa manera, ya que pasó mucho tiempo alimentándose únicamente de hongos; pero cuando era un gigante debió de ser muy desgraciado, y cualquiera pensaría que querría olvidarlo.

-Sabía que Dallben envió a Kaw con una poción para encoger a Glew devolviéndole a su tamaño normal -dijo Taran-, En cuanto a lo que le ha ocurrido después de eso, no sé absolutamente nada.

-Eso es lo que le ha ocurrido -replicó Eilonwy-, En cuanto logró salir de la caverna fue directamente al castillo de Rhun. Nos aburrió a todos hasta extremos indecibles con esas interminables historias suyas que no tienen ni pies ni cabeza, pero daba tanta pena que nadie se atrevió a echarle del castillo. Cuando zarpamos nos lo llevamos con nosotros pensando que sentiría una inmensa gratitud hacia Dallben y querría agradecerle personalmente lo que había hecho por él. ¡Pues no! Casi tuvimos que retorcerle las orejas para conseguir que subiera a bordo... Ahora que está aquí desearía que le hubiéramos dejado donde estaba.

-Pero faltan tres cíe nuestros compañeros -dijo Taran recorriendo el interior de la casita con la mirada-. El buen Doli, y Fflewddur Fflam... Y albergaba la esperanza de que el príncipe Gwydion quizá hubiera venido para dar la bienvenida a Eilonwy.

-Doli te envía sus mejores deseos -dijo Coll-, pero tendremos que prescindir de su compañía. Desenraizar a nuestro amigo el enano del reino del Pueblo Rubio es más difícil que sacar un tocón de un campo. Se niega a moverse de allí. En cuanto a Fflewddur Fflam, no hay nada que pueda impedir que él y su arpa se mantengan alejados de una celebración. Ya tendría que llevar algún tiempo aquí.

-Y el príncipe Gwydion también tendría que haber llegado ya -añadió Dallben-. Él y yo tenemos asuntos que discutir. Aunque vosotros los jóvenes podáis dudarlo, algunos de ellos tienen una importancia aún mayor que dar la bienvenida a una princesa y a un Ayudante de Porquerizo.

-Bueno, volveré a ponerme esto cuando lleguen Fflewddur y el príncipe Gwydion para que puedan ver qué tal me queda -dijo Eilonwy quitándose la tiara de oro de la frente-, pero no estoy dispuesta a aguantarla ni un momento más. El roce me ha hecho una ampolla, y me da dolor de cabeza...; es como si alguien te estuviera apretando el cuello todo el rato, sólo que más arriba.

-Ah, princesa, una corona es más incomodidad que adorno -dijo Dallben con una sonrisa que creó nuevas arrugas en su rostro-. Si has aprendido eso ya has aprendido mucho.

-¡Aprender! -gritó Eilonwy-. He estado aprendiendo tantas cosas que se me salen por las orejas. Lo que he aprendido no se ve, claro, por lo que resulta difícil darse cuenta de que está allí. No, esperad, eso no es del todo verdad... Mirad, he aprendido a hacer esto. -Sacó de entre los pliegues de su capa un cuadrado de tela doblada, y se lo alargó a Taran en un gesto de ofrecimiento casi tímido-. Lo bordé para ti. Aún no está acabado, pero aun así quiero que lo tengas, a pesar de que admito que no es tan hermoso como algunas de las cosas que has hecho tú.

Taran desplegó el cuadrado de tela. Era tan ancho como sus brazos extendidos, y las un tanto erráticas puntadas del bordado mostraban a una cerda blanca de ojos azules sobre un campo verde.

-Se supone que es Hen Wen -explicó Eilonwy mientras Rhun y Gurgi se colocaban al lado de Taran para examinar más de cerca su obra-, Al principio intenté incluirte en el bordado -dijo Eilonwy volviéndose hacia Taran-. Lo hice porque quieres tanto a Hen Wen y porque..., porque pensaba en ti. Pero lo que me salió no se parecía en nada a ti y más bien recordaba a un montón de palos coronado por un nido de pájaros, así que tuve que empezar de nuevo limitándome a Hen. Tendrás que imaginarte que estás de pie a su lado..., ahí, un poquito a la izquierda. Si no hubiese obrado así jamás habría conseguido adelantarlo tanto, y eso que me pasé todo el verano trabajando en él.

-Si estaba en tus pensamientos por aquel entonces, tu trabajo me alegra todavía más -dijo Taran-, Ah, y el que en realidad Hen tenga los ojos castaños no importa, de veras...

Eilonwy le lanzó una mirada abatida.

-No te gusta.

-Sí, sí, claro que me gusta, de veras -le aseguró Taran-. Castaño o azul, ¿qué más da? Me resultará muy útil...

-¡Útil! -gritó Eilonwy-. ¡El que sea útil o no da igual! ¡Es un regalo conmemorativo, no una manta para caballos! Taran de Caer Dallben, nunca entiendes nada.

-Por lo menos sé de qué color tiene los ojos Hen Wen -replicó Taran con una sonrisa bienhumorada.

Eilonwy alzó el mentón y meneó la cabeza haciendo revolotear de un lado a otro su cabellera cíe un dorado rojizo.

-¡Hum! -exclamó-. Y muy probablemente habrás olvidado el color de los míos.

-No, princesa -respondió Taran en voz baja-. Y tampoco he olvidado el momento en el que me diste esto -añadió descolgando el cuerno de batalla de su hombro-. Sus poderes resultaron ser más grandes de lo que ninguno de los dos imaginaba. Ahora ya se han esfumado, pero sigo guardándolo como un tesoro porque llegó a mí de tus manos.

»Me has preguntado por qué quería descubrir cuál es mi linaje -siguió diciendo Taran-. Me marché porque albergaba la esperanza de que acabaría descubriendo que era cíe noble cuna, y eso me daría el derecho a pedirte lo que no me atrevía a pedir antes. Mis esperanzas eran infundadas, pero aunque hayan resultado serlo...

Taran vaciló como si buscara las palabras más adecuadas. La puerta de la casita se abrió de golpe antes de que pudiera hablar, y Taran lanzó un grito de alarma.

Fflewddur Fflam acababa de aparecer en el umbral. El rostro del bardo estaba de un gris ceniciento, y algunos mechones de su desordenada cabellera amarilla colgaban sobre su frente. Llevaba el cuerpo nacido de un hombre sobre la espalda.

Taran corrió en su ayuda con Rhun detrás de él. Gurgi y Eilonwy les siguieron mientras bajaban la silueta inmóvil al suelo. Glew les contemplaba sin decir palabra y con sus regordetas mejillas sacudidas por temblores. En el primer instante la sorpresa había sido tan gránele que Taran se había tambaleado, pero en cuanto se recuperó sus manos empezaron a trabajar muy deprisa y casi como si tuvieran voluntad propia para abrir la capa y aflojar el jubón desgarrado. Gwydion, príncipe de Don, yacía ante él, inmóvil sobre el suelo de tierra apisonada.

La cabellera gris como el pelaje de un lobo del guerrero estaba cubierta por una costra de sangre seca, y su rostro curtido por la intemperie estaba manchado de sangre. Tenía los labios tensos y los dientes apretados por la rabia de la batalla. La capa de Gwydion le envolvía un brazo como si hubiera pretendido defenderse con ese único recurso.

-¡Han matado al señor Gwydion! -gritó Eilonwy.

-Vive..., aunque a duras penas -dijo Taran-. Trae medicinas -ordenó a Gurgi-. Las hierbas curativas de mis alforjas y... -Taran no llegó a completar la frase, y se volvió rápidamente hacia Dallben-. Perdonadme. No es correcto que dé órdenes estando bajo el techo de mi señor, pero las hierbas tienen un gran poder. Adaon, Hijo de Taliesin, me las dio hace mucho tiempo. Si las deseáis son vuestras.

-Conozco su naturaleza, y no dispongo de ninguna hierba curativa que pueda surtir un efecto superior al de ellas -replicó Dallben- y tampoco deberías temer el dar órdenes debajo de un techo, sea el que sea, pues ya has aprendido a mandar sobre ti mismo. Confío en tu capacidad porque veo que tú confías en ella. Haz lo que te parezca más adecuado.

Col) ya volvía corriendo de la cocina con una palangana llena de agua. Dallben, que se había arrodillado al lado de Gwydion, se puso en pie y se volvió hacia el bardo.

-¿Qué maligna acción es ésta? -La voz del anciano encantador apenas era un susurro, pero aun así resonó por toda la casita. Sus ojos ardían de ira-. ¿A quién pertenece la mano que ha tenido la osadía de atacarle?

-Han sido los Cazadores de Annuvin -dijo Fflewddur-. Estuvieron a punto de poner fin a dos vidas... ¿Qué fue de ti? -preguntó con voz apremiante volviéndose hacia Taran-. ¿Cómo conseguiste dejarles atrás tan deprisa? Da gracias de que no lo pasaras mucho peor.

Taran contempló al inquieto bardo con una expresión de perplejidad en el rostro.

-Tus palabras no tienen ningún significado, Fflewddur.

-¿Significado? -replicó el bardo-. Su significado no puede estar más claro. Gwydion habría dado su vida a cambio de la tuya cuando los Cazadores se lanzaron sobre ti hace menos de una hora.

-¿Que se lanzaron sobre mí? -La perplejidad de Taran seguía aumentando-. ¿Cómo es posible? Gurgi y yo no hemos visto a ningún Cazador, y ya llevamos más de una hora en Caer Dallben.

-¡Gran Belin, un Fflam ve lo que ve! -gritó Fflewddur.

-Estás sintiendo los efectos de una fiebre -dijo Taran-. Puede que tú también estés herido más gravemente de lo que crees. Descansa, te proporcionaremos toda la ayuda que podamos.

Se volvió nuevamente hacia Gwydion, abrió la bolsita de hierbas que Gurgi le había traído y empezó a empaparlas en el agua de la palangana.

El rostro de Dallben estaba muy sombrío.

-Deja que el bardo hable -dijo-. En sus palabras hay muchas cosas que me inquietan.

-El señor Gwydion y yo vinimos juntos desde las tierras del norte -empezó a decir Fflewddur-. Habíamos cruzado el Avren, y ya no nos quedaba mucho camino que recorrer para llegar aquí. A poca distancia delante de nosotros, en un claro... -El bardo hizo una pausa y clavó la mirada en Taran-, ¡Te vi con mis propios ojos! Estabas en una situación muy apurada. Nos pediste ayuda a gritos, y nos hiciste señas con la mano para que acudiéramos.

»Gwydion se me adelantó -siguió diciendo Fflewddur-, Tú ya habías galopado hasta salir del claro. Gwydion te siguió moviéndose tan velozmente como el viento. Llyan me transportó lo más deprisa posible, pero cuando llegué no había ni rastro de ti..., aunque sí había Cazadores por todas partes. Habían arrancado a Gwydion cíe su silla de montar. ¡Si se hubieran enfrentado a mí lo habrían pagado con sus vidas! -exclamó Fflewddur-. Pero huyeron en cuanto galopé hacia ellos. Gwydion estaba cerca de la muerte, y no me atreví a dejarle allí.

Fflewddur inclinó la cabeza.

-Su herida se encontraba más allá de la capacidad de mis artes curativas. Lo único que he podido hacer ha sido traerle hasta aquí en el estado en que le ves.

-Le has salvado la vida, amigo mío -dijo Taran.

-¡Y he perdido aquello que Gwydion habría dado su vida por conservar! -gritó el bardo-. Los Cazadores no consiguieron matarle, pero una calamidad todavía más terrible ha caído sobre él. Le han despojado de su espada..., ¡de la hoja y de la vaina!

Taran contuvo el aliento. Hasta aquel momento sólo se había preocupado por las heridas de su compañero, y no se había dado cuenta de que Dyrnwyn, la espada negra, ya no colgaba del costado de Gwydion. El terror se adueñó de él. Dyrnwyn, la hoja encantada, el arma llameante del antiguo poder, se encontraba en manos de los Cazadores. Se la llevarían a su amo y la entregarían a Arawn, el Señor de la Muerte, monarca del reino oscuro de Annuvin.

Fflewddur se dejó caer al suelo y ocultó la cara en las manos.

-Y al parecer también he perdido la cordura, pues acabas de decirme que no eras tú quien nos llamó.

-No puedo juzgar qué viste -elijo Taran-, Lo que más debe preocuparnos ahora es la vida de Gwydion. Ya hablaremos de todo esto cuando tengas la memoria más clara.

-La memoria del arpista ya está lo bastante clara.

Una mujer vestida de negro emergió cíe la esquina sumida en las sombras dónele había estado escuchando en silencio, y fue lentamente hacia ellos hasta detenerse en el centro del grupo. Su larga cabellera suelta caía sobre los hombros y la espalda brillando como si fuese de plata; y la belleza letal de su rostro no se había desvanecido del todo, aunque ahora parecía desgastada y un poco borrosa, como un sueño que sólo se recuerda a medias.

-El infortunio ha marcado nuestro encuentro, Ayudante de Porquerizo -dijo Achren- , pero sé bienvenido, de todas formas. ¿Cómo es que todavía me temes? -añadió al ver la mirada de inquietud que le lanzó Taran, y sonrió. Tenía los dientes muy blancos, y brillaban como dagas-. Y Eilonwy, Hija de Angharad, tampoco ha olvidado mis poderes a pesar de que fue ella quien los destruyó en el Castillo de Llyr. Pero desde que vivo aquí, ¿acaso no he servido a Dallben tan bien como cualquiera de vosotros?

Achren fue hacia Gwydion, quien seguía inmóvil en el suelo. Taran vio un brillo de algo que casi parecía compasión en sus frías pupilas.

-El señor Gwydion vivirá -dijo Achren-, pero quizá acabe encontrándose con un destino más cruel que la muerte.

Achren se inclinó y rozó la frente del guerrero con las puntas de los dedos. Después apartó la mano y se encaró con el bardo.

-Tus ojos no te han engañado, arpista -dijo-. Viste lo que se deseaba que vieras. ¿Un porquerizo? ¿Por qué no, si escogió aparecerse ante vosotros bajo esa forma? Sólo

hay uno que tenga tal poder..., el mismísimo Arawn, Señor de Annuvin, la Tierra de la Muerte.

# 2 - Las varillas de las letras

Taran no pudo contener un jadeo de temor. La mujer vestida de negro le lanzó una mirada gélida.

-Arawn no se atreve a cruzar las fronteras de Annuvin con su verdadera forma, pues hacerlo significaría su muerte -dijo-, pero todas las apariencias están a su alcance y bajo su dominio, y todas le sirven de escudo y de máscara a la vez. Se mostró ante el arpista y el señor Gwydion con la apariencia del porquerizo. También podría haberse aparecido como un zorro en el bosque, un águila e incluso un gusano ciego si estimara que eso le resultaba más conveniente para sus fines. Sí, Ayudante de Porquerizo, escoger la forma y los rasgos de cualquier otra criatura viva le habría resultado igual de fácil... Pero en el caso del señor Gwydion, ¿qué cebo mejor que ver a un compañero en peligro..., alguien que ha luchado a menudo junto a él, que le es conocido y en quien confía? Gwydion es un guerrero demasiado astuto para caer en una trampa menos hábil.

-Entonces todos nosotros estamos perdidos -dijo Taran con voz abatida-. El Señor cíe Annuvin puede ir y venir entre nosotros como le plazca, y no poseemos ninguna defensa contra él.

-Cierto, Ayudante de Porquerizo, tienes razones para temerle -replicó Achren-, Se te ha ofrecido la ocasión de entrever uno de los poderes más sutiles de Arawn, pero es un poder que sólo utiliza cuando ningún otro le resulta de utilidad. Nunca abandonará su fortaleza salvo obligado por un peligro que amenace su existencia o, tal como hizo hoy, cuando lo que pretende conseguir justifique sobradamente ese riesgo. Arawn tiene muchos secretos -prosiguió Achren bajando el tono de voz-, pero éste es el que se halla más celosamente protegido y oculto de todos ellos. En cuanto asume una forma su fortaleza y sus artes no son más grandes que las del disfraz que lleva puesto. Entonces se le puede matar igual que a cualquier criatura mortal.

-¡Oh, Fflewddur, si hubiera estado contigo! -gritó Eilonwy, presa de la desesperación-. Por mucho que se pareciese a Taran, Arawn nunca habría conseguido engañarme. ¡Y no me digas que habría sido incapaz de percibir la diferencia entre un auténtico Ayudante de Porquerizo y uno falso!

-Eso no es más que orgullo estúpido, Hija de Angharad -replicó despectivamente Achren-. No existen ojos que puedan ver aquello que se oculta bajo la máscara de Arawn, Señor de la Muerte..., salvo los míos -añadió-, ¿Lo dudas acaso? -se apresuró a preguntar al ver la expresión de sorpresa de Eilonwy.

Los rasgos avejentados de la mujer aún encerraban restos de un viejo orgullo, y cuando volvió a hablar la altivez y la ira hicieron que su voz sonara más seca y cortante.

-Mucho antes de que los Hijos de Don vinieran a morar en Prydain, mucho antes de que los señores de los cantrevs jurasen lealtad al Gran Rey Math y a Gwydion, el líder de sus guerreros, era yo quien exigía la sumisión y la obediencia a mi poder, yo quien llevaba en mi cabeza la Corona de Hierro de Annuvin.

»Arawn era mi consorte, y me servía y hacía lo que yo quería que hiciese -siguió diciendo Achren-. Y me traicionó. -Su voz se convirtió en un murmullo enronquecido, y la rabia destelló en sus ojos-. Me robó mi trono y me hizo a un lado, pero sus poderes no son ningún secreto para mí porque fui yo quien le enseñó a utilizarlos. Que nuble vuestra vista con el disfraz que se le antoje emplear, pero el rostro de Arawn nunca se me podrá mantener oculto.

Gwydion se removió y dejó escapar un débil gemido. Taran se volvió nuevamente hacia su palangana de hierbas curativas mientras Eilonwy levantaba la cabeza del guerrero con sus manos.

-Llevad al príncipe Gwydion a mi habitación -ordenó Dallben. El rostro desgastado por las preocupaciones y los años del encantador estaba tenso, y las arrugas de sus marchitas mejillas se habían vuelto más profundas-. Tus artes han ayudado a mantenerle alejado cíe la muerte -dijo volviéndose hacia Taran-. Ahora he de averiguar si las mías pueden ayudarle a regresar a la vida.

Coll alzó a Gwydion en sus robustos brazos.

Achren se dispuso a seguirle.

-Apenas necesito dormir y soy la que mejor puede velar -dijo-. Pasaré la noche cuidando del príncipe Gwydion.

-Yo cuidaré de él -dijo Eilonwy dando un paso para ponerse al lado de Coll.

-No me temas, Hija de Angharad -dijo Achren-. No deseo ningún mal al príncipe Gwydion. -Hizo una gran reverencia, mitad burlona y mitad humilde-. El establo es mi castillo y la cocina mi reino. No ambiciono mandar en ningún otro lugar.

-Venid -dijo Dallben-. Las dos me ayudaréis. Los demás..., esperad. Tened paciencia, y no perdáis la esperanza.

La oscuridad ya había cegado las ventanas de la casita. Taran tuvo la impresión de que el fuego había perdido su calor y sólo proyectaba frías sombras entre los compañeros, que se habían sumido en el silencio.

-Al principio pensé que conseguiríamos alcanzar a los Cazadores e impedir que llegaran a Annuvin -dijo por fin-, pero si Achren dice la verdad, Arawn en persona estaba al mando cíe ellos y ahora la espada de Gwydion se encuentra en sus manos. No sé qué se propone, pero siento un terrible temor.

-No consigo perdonarme lo que he hecho -dijo Fflewddur-. La espada se ha perdido por mi culpa. Tendría que haber percibido la trampa al instante.

Taran meneó la cabeza.

-La estratagema cíe Arawn no podía ser más astuta. Hasta Gwydion fue engañado por ella.

-¡Pero yo no! -gritó el bardo-. ¡Un Fflam tiene ojos de lince! Vi diferencias desde el primer momento. La forma en que montaba sobre su corcel, la forma en que... -El arpa que colgaba del hombro del bardo se tensó de repente y una cuerda se rompió con un chasquido tan ruidoso que Gurgi, que se había acurrucado al lado del fuego, se levantó de un salto. Fflewddur se atragantó y tragó saliva-. Ya volvemos a empezar -murmuró-, ¿Es que nunca dejará de hacerme esto? El más leve..., ah..., intento de adornar los hechos, ¡y las malditas cuerdas se rompen! Creedme, no pretendía exagerar en lo más mínimo. Cuando empecé a pensar en lo ocurrido me pareció que había podido notar... No, la verdad es que el disfraz era perfecto. Podría volver a engañarme..., y con tanta facilidad como la primera vez.

-¡Asombroso! -murmuró el rey de Mona, que le había estado observando con los ojos muy abiertos-. Oh, cómo me gustaría poder cambiar de forma... ¡Es increíble! Siempre he pensado en lo interesante que resultaría ser un tejón o una hormiga. Me encantaría saber construir tan bien como ellas. Desde que soy rey he intentado introducir algunas pequeñas mejoras aquí y allá. Tengo intención cié erigir un nuevo rompeolas en el puerto de Mona. Ya mandé iniciar la construcción cié uno. Mi idea era empezar simultáneamente por los dos extremos y, de esa forma, terminarlo el doble de rápido. No consigo entender qué fue mal, pues yo mismo me encargué personalmente de todo el trabajo, pero... En fin, el caso es que no conseguimos encontrarnos en el centro y tendré que ciar con una forma mejor de hacerlo. También he planeado el allanamiento de un camino que lleve hasta la caverna donde vivía Glew. Es un sitio asombroso, y creo que la gente de Dinas Rhydnant lo pasará en grande visitándolo.

Resulta sorprendente lo sencillo que es -elijo Rhun con una sonrisa de orgullo-. Por lo menos la planificación, claro... No sé por qué razón, pero llevarla a la práctica siempre parece ser un poco más difícil.

Oír mencionar su nombre hizo que Glew alzara la cabeza. No se había movido de su puesto al lado de la chimenea, y la alarma que le habían provocado los recientes acontecimientos en la casita tampoco había bastado para hacerle soltar la marmita que tenía en las manos.

-Cuando yo era un gigante... -empezó a decir.

-Veo que la pequeña comadreja está con vosotros -le elijo Fflewddur al rey Rhun. El bardo había reconocido a Glew inmediatamente a pesar cíe la estatura actual del antiguo gigante- Cuando era un gigante -murmuró el bardo, lanzando una mirada de no muy bien disimulada irritación a Glew- era un gigante de lo más miserable. Habría hecho cualquier cosa para poder escapar de aquella caverna..., incluso echarnos dentro de aquel repugnante estofado que había cocinado. ¡Un Fflam siempre está dispuesto a perdonar! Pero creo que él fue un poco demasiado lejos.

-Cuando yo era un gigante -siguió diciendo Glew, ignorando las observaciones del bardo o, quizá, no habiéndolas oído-, nadie me habría humillado agarrándome por las orejas y obligándome a subir a un bote maloliente. No tenía ningún deseo de venir aquí, y después de lo que ha ocurrido hoy todavía tengo menos deseos cíe quedarme. -Glew frunció los labios-, Dallben se ocupará de que se me lleve a Mona lo más deprisa posible.

-Estoy seguro de que lo hará -replicó Taran-. Pero en estos momentos Dallben tiene asuntos mucho más importantes de los que ocuparse, al igual que todos nosotros.

Glew deslizó un dedo por el fondo de la marmita mientras murmuraba algo sobre la falta de consideración y el haber sido pésimamente tratado, y se pasó ruidosamente la lengua por los dientes con indignada satisfacción. Los compañeros no dijeron nada más y se prepararon para pasar la noche.

El fuego ardió hasta convertirse en cenizas. Un viento nocturno empezó a soplar fuera de la casita. Taran apoyó la cabeza en los brazos. Había anhelado tener la ocasión de presentarse ante Eilonwy olvidando su rango y su nacimiento, como cualquier hombre ante cualquier mujer, y aprovechar su bienvenida al hogar para pedirle que se casara con él; pero el repentino desastre sufrido por Gwydion había hecho que sus deseos perdieran toda importancia. Seguía sin saber qué sentimientos se ocultaban en el corazón de Eilonwy ni cuál podría ser la respuesta que daría a su petición, pero no se sentía capaz de averiguarlo hasta que todos los corazones hubieran vuelto a recobrar la tranquilidad. Taran cerró los ojos. El viento aullaba como si quisiera hacer pedazos las tranquilas praderas y huertos de Caer Dallben.

Una mano se posó sobre su hombro y le despertó. Era Eilonwy.

-Gwydion ha despertado -le dijo-. Quiere hablar con nosotros.

El príncipe de Don estaba medio incorporado en su lecho en la habitación de Dallben. Sus facciones estaban muy pálidas bajo el color moreno resultado de la vida a la intemperie, y también se hallaban tensas, aunque más a causa de la ira que del dolor. Su boca estaba fruncida en una mueca de amargura, sus ojos verdes ardían con destellos oscuros y su mirada era la de un lobo orgulloso que desdeña la gravedad de las heridas que ha sufrido, y siente un desprecio todavía mayor hacia quienes se las han infligido. Achren era una sombra silenciosa en un rincón. El anciano encantador estaba en pie con expresión preocupada junto a la mesa llena de libros al lado de la que había el banco de madera en el que Taran había tomado asiento para recibir sus lecciones mientras era un muchacho. El Libro de los Tres, el enorme volumen encuadernado en cuero lleno de una sabiduría secreta cuyo conocimiento estaba prohibido a todos salvo a Dallben, reposaba cerrado sobre un montón de tomos antiguos.

Taran fue hacia Gwydion seguido por Eilonwy, Fflewddur y el rey Rhun, y estrechó la mano del guerrero. Los labios del príncipe de Don se curvaron en una sonrisa melancólica.

-No es una reunión alegre, Ayudante de Porquerizo, y tampoco va a ser muy larga - dijo Gwydion-. Dallben me ha explicado la treta que usó el Señor de la Muerte. Dyrnwyn debe ser recuperada sin retraso y a toda costa. Dallben también me habló de tus vagabundeos -añadió Gwydion-. Me gustaría oír más sobre ellos de tus propios labios, pero eso tendrá que esperar a otra ocasión. Partiré hacia Annuvin antes de que haya terminado el día.

Taran contempló al príncipe de Don con una mezcla de sorpresa y preocupación.

-Vuestras heridas aún son muy recientes. No podéis hacer semejante viaje.

-Tampoco puedo quedarme aquí -replicó Gwydion-. Desde el momento en que Dyrnwyn llegó a mis manos he averiguado algunas cosas acerca de su naturaleza. No mucho -añadió-, pero sí lo suficiente como para saber que su pérdida es fatal.

»El linaje de Dyrnwyn es tan antiguo que ningún hombre vivo se acuerda de él - siguió diciendo Gwydion-, y una gran parte de su historia ha sido olvidada o destruida. Durante mucho tiempo se pensó que la hoja no era más que una leyenda, algo que sólo podía servir para que un arpista compusiera canciones sobre ella... Nadie conoce el folklore de Prydain mejor que Taliesin, el Primer Bardo, pero incluso él sólo pudo contarme que Govannion el Lisiado, un artesano sin igual, forjó y templó a Dyrnwyn a petición del rey Rhydderch Hael creando un arma de gran poder para que protegiera la Tierra. Un hechizo fue arrojado sobre la hoja para salvaguardarla, y se grabó una advertencia en la vaina.

-Me acuerdo de la Vieja Escritura -dijo Eilonwy-. La verdad es que nunca la olvidaré, porque tuve terribles dificultades para impedir que Taran se metiera en asuntos que no comprendía. Desenvaina a Dyniuyn, sólo tú de sangre real...

-«Noble naturaleza» se acerca más al auténtico significado -dijo Gwydion-. El encantamiento prohibe usar la espada a todos los que no sean capaces de emplearla bien y con sabiduría. La llama de Dyrnwyn destruiría a cualquier otro que osara desenvainarla. Pero lo que hay escrito sobre la vaina ha sufrido daños. El mensaje completo, que quizá dijera algo más sobre el propósito cíe la espada, nos es desconocido.

»El rey Rhydderch llevó la espada al cinto durante toda su vida -siguió diciendo Gwydion-, y sus hijos la llevaron al cinto después de él. Sus reinados fueron pacíficos y prósperos, pero aquí termina la historia cíe Dyrnwyn. El rey Rhitta, nieto de Rhydderch, fue el último que sostuvo la hoja en su mano. Era el señor del Castillo Espiral antes de que se convirtiera en la fortaleza de la reina Achren. La muerte le llegó de una manera desconocida mientras aferraba a Dyrnwyn en sus manos. Desde aquel entonces la espada no volvió a ser vista. Quedó enterrada con él en la cámara más profunda del Castillo Espiral, y fue olvidada. -Gwydion se volvió hacia Eilonwy-. Donde tú la encontraste, princesa... Te desprendiste de ella voluntariamente para entregármela, pero ahora me ha sido arrancada de las manos sin que yo renunciara voluntariamente a ella. La espada vale más que mi vida, o que las vidas de cualquiera de nosotros. Si se encuentra en poder de Arawn puede significar la ruina y la destrucción para Prydain.

-¿Creéis que Arawn podrá desenvainar la espada? -se apresuró a preguntar Taran-. ¿Puede volver el arma contra nosotros? ¿Puede utilizarla para algún fin maligno?

-Eso es algo que ignoro -respondió Gwydion. El rostro del guerrero estaba sombrío e inquieto-. Es posible que Arawn, el Señor de la Muerte, haya encontrado algún medio de romper el encantamiento; y si no puede utilizarla personalmente es posible que su propósito sea impedir que la hoja sea empleada para cualquier otro fin. Me habría arrebatado la vida tal como me arrebató la espada... Gracias a Fflewddur

Fflam aún conservo mi vida. Ahora debo encontrar lo que me ha arrebatado, aunque el camino me lleve hasta las profundidades de la mismísima Annuvin.

Achren, que había guardado silencio hasta aquel momento, alzó la cabeza y miró a Gwydion.

-Deja que sea yo quien busque a Dyrnwyn en tu nombre -le dijo-. Conozco los misterios de Annuvin. Los lugares secretos donde se guardan los tesoros me son familiares, y sé dónde se encuentran y cómo están vigilados. Si la espada está escondida yo daré con ella. Si es el mismo Arawn quien la lleva al cinto, Dyrnwyn le será arrebatada. Más aún, juro por todos los juramentos concebibles que le destruiré... Ya me lo he jurado a mí misma, y ahora vuelvo a jurarlo ante vosotros. Me obligaste a aceptar la vida cuando yo te suplicaba la muerte, Gwydion. Ahora dame aquello por lo que vivo..., dame mi venganza.

Gwydion tardó un poco en responder. Sus ojos tachonados de manchitas verdes escrutaron el rostro cíe la mujer.

-La venganza no es algo que esté en mi mano conceder, Achren -dijo por fin.

Achren se envaró. Sus manos se tensaron convirtiéndose en garras, y Taran temió que llegara a lanzarse sobre Gwydion; pero Achren no se movió.

-No quieres confiar en mí -elijo Achren con voz enronquecida. Sus labios exangües se curvaron en una sonrisa despectiva-. Que así sea, príncipe de Don. En una ocasión rechazaste la oportunidad de compartir un reino conmigo. Ahora vuelves a rechazarme con desprecio, y las consecuencias serán terribles y tú tendrás que cargar con el peso de ellas.

-Ni te rechazo ni te desprecio -dijo Gwydion-. Me limito a pedirte que aceptes la protección de Dallben. Quédate aquí, donde estás a salvo... De entre todos nosotros tú eres quien tiene menos esperanzas de encontrar la espada. El odio que Arawn siente hacia ti no puede ser inferior al que tú sientes hacia él. Él o sus sirvientes te matarían nada más verte incluso antes de que hubieras puesto los pies en Annuvin. No, Achren, lo que ofreces no es posible... -Gwydion pensó durante unos momentos-. Quizá haya otra forma de averiguar cómo se puede descubrir dónde se encuentra Dyrnwyn.

Gwydion se volvió hacia Dallben, pero el encantador meneó la cabeza con expresión abatida.

-Por desgracia El Libro de los Tres no puede decirnos aquello que más apremiantemente necesitamos saber. He examinado meticulosamente cada página para comprender sus significados ocultos, y ni siquiera yo he podido sacar algo en claro de ellas. Trae las varillas de las letras -dijo el encantador volviéndose hacia Coll-. Sólo Hen Wen puede ayudarnos.

La cerda blanca contempló a la procesión silenciosa desde el interior de su aprisco. Los huesudos hombros de Dallben sostenían el peso de las varillas de las letras, las ramitas de fresno en las que había tallados símbolos muy antiguos. Glew, que sólo se interesaba por las provisiones de la despensa, no les acompañó, al igual que hizo Gurgi, quien se acordaba muy bien del antiguo gigante y decidió quedarse con él para mantenerle vigilado. Achren no había pronunciado ni una palabra más. Se cubrió el rostro con el capuchón, se sentó en un rincón de la casita y permaneció en él sin mover ni un músculo.

Normalmente cuando veía a Taran la cerda oráculo lanzaba un chillido de alegría y trotaba hasta la valla para que le rascara debajo de la barbilla, pero esta vez se encogió en el rincón más alejado del aprisco. Sus ojillos estaban muy abiertos, y le temblaban las mejillas. Cuando Dallben entró en el aprisco y clavó las varillas de las letras en el suelo Hen Wen lanzó un bufido y retrocedió pegándose un poco más a la valla.

Dallben se apartó colocándose al lado de las varillas de fresno sin dejar de mover los labios en un murmullo inaudible. Los compañeros aguardaban fuera del aprisco. Hen Wen dejó escapar un gemido quejumbroso y no se movió.

-¿Qué es lo que teme? -susurró Eilonwy.

Taran no respondió. Sus ojos estaban clavados en el anciano encantador inmóvil bajo su túnica azotada por el viento, en las varillas de las letras y en la igualmente inmóvil Hen Wen. Taran tuvo la extraña impresión cíe que Dallben y Hen Wen habían quedado atrapados en un momento particular que no compartían con nadie, como si se encontraran muy lejos de los compañeros que les observaban en silencio y estuvieran paralizados con el cielo grisáceo como telón de fondo. En cuanto a los poderes de Dallben sólo podía hacer conjeturas, pero conocía a Hen Wen, y sabía que estaba demasiado aterrorizada para moverse. Taran esperó durante lo que le pareció una era. Incluso Rhun se dio cuenta cíe que estaba ocurriendo algo raro, y el rostro siempre alegre del rey de Mona se nubló de repente.

Dallben lanzó una mirada preocupada a Gwydion.

-Hasta ahora Hen Wen nunca se había negado a contestar cuando las varillas de las letras eran colocadas delante de ella.

Volvió a murmurar palabras que Taran no logró comprender. La cerda oráculo se estremeció violentamente, cerró los ojos y agachó la cabeza colocándola entre sus rechonchas patas delanteras.

-Quizá unas cuantas notas de mi arpa... -sugirió Fflewddur-. He tenido grandes éxitos...

El encantador movió una mano indicando al bardo que guardara silencio. Dallben volvió a hablar en un tono de voz muy bajo, pero imperioso. Hen Wen se encogió sobre sí misma y gimoteó como si sufriera un dolor muy agudo.

-Su temor ciega sus poderes -dijo gravemente Dallben-. Ni siquiera mis hechizos son capaces de llegar hasta ella... He fracasado.

La desesperación se extendió por los rostros de los compañeros que aguardaban en silencio.

Gwydion inclinó la cabeza, y las sombras de la preocupación se adueñaron de sus ojos.

-Si no llegamos a saber lo que pueda decirnos, nosotros también fracasaremos -murmuró.

Taran escaló la valla moviéndose rápidamente y sin decir ni una palabra, fue con paso decidido hacia la asustada cerda y se arrodilló a su lado. Le rascó la barbilla y le acarició cariñosamente el cuello.

-No tengas miedo, Hen -dijo-. Aquí nada te hará daño.

Dallben dio un paso hacia adelante poniendo cara de sorpresa, pero se detuvo enseguida. Al oír la voz de Taran la cerda había abierto cautelosamente un ojo.

Su hocico empezó a temblar. Hen Wen alzó un poco la cabeza y dejó escapar un débil «¡Oink!».

-Hen, escúchame -le suplicó Taran-. No tengo el poder de darte órdenes, pero todos los que te queremos necesitamos tu ayuda.

Taran siguió hablando, y los estremecimientos de la cerda oráculo se fueron calmando a medida que lo hacía. Hen Wen no intentó levantarse, pero dejó escapar un gruñido cariñoso, resopló y emitió roncos murmullos de afecto. Después parpadeó, y casi pareció sonreír.

-Dínoslo, Hen -la apremió Taran-. Dinos todo lo que puedas..., por favor.

Hen Wen se removió nerviosamente. Después se fue incorporando con mucha lentitud. La cerda blanca soltó un bufido, contempló las varillas de las letras y sus cortas patas se fueron moviendo y la acercaron paso a paso a ellas.

El encantador miró a Taran y asintió con la cabeza. -Muy bien -murmuró-. Este día el poder de un Ayudante de Porquerizo es mayor que el mío.

Hen Wen se detuvo delante de la primera varilla mientras Taran la observaba sin atreverse a hablar. La. cerda, que aún parecía indecisa y un poco asustada, movió el

hocico señalando primero un símbolo tallado y luego otro. Dallben, que no apartaba la mirada de ella, se apresuró a anotar sobre un trozo de pergamino los signos que la cerda oráculo había indicado. Hen Wen siguió moviendo el hocico durante unos momentos, y después retrocedió a toda prisa alejándose de la varilla.

El rostro de Dallben estaba muy serio.

-¿Es posible? -murmuró con voz llena de alarma-. No..., no. Necesitamos saber algo más que eso -añadió, y miró a Taran.

-Por favor, Hen -murmuró Taran, y se puso al lado de la cerda, que ya volvía a temblar-. Ayúdanos.

Taran temía que Hen Wen le diera la espalda a pesar de sus palabras. La cerda meneó la cabeza, entrecerró los ojos y dejó escapar un gruñido lastimero; pero acabó haciendo caso de sus súplicas y trotó cautelosamente en dirección a la segunda varilla. Cuando llegó a ella señaló unos cuantos símbolos más moviendo el hocico con desesperada premura, como si quisiera terminar lo más deprisa posible.

La mano del encantador temblaba mientras escribía sobre el pergamino.

-Y ahora la tercera -dijo con voz apremiante.

El cuerpo de la cerda se envaró, y Hen Wen se dejó caer hacia atrás hasta quedar sentada sobre sus cuartos traseros. Durante unos momentos ninguna de las palabras con las que intentó tranquilizarla Taran consiguió que se moviera, pero Hen Wen acabó levantándose y trotó con más miedo que nunca en dirección a la última varilla de fresno.

Las varillas de fresno empezaron a temblar y a moverse de un lado a otro como si estuvieran vivas antes de que Hen Wen hubiera llegado a la tercera varilla y pudiera señalar la primera letra con el hocico. Las varillas se retorcieron tan violentamente como si quisieran salir del suelo, y de repente se partieron en dos con un sonido tan ensordecedor como un trueno, que desgarró el aire. Un instante después cada mitad se hizo añicos y cayó al suelo convertida en una lluvia de astillas.

Hen Wen retrocedió lanzando chillidos de terror y corrió a refugiarse en un rincón del aprisco. Taran se apresuró a consolarla mientras Dallben se inclinaba, cogía uno de los fragmentos de madera y lo contemplaba con expresión abatida.

-Han quedado destrozadas de manera irreparable, y ahora ya no sirven de nada -dijo con voz apenada-. La causa me es desconocida, y la profecía de Hen Wen no ha llegado a completarse. Aun así, estoy casi seguro de que su final habría sido tan tenebroso y lleno de malos auspicios como su comienzo. Hen Wen debe de haberlo presentido.

El encantador giró sobre sí mismo y salió del aprisco caminando muy despacio. Eilonwy se había reunido con Taran, quien estaba intentando calmar a la aterrorizada cerda. Hen Wen seguía jadeando y no paraba de temblar, y había escondido la cabeza entre sus patas delanteras.

-No me extraña que no quisiera usar sus poderes de profecía -exclamó Eilonwy-. Pero de no haber sido por ti, Hen no nos habría revelado nada -añadió mirando a Taran.

Dallben estaba con Gwydion y seguía sosteniendo el trozo de pergamino en la mano. Coll, Fflewddur y el rey Rhun formaban un círculo a su alrededor y les contemplaban con expresiones preocupadas. Taran y Eilonwy acabaron convenciéndose de que Hen Wen no había sufrido ningún daño y sólo quería que se la dejara en paz, y se apresuraron a

reunirse con los compañeros.

-¡Socorro! ¡Oh, socorro!

Gurgi corrió hacia ellos cruzando el pastizal sin dejar de gritar ni un momento mientras agitaba frenéticamente los brazos. Cuando llegó se plantó en el centro del grupo y extendió una mano señalando los establos.

-¡Gurgi no ha podido hacer nada! -gritó-, ¡Lo intentó, oh, sí, pero sólo consiguió que los golpes y los palos llovieran sobre su pobre y tierna cabeza! ¡Se ha ido! -chilló Gurgi-. ¡Ay, sí, la reina malvada se ha marchado rauda en una veloz galopada!

# 3 - La profecía

Los compañeros fueron corriendo a los establos. Tal como les había dicho Gurgi, uno de los caballos del rey Rhun había desaparecido. En cuanto a Achren, no había ni rastro de ella.

-Dejad que ensille a Melynlas -le rogó Taran a Gwydion-. Intentaré alcanzarla.

-¡Irá directa a Annuvin! -dijo Fflewddur sin poder contenerse por más tiempo-. Nunca confié en esa mujer. ¡Gran Belin, quién sabe qué actos traicioneros planea cometer! Podéis estar seguros de que se dispone a prepararse un nido cómodo y bien repleto de plumas...

-Es mucho más probable que Achren esté yendo hacia su muerte -replicó Gwydion mientras contemplaba las colinas y los árboles sin hojas con expresión sombría-. Caer Dallben es el único sitio en el que puede estar segura. Yo la protegería, pero no me atrevo a retrasar mi misión para buscarla. -Se volvió hacia Dallben-. He de conocer la profecía de Hen Wen. Es la única guía de que dispongo.

El encantador asintió y precedió a los compañeros hasta la casita. El anciano seguía sosteniendo en su mano el trozo de pergamino y las astillas en que se habían convertido las varillas de las letras. Después de entrar en la casita las arrojó sobre la mesa y las contempló en silencio durante unos momentos antes cíe hablar.

-Hen Wen nos ha dicho todo lo que podía, y me temo que ya nunca sabremos nada más a través de ella. He vuelto a estudiar los símbolos que indicó, esperando contra toda esperanza haberlos interpretado erróneamente la primera vez. -Dallben estaba muy serio, tenía los ojos bajos y hablaba con dificultad, como si tuviera que arrancar cada palabra de lo más hondo de su corazón-. Le pregunté cómo se podía recuperar a Dyrnwyn. Escuchad la respuesta que nos ha dado: Mejor harías pidiendo a la piedra muda y a la roca sin voz que te hablaran.

»Ése es el mensaje transmitido por Hen Wen que he obtenido al descifrar los símbolos de la primera varilla -dijo Dallben-. En cuanto a si es una negativa a hablar, una profecía en sí o una advertencia de que no debía seguir haciendo preguntas, no tengo forma alguna de saberlo; pero los símbolos de la segunda varilla revelan el destino de la misma Dyrnwyn.

Dallben siguió hablando, y las palabras del encantador llenaron a Taran de una fría angustia que se abrió paso hasta lo más profundo de su ser atravesándole como el mandoble de una espada.

Extinguida quedará la llama de Dyrnwyn
y esfumado su poder.
La noche se convertirá en mediodía
y los ríos arderán con fuego helado
antes de que Dyrnwyn sea recuperada.

El anciano inclinó la cabeza y guardó silencio durante un tiempo.

-La tercera varilla fue destruida antes de que Hen Wen pudiera completar su mensaje -dijo por fin-. Nos habría revelado más cosas; pero a juzgar por las dos primeras partes de la profecía no tendríamos más motivos para albergar esperanzas de los que tenemos ahora.

-Las profecías se burlan de nosotros -dijo Taran-. Hen tenía razón. Pedir ayuda a las piedras nos habría sido igual de útil...

-¡Y lo que nos hubiesen dicho habría tenido tanto sentido como esas profecías! -exclamó Eilonwy- Hen podría haberse dejado de rodeos y habernos dicho directamente que nunca conseguiríamos recuperar a Dyrnwyn. La noche nunca puede ser el mediodía, y no hay más que hablar.

-En todos mis viajes nunca he visto arder ni siquiera un riachuelo, por no mencionar un río -añadió Fflewddur-, La profecía es doblemente imposible. -Y sin embargo sería algo maravilloso de ver -dijo el rey Rhun con ¡nocente entusiasmo-. ¡Ojalá pudiera ocurrir!

-Me temo que no llegarás a verlo, rey de Mona -dijo Dallben con voz abatida.

Gwydion, que había estado sentado a la mesa dando vueltas a los fragmentos de las varillas entre sus dedos con expresión pensativa, se puso en pie y habló a los compañeros.

-La profecía de Hen Wen no nos da muchos ánimos, y está muy lejos cíe lo que había esperado oír -dijo-. Pero cuando las profecías no proporcionan ayuda, los hombres deben buscarla en sí mismos. -Sus manos se tensaron y partieron en dos el fragmento de madera de fresno que sostenían-. Buscaré a Dyrnwyn mientras viva y siga alentando. La profecía no cambia mis planes, y sólo hace todavía más apremiante el que me ponga en acción de inmediato.

-Entonces permitid que os acompañemos -dijo Taran poniéndose en pie y mirando a Gwydion-. Aceptad nuestra fuerza hasta que hayáis recobrado la vuestra.

-¡Exactamente! -Fflewddur se levantó de un salto-. No prestaré ninguna atención a que los ríos arelan o no. ¿Pedir a las piedras que hablen? Se lo pediré al mismísimo Arawn. ¡No podrá guardar secretos de un Fflam!

Gwydion meneó la cabeza.

-Cuantos más hombres haya mayor será el riesgo en esta empresa. Es algo que se hará mejor en soledad. Si hay que arriesgar alguna vida ante Arawn, Señor de la Muerte, esa vida tiene que ser la mía.

Taran se inclinó ante él, pues el tono empleado por Gwydion no admitía discusión.

-Si tal es vuestra voluntad... -dijo-. Pero ¿y si Kaw fuese volando hasta Annuvin? Enviadle para que os preceda. Irá hasta allí y volverá lo más deprisa posible trayendo consigo noticias sobre lo que haya podido descubrir.

Gwydion contempló en silencio a Taran durante unos momentos, y acabó asintiendo en señal de aprobación.

-Veo que has hallado alguna sabiduría en tus vagabundeos, Ayudante de Porquerizo... Tu plan es bueno. Kaw quizá me sea más útil que todas Vuestras espadas, pero no le aguardaré aquí. Hacerlo me obligaría a perder demasiado tiempo. Que averigüe cuanto pueda en Annuvin y que se reúna conmigo después en el castillo del rey Smoit, en Cantrev Caddifor. El reino de Smoit se encuentra en el camino que he de seguir para llegar hasta Annuvin, y así cuando Kaw se encuentre conmigo ya habré hecho la mitad de mi viaje.

-Por lo menos podemos acompañaros hasta el castillo del rey Smoit -dijo Taran- y protegeros hasta que hayáis recorrido una buena parte de la distancia. Es posible que los Cazadores de Arawn sigan deseando vuestra muerte y que estén acechando en algún tramo del trayecto desde aquí hasta Cantrev Caddifor.

-¡Villanos repugnantes! -exclamó el bardo-. ¡Asesinos traicioneros! Esta vez probarán mi espacia. Que nos ataquen... ¡Ah, espero que lo hagan! -Una cuerda del arpa se partió con un sonoro chasquido que hizo vibrar todo el instrumento-, Eh... Sí, bueno... No era más que una manera de hablar -dijo Fflewddur con expresión abatida-. La verdad es que espero que no nos encontremos con ninguno. Podrían crearnos problemas y retrasarnos.

-Nadie ha tomado en consideración las molestias e inconvenientes que todo esto puede suponer para mí -dijo Glew.

El antiguo gigante había salido de la cocina y les estaba contemplando con cara de malhumor.

-¡Comadreja! -murmuró Fflewddur-. Dyrnwyn ha desaparecido, no sabemos si nuestras vidas corren peligro y él se queja de las molestias... No cabe duela de que es un hombrecillo, y siempre lo fue.

-Dado que nadie ha hablado de ello parece ser que no se me va a pedir que os acompañe -dijo Eilonwy-, Muy bien, no insistiré.

-Tú también te has vuelto más sabia, princesa -dijo Dallben-. Veo que los días que pasaste en Mona no han sido desperdiciados.

-Naturalmente -siguió diciendo Eilonwy-, después de que os hayáis marchado quizá se me ocurra pensar que hace un día muy agradable para ciar un paseito e ir a recoger flores silvestres que podrían resultar muy difíciles de encontrar, sobre todo porque ya casi estamos en invierno. Oh, no es que vaya a seguiros, comprendedlo, pero podría darse la casualidad de que me extraviara y el azar podría hacer que me topara con vosotros. Cuando eso ocurriera ya sería demasiado tarde para que volviera aquí..., sin que yo tuviera la culpa de ello, claro está.

Una sonrisa iluminó el rostro de Gwydion disipando el cansancio y la preocupación durante unos momentos.

-Que así sea, princesa -dijo-. Siempre acepto aquello que no puedo evitar que ocurra. Cabalgad conmigo quienes queráis hacerlo, pero no iréis más lejos de la fortaleza de Smoit en Caer Cadarn.

-Ah, princesa... -Coll suspiró y meneó la cabeza-. El señor Gwydion ha hablado, y no seré yo quien diga otra cosa; pero no creo que sea correcto que una joven dama se salga con la suya de esta manera.

-Desde luego que no -dijo Eilonwy-. Eso es lo primero que me enseñó la reina Teleria: una dama nunca insiste en salirse con la suya. De repente y antes de que hayas podido darte cuenta de lo que ocurre, todo se arregla de una forma u otra y te sales con la tuya sin haberlo intentado. Pensé que nunca aprendería, pero en cuanto le has pillado el truco la verdad es que resulta sencillísimo.

Taran levantó a Kaw de su percha al lado del fuego y le llevó hasta la puerta sin perder ni un momento. Esta vez el cuervo no chasqueó el pico ni se puso a parlotear. En vez de sus roncos graznidos, maliciosas travesuras y protestas burlonas de costumbre el cuervo se inclinó sobre la muñeca de Taran, ladeó la cabeza clavando un reluciente ojo en su rostro y le escuchó con gran atención mientras Taran le explicaba cuidadosamente la tarea que debía llevar a cabo.

Taran alzó el brazo y Kaw batió sus lustrosas alas en señal de despedida.

-¡Annuvin! -graznó Kaw-. ¡Dyrnwyn!

El cuervo se alejó volando. Unos momentos después Kaw ya se encontraba flotando a gran altura sobre Caer Dallben. El viento se lo llevó como si fuera una hoja, y le dejó suspendido sobre las cabezas de los compañeros que le observaban. Después Kaw salió despedido en dirección noroeste con un elegante agitar de sus alas. Taran forzó la vista para seguir su vuelo hasta que el cuervo se desvaneció entre las nubes que se acumulaban sobre el horizonte. Taran acabó dándole la espalda mientras se sentía invadido por la tristeza y la inquietud. Estaba seguro de que Kaw se mantendría alerta en todo momento para escapar a los peligros del viaje: las flechas de los Cazadores; las crueles garras y los picos feroces de los gwythaints, los temibles mensajeros alados de Arawn... Los gwythaints habían atacado en más de una ocasión a los compañeros, e incluso los que aún no eran adultos podían llegar a resultar muy peligrosos.

Taran aún se acordaba del joven gwythaint cuya vida había salvado cuando era un muchacho, y no había olvidado las afiladas garras del pájaro. A pesar del valeroso

corazón y el agudo ingenio de Kaw, Taran temía por la seguridad del cuervo, y la empresa de Gwydion le inspiraba un temor aún más grande; y un instante después tuvo el presentimiento de que un destino aún más terrible podía cabalgar sobre las alas extendidas de Kaw.

Se acordó que en cuanto los viajeros hubieran llegado al Gran Avren el rey Rhun escoltaría al malhumorado Glew hasta el navío anclado en el río y que Glew aguardaría su regreso allí, pues Rhun estaba decidido a cabalgar con Gwydion hasta Caer Cadarn. Glew había dejado bien claro que esperar a bordo del navío que se balanceaba lentamente de un lado a otro le resultaría tan poco agradable como el tener que dormir sobre los duros guijarros de la orilla; pero las protestas del antiguo gigante no consiguieron convencer al rey de Mona de que alterara sus planes.

Los compañeros empezaron a sacar los caballos del establo mientras Gwydion celebraba un último y apresurado consejo con Dallben. El sabio Melyngar, el corcel blanco de crines doradas de Gwydion, aguardaba tranquilamente la llegada de su amo. Melynlas, la montura de Taran, piafaba y pateaba impacientemente el suelo con los cascos delanteros.

Eilonwy ya había montado sobre su favorita, la yegua baya llamada Lluagor. La princesa llevaba consigo dentro de un pliegue de su capa su posesión más preciada, la esfera dorada que despedía una brillante claridad cuando la sostenía en sus manos.

-Voy a dejar esa corona tan incómoda aquí -declaró Eilonwy-. No sirve de nada aparte de para recogerte el pelo, y me parece que eso no merece aguantar la molestia de las ampollas; pero antes preferiría caminar sobre mis manos que marcharme sin mi juguete. Además, si en algún momento necesitamos una luz así tendremos una. Eso es mucho más práctico que llevar un aro alrededor de la cabeza. -También había guardado dentro de una alforja el bordado que había empezado a hacer para Taran, pues tenía la intención de terminarlo durante el trayecto-. En cuanto ponga manos a la obra quizá decida cambiar el color de los ojos de Hen Wen -añadió.

La montura de Fflewddur era Llyan, la enorme gata de color leonado tan grande como un caballo. En cuanto vio al bardo Llyan empezó a ronronear estruendosamente, y Fflewddur tuvo grandes dificultades para impedir que el poderoso animal le derribara al suelo con los cariñosos empujones de su hocico.

-¡Un poco menos de ímpetu, vieja amiga! -gritó el bardo mientras Llyan metía su gran cabeza entre su cuello y su hombro-. Ya sé que quieres escuchar una melodía de mi arpa. Te prometo que después la tocaré para ti.

Glew había reconocido a Llyan nada más verla.

-No es justo -resopló-. Llyan me pertenece, y yo soy su legítimo propietario.

-Sí -replicó Fflewddur-, especialmente teniendo en cuenta la cantidad de pociones repugnantes que llegaste a preparar en el pasado para hacerla crecer... Si quieres montar en ella puedes intentarlo cuando te apetezca, aunque te advierto que la memoria de Llyan es más larga que su rabo.

Y lo cierto era que Llyan había empezado a menear el rabo de un lado a otro en cuanto vio a Glew. La gata se alzó como una torre sobre el rechoncho hombrecillo, sus ojos amarillos despidieron llamaradas, le temblaron los bigotes y sus peludas orejas se inclinaron hasta quedar pegadas a su cabeza; y de su garganta salió un sonido que no se parecía en nada a los ronroneos con los que había dado la bienvenida al bardo.

Fflewddur se apresuró a tocar una melodía con su arpa. Llyan apartó los ojos de Glew, y su boca se curvó en una inmensa sonrisa mientras parpadeaba contemplando al bardo con ternura.

Pero el normalmente ya pálido rostro de Glew se había vuelto aún más pálido, y se apresuró a apartarse de la gata.

-Cuando era un gigante todo iba mucho mejor -murmuró.

El rey Rhun ensilló su montura, una yegua gris con manchas marrones. Coll, quien también había decidido acompañar a Gwydion, montaría a la grupa de Llamrei, la yegua alazana hija de Melynlas y Lluagor, y a Glew no le quedó más elección que trepar a la grupa del peludo pony de Gurgi e instalarse detrás de él, un arreglo que ninguna cíe las tres partes implicadas pareció encontrar demasiado agradable. Taran, mientras tanto, ayudaba a Coll a buscar armas en los establos, la forja y los cobertizos de las herramientas.

-Hay muy pocas -dijo Coll-. Estas lanzas me han resultado muy útiles como palos para aguantar las judías -añadió el robusto guerrero-. Esperaba no volver a tener que usarlas nunca más para otro propósito... Ay, la única hoja que puedo dar a Gwydion está oxidada por haber pasado tanto tiempo sosteniendo el tronco de un manzano. En cuanto a cascos, no hay ninguno salvo mi gorra de cuero, y los gorriones han anidado en ella. No les molestaré, pero mi calva es tan dura como el cuero -dijo Coll guiñando un ojo-. Bastará para protegerme durante el trayecto hasta Caer Cadarn y el regreso.

»Y tú, muchacho -siguió diciendo Coll con voz jovial, aunque no se le había pasado por alto el fruncimiento de inquietud que arrugaba la frente de Taran-, aún recuerdo aquellos días en los que un Ayudante de Porquerizo habría dado saltos de alegría ante la oportunidad de cabalgar al lado del señor Gwydion... En cambio ahora tienes un aspecto tan lúgubre y triste que pareces un repollo ennegrecido por las heladas.

Taran sonrió.

-Si Gwydion me lo permitiera iría a Annuvin ahora mismo. Lo que dices es cierto, viejo amigo... Para el muchacho que yo era entonces esto habría sido una osada aventura llena de gloria. Quizá no haya aprendido muchas cosas, pero he aprendido que la vida de un hombre vale más que la gloria y que un precio pagado en sangre siempre es un precio doloroso y demasiado caro.

»Mi corazón está inquieto -añadió Taran-. Hace mucho tiempo fuiste a Annuvin para rescatar a Hen Wen después de que te hubiera sido robada. Dime, Coll... ¿Qué posibilidades tiene Gwydion solo en el reino de Arawn?

-Ningún hombre las tiene mejores -dijo Coll echándose las lanzas al hombro.

Y salió del cobertizo antes de que Taran comprendiera que en realidad el anciano guerrero no había dado ninguna respuesta a la pregunta que acababa de hacerle.

Caer Dallben ya había quedado muy lejos detrás de ellos, y el día estaba empezando a oscurecerse cuando los compañeros acamparon en las sombras del bosque.

Eilonwy se apresuró a lanzarse al suelo poniendo cara de felicidad.

-¡Ha pasado mucho tiempo desde que dormí sobre el cómodo lecho de las rocas y las raíces! -exclamó-, ¡Qué cambio tan agradable después de las plumas de ganso!

Gwydion permitió que encendieran una hoguera, y Gurgi abrió su bolsa de cuero para sacar de ella provisiones y compartirlas mientras Coll se ocupaba de las monturas. Casi todos los compañeros estaban callados. Tenían frío y la larga jornada les había dejado el cuerpo dolorido y envarado, pero el rey Rhun seguía tan jovial y animado como siempre. Mientras los viajeros se inclinaban sobre las pálidas llamas para estar más cerca de su calor, Rhun cogió una ramita y empezó a garabatear con ella en la tierra cubriendo el suelo delante de él con una telaraña de líneas.

-Respecto a ese rompeolas, creo que ya sé qué salió mal -dijo Rhun-. Sí, exacto... Ésta es la forma de hacerlo.

Taran estaba sentado al otro lado de la hoguera y podía ver el brillo de entusiasmo que iluminaba los ojos del rey de Mona y la familiar sonrisa de muchacho en sus labios; pero le bastaba con mirarle para darse cuenta de que Rhun había dejado de ser el principito atolondrado que había conocido en la isla de Mona. Rhun estaba tan absorto en las tareas que había planeado llevar a cabo como Taran lo había estado afanándose en la forja, el telar y el torno del alfarero; y si Rhun había descubierto la virilidad en la

empresa de gobernar un reino, Taran la había encontrado trabajando codo a codo con las gentes sencillas y de corazón animoso de los Commots Libres. Taran contempló a Rhun con un nuevo afecto. El rey de Mona siguió hablando, y los dibujos del suelo no tardaron en despertar el interés de Taran. Los examinó mientras Rhun seguía hablando. Taran sonrió y se percató de que una cosa no había cambiado: como de costumbre, las intenciones del rey de Mona iban un poquito más allá de sus capacidades.

-Me temo que si es construido de esta manera vuestro muro contra las olas se derrumbará -dijo Taran con una risa bondadosa-. Fijaos en esta parte de aquí... -La señaló con un dedo-. Las piedras más pesadas deben hundirse a mayor profundidad. Y aquí...

-¡Asombroso! -exclamó Rhun chasqueando los dedos-, ¡Por supuesto que sí! ¡Tienes que venir a Mona y ayudarme a terminarlo!

Empezó a trazar nuevas líneas en el suelo con tal vigor y entusiasmo que estuvo a punto de caerse de narices en la hoguera.

-¡Oh, gran y bondadoso amo! -dijo Gurgi, que había estado escuchándoles con mucha atención sin entender demasiado bien de qué estaban hablando los dos camaradas-. ¡Oh, qué astutos planeos y mareos! ¡A Gurgi le gustaría tener la sabiduría que permite hablar sabiamente!

Gwydion les advirtió de que debían guardar silencio.

-Nuestra hoguera ya es un riesgo lo bastante grande sin necesidad cíe añadirle el ruido -elijo-. Espero que los Cazadores de Arawn no anden por los alrededores. Somos demasiado pocos para enfrentarnos ni aunque sólo sea a un puñado de ellos. No son guerreros corrientes -añadió viendo la expresión interrogativa de Rhun-, sino una hermandad maligna. Mata a uno del grupo, y su fuerza se añade a la de los demás aumentándola en esa proporción.

Taran asintió.

-Son tan temibles como los Nacidos del Caldero -explicó a Rhun-, las criaturas sin voz que no pueden morir que defienden Annuvin. Quizá sean incluso más temibles que ellas... Los Nacidos del Caldero no pueden morir, pero su poder se va debilitando si se alejan demasiado del reino de Arawn o permanecen mucho tiempo fuera de él.

Rhun parpadeó. Gurgi se había quedado callado, y estaba lanzando miradas temerosas a su espalda. El recuerdo de los implacables Nacidos del Caldero hizo que los pensamientos de Taran volvieran una vez más a la profecía de Hen Wen.

-La llama de Dyrnwyn extinguida -murmuró-. Pero ¿cómo conseguirá Arawn hacer algo semejante? Pese a todo su poder creo que ni siquiera será capaz de desenvainar el arma.

-La profecía es algo más que las palabras que le dan forma -dijo Gwydion-, Debes buscar el significado que hay oculto debajo de ellas. Si Arawn consigue mantener a Dyrnwyn apartada de mis manos, para nosotros será como si su llama estuviera apagada. Si la hoja queda guardada para siempre en su sala de los tesoros su poder se desvanecerá porque ya no podrá sernos de ninguna utilidad.

-¿Tesoros? -exclamó Glew, dejando cíe masticar sólo el tiempo suficiente para pronunciar la palabra.

-El dominio del Señor de la Muerte es tanto un inmenso almacén de tesoros como una fortaleza del mal -dijo Gwydion-. Lleva mucho tiempo lleno de todas las cosas útiles y hermosas que Arawn ha arrebatado a Prydain. Esos tesoros no le sirven de nada. Su propósito es privar de ellos a los hombres e impedir que los utilicen, y minar nuestras fuerzas negándonos el uso de aquello que podría proporcionar una cosecha más rica que cualquiera de las vistas jamás por los habitantes de Prydain. -Gwydion hizo una pausa- , ¿Y acaso eso no es la muerte bajo otra forma?

-Se me ha contado que los escondites donde están guardados los tesoros cíe Annuvin contienen todo aquello que los hombres pueden desear -dijo Taran-, Se afirma

que en ellos hay arados que trabajan por sí solos, guadañas que cosechan sin necesidad de ser guiadas por una mano, herramientas mágicas Y muchas cosas más. Arawn robó los secretos de su oficio a los herreros y los alfareros, y arrebató su sabiduría a los pastores y los granjeros -siguió diciendo-. Ese conocimiento también se encuentra prisionero para siempre en los lugares donde guarda sus tesoros.

Glew se chupó los dientes. El trozo de comida seguía intacto entre sus dedos regordetes. El antiguo gigante guardó silencio durante unos momentos, y acabó carraspeando para aclararse la garganta.

-He tomado la decisión de perdonaros todas las humillaciones y los malos tratos que me habéis infligido -dijo por fin-. Os aseguro que todo eso no habría ocurrido cuando era un gigante, pero no importa... Os perdono a todos y como prueba de que no os guardo ningún rencor, yo también viajaré con vosotros.

Gwydion le miró fijamente.

-Quizá lo harás -dijo después de haberle contemplado en silencio durante unos momentos.

-¡Bien, ahora no cabe duda de que tiene que venir con nosotros! -exclamó Fflewddur soltando un bufido-. Esa pequeña comadreja tiene la esperanza de olisquear la pista de algún tesoro y quedarse con él. ¡Puedo ver cómo le tiembla la nariz! Nunca pensé que llegaría el día en el que querría tenerle a nuestro lado, pero creo que es mejor que tenerle a nuestra espalda.

Glew le sonrió afablemente.

-A ti también te perdono -dijo.

# 4 - El castillo del rey Smoit

Al amanecer el rey Rhun se preparó para separarse de los compañeros y seguir cabalgando desviándose un poco más hacia el oeste hasta llegar al puerto de Avren, donde comunicaría al capitán de su navío el cambio producido en los planes. Fflewddur tenía que acompañarle, pues el bardo conocía los lugares de menor profundidad donde se podía vadear el río y los caminos que permitían avanzar más deprisa una vez se había llegado a la otra orilla.

Eilonwy había decidido ir con ellos.

-He dejado la mitad de mis hilos para bordar en el navío de Rhun, y si he de terminar correctamente a Hen Wen necesito tenerlos. Ninguno de los dos podría encontrarlos, porque ni yo misma estoy muy segura de dónde están. Creo que también dejé a bordo una capa de viaje más gruesa, y unas cuantas cosas más... No recuerdo cuáles son en estos momentos, pero ya me vendrá a la memoria en cuanto hayamos llegado allí.

Coll sonrió y se frotó la calva.

-La princesa cada vez se parece más a una auténtica clama en todos los aspectos -observó.

-Ya que no voy a quedarme a bordo del barco -dijo Glew, quien seguía decidido a hacer lo que había anunciado la noche anterior-, no veo ninguna razón para desviarme tanta distancia. Seguiré viajando con el señor Gwydion.

-Ahí es donde te equivocas, mi insignificante y canijo gigante -replicó el bardo-. Monta detrás del rey de Mona, si es que puede soportar tu compañía, y hazlo lo más deprisa posible.

No creas que te voy a perder de vista ni por un momento. Allí donde yo vaya irás tú... y viceversa, ahora que lo pienso.

-Oh, vamos, Fflewddur -dijo Taran haciendo un aparte con el bardo-. No creo que Glew pueda darnos ninguna clase de problemas. Yo me encargaré de vigilarle.

El bardo meneó la cabeza haciendo bailotear su siempre revuelta cabellera amarilla.

-No, amigo mío. Me sentiré mucho más tranquilo si le estoy viendo con mis propios ojos y en todo momento. No, la pequeña comadreja queda a mi cargo... Seguid cabalgando, y os alcanzaremos al otro lado del Avren bastante antes cíe que sea mediodía. Me alegrará volver a ver a Smoit -añadió-. Ese viejo oso de barba pelirroja me es muy querido... Cuando estemos en Caer Cadarn disfrutaremos de un gran banquete, pues Smoit come tan bien como pelea.

Gwydion ya había montado en Melyngar y les hacía señas para que se dieran prisa. Fflewddur dio una palmada en el hombro a Taran y fue corriendo a montar sobre la grupa de Llyan, que estaba jugando y haciendo alegres piruetas bajo los brillantes rayos del sol de aquella fresca mañana mientras intentaba atrapar la punta de su propia cola.

El rey Rhun, Fflewddur, Eilonwy y Glew no tardaron en perderse de vista. Taran cabalgaba entre Gwydion y Coll, y Gurgi cerraba la marcha en dirección oeste trotando sobre su pony.

Hicieron un alto en la otra orilla del Gran Avren. El mediodía pasó sin que hubiera ni rastro de los otros compañeros. Taran empezaba a estar un poco preocupado por ellos, pero prefería creer que no habían sufrido ningún percance.

-Probablemente Rhun se habrá detenido un rato para inspeccionar un hormiguero o el túnel de un tejón -dijo-. Espero que no sea nada más que eso.

-No temas -dijo Coll-. Fflewddur se encargará de darle prisa. Estarán aquí de un momento a otro.

Taran hizo sonar su cuerno con la esperanza de que la señal guiaría al bardo en el caso de que hubiera tomado por un camino equivocado, pero los compañeros que faltaban siguieron sin aparecer. Gwydion esperó todo el tiempo que consideró prudente hacerlo, y acabó decidiendo que debían reanudar la marcha hacia Caer Cadarn. Siguieron avanzando a buen paso durante el resto del día.

Taran se volvía frecuentemente sobre su silla de montar. Cada vez que lo hacía esperaba ver a Rhun y los otros compañeros galopando detrás de ellos, o escuchar de repente el jovial «¡Hola, hola!» del rey de Mona; pero cuando el día fue llegando a su fin Taran comprendió que Rhun, quien en el mejor de los casos era un jinete bastante lento, tenía que haberse quedado considerablemente atrás. En cuanto a Fflewddur, Taran estaba seguro de que no viajaría después de que hubiera caído la noche.

-Han acampado en algún punto del trayecto que hemos recorrido -le aseguró Coll-. Si les hubiese ocurrido alguna cosa uno de ellos habría galopado hasta alcanzarnos. Fflewddur Fflam conoce el camino que lleva hasta el castillo del rey Smoit. Todos nos encontraremos allí, y si empieza a parecer que se retrasan demasiado Smoit reunirá un grupo de búsqueda y lo enviará para que los encuentre. -El robusto guerrero puso una mano sobre el hombro de Taran-, No te preocupes hasta que haya una causa clara para alarmarse. ¿O acaso es la compañía de la princesa Eilonwy lo que anhelas? -añadió guiñándole un ojo.

-No tendría que haber venido con nosotros -replicó Taran en un tono un poco irritado.

-Oh, desde luego que no -dijo Coll, y sonrió-. Pero tú no abriste la boca para oponerte a que lo hiciera.

Taran le devolvió la sonrisa.

-Ya hace mucho tiempo que he renunciado a oponerme a sus deseos -dijo.

Caer Cadarn se alzó ante ellos a mediados de la mañana del día siguiente. El estandarte carmesí con el oso negro que era el emblema del rey Smoit flotaba sobre una torre de piedra chasqueando al viento. La fortaleza había sido construida en un claro, y los gruesos muros que mostraban las señales y cicatrices dejadas por muchas batallas

sobresalían de la estructura igual que las frondosas cejas del rey. Coll puso al galope a Llamrei y avisó a los centinelas de su llegada gritándoles que venían en compañía de Gwydion, príncipe de Don. Las enormes puertas se abrieron y los compañeros entraron al galope en el patio de armas, donde los soldados se encargaron de los caballos. Después un grupo de guerreros les condujo hasta la Gran Sala de Smoit.

Gwydion avanzaba con paso rápido y decidido por el corredor. Taran, Coll y Gurgi le seguían flanqueados por los centinelas.

-Smoit estará comiendo -dijo Taran-. Sus desayunos duran hasta el mediodía. - Se rió-. Dice que eso le abre el apetito para el resto de las comidas... Gwydion no conseguirá sacarle ni una sola palabra hasta que todos tengamos el estómago repleto.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Gurgi quiere deleitarse con el sabroso masticar y triturar!

-Podrás comer hasta quedar harto, viejo amigo -replicó Taran-. Ten la seguridad de ello.

Entraron en la Gran Sala. En un extremo se alzaba el enorme trono de Smoit, tallado de la mitad de un tronco de roble y esculpido hasta darle la forma de un oso erguido con una zarpa delantera alzándose a cada lado.

El hombre sentado en el trono no era el rey Smoit.

-¡Magg! -jadeó Taran.

Los centinelas cayeron sobre ellos al instante. La espada de Taran fue arrancada de su cinto. Gwydion se enfrentó a los guerreros y se lanzó sobre ellos con un potente grito, pero éstos lograron resistir su acometida y no tardaron en hacer caer de rodillas al príncipe de Don. Coll también fue derribado y la punta de una lanza se pegó a su espalda. Gurgi lanzaba chillidos de rabia y terror. Un centinela le alzó en vilo agarrándole por el pellejo de su peludo cuello y le abofeteó violentamente hasta que la pobre criatura apenas fue capaz de mantenerse en pie.

La sonrisa de Magg hacía pensar en una calavera. Un movimiento casi imperceptible de sus huesudos dedos hizo apartar a los guerreros. Su flaco rostro de piel grisácea estaba contorsionado por el placer.

-No había previsto nuestro encuentro, señor Gwydion -dijo-. Caer Cadarn se halla en poder de mis guerreros, pero éste es un premio inesperado y mucho más valioso de lo que jamás había esperado conseguir.

Las verdes pupilas de Gwydion echaban chispas.

-¿Cómo has osado entrar en el cantrev del rey Smoit? Vete de aquí antes de quevuelva. Él tendrá muchos menos miramientos contigo que yo.

-Te reunirás con el rey Smoit -replicó Magg-, aunque me cuesta llamar rey a ese tosco señor de cantrev.

Los delgados labios de Magg se fruncieron en una mueca maliciosa, y deslizó una mano sobre su capa llena de bordados como si la acariciase. Taran se dio cuenta de que el atuendo de Magg era todavía más elegante que el que llevaba cuando había conocido a aquel hombre de lacia cabellera como gran mayordomo de la corte de Mona.

-El señor al que sirvo es más poderoso que Smoit o el rey de Mona, más poderoso incluso que la reina Achren -dijo Magg con una sonrisa llena de dientes amarillentos-. Y ahora es más poderoso que el príncipe de Don...

Se llevó una mano a la cadenilla de hierro que colgaba de su cuello y acarició el pesado emblema de su rango. Taran, horrorizado, vio que estaba adornado con el mismo símbolo grabado en las frentes de los Cazadores.

-Mi señor es el más poderoso de todos, y es nada menos que el rey de Annuvin..., el mismísimo Arawn, Señor de la Muerte -anunció altivamente Magg.

Pero Gwydion no bajó la mirada.

-Has encontrado a tu verdadero amo, Magg.

-Cuando nos vimos por última vez te creía muerto, señor Gwydion -dijo Magg-. Después me llevé la alegría de saber que no habías muerto. -El gran mayordomo se



Librodot

lamió los labios-. Es raro que se pueda saborear la venganza dos veces, y he sabido tener paciencia y esperar a que llegase el día en el que por fin volveríamos a encontrarnos.

»SÍ, he tenido mucha paciencia -siseó Magg-. Después de zarpar de la isla de Mona vagué durante mucho tiempo de un lado a otro. Serví humildemente a varios amos mientras aguardaba a que llegase mi hora. Uno de ellos incluso pretendió encerrarme en una mazmorra... ¡A mí, Magg, quien en tiempos tuvo un reino en sus manos!

La voz del gran mayordomo había ido subiendo de tono hasta convertirse en un chillido estridente. El rostro se le había puesto lívido, y los ojos sobresalían de sus cuencas; pero un instante después ya había recuperado el control de sus manos temblorosas y volvía a reclinarse en el trono de Smoit. Cuando volvió a hablar las palabras surgieron de sus labios como si las estuviera paladeando una por una.

-Por fin logré llegar a Annuvin -dijo- hasta el mismísimo umbral de la Puerta Oscura. Por aquel entonces el señor Arawn no me conocía como me conoce ahora. -Magg cabeceó con expresión satisfecha-. Aprendió muchas cosas de mí.

»El señor Arawn conocía la historia de Dyrnwyn -siguió diciendo-. Sabía que la espada se había perdido y había vuelto a ser encontrada, y que colgaba del cinto de Gwydion, Hijo de Don. Pero fui yo, Magg, quien le reveló cómo adueñarse cíe ella.

-Hasta tus traiciones son míseras e insignificantes -dijo Taran-. Tarde o temprano Arawn habría tramado ese plan malévolo, contigo o sin ti.

-Quizá -dijo Magg en tono malicioso-. Es posible que él aprendiera mucho menos de mí que lo que yo aprendí de él, pues no tardé en descubrir que su poder estaba peligrosamente equilibrado. El Rey con Cuernos, su campeón, había sido derrotado hacía mucho tiempo; y el Crochan Negro, el caldero que le proporcionaba a los Nacidos del Caldero que no pueden morir, había quedado hecho añicos.

»El señor Arawn tiene muchos vasallos secretos entre los reyes de los cantrevs -siguió diciendo Magg-. Les ha prometido dominios e inmensas riquezas, y esos reyes han jurado servirle. Pero las derrotas sufridas por Arawn hicieron que la inquietud empezara a extenderse entre ellos. Fui yo quien le reveló los medios que le permitirían conseguir alianzas más sólidas. ¡Yo fui quien concibió el plan que puso a Dyrnwyn en sus manos!

»La noticia de que Arawn, el Señor de la Muerte, se ha adueñado del arma más poderosa que existe en Prydain ya ha empezado a extenderse por todos los cantrevs. Él conoce sus secretos mucho mejor que tú, señor Gwydion, y sabe que no puede ser vencido. Sus vasallos se regocijan porque no tardarán en saborear la victoria. Otros señores de la guerra se agruparán alrededor de su estandarte, y su hueste de guerreros se irá haciendo cada vez más numerosa.

»¡Y yo, Magg, he sido el causante cíe que todo esto ocurriera! -gritó el gran mayordomo-. ¡Yo, Magg, cuyo poder sólo es superado por el del Señor de la Muerte! Yo, Magg, hablo en su nombre. Soy el emisario en el que ha depositado su confianza, y cabalgo de un reino a otro reuniendo ejércitos para destruir a los Hijos de Don y a aquellos que les rinden vasallaje. Toda Prydain se convertirá en su dominio. Y aquellos que se enfrenten a él... Bueno, si el señor Arawn decide ser misericordioso les matará y sus Cazadores beberán su sangre. ¡Los demás serán súbditos suyos y se arrastrarán eternamente por el suelo!

Los ojos de Magg parecían arder, su pálida frente relucía y sus mejillas se estremecían violentamente.

-Por esto... -siseó-. Sí, por todo esto el señor Arawn me ha jurado con todos los juramentos que llegará el día en el que yo. Magg, ¡llevaré en mi cabeza la Corona de Hierro cíe Annuvin!

-No sólo eres un traidor sino que también eres un estúpido -dijo Gwydion, y su voz era tan dura como el hierro-. Eres doblemente estúpido. En primer lugar por creer en las promesas de Arawn, y después por creer que el rey Smoit prestaría oído a tus palabras de serpiente y se dejaría convencer por ellas. ¿Le has matado? Sólo muerto te escucharía.

-Smoit vive -replicó Magg-. No doy ningún valor a tenerle por vasallo. Busco la lealtad de los vasallos de su cantrev. Smoit les ordenará en su nombre que sirvan a mi causa.

-¿El rey Smoit? ¡Antes preferiría que le arrancaran la lengua! -gritó Taran.

-Y quizá le sea arrancada -replicó Magg-. Mudo me serviría igual de bien. Cabalgará a mi lado y yo hablaré por él mucho mejor de lo que podría hacerlo si conservara la lengua. Sin embargo, preferiría que sus órdenes salieran de sus labios en vez de los míos -añadió con expresión pensativa-. Siempre existen métodos de soltarle la lengua que resultan preferibles a sacársela de la cabeza... Algunos de ellos ya han sido puestos en práctica.

Magg entrecerró los ojos.

-Y el mejor de todos se encuentra delante de mis ojos en estos momentos -dijo-. Tú, señor Gwydion, y tú. Ayudante de Porquerizo... Hablad con él. Dejad que Smoit comprenda que debe ceder. -Los labios de Magg se curvaron en una sonrisa torcida-. Vuestras vidas dependen de ello.

El gran mayordomo movió levemente la cabeza y los centinelas dieron un paso hacia adelante.

Los compañeros fueron sacados a empujones de la Gran Sala. Taran estaba tan abrumado por los efectos de la sorpresa y la desesperación que apenas si vio los pasadizos por los que fueron conducidos. Los guerreros se detuvieron, y uno de ellos abrió una gruesa puerta. Otros metieron a los compañeros en una pequeña recámara. La puerta se cerró con un chirrido y la oscuridad les engulló.

Empezaron a avanzar a tientas, y Taran tropezó con un cuerpo caído en el suelo, que se removió y dejó escapar un grito ensordecedor.

-¡Por mi cuerpo y mi sangre! -rugió la voz del rey Smoit, y Taran fue aferrado por un par de brazos tan fuertes que parecían capaces de partir huesos-, ¿Has vuelto de nuevo, Magg? ¡No me cogerás con vida!

Taran estuvo a punto de quedar aplastado antes de que Gwydion gritara su nombre y los nombres de los compañeros. Smoit aflojó su presa y Taran sintió el roce de una mano enorme en su cara.

-¡Es cierto, por mi pulso! -gritó Smoit mientras los compañeros formaban un círculo a su alrededor-. ¡El Ayudante de Porquerizo! ¡Señor Gwydion! ¡Coll! ¡Reconocería esa calva tuya en cualquier sitio! -Su mano se posó sobre la hirsuta cabeza de Gurgi-. Y el pequeño..., ¡el pequeño lo-que-sea! Bien hallados, amigos míos... -Smoit dejó escapar un gemido quejumbroso-. Y mal hallados también. ¿Cómo se las ha arreglado ese repugnante alfeñique para capturaros? ¡Ah, ese maldito lacayo rastrero de labios grasientos nos ha hecho caer a todos en su trampa!

Gwydion contó rápidamente a Smoit lo que les había ocurrido.

El rey de la barba pelirroja lanzó un gruñido de furia.

-Magg me hizo su prisionero con tanta facilidad como a vosotros. Ayer estaba desayunando, y apenas había empezado a ocuparme de mi plato de carne cuando mi mayordomo me trajo la noticia de que un mensajero enviado por el señor Goryon deseaba hablar conmigo. Bien, yo sabía que Goryon volvía a tener problemas con el señor Gast. Un asunto de robo de vacas, como de costumbre... ¡Ah, ojalá llegara el día en el que los señores de los cantrevs de Prydain dejaran de perder el tiempo con esas querellas que no se acaban nunca! El caso es que ya había oído la versión del asunto dada por Gast, y me pareció que también debía escuchar la de Goryon.



Librodot

Smoit lanzó un bufido y dio una palmada sobre su muslo.

-Los guerreros de Magg cayeron sobre mí antes de que hubiera tenido tiempo de tragar otro bocado. ¡Por mi corazón y mi hígado que algunos de ellos se acordarán de Smoit! Había otro grupo de guerreros emboscado y entró en tromba por la puerta. -Smoit apoyó la cabeza en sus manos-. Aquellos de mis hombres que no murieron están prisioneros en las armerías y las salas de guardia.

-¿Y os..., os duele mucho? -preguntó Taran con voz preocupada-. Magg habló de tortura.

-¿Dolor? -El grito de Smoit fue tan potente que toda la recámara se llenó de ecos-. ¿Tortura? La aguantaré hasta que todo mi cuerpo sude, ¡pero no a manos de ese gusano narigudo! Mi piel es lo bastante gruesa para aguantar sus intentos... ¡Que Magg se rompa los dientes en mis huesos! No me inquieta más que la mordedura de una pulga o el arañazo de un zarzal. ¡Vaya, pero si he aguantado dolores peores en una pequeña refriega cariñosa!

»¿Me hablas del dolor? -siguió diciendo Smoit, cada vez más enfurecido-. Juro por todos los pelos de mi barba que estar prisionero dentro de mi propio castillo me duele más que la quemadura del hierro al rojo vivo! ¡Mi propia fortaleza, y yo cautivo en ella! ¡Capturado en mi propia Gran Sala! Me arrancaron la comida y la bebida de los labios, y me echaron a perder el desayuno... ¿Tormentos? ¡Peor que eso! ¡Esto basta para quitarle el apetito a cualquiera!

Mientras tanto Gwydion y Coll habían logrado encontrar las paredes y las estaban examinando a toda prisa en la medida en que lo permitía la penumbra buscando alguna señal de debilidad. Los ojos de Taran ya se habían acostumbrado un poco a la escasa iluminación, y empezó a temer que sus compañeros estuviesen desperdiciando sus esfuerzos. La celda carecía de ventanas, y el poco aire que llegaba hasta ellos procedía de la diminuta abertura protegida con gruesos barrotes que había en lo alto de la puerta. El suelo no era de tierra apisonada, sino de losas unidas de manera tan concienzuda que apenas dejaban rendijas entre ellas.

Smoit comprendió el propósito de los esfuerzos de Gwydion, y meneó la cabeza, mientras golpeaba las losas con las suelas de hierro de sus botas.

-¡Sólida como una montaña! -exclamó-. Lo sé, pues yo mismo la hice construir... No malgastéis más tiempo ni energías, amigos míos. ¡Estas paredes y este suelo aguantarán tanto como yo!

-¿A qué profundidad se encuentra esta mazmorra? -preguntó Taran, aunque sus esperanzas de escapar de ella se iban desvaneciendo a cada momento que transcurría-. ¿No existe ninguna forma de que podamos cavar hacia arriba?

-¿Mazmorra? -exclamó Smoit-. Ya no tengo mazmorras en Caer Cadarn. Cuando nos vimos por última vez dijiste que mis mazmorras no servían de nada. Tenías toda la razón, así que tapié las entradas. Ahora en mi cantrev no hay fechoría o malentendido que no pueda resolver más deprisa y más fácilmente con unas cuantas palabras. Quien oye mi voz se apresura a cambiar de conducta..., o de lo contrario aprende a hacerlo durante el tiempo que dura su convalecencia. ¡Menuda mazmorra! Esto no es más que un cuarto para las viandas.

»Ah, si me hubiera preocupado tanto de aprovisionarlo concienzudamente como me preocupé de que fuera sólido al construirlo... -gimió Smoit-. Que Magg venga ahora mismo con sus hierros y sus látigos. El tormento demoníaco que sufro me impediría prestarles la más mínima atención. ¡Este cuarto se encuentra justo al lado de la cocina! Llevo dos días enteros sin llenarme el estómago... ¡Me parece que han sido dos años! ¡El vil traidor no ha parado de banquetear ni un momento! ¿Y para mí qué? ¡Nada salvo los olores! Oh, pagará muy caro esto -exclamó Smoit-. Sólo quiero hacerle una súplica: que me deje colocar las manos alrededor de su flaco cuello durante un momento. ¡Se lo

apretaría hasta sacarle todos los pasteles y confites que ha engullido a lo largo de su vida!

Gwydion se puso en cuclillas al lado del furioso Smoit.

-Vuestro cuarto de las viandas puede acabar siendo nuestra tumba -dijo con voz preocupada-. Y no sólo para nosotros -añadió-. Fflewddur Fflam tiene que guiar a nuestros compañeros hasta aquí. Las fauces de Magg se cerrarán sobre ellos dejándolos tan atrapados e indefensos como a nosotros.

# 5 - El centinela

Fflewddur Fflam condujo con gran rapidez a Eilonwy, el rey Rhun y Glew hasta el puerto del Avren, pero su regreso desde el navío fue menos rápido. En primer lugar y en contra de todas las probabilidades, el rey de Mona consiguió salir despedido por encima del cuello de su montura cuando ésta decidió detenerse para beber a la orilla del río. La zambullida dejó totalmente empapado al infortunado rey, aunque eso no afectó en nada a su jovialidad habitual. Pero la hebilla del cinto de Rhun se había abierto a causa de la caída, y la espada se hundió en los bajíos. Rhun no logró recuperarla porque se había quedado enredado en los arneses de la montura, y Fflewddur se vio obligado a lanzarse al río en busca del arma. Después Glew protestó amargamente al verse obligado a cabalgar detrás del bardo calado hasta los huesos.

-¡Pues entonces camina, pequeña comadreja! -gritó Fflewddur mientras temblaba y se golpeaba los costados con los brazos-. ¡Y preferiría que lo hicieras en dirección opuesta a la que seguimos!

Glew se limitó a sorber aire por la nariz con expresión altiva y se negó a moverse.

Eilonwy estaba tan impaciente que pateó el suelo.

-¿Queréis daros prisa de una vez? Hemos venido a cuidar del señor Gwydion y a duras penas si somos capaces de cuidar de nosotros mismos.

El antiguo gigante consintió en montar sobre Lluagor y cabalgar detrás de la princesa, y volvieron a emprender la marcha; pero de repente a Llyan se le metió en la cabeza que tenía ganas de jugar. La gata salió disparada hacia adelante moviéndose sobre sus enormes zarpas acolchadas y empezó a perseguirse alegremente la cola mientras el desesperado bardo se aferraba a los mechones leonados de su cuello. Fflewddur pasó grandes apuros para impedir que Llyan rodara sobre sí misma con él montado encima.

-Casi..., casi nunca hace este tipo de cosas -jadeó el bardo mientras Llyan daba grandes saltos trazando un círculo alrededor de los compañeros-. ¡Siempre ha sido muy..., muy educada! Reñirla no..., no sirve de nada. ¡No hace ningún... caso!

Fflewddur acabó viéndose obligado a descolgar su arpa del hombro, cosa que hizo con bastantes dificultades, y tañó las cuerdas arrancándoles una melodía hasta que Llyan volvió a calmarse.

Poco después del mediodía el bardo oyó las débiles y lejanas notas del cuerno de Taran.

-Están preocupados por nosotros -dijo Fflewddur-. Espero que no tardaremos en reunimos con ellos.

Los compañeros siguieron avanzando a la máxima velocidad posible, pero la distancia que se interponía entre los dos grupos aumentó en vez de disminuir, y al caer la noche tuvieron que detenerse. Estaban tan cansados que se quedaron dormidos enseguida.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha muy temprano, lo que según los cálculos de Fflewddur sirvió para permitirles reducir la distancia que les separaba de Taran y los demás a menos de medio día de viaje. El rey Rhun tenía más ganas que

nunca de llegar a Caer Cadarn, y procuró extraer el máximo de velocidad de su montura gris; pero la yegua era mucho más lenta que Llyan y Lluagor, y Fflewddur y Eilonwy no tenían más remedio que tirar a cada momento de las riendas de sus monturas.

A mediados de la tarde el rey Rhun lanzó un grito de alegría. Caer Cadarn se encontraba a muy poca distancia de ellos. Podían ver con toda claridad el estandarte de Smoit alzándose más allá de los árboles. Los compañeros se disponían a seguir avanzando sin perder ni un momento, pero Eilonwy frunció el ceño y volvió a alzar la mirada hacia el estandarte que revoloteaba al viento.

-Qué extraño... -observó la princesa-. Veo el viejo y alegre oso del rey Smoit, pero a estas alturas Gwydion ya debe de estar allí y no veo ondear el estandarte de la Casa de Don. La reina Teleria me enseñó que la cortesía siempre exige que el noble de un cantrev haga ondear la bandera del Sol Dorado de Don cuando algún miembro de la Casa Real le visita.

-Eso es muy cierto en circunstancias ordinarias -dijo Fflewddur-, pero dudo mucho que Gwydion quiera que alguien pueda enterarse de dónde se halla en estos momentos, le habrá dicho a Smoit que prescindiese de las formalidades, lo cual es una precaución de lo más prudente.

-Sí, claro -replicó Eilonwy-. No tendría que haber pensado en las exigencias de la cortesía. Eres muy listo, Fflewddur.

El bardo sonrió de oreja a oreja.

-Es la experiencia, princesa..., una larga experiencia. Pero no temáis. El tiempo también os traerá esa clase de sabiduría.

-Aun así resulta curioso que las puertas estén cerradas -dijo Eilonwy mientras seguían acercándose al castillo-. Conociendo al rey Smoit lo lógico sería suponer que estarían abiertas de par en par y que habría una guardia de honor esperándonos, con el rey Smoit en persona al frente de ella.

Fflewddur quitó importancia a la observación de la muchacha con un gesto de la mano.

-No tiene nada de extraño -dijo-. El señor Gwydion ha partido para recorrer un camino lleno de peligros, no para embarcarse en una ronda de celebraciones. Yo sé muy bien cómo se hacen estas cosas... He tomado parte en un millar de misiones secretas..., ah..., bueno, puede que en una o dos -se apresuró a añadir-. Ya me esperaba ver Caer Cadarn tan herméticamente cerrado como una ostra, y no me sorprende en lo más mínimo.

-Sí, estoy segura de que estás mucho más enterada que yo acerca de estas cosas -dijo Eilonwy, pero vaciló y forzó la vista para examinar el castillo al que los compañeros se estaban acercando rápidamente-. Pero que yo sepa el rey Smoit no se halla en guerra con sus vecinos. Dos vigías en las murallas tendrían que ser una vigilancia más que suficiente... ¿Para qué necesita tener a todo un grupo de arqueros apostado en ellas?

-Para proteger al señor Gwydion, naturalmente -replicó Fflewddur.

-Pero si nadie sabe que Gwydion se encuentra aquí... -insistió Eilonwy.

-¡Gran Belin! -gritó el bardo mientras tiraba de las riendas de Llyan-. Estás consiguiendo que me empiece a dar vueltas la cabeza. ¿Acaso intentas decir que Gwydion no se encuentra en Caer Cadarn? Si no está allí no tardaremos mucho en enterarnos, y si está allí también nos enteraremos de ello. -Fflewddur se rascó la cabeza desordenando todavía más su ya revuelta cabellera amarilla-. Pero si no está allí entonces... Bueno, ¿por qué no está allí? ¿Qué puede haber ocurrido? Y si está allí entonces no hay nada de qué preocuparse. Pero si no está allí... Oh, maldición y condenación, la verdad es que has conseguido ponerme muy nervioso. No entiendo...

-Yo tampoco lo entiendo -dijo Eilonwy-, Lo único que sé y ni siquiera lo sé con seguridad es que... Bueno, no puedo explicarlo. Yo... Veo al castillo como torcido..., no,

no se trata de ver. ¿Será el sabor? No... ¡Bueno, no importa! -exclamó-. Siento escalofríos y se me ha puesto la piel de gallina, y no me gusta nada. No dudo que tengas mucha experiencia, pero todas y cada una de mis antepasadas fueron encantadoras; y si no hubiera escogido convertirme en una joven dama yo también lo habría sido.

-¡Encantamientos! -murmuró el bardo poniendo cara de incomodidad-. Manteneos alejados de ellos. No metáis las narices en ese tipo de asuntos. También tengo experiencia en eso, y mi experiencia me indica que siempre acaban mal.

-Si la princesa tiene la sensación de que algo anda mal para mí será un placer adelantarme y descubrir qué ocurre -intervino Rhun-. Llamaré a la puerta con toda franqueza y les preguntaré si ha ocurrido algún percance.

-Tonterías -replicó Fflewddur-. Estoy segurísimo de que todo va bien. -Una cuerda del arpa se partió en dos con un sonoro chasquido. El bardo carraspeó-. No, no estoy nada seguro de ello. ¡Oh, qué más da! La chica me ha metido una idea entre ceja y ceja, y ahora no consigo sacármela de la cabeza. Por un lado parece que todo está como debería estar, pero por otro lado parece que nada está como debería estar.

»Bueno, para que te tranquilices de una vez..., ah..., no, para tranquilizarme de una vez -dijo Fflewddur volviéndose hacia la princesa- yo seré el que averigüe lo que está ocurriendo. Soy un bardo que va de un lado a otro, por lo que puedo ir y venir como me plazca. Si algo anda mal nadie sospechará de mí, y si todo va bien el que eche un vistazo antes no habrá perjudicado a nadie. Quedaros aquí. Volveré lo más pronto posible. Cuando estemos sentados a la mesa del rey Smoit nos reiremos cíe todo esto -añadió sin demasiada convicción.

El bardo desmontó, pensando que sería más prudente no atraer la atención yendo montado sobre Llyan.

-Y tú intenta no hacer ninguna travesura -advirtió a Glew-. No me gusta nada tener que perderte de vista, pero Llyan no apartará los ojos de ti. Tiene la vista mucho más aguda que la mía..., y los dientes mucho más grandes y afilados.

El bardo avanzó a pie hasta el castillo. Pasado un rato, Eilonwy vio abrirse las puertas, y Fflewddur desapareció detrás de ellas. Después todo quedó en silencio.

Al anochecer la muchacha ya estaba considerablemente alarmada, pues no había ni rastro del bardo. Los compañeros se habían ocultado en un bosquecillo para aguardar el regreso de Fflewddur, pero Eilonwy se sentía incapaz de seguir esperando. Se puso en pie y contempló el castillo con cara de preocupación.

-¡Todo va terriblemente mal! -exclamó, dando un impaciente paso hacia adelante.

El rey Rhun la obligó a retroceder.

-Quizá no -dijo-. En tal caso Fflewddur habría vuelto inmediatamente para advertirnos. Estoy seguro de que Smoit le ha invitado a cenar, o... -Rhun aflojó la espada en su vaina-. Iré a echar un vistazo.

-¡No, no lo harás! -gritó Eilonwy-. Tendría que haber ido yo. Oh, no sé por qué permití que Fflewddur me convenciera de que sería mejor que fuese en mi lugar.

Pero Rhun insistió. Eilonwy se negó a dejarle marchar. La disputa que siguió, apasionada aunque mantenida en susurros, fue interrumpida por la repentina aparición del bardo. Fflewddur entró en el bosquecillo jadeando y tambaleándose.

-¡Es Magg! ¡Les ha capturado a todos! -Si su voz hubiera tenido color éste habría sido tan grisáceo como el que revelaban los rayos de luna que caían sobre su rostro-. ¡Están cautivos! ¡Prisioneros! ¡Atrapados!

Eilonwy y Rhun escucharon con expresiones de perplejidad el relato de lo que Fflewddur había logrado descubrir.

-Los guerreros no saben quiénes son los prisioneros, sólo que aparte de Smoit hay cuatro hombres más encerrados por traición. ¡Oh, sí, vaya traición! ¡Les han engañado contándoles no sé qué historias! Pero hay algo más que eso, un plan oculto que no he logrado descubrir. Creo que los centinelas tenían órdenes de hacer prisionero a quien

entrara en el castillo. Por suerte esas órdenes no parecían incluir a los bardos errabundos. Es tan normal que un bardo aparezca de repente y se gane la cena cantando que a los centinelas no les extrañó en lo más mínimo mi presencia, aunque no dejaron de vigilarme ni un momento y no permitieron que me acercara a la Gran Sala de Smoit o al cuarto de las viandas en el que han encerrado a los prisioneros; pero vi un momento a Magg. ¡Oh, esa araña rastrera y sus sonrisitas burlonas! ¡Si pudiera haberle atravesado con mi espada allí mismo!

»Los guerreros me tuvieron allí tocando el arpa hasta que pensé que se me iban a caer los dedos -concluyó apresuradamente-. De no haber sido por eso habría regresado hace mucho rato. No me atrevía a dejar de tocar por miedo a que se olieran que algo iba mal. ¡Ah, sí, hay algo que oler y es la pestilencia que desprende esa rata llamada Magg! -gritó con furia.

-¿Cómo vamos a rescatarles? -preguntó Eilonwy-. No me importa por qué están encerrados. Ya nos enteraremos después. Lo primero es sacarles de allí.

-No podemos -respondió Fflewddur con desesperación-. Es imposible..., por lo menos no siendo sólo cuatro. Y digo cuatro contando a Glew, con el que no se puede contar en ninguna circunstancia.

Glew soltó un bufido. Normalmente el hombrecillo no demostraba interés por nada que no le afectase de una forma muy directa, pero desde la llegada de Fflewddur parecía estar muy nervioso y preocupado.

-Cuando era un gigante podría haber derribado las murallas -dijo.

-Deja de recordarnos que hubo un tiempo en el que eras un gigante -replicó secamente Fflewddur-. Ahora no lo eres. Nuestra única esperanza es adentrarnos en el cantrev, contar lo que ha ocurrido a uno de los señores del cantrev y conseguir que reúna un grupo de guerreros para atacar el castillo.

-Haría falta demasiado tiempo -exclamó Eilonwy-. ¡Oh, callaros y dejadme pensar!

La muchacha se dirigió de nuevo al claro y volvió los ojos con expresión desafiante hacia el castillo, el cual respondió arrojándole su propio y oscuro desafío. La mente de Eilonwy funcionaba a toda velocidad, pero no conseguía formar ningún plan. Se disponía a dar la espalda al castillo con una exclamación que era mitad sollozo y mitad grito de ira, cuando un movimiento al lado de un árbol cercano atrajo su atención. Eilonwy se quedó inmóvil. No se atrevía a volver la cabeza, pero miró por el rabillo del ojo y vio a una extraña sombra agazapada junto al árbol. La sombra estaba inmóvil cuando no lo había estado antes. Eilonwy fingió que seguía su camino y que avanzaba hacia donde se encontraban Fflewddur y Rhun, pero en realidad se fue acercando poco a poco al árbol.

Y saltó sobre la silueta agazapada moviéndose tan deprisa como Llyan. Una parte de la sombra rodó sobre sí misma yendo en una dirección, y el resto empezó a emitir gritos ahogados. Eilonwy pateó, dio puñetazos y arañó. Fflewddur y el rey Rhun estuvieron a su lado pasado un instante. El bardo agarró a la silueta que se debatía por un extremo, y el rey Rhun la agarró por el otro.

Eilonwy retrocedió y sacó rápidamente su juguete de entre los pliegues de su capa. La esfera empezó a brillar apenas la colocó en la palma de su mano. Eilonwy la acercó un poco más a la silueta que seguía debatiéndose, y el estupor la dejó boquiabierta. Los rayos dorados iluminaron un rostro pálido y lleno de arrugas en el que destacaba una nariz muy larga, que caía hacia una boca fruncida en una mueca melancólica. Mechones de cabellos que parecían telarañas flotaban sobre un par de ojos lacrimosos y aterrorizados que no paraban de parpadear.

-¡Gwystyl! -exclamó Eilonwy-. ¡Gwystyl del Pueblo Rubio!

El bardo aflojó su presa. Gwystyl se irguió, se frotó los flacos brazos y se puso en pie envolviéndose en los pliegues de su capa como si esperara que éstos pudieran defenderle de nuevos ataques.

-Qué alegría volver a veros... -farfulló-. Es un placer, creedme. He pensado en vosotros muy a menudo. Adiós. Lo siento, pero tengo muchísima prisa y no me puedo quedar ni un momento más.

-¡Ayúdanos! -suplicó Eilonwy-. Gwystyl, te lo rogamos... Nuestros compañeros están cautivos en el castillo de Smoit.

Gwystyl se llevó las manos a la cabeza y sus facciones se arrugaron en una mueca de abatimiento.

-Por favor, por favor, no grites -dijo-. Esta noche no me encuentro nada bien. No me siento con fuerzas para aguantar que me griten... ¿Y te importaría dejar de meterme esa luz en los ojos? No, no, es realmente demasiado... Que te tiren al suelo y se te sienten encima es más que suficiente sin que además tengas que ver cómo la gente te pellizca, te grita y te deja medio ciego. Tal como estaba diciendo... Ah, sí, ha sido maravilloso tropezarme con vosotros. Me encantaría ayudaros, naturalmente, pero quizá en otro momento, ¿eh? Cuando no esté tan nervioso y preocupado, ¿de acuerdo?

-Gwystyl, ¿es que no lo entiendes? -gritó Eilonwy-. ¿Es que no has estado escuchando nada de lo que te he dicho? ¿En otro momento? Tienes que ayudarnos ahora mismo. La espada de Gwydion ha sido robada. ¡Dyrnwyn le ha sido arrebatada! ¡Arawn la tiene en su poder! ¿Es que no comprendes lo que eso significa? ¿Cómo va a arreglárselas Gwydion para recuperar la espada si está prisionero y su propia vida corre peligro? Y Taran..., y Coll, y Gurgi...

-Sí, hay días en los que todo parece salir mal -suspiró Gwystyl-. ¿Y qué va a hacer uno en esos casos? Nada, ay, pero espero que las cosas mejorarán, aunque es muy probable que eso no llegue a ocurrir. En fin, no se puede hacer otra cosa, ¿verdad? Sí, ya sé que Dyrnwyn ha sido robada. Es un infortunio lamentable, una situación capaz de desanimar a cualquiera.

-¿Ya lo sabes? -exclamó el bardo-. ¡Gran Belin, habla! ¿Dónde está?

-No tengo ni la más mínima idea -jadeó Gwystyl en un tono tan desesperado que Eilonwy quedó convencida de que la melancólica criatura estaba diciendo la verdad-, pero ésa es la menor de mis preocupaciones en estos momentos. Lo que está ocurriendo en los alrededores de Annuvin... -Gwystyl se estremeció y palmeó su pálida frente con una mano temblorosa-. Los Cazadores se están reuniendo. Los Nacidos del Caldero han salido de sus escondites..., hay huestes enteras de ellos. Nunca había visto a tantos Nacidos del Caldero en toda mi vida. Es algo tan horrible que basta para hacer que a una persona decente le entren ganas de irse a la cama, creedme.

»Ah, y eso no es ni la mitad de lo que está ocurriendo -murmuró Gwystyl con un hilo de voz-. Algunos señores de los cantrevs están reuniendo a sus huestes de guerreros, y sus líderes de guerra celebran consejo en Annuvin. El lugar está lleno de guerreros..., dentro, fuera..., se mire donde se mire hay guerreros por todas partes. Incluso llegué a tener miedo de que descubrieran mis túneles y mis agujeritos de espionaje. Actualmente soy el único centinela del Pueblo Rubio que se encuentra cerca de Annuvin..., lo cual es terrible, porque se me amontona el trabajo.

»Creedme, vuestros amigos se encuentran mucho mejor donde están ahora -se apresuró a seguir diciendo Gwystyl-, Sí, están mucho más seguros, de veras... No importa lo que se les esté haciendo, porque os juro que no puede ser peor que meterse en ese avispero. Si volvéis a verles por casualidad, transmitidles mis más cariñosos saludos. Siento mucho no poder quedarme más tiempo. Lo lamento muchísimo, de verdad, pero voy de camino al reino del Pueblo Rubio. El rey Eiddileg tiene que enterarse de todo esto lo más deprisa posible.

-¡Si el rey Eiddileg se entera de que no has querido ayudarnos desearás no haber abandonado nunca tu puesto de vigilancia! -estalló Eilonwy sin poder contener su indignación por más tiempo.

-Es un viaje muy largo y penoso. -Gwystyl suspiró y meneó aquella cabeza que parecía envuelta en telarañas sin prestar ni la más mínima atención a las palabras de Eilonwy-. Tendré que dar cada paso de él por encima del suelo... Eiddileg querrá saber a qué es debida tanta agitación. No me siento con fuerzas para viajar..., no en mi estado actual, y menos con este clima. El verano habría resultado mucho más agradable para desplazarse. Pero... En fin, no se puede hacer nada al respecto. Adiós, y me despido. Siempre es un placer veros.

Gwystyl se inclinó para recoger un fardo casi tan grande como él. Eilonwy le agarró por el brazo.

-¡Oh, no, nada de eso! -gritó-. Advertirás al rey Eiddileg después de que hayamos liberado a nuestros compañeros. No intentes engañarme, Gwystyl del Pueblo Rubio. Eres mucho más inteligente de lo que dejas ver, pero si no nos proporcionas tu ayuda de buena gana sé cómo he de arreglármelas para conseguirla. ¡Te exprimiré el cuerpo hasta sacártela de las entrañas!

La muchacha alzó las manos disponiéndose a agarrar a la criatura por el cuello. Gwystyl dejó escapar un sollozo desgarrador e hizo un débil intento de defenderse.

-¡No, experimentos no! No, por favor... No podría aguantarlo. Ahora no. Adiós. De veras, no creo que sea el momento más adecuado para...

Mientras tanto Fflewddur estaba contemplando el fardo con cara de curiosidad. El gran bulto informe había rodado hasta quedar cerca de un arbusto cuando Eilonwy se había lanzado sobre Gwystyl. y se hallaba parcialmente deshecho.

-Gran Belin -murmuró el bardo-, qué surtido de objetos más extraño y variado. Esto es peor que ser un caracol y transportar toda su casa a cuestas...

-No es nada, nada en absoluto -se apresuró a decir Gwystyl-. Meramente unas cuantas rosillas para que el viaje resulte un poco más llevadero...

-Creo que obtendríamos mejores resultados examinando este fardo que retorciendo el cuello de Gwystyl -observó Fflewddur, quien se había arrodillado y estaba empezando a hurgar dentro del fardo-. Puede que aquí haya algo bastante más útil que Gwystyl.

-Coged lo que os apetezca -le apremió Gwystyl mientras Eilonwy movía su juguete haciendo caer los rayos de luz sobre el fardo-. Si queréis podéis quedaros con todo. Me da igual. Ya me las arreglaré sin el fardo. Será terriblemente difícil y peligroso, pero ya me las arreglaré...

El rey Rhun se arrodilló al lado del bardo, quien hasta el momento había sacado del fardo unos cuantos jubones forrados con piel de oveja llenos de remiendos y varias capas harapientas.

-¡Asombroso! -exclamó Rhun-. ¡Esto es un auténtico nido de pájaro!

-Sí -suspiró Gwystyl-. Quedaos con todo. Son unas cuantas rosillas que había estado guardando para un momento de apuro. Nunca se sabe cuándo te pueden llegar a hacer falta... Pero ahora todo es vuestro.

-No, gracias -murmuró el bardo-. No queremos privarte de ellas.

Después su apresurado examen reveló cantimploras llenas y vacías, un báculo para caminar de segmentos articulados que permitían doblarlo, un almohadón con un saco de plumas de repuesto, dos trozos de cuerda, unos cuantos sedales y anzuelos de gran tamaño, dos tiendas, gran cantidad de cuñas de hierro y una barra de hierro torcida, un gran pedazo de cuero blando que Gwystyl explicó de mala gana podía ser colocado alrededor de una armazón de sauce quedando convertido en un bote, varios atados de verduras y hierbas secas de gran tamaño y numerosas bolsitas de líquenes de todos los colores.

-Las llevo por razones de salud -dijo Gwystyl señalando las bolsitas-. En los alrededores de Annuvin hace una humedad terriblemente pegajosa... No me ayudan en lo más mínimo, pero siempre es mejor que nada. Aun así podéis...

El bardo meneó la cabeza mientras ponía cara de desesperación.

-Basura inútil. Podríamos tomar prestados los sedales y los anzuelos, aunque para lo que nos van a servir...

-¡Gwystyl, todas tus tiendas, botes y báculos no nos van a dar la respuesta que necesitamos! -exclamó Eilonwy, muy enfadada-. Oh, creo que aun así sería capaz de retorcerte el cuello porque me has agotado la paciencia. ¡Vete de aquí! ¡Sí, será mejor que nos despidamos ahora mismo!

Gwystyl se apresuró a recomponer su fardo sin dejar de lanzar ruidosos suspiros de alivio. Cuando se lo echó al hombro se le cayó de entre los pliegues de la capa una bolsita que intentó recobrar con evidente desesperación.

-Eh, ¿qué es esto? -preguntó Rhun, quien ya había recogido la bolsita y se disponía a entregársela a la nerviosísima criatura.

-Huevos -balbuceó Gwystyl.

-Es una suerte que no quedaran aplastados cuando rodaste por el suelo -dijo Rhun con jovialidad-. Quizá sería mejor que les echáramos un vistazo -añadió mientras desataba el cordoncillo que mantenía cerrada la bolsita.

-¡Huevos! -dijo Fflewddur, y su expresión se volvió un poco menos sombría-. No me importaría comerme un par. No he comido nada desde el mediodía...; esos guerreros me obligaron a estar tocando todo el rato, pero no se tomaron la molestia de alimentarme. Venga, viejo amigo... ¡Tengo tanta hambre que soy capaz de cascar uno y tragármelo crudo!

-¡No, no! -chilló Gwystyl manoteando frenéticamente en un nuevo intento de recuperar la bolsita-. ¡No lo hagas! No son huevos. ¡Te digo que no son huevos!

-Pues tienen todo el aspecto de serlo -observó Rhun echando un vistazo dentro de la bolsita-. Si no son huevos, ¿qué son?

Gwystyl se atragantó y sufrió un violento ataque de toses y suspiros antes de poder responder.

-Humo -jadeó por fin.

# 6 - Un puñado de huevos

-¡Asombroso! -exclamó el rey Rhun-. ¡Humo hecho de huevo! ¿O huevo hecho de humo?

-El humo está dentro -murmuró Gwystyl envolviéndose en los pliegues de su maltrecha capa-. Adiós. Cascad los huevos y el humo saldrá de su interior..., en considerables cantidades. Quedáoslos. Son un regalo que os hago. Si volvéis a ver al señor Gwydion, advertirle de que se mantenga alejado de Annuvin a toda costa. En cuanto a mí, me alegro de que ese lugar haya quedado a mis espaldas y espero no volver nunca. Adiós.

-Gwystyl -dijo secamente Eilonwy agarrando a la melancólica criatura por un brazo-, algo me dice que dentro de esa capa tuya hay más cosas de las que saltan a la vista. ¿Qué más llevas escondido? Venga, quiero la verdad o te prometo tales apretones y retorcimientos que...

-¡No escondo nada! -se atragantó Gwystyl. Soplaba un viento bastante frío, pero había empezado a sudar abundantemente. Sus cabellos parecidos a telarañas colgaban nacidamente sobre su cabeza, y su frente goteaba como si hubiera sido sorprendido por un chaparrón-. Nada, de veras, salvo..., eh..., salvo unos cuantos objetos personales sin importancia. Cosillas, trastos viejos... Si os interesan naturalmente yo...

Gwystyl alzó los brazos y extendió su capa tirando de ella a cada lado, un gesto que le prestó la apariencia de un murciélago de nariz muy larga y expresión entre horrorizada y abatida. Después suspiró y dejó escapar un gemido melancólico mientras los compañeros le observaban con expresiones sorprendidas.

-¡Esto es realmente rarísimo! -exclamó Fflewddur-. Y... ¡Gran Belin, cuántas cosas!

Entre los pliegues de la capa colgaban una docena de sacos de tela, bolsitas de malla y paquetes cuidadosamente envueltos y meticulosamente asegurados a los pliegues. La gran mayoría parecían contener huevos como aquellos que Fflewddur había estado a punto de comerse. Gwystyl sacó una de las bolsitas de malla de la capa y se la entregó a Eilonwy.

-Vaya, vaya... -exclamó Rhun-. ¡Primero huevos, y ahora setas!

Por lo que podía ver la princesa la bolsita de malla sólo contenía unas cuantas setas de gran tamaño cuyos sombreros estaban salpicados de manchitas marrones; pero Gwystyl movió desesperadamente los brazos y empezó a gemir.

-¡Cuidado, cuidado! ¡Si se rompen te chamuscarán el pelo! Dejan escapar una hermosa llamarada..., suponiendo que llegue el momento en que te haga falta algo semejante, claro. Quedaos con todos. Me alegra muchísimo librarme de ellos.

-¡Es justo lo que necesitamos! -exclamó Eilonwy-. Gwystyl, perdona que te amenazara con retorcerte el cuello. -Se volvió hacia el bardo, quien estaba examinando los saquitos y bolsitas con cierta inquietud-. ¡Sí! Esto nos ayudará. Ahora si conseguimos entrar en el castillo...

-Mi querida princesa -dijo Fflewddur-, un Fflam no conoce el miedo, pero no me parece que asaltar una fortaleza llevando en las manos sólo huevos y setas, aunque sean huevos y setas como éstos, sea un plan demasiado sólido. Y sin embargo... -Fflewddur vaciló y acabó chasqueando los dedos-. ¡Gran Belin, quizá podríamos conseguirlo! ¡Esperad! Estoy empezando a ver las posibilidades...

Mientras tanto, Gwystyl había sacado los paquetitos restantes del interior de su voluminosa capa.

-Tomad -suspiró-. Ya que os habéis quedado con la mayoría supongo que da igual que os quedéis con el resto. Venga, quedaros con todo... Adelante, a mí ya me da absolutamente igual.

Los paquetitos que Gwystyl sostenía en su mano temblorosa estaban llenos de lo que parecía ser tierra oscura y pulverulenta.

-Poneos esto en los pies y nadie podrá ver vuestras huellas..., es decir, suponiendo que haya alguien que intente dar con vuestras huellas. Sirve exactamente para eso. Pero si la arrojáis a los ojos de alguien no podrá ver nacía..., al menos durante un ratito.

-¡La situación mejora a cada momento que pasa! -exclamó Fflewddur-. Liberaremos a nuestros amigos de las garras de la araña en un periquete. ¡Qué osada hazaña! ¡Nubes de humo, chorros de fuego, polvo cegador! ¡Y un Fflam al rescate! Ah, eso dará tema para muchas canciones a los bardos. Eh... Dime, viejo amigo, ¿estás seguro de que esas setas funcionan? -preguntó lanzando una mirada de preocupación a Gwystyl.

Los compañeros se apresuraron a volver a la protección del bosquecillo para hacer sus planes. Grandes dosis de persuasión y halagos -y la alusión a que aún era posible recurrir al retorcimiento de cuello y la observación de que el rey Eiddileg no se mostraría nada complacido si no les ayudaba- consiguieron que Gwystyl acabara accediendo a tomar parte en el rescate después de lanzar muchos gemidos y suspiros desgarradores. El bardo quería empezar inmediatamente.

-Mi larga experiencia me ha revelado que en esta clase de asuntos lo más aconsejable es lanzarse a la acción sin perder ni un momento -dijo Fflewddur-. En primer lugar volveré al castillo. Los guerreros ya me conocen, por lo que abrirán las

puertas sin pensárselo dos veces. Llevaré los huevos y las setas de Gwystyl ocultas debajo de mi capa. En cuanto las puertas hayan quedado abiertas..., ¡nubes de humo y chorros de fuego! Los demás estaréis ocultos en las sombras lo más cerca posible de mí. ¡En cuanto yo dé la señal todos entramos corriendo con las espacias desenvainadas y gritando a pleno pulmón!

-¡Asombroso! -exclamó Rhun-, Es un plan que no puede salir mal. -El rey de Mona frunció el ceño-. Claro que por otra parte, y aunque yo no entiendo absolutamente nada de estas cosas, tengo la impresión de que si hacemos eso nos meteremos de cabeza en nuestro propio humo y llamas... Quiero decir que... En fin, los guerreros no podrán vernos, pero nosotros tampoco podremos verles a ellos.

Fflewddur no estaba de acuerdo con él. y se apresuró a menear la cabeza.

-Créeme, amigo mío, ésta es la forma más rápida y segura de triunfar. He rescatado más cautivos que dedos tengo en las manos. -El arpa se tensó y se estremeció, y unas cuantas cuerdas se habrían partido si Fflewddur no hubiera seguido hablando a toda velocidad-. Quería decir que he hecho más planes para rescatar cautivos que decios tengo en las manos, naturalmente... En realidad nunca he llevado a cabo una operación de rescate propiamente dicha.

-Rhun tiene razón -declaró Eilonwy-. Sería peor que tropezar con tus propios pies, y además lo estaríamos arriesgando todo en un solo intento de rescate. No. necesitamos un plan mejor.

El rey Rhun estaba radiante, y parecía sorprendido y encantado de que alguien estuviera de acuerdo con lo que acababa de decir. Sus ojos azul claro parpadearon unas cuantas veces y sus labios esbozaron una tímida sonrisa, después de lo cual se atrevió a volver a hablar.

-Acabo de pensar en el rompeolas que he estado reconstruyendo -dijo en un tono un poco vacilante-. Me refiero al que empezó a construirse desde los dos extremos a la vez... Por desgracia las cosas no salieron tal como yo esperaba, pero la idea era buena. Si pudiéramos hacer algo parecido... No estoy hablando de construir un rompeolas, naturalmente. Lo que sugiero es que nos acerquemos a Caer Cadarn desde varias direcciones distintas.

Fflewddur se encogió de hombros. El que sus sugerencias hubieran sido rechazadas le había dejado un poco alicaído.

Pero Eilonwy asintió.

-Sí. Es el único plan sensato.

Glew lanzó un bufido.

-El único plan sensato es atacar la fortaleza con todo un ejército detrás de vosotros. Cuando era un gigante habría estado más que dispuesto a ayudaros, pero no pienso tomar parte en esta acción.

El hombrecillo se disponía a seguir hablando, pero una mirada del bardo le redujo al silencio.

-No temas -dijo Fflewddur-. Tú y yo estaremos juntos en todo momento. Estarás en buenas manos.

-Bien, somos cinco -intervino Rhun, quien parecía tener muchas ganas de volver a hablar-. Algunos deberían trepar por la muralla de atrás, y los otros tendrían que entrar por la puerta. -El joven rey se puso en pie y sus ojos emitieron destellos de nervioso apasionamiento-. Fflewddur Fflam conseguirá que abran las puertas del castillo, y yo entraré al galope por ellas mientras los demás atacan desde la muralla de atrás.

La mano de Rhun ya se había posado sobre la empuñadura de su espada. Había echado la cabeza hacia atrás, y se alzaba ante los compañeros tan orgullosamente como si todos los reyes de Mona estuvieran a su lado. Cuando siguió hablando lo hizo en un tono de voz tan firme y límpido y tan lleno de alegre entusiasmo que Eilonwy no se atrevió a interrumpirle.

Pero tuvo que acabar haciéndolo.

-Rhun, lo siento, pero... -dijo Eilonwy-. Bueno, me parece que resultarías más útil si te mantuvieras alejado del combate propiamente dicho a menos que llegara a ser absolutamente necesario que intervinieras en él, y creo que Fflewddur estará de acuerdo conmigo. De esa manera estarás a mano cuando te necesitemos, pero no correrás tanto peligro.

La desilusión y el abatimiento nublaron el rostro de Rhun.

-Pero yo...

-Ya no eres príncipe -añadió Eilonwy antes de que Rhun pudiera seguir protestando-. Eres el rey de Mona. Tu vida ya no te pertenece del todo, ¿comprendes? Ahora tienes todo un reino lleno de gente en el que pensar, y no permitiremos que corras más riesgos que los estrictamente necesarios. Incluso así los peligros a los que te enfrentarás ya me parecen excesivos. Si la reina Teleria hubiera podido llegar a adivinar lo que ocurriría..., bueno, para empezar nunca habrías subido al barco para hacer el viaje hasta Caer Dallben.

-¡No comprendo qué tiene que ver mi madre en todo esto! -exclamó Rhun-. Estoy seguro de que mi padre habría querido que yo...

-Tu padre comprendía lo que significa ser un rey -le dijo Eilonwy con dulzura-. Tú debes aprender a entenderlo tal como lo hizo él en su día.

-Taran de Caer Dallben me salvó la vida en Mona -dijo Rhun con voz apremiante-. Estoy en deuda con él, y se trata de una deuda que sólo yo puedo saldar.

-Tienes otra clase de deuda contraída con los pescadores de Mona -replicó Eilonwy-, y ellos tienen todavía más derecho a verla saldada.

Rhun les dio la espalda y se sentó sobre una hamaca con aire abatido dejando que la espada colgara fláccidamente a su lado. Fflewddur intentó animarle dándole una palmadita en el hombro.

-No desesperes -le dijo el bardo-. Si los huevos y las setas de nuestro amigo Gwystyl no dan resultado tendrás una ración de problemas aún más abundante de la que deseas obtener..., igual que todos nosotros.

Ya casi había amanecido, y hacía mucho frío cuando el pequeño grupo salió de su escondite en el bosquecillo y avanzó cautelosamente hacia el castillo en el que no se veía brillar ninguna luz. Cada uno llevaba su parte de los huevos y setas de Gwystyl, y un paquetito de su terroso polvo negro. Describieron un gran círculo, y se fueron aproximando a Caer Cadarn por el lado que se hallaba más oscuro y lleno de sombras.

-Recordad el plan -les advirtió Fflewddur en voz baja-. Todo debe hacerse exactamente tal como lo hemos acordado. Cuando todos nos encontremos en la posición fijada, Gwystyl debe partir por la mitad una de esas setas prodigiosas suyas, y entonces las llamas deberían atraer a los centinelas hacia la parte de atrás del patio de armas. Ésa será vuestra señal -dijo mirando a Eilonwy y Rhun-. Entonces, y no antes, mucho cuidado con eso, tendréis que estar preparados para abrir las puertas del castillo lo más pronto posible, pues supongo que tendremos bastante prisa por salir. Al mismo tiempo yo liberaré a los hombres de Smoit que están encerrados en la sala de guardia. Os ayudarán si llegáis a necesitarles, y mientras tanto yo iré al cuarto de las viandas y sacaré de allí a nuestros amigos. Debemos esperar que esa araña malvada no los haya llevado a algún otro sitio. Si lo ha hecho... Bien, entonces tendremos que improvisar nuevos planes sobre la marcha.

»Y en cuanto a ti, viejo amigo -añadió Fflewddur volviéndose hacia Gwystyl justo cuando las oscuras murallas ya se alzaban sobre ellos-, creo que ha llegado el momento de que cumplas la promesa que nos hiciste.

Gwystyl dejó escapar un prolongado suspiro y su boca se frunció en una mueca mucho más melancólica de lo habitual.



Librodot

-No me encuentro en condiciones de trepar..., por lo menos hoy no. Si pudierais haber esperado un poco... No sé, quizá la semana próxima, o cuando haga mejor tiempo. Bueno, da igual. No se puede hacer gran cosa al respecto, ¿verdad?

La abatida criatura dejó en el suelo los rollos de cuerda que había estado llevando encima del hombro mientras seguía meneando la cabeza con expresión dubitativa. Después fue colocando los gruesos anzuelos sacados de su fardo a lo largo de un trozo de cuerda disponiéndolos en ángulos distintos. El rey Rhun observó con expresión fascinada cómo Gwystyl arrojaba la cuerda al aire impulsándola con gran destreza. Un instante después oyeron un débil raspar metálico procedente del parapeto que se extendía por encima de sus cabezas seguido por el chasquido indicador de que los anzuelos se habían enganchado en una piedra que sobresalía del parapeto. Gwystyl tiró de la cuerda y volvió a colgarse del hombro los rollos restantes.

-¿Crees que ese sedal de pesca tuyo aguantará? -murmuró Rhun.

Gwystyl suspiró y le lanzó una mirada impregnada de lúgubre.melancolía.

-Lo dudo.

Pero empezó a trepar rápidamente por la cuerda sin cejar de lanzar gemidos y balbuceos ininteligibles, y quedó suspendido un instante en el aire antes de que sus pies encontraran las piedras del muro. Gwystyl siguió izándose a lo largo de la cuerda e impulsándose con los pies contra la muralla del castillo, y no tardó en desaparecer.

-¡Asombroso! -exclamó Rhun.

El bardo movió frenéticamente las manos advirtiéndole de que debía guardar silencio.

Un instante después la cuerda-sedal fue subida hasta lo alto del parapeto, y el extremo de una de las cuerdas más gruesas no tardó en bajar hasta ellos. El bardo alzó en vilo a Glew, quien protestó todo lo ruidosamente que se atrevió a hacerlo, y le dio un empujón para que empezara a subir por la cuerda que colgaba de la muralla.

-¡Venga, arriba! -murmuró Fflewddur-. Estaré justo detrás de ti.

Rhun fue el siguiente en trepar mientras el bardo y el antiguo gigante desaparecían entre las sombras. Eilonwy agarró la cuerda y se sintió izada rápidamente hacia lo alto del parapeto. Pasó por encima de éste y se dejó caer sobre una cornisa que sobresalía hacia fuera. Gwystyl ya estaba trotando hacia la parte de atrás del castillo. Fflewddur y Glew se escabulleron en la oscuridad que había más abajo. El rey Rhun sonrió a Eilonwy y se agazapó pegándose a las frías piedras del parapeto.

La luna estaba muy baja, y el cielo se había ennegrecido. Las llamas de una hoguera encendida por la guardia ardían entre las sombras de los edificios silenciosos, los establos y la larga masa oscura que Eilonwy supuso sería la Gran Sala de Smoit. A cierta distancia por el parapeto yendo en dirección a las puertas se podían distinguir las siluetas inmóviles de los centinelas adormilados.

-¡Creo que está lo bastante oscuro! -dijo Rhun en un murmullo jovial-. Me parece que no vamos a necesitar el polvo de Gwystyl. Apenas puedo ver nada.

Eilonwy volvió los ojos hacia la dirección por la que se había alejado Gwystyl esperando que la señal llegara de un momento interminable a otro. Rhun tenía el cuerpo tenso, y estaba preparado para descolgarse por la cuerda.

Un grito resonó en el patio de armas. En el mismo instante una nube de llamas carmesíes surgió de la nada entre las sombras de la Gran Sala.

Eilonwy se levantó de un salto.

-¡Algo anda mal! -gritó-. ¡Fflewddur ha atacado demasiado pronto!

Un instante después de haberse incorporado vio otro chorro de llamas en el extremo del castillo que quedaba a mayor distancia de ellos. Más gritos de alarma resonaron por encima del estrépito de los pies lanzados a la carrera, pero Eilonwy sintió que se le formaba un nudo en la garganta cuando vio que los guerreros no iban hacia el



Librodot

falso ataque de Gwystyl sino hacia la Gran Sala. El patio de armas se había convertido en un hervidero de sombras. Las antorchas empezaron a encenderse aquí y allá.

-¡A las puertas, deprisa! -gritó Eilonwy.

Rhun saltó de la cornisa. Eilonwy se disponía a seguirle cuando distinguió la silueta de un arquero en uno de los puestos de vigilancia de la pared. El arquero corrió hacia ella y se detuvo para tomar puntería.

Eilonwy sacó a toda prisa una seta de entre los pliegues de su capa y se la arrojó al guerrero. El lanzamiento quedó corto y la seta se partió en dos al chocar contra las piedras. Un chorro de llamas brotó de ella y la cegó. Las llamas subieron hacia el cielo formando una nube rugiente que parecía dispuesta a calcinarlo todo. El arquero lanzó un grito de terror y retrocedió tambaleándose. La flecha que acababa de disparar pasó zumbando junto a la cabeza de Eilonwy.

La muchacha se aferró a la cuerda y se dejó caer al patio de armas que se extendía por debajo de ella.

# 7 - El rey de Mona

Mientras tanto y en el cuarto de las viandas Gurgi fue el primero en oír los gritos de alarma. Los sonidos quedaban bastante ahogados por los gruesos muros, pero le hicieron levantarse de un salto antes de que los otros compañeros se enteraran del tumulto que se estaba produciendo fuera de su celda. Habían pasado la noche temiendo que Magg llegara de un momento a otro y buscando infructuosamente alguna forma de escapar. Sus esfuerzos les habían dejado agotados, y acabaron acostándose por turnos para sumirse en un sopor inquieto después de haberse dicho que la única esperanza que les quedaba era la de vender caras sus vidas cuando los centinelas por fin vinieran a buscarles.

-¡Trancazos y tortazos! -gritó Gurgi-. ¿Son por los pobres y cansados cautivos? ¡Sí, sí, tienen que serlo! ¡Sí, estamos aquí! Corrió hacia la puerta y empezó a gritar pegando el rostro a la abertura protegida con barrotes.

Taran oyó lo que parecía ser un entrechocar de espadas. Un instante después Coll y el rey Smoit ya estaban detrás de él. Gwydion había llegado a la puerta en dos zancadas, y apartó de la abertura al excitado Gurgi.

-Cuidado -les advirtió secamente-. Fflewddur Fflam quizá haya encontrado una forma de liberarnos, pero si se ha llegado a dar la alarma en el castillo Magg quizá nos mate antes de que nuestros camaradas puedan salvarnos.

Oyeron pisadas en el exterior, y un instante después el cerrojo de la gruesa puerta empezó a emitir chasquidos y crujidos metálicos. Los compañeros retrocedieron y se agazaparon preparándose para saltar sobre sus captores. La puerta se abrió de par en par y Eilonwy entró corriendo en la celda.

-¡Seguidme! -gritó. La princesa sostenía su juguete brillantemente iluminado en una mano levantada, y con la otra cogió un saquito que llevaba colgando del cinturón-. Cogedlos. Las setas son fuego, los huevos humo... Arrojádselos a cualquiera que os ataque. Ah, y este polvo les cegará.

»No he podido encontrar armas -siguió diciendo a toda prisa-. He liberado a los guerreros de Smoit, pero Fflewddur está atrapado en el patio de armas. Todo ha salido mal. ¡Nuestro plan ha fracasado!

Smoit corrió hacia la puerta lanzando alaridos de rabia.

-¡Quédate con tus setas y tus huevos de gallo! -rugió-. ¡Mis manos me bastan y me sobran para retorcer el cuello de un traidor!

Gwydion cruzó el umbral de la celda de un salto. Cotí y Gurgi le siguieron, y Taran echó a correr detrás de Eilonwy. Taran salió de los pasillos de la Gran Sala y

emergió de ellos para internarse en algo que no era ni luz del día ni oscuridad. Inmensas nubes de un espeso humo blanco se alzaban en el patio de armas medio ocultando el cielo del amanecer. Eran como olas ondulantes en continuo movimiento que cambiaban de forma y dirección según los caprichos del viento, y tan pronto se disipaban un momento para mostrar a un grupo de guerreros enzarzados en un feroz combate como volvían a espesarse un instante después cayendo sobre ellos igual que una marea impenetrable. Aquí y allá se alzaban rugientes columnas de llamas que se retorcían entre la humareda.

Taran perdió de vista a Eilonwy y empezó a abrirse paso entre las nubes que se arremolinaban a su alrededor. Un guerrero alzó su espada y le lanzó un mandoble. Taran se tambaleó intentando escapar al golpe. Alzó una mano y arrojó la pequeña cantidad cíe polvo que sostenía en la palma hacia el rostro del hombre. El guerrero retrocedió como si estuviera aturdido. Sus ojos abiertos al máximo no veían nada. Taran arrancó la espada de entre los dedos del perplejo centinela y se alejó a la carrera.

-¡Un Smoit! ¡Un Smoit!

El grito de guerra del rey de la barba pelirroja resonó en la dirección de los establos. Antes de que el humo volviera a invadir sus ojos, Taran tuvo un fugaz atisbo del furioso Smoit armado con una enorme guadaña que movía frenéticamente a su alrededor haciendo pensar en un oso convertido en segador.

Pero el infortunado Gurgi había tropezado y caído al suelo sin haberse desprendido de los huevos que llevaba en la palma de la mano. El humo le envolvió al instante. Durante un momento, Taran sólo pudo ver un par de brazos peludos, que se agitaban de un lado a otro, y que no tardaron en desaparecer dentro de las nubes de humo. Gurgi giró sobre sí mismo aullando con toda la potencia de sus pulmones, y echó a correr a ciegas siguiendo la dirección en la que quisieran llevarle sus pies. Los guerreros gritaron y se apresuraron a escapar de aquel temible torbellino.

Taran comprendió que el rey Smoit estaba intentando agrupar a sus hombres a su alrededor, e intentó abrirse paso hasta los establos. Coll apareció a su lado durante unos momentos. El robusto guerrero acababa de obtener una espada de un oponente caído. Coll arrojó a un lado la azada que le había servido como arma hasta aquel instante y se lanzó sobre los espadachines que acosaban a Fflewddur Fflam. Taran se unió a la contienda y asestó potentes mandobles a derecha e izquierda.

Los guerreros de Magg retrocedieron. El bardo se reunió con Taran y los dos cruzaron el patio de armas a la carrera.

-¿Dónde está Rhun? -gritó Taran.

-¡No lo sé! -jadeó Fflewddur-. Él y Eilonwy tenían que abrirnos las puertas, pero por el Gran Belin que no tengo ni idea de qué ha ocurrido desde el momento en el que se suponía que lo harían. Todo ha cambiado. Uno de los hombres de Magg pisó a Glew, y nos descubrieron antes de que pudiéramos dar un paso más. A partir de entonces la confusión fue total. En cuanto a Glew, no sé dónde puede estar..., aunque debo decir que la pequeña comadreja se portó francamente bien, y Gwystyl también.

-¿Gwy-Gwystyl? -tartamudeó Taran-. Pero ¿cómo...?

-Olvídalo -replicó Fflewddur-. Ya te lo contaremos después..., si es que hay un después.

Ya casi habían llegado a los establos. Taran vio a Gwydion. La cabellera gris como el pelaje de un lobo del príncipe de Don se alzaba por encima del remolino de guerreros; pero el alivio que sintió Taran al ver que Gwydion se encontraba bien no tardó en esfumarse y ser sustituido por la desesperación, pues a pesar de las nubes de humo que flotaban cíe un lado a otro Taran pudo ver que el combate se estaba decantando en contra de los compañeros. Sólo un puñado de los hombres de Smoit habían logrado reagruparse para el ataque. Los demás estaban aislados y luchaban por todo el patio de armas.



Librodot

-¡A las puertas! -ordenó Gwydion-. ¡Huid tocios los que podáis hacerlo!

Taran se dio cuenta de que el pequeño grupo estaba terriblemente superado en número, y le dio un vuelco el corazón. Volvió la mirada hacia las puertas, y logró ver que estaban abiertas; pero más guerreros de Magg se habían unido al contingente inicial y el camino a la salvación estaba bloqueado.

De repente una figura montada a caballo entró al galope en el patio. Era Rhun. El rostro de muchacho del rey de Mona estaba iluminado por el resplandor de la furia. La yegua se encabritó y se lanzó a la contienda, y Rhun hizo girar su espada trazando círculos por encima de su cabeza.

-¡Arqueros, seguidme! -gritó con toda la potencia de sus pulmones-, ¡Entrad todos en el patio! -Hizo volver grupas a la yegua y movió la espada de un lado a otro. Sus palabras resonaron por encima del estrépito de las armas-. ¡Lanceros, por aquí! ¡Venga, daros prisa!

-¡Ha traído ayuda! -gritó Taran.

-¿Ayuda? -repitió el bardo poniendo cara de perplejidad-, ¡No hay ninguna ayuda disponible en leguas a la redonda!

Rhun no había dejado de galopar ni un instante por entre los guerreros trabados en combate, y seguía gritando órdenes como si todo un ejército avanzara detrás de él.

Los hombres de Magg se volvieron para enfrentarse al enemigo invisible.

-¡Es un truco! -exclamó Fflewddur- ¡Está loco! ¡No funcionará!

-¡Pero está funcionando!

Taran recorrió el patio de armas con la mirada y vio que sus atacantes empezaban a dispersarse y se estaban dejando dominar por la confusión mientras intentaban plantar cara a lo que imaginaban un grupo de atacantes recién llegados. Taran se llevó el cuerno a los labios y sopló las notas de la orden de carga. Los hombres de Magg vacilaron, creyendo que ahora el enemigo se encontraba a su espalda.

Y en ese instante Llyan entró por las puertas del castillo. Los hombres que la vieron lanzaron gritos de terror cuando la enorme gata saltó hacia adelante. Llyan no prestó ninguna atención a los guerreros, y atravesó el patio con la velocidad del rayo mientras los guerreros dejaban caer sus armas y huían ante ella.

-¡Me está buscando! -gritó Fflewddur-. ¡Estoy aquí, vieja amiga!

Los hombres del rey Smoit aprovecharon la oportunidad y lanzaron un feroz ataque. Muchos de los guerreros de Magg ya habían huido. Estaban tan aterrorizados que se dejaron cegar por el pánico, y se asestaron tajos y mandobles los unos a los otros. Rhun siguió galopando y se desvaneció entre el humo.

-¡Ah, cómo ha conseguido engañarles! -gritó jubilosamente Fflewddur-. Los huevos y las setas nos han ayudado, desde luego..., ¡pero de no haber sido por Rhun jamás lo habríamos conseguido!

El bardo corrió hacia Llyan. Taran vio que Gwydion había conseguido montar. Melyngar cruzó el patio como una exhalación agitando sus crines doradas con Gwydion a la grupa lanzándose en persecución de los enemigos que intentaban retirarse. Smoit y Coll también habían conseguido montar a caballo, y Gwystyl galopaba detrás de ellos. Los guerreros de Smoit no tardaron en unirse a la persecución. Taran corrió en busca de Melynlas, pero oyó que Eilonwy gritaba su nombre antes de que hubiera podido llegar a los establos. Taran giró sobre sí mismo, y vio que la muchacha tenía el rostro manchado de hollín y el vestido lleno de desgarrones, y que movía desesperadamente las manos indicándole que se reuniera con ella.

-¡Ven! -gritó Eilonwy-. ¡Rhun está malherido!

Taran la siguió a la carrera. La yegua de Rhun estaba inmóvil junto al muro más alejado con la silla de montar vacía. El rey de Mona estaba sentado en el suelo con las piernas extendidas delante de él y la espalda apoyada en una carreta que aún humeaba y

echaba chispas debido a las setas de fuego de Gwystyl. Gurgi y Glew, ambos desarmados, se encontraban junto a él.

-¡Hola, hola! -murmuró Rhun mientras les saludaba con una mano.

Su rostro estaba blanco como la nieve.

-La victoria es nuestra -dijo Taran-. Sin vos el resultado de la batalla habría sido muy distinto. No os mováis -le advirtió.

Se inclinó sobre el joven rey y aflojó su jubón manchado de sangre. Taran frunció el ceño. Una flecha se había hundido en el costado de Rhun, y el astil estaba roto.

-¡Es asombroso! -dijo Rhun con un hilo de voz-. Nunca había tomado parte en una batalla, y no estaba seguro de..., no estaba seguro de nada. Pero debo decir que me pasaron por la cabeza toda clase de ideas rarísimas. No paraba de pensar en el rompeolas del puerto de Mona. Resulta sorprendente, ¿verdad? Sí, vuestro plan ha funcionado estupendamente -murmuró Rhun. Sus ojos se movieron lentamente de un lado a otro, y de repente pareció muy joven. Era como si se hubiese perdido y estuviera un poco asustado-, Y creo..., creo que me alegrará mucho volver a casa.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y Taran se apresuró a inclinarse sobre él.

Fflewddur acababa de aparecer con Llyan pisándole los talones.

-Así que estás aquí, viejo amigo -dijo mirando a Rhun-. Ya te dije que no serían problemas lo que nos faltaría. ¡Pero tú nos has sacado del lío! Oh, los bardos compondrán canciones sobre ti...

Taran alzó el rostro hacia Fflewddur. La pena y el dolor nublaban su mirada.

-El rey de Mona ha muerto.

Los compañeros erigieron un túmulo funerario a poca distancia de Caer Cadarn. Trabajaron en silencio y con el corazón lleno de tristeza. Los guerreros de Smoit les ayudaron, y cuando llegó el ocaso jinetes con antorchas desfilaron lentamente alrededor del túmulo en honor del rey de Mona.

Cuando la última llama se hubo extinguido Taran fue hasta el túmulo y se detuvo delante de él.

-Adiós, Rhun, Hijo de Rhuddlum. Tu rompeolas no está terminado -dijo en voz baja-, pero te prometo que tu obra no quedará inacabada. Tus pescadores dispondrán de un puerto seguro aunque deba construírselo con mis propias manos.

Gwydion, Coll y el rey Smoit volvieron poco después de que hubiera anochecido. Magg había logrado eludirles, y la persecución infructuosa les había agotado y dejado sin ánimos. Ellos también lloraron la muerte de Rhun y rindieron honores a todos los guerreros que habían caído en el combate. Después Gwydion precedió a los compañeros hasta la Gran Sala.

-Arawn, el Señor de la Muerte, no nos deja mucho tiempo que dedicar a la pena, y me temo que antes de que nuestra empresa haya terminado tendremos que llorar a otros - dijo-. Ahora debo hablaros de una elección que ha de ser meditada cuidadosamente.

»Gwystyl del Pueblo Rubio nos ha dejado, y ha reemprendido su viaje al reino del rey Eiddileg. Antes de que nos separásemos me contó más cosas sobre las huestes que Arawn está reuniendo en sus dominios. Las palabras de Magg no eran una mera fanfarronada maliciosa. Tanto Gwystyl como yo opinamos que Arawn tiene intención de derrotarnos en una última batalla definitiva. En estos mismos momentos sigue aumentando la potencia de sus ejércitos.

«Permitir que Dyrnwyn siga en manos de Arawn supone correr un riesgo muy grave.., quizá fatal -siguió diciendo Gwydion-, pero ahora tenemos que enfrentarnos al peligro más acuciante. No seguiré intentando recuperar la espada negra. Sea cual sea la fuerza que pueda prestar a Arawn, yo usaré la mía para plantarle cara hasta la muerte. No cabalgaré hacia Annuvin, sino a Caer Dathyl para reunir a los Hijos de Don.

Todos permanecieron en silencio durante unos momentos.

-Creo que habéis escogido sabiamente, príncipe de Don -dijo Coll por fin.

Smoit y Fflewddur Fflam asintieron con la cabeza.

-Ojalá yo pudiera estar tan seguro de ello como vosotros... -replicó Gwydion con voz apenada-. Bien, que así sea. Taran se puso en pie y se encaró con Gwydion. -¿No hay ninguna forma de que uno de nosotros pueda entrar en la fortaleza del

Señor de la Muerte? -preguntó-. ¿Tenemos que renunciar a la búsqueda de Dyrnwyn?

-Te he leído los pensamientos, Ayudante de Porquerizo -replicó Gwydion-. Me servirás mucho mejor si obedeces mis órdenes. Gwystyl nos ha advertido de que ir a Annuvin sólo puede significar un desperdicio de vidas..., y todavía más que eso, pues supondría malgastar un tiempo precioso. La naturaleza de Gwystyl le impulsa a ocultar su verdadera naturaleza, pero en todo el Pueblo Rubio no hay quien le supere en astucia o quien sea más digno de confianza que él. He decidido hacer caso de su advertencia, y lo mismo debéis hacer todos vosotros.

»Gwystyl me ha prometido que hará cuanto esté en sus manos para proporcionarnos la ayuda del Pueblo Rubio -siguió diciendo Gwydion-. El rey Eiddileg no siente un gran aprecio hacia la raza de los hombres, pero incluso él debe poder ver que la victoria de Arawn contaminaría a todo Prydain. El Pueblo Rubio sufriría las mismas calamidades que nosotros.

»Pero no podemos correr el riesgo cíe confiar excesivamente en Eiddileg. Nuestros ejércitos tienen que ser puestos en pie de guerra, y es preciso agrupar a nuestra hueste de guerreros. En esta labor la mayor ayuda a la que podemos aspirar vendrá del rey Pryderi de los Dominios del Oeste. Ningún señor de Prydain tiene a sus órdenes un ejército más poderoso. Su lealtad a la Casa de Don es firme, y existen fuertes lazos de amistad entre nosotros. Enviaré un mensaje a Pryderi, y le rogaré que una su hueste a las nuestras en Caer Dathyl.

»Todos debemos encontrarnos allí -añadió Gwydion-. Antes de que llegue ese momento, pido al rey Smoit que reúna a todos los guerreros leales de su cantrev y de los dominios más cercanos al suyo. -Gwydion se volvió hacia el bardo-. Fflewddur Fflam, Hijo de Godo, tú eres rey en tus Dominios del Norte. Vuelve allí lo más deprisa posible. Te confío la misión de poner en pie de guerra a todos los cantrevs del norte.

»Y en cuanto a ti, Ayudante de Porquerizo -dijo Gwydion, viendo la pregunta que ardía en los ojos de Taran-, la tarea que te espera es igualmente apremiante. Los habitantes de los Commots Libres te conocen bien. Te confío la misión de formar una hueste lo más numerosa posible entre ellos. Ponte al frente de todos los que quieran seguirte hasta Caer Dathyl. Gurgi y Coll, Hijo de Collfrewr, cabalgarán contigo; y también lo hará la princesa Eilonwy. Su seguridad queda en tus manos.

-Me alegra que no se haya hablado de enviarme a casa -murmuró Eilonwy.

-Gwystyl me ha contado que muchos de los vasallos de Arawn ya se han puesto en movimiento -le dijo Coll-, por lo que los cantrevs del valle se han vuelto demasiado peligrosos. Si no fuera por eso, princesa -añadió sonriendo-, ya haría tiempo que habríais emprendido el camino de vuelta a Caer Dallben.

Gwydion y Fflewddur Fflam salieron de Caer Cadarn bastante antes de que amaneciera para seguir cada uno por su camino. El rey Smoit salió del castillo después de haberse preparado para la batalla, y con él fueron el señor Goryon y el señor Gast, quienes aunque tarde para serle de alguna ayuda se habían enterado del ataque sufrido por su rey y se habían apresurado a reunirse con él. La amenaza del peligro común hizo que los dos rivales se olvidaran de sus querellas. Goryon decidió no considerar como un insulto cada palabra que salía de los labios cíe Gast, y Gast se abstuvo de ofender a Goryon, y ninguno de los dos sacó a relucir ni una sola vez el tema de las vacas.

Esa misma mañana un granjero de cabellera canosa y cuerpo nervudo fue hacia Taran en el patio de armas del castillo. Era Aeddan, quien le había ofrecido su amistad

hacía ya mucho tiempo en el cantrev de Smoit. Los dos se estrecharon las manos efusivamente, pero el rostro cíe Aeddan estaba muy serio.

-Ahora no hay tiempo para hablar del pasado -dijo Aeddan-. Te ofrezco mi amistad..., y esto -añadió desenvainando una espada oxidada-. Ha sido útil en una ocasión y puede volver a serlo. Dime hacia dónde cabalgas e iré contigo.

-Valoro la espada, y valoro todavía más al hombre que la lleva al cinto -replicó Taran-, pero tu lugar está con tu rey. Síguele y no pierdas la esperanza de que tú y yo volvamos a encontrarnos en un día menos aciago.

Taran y los compañeros restantes permanecieron en el castillo de Smoit tal como había ordenado Gwydion. Todos tenían la esperanza de que Kaw apareciera para darles nuevas noticias, pero cuando el día siguiente no trajo consigo ni rastro del cuervo empezaron a prepararse para la partida. El bordado de Eilonwy no había sufrido ningún daño, y la princesa lo dobló cuidadosamente.

-Ahora eres un líder de guerra -le dijo con orgullo a Taran-, pero nunca he oído hablar de un líder de guerra que no tuviera un estandarte de combate.

Eilonwy unió el bordado que aún no había terminado a la punta de una lanza mediante tiras de cuero. -Ya está -dijo-. Puede que Hen Wen no resulte muy aterradora como emblema, pero aun así creo que es el más adecuado para un Ayudante de Porquerizo.

Salieron por las puertas del castillo. Gurgi cabalgaba al lado de Taran llevando el estandarte lo más arriba posible, y el viento hizo ondear la enseña de la Cerda Blanca. Espesos nubarrones se habían acumulado sobre la fortaleza ennegrecida por el humo y el túmulo funerario, cuya tierra recién amontonada ya estaba cubierta de escarcha. No tardaría en nevar.

# 8 - Los mensajeros

Kaw había volado en línea recta hacia Annuvin désele el momento en que salió de Caer Dallben. Cuando se hallaba en las alturas el ave disfrutaba jugando en las ilimitadas extensiones del cielo y le encantaba flotar y deslizarse sobre los rebaños de ovejas blancas que eran las nubes, pero esta vez Kaw hizo a un lado toda tentación de entretenerse con el viento y no se desvió en lo más mínimo de su rumbo. El Avren relucía muy por debajo de él como si fuera un hilillo larguísimo de plata fundida; las copas de los árboles se alzaban negras y desnudas de hojas, interrumpidas de vez en cuando por extensiones de pinares de un verde oscuro que seguían las curvas de las colinas. Kaw siguió volando en dirección noroeste sin descansar apenas durante las horas del día. Sólo bajaba a la tierra para encontrar refugio entre las ramas de un árbol a la llegada del ocaso, cuando ni siquiera los agudos ojos del cuervo podían ver más allá de las sombras que se iban espesando poco a poco.

Voló durante días a gran altura por encima de las nubes para aprovechar las mareas de los vientos que le arrastraban tan deprisa como una hoja caída en un arroyo; pero cuando estaba pasando por encima del bosque de Idris acercándose cada vez más a los escarpados picachos de Annuvin, Kaw interrumpió su vuelo planeado y empezó a descender hacia el suelo manteniéndose alerta para captar cualquier movimiento en los pasos de montaña. Poco después divisó una columna de guerreros fuertemente armados que avanzaba en dirección norte. Cuando estuvo un poco más cerca de ellos pudo ver que eran Cazadores de Annuvin. Les siguió durante un rato, y cuando la columna hizo un alto acampando entre la espesura y los troncos achaparrados de los árboles Kaw aleteó hasta una rama baja y se instaló en ella. Los Cazadores se acuclillaron delante de las hogueras para cocinar y prepararon su comida del mediodía. El cuervo ladeó la



Librodot

cabeza y escuchó con toda su atención, pero los murmullos en los que hablaban le revelaron muy poco hasta que oyó las palabras «Caer Dathyl».

Kaw decidió cambiar de posición y voló hasta una rama más cercana. Un Cazador, un guerrero de aspecto bestial envuelto en una piel de oso, se fijó en el ave. El guerrero acogió aquella oportunidad de divertirse con una sonrisa llena de crueldad, y alargó las manos hacia su arco poniendo una flecha en la cuerda. Tomó puntería con gran rapidez y disparó la saeta. Los movimientos del Cazador habían sido muy veloces, pero los agudos ojos del cuervo los siguieron con idéntica velocidad. Kaw batió las alas y esquivó la flecha, que atravesó las ramas secas a poca distancia por encima de su cabeza haciendo mucho ruido. El Cazador maldijo tanto la flecha que había perdido como al cuervo, y se dispuso a volver a tensar la cuerda del arco. Kaw estaba tan satisfecho de sí mismo que lanzó un graznido gutural, y revoloteó raudamente por encima de los árboles con la intención de trazar un círculo y volver en busca de un puesto de escucha más seguro.

Y entonces aparecieron los gwythaints.

Kaw estaba tan absorto en su decisión de volver al campamento de los Cazadores que tardó un momento en captar el vuelo de aquellas tres aves enormes. Los gwythaints emergieron de un banco de nubes y se lanzaron hacia abajo con un rapidísimo batir de sus negras alas. La autosatisfacción de Kaw se desvaneció al instante. El cuervo se desvió para apartarse de su ataque e hizo un esfuerzo desesperado para ganar altura, pues no se atrevía a permitir que aquellas criaturas mortíferas dominaran el cielo por encima de él.

Los gwythaints también se desviaron rápidamente. Uno de ellos se separó de sus congéneres para perseguir al cuervo que huía. Los otros se elevaron hacia las nubes con vigorosos aleteos para emprender un nuevo ataque.

Kaw se obligó a seguir subiendo, y el gwythaint sólo había logrado acortar un poco la distancia que les separaba cuando el cuervo se abrió paso a través de un mar de neblina para emerger en una inmensidad barrida por el sol y tan llena de luz que casi le dejó cegado.

Los otros dos gwythaints estaban esperándole y se dejaron caer sobre él mientras lanzaban chillidos de furia. El perseguidor que tenía detrás empujó al cuervo hacia las criaturas que se le aproximaban. Kaw pudo ver los destellos de los picos relucientes y los ojos rojos como la sangre. Los gritos de triunfo de los gwythaints desgarraron el vacío del cielo. El cuervo frenó su avance fingiendo confusión. Cuando los gwythaints ya casi estaban encima de él invirtió todas sus energías en un desesperado batir de alas que le hizo salir disparado hacia adelante llevándole más allá de las garras tan afiladas como dagas.

El cuervo no había logrado escapar sin daños. Un gwythaint le había herido debajo del ala. Kaw logró zafarse de sus enemigos a pesar del dolor que le aturdía. El cielo abierto no le ofrecía ningún refugio, y ya no podía confiar en la rapidez de su vuelo para que le salvara. El cuervo descendió a toda velocidad hacia el suelo.

Los gwythaints no se dejaron engañar. El olor de la sangre les había enloquecido, y no estaban dispuestos a permitir que su presa se les escapara tan fácilmente. Se lanzaron en pos del cuervo para alcanzarle e impedir que llegara al bosque que se extendía bajo él.

Los árboles más altos subieron rápidamente hacia Kaw. El cuervo evitó sus copas y siguió descendiendo hacia los matorrales. El amasijo de ramas hizo que sus perseguidores tuvieran que ir más despacio. Kaw se deslizó a muy poca altura por encima del suelo sin que su vuelo se hiciera más lento por ello, y se fue internando más y más en el laberinto de maleza y arbustos. Las enormes alas de los gwythaints que tan bien les habían servido en las alturas pasaron a convertirse en un estorbo impidiéndoles atrapar a su presa. Las criaturas lanzaron chillidos de rabia, pero no hicieron ningún

intento de internarse en el bosque. El cuervo se había comportado con la astucia de un zorro, y había buscado el refugio del suelo.

La luz del día ya había empezado a debilitarse. Kaw se preparó para pasar una noche de dolores e incomodidades. Al amanecer revoloteó cautelosamente hasta la copa de un árbol. Los gwythaints se habían ido, pero sus sentidos le dijeron que la persecución le había obligado a volar hacia el este alejándole considerablemente de Annuvin. El cuervo se dejó caer envaradamente del árbol y movió las alas hasta remontar el vuelo. Caer Cadarn se encontraba al sur, y quedaba más allá del alcance de sus cada vez más escasas fuerzas. Tenía que tomar una decisión deprisa mientras aún seguía quedándole vida y aliento. Kaw trazó un círculo en el cielo y voló pesadamente hacia su nuevo objetivo y su única esperanza.

Volar se había convertido en un tormento constante. Las alas le fallaban a menudo, y sólo las mareas de los vientos le mantenían en el cielo. Ya no podía viajar durante todo un día. Su herida le obligó a posarse cuando aún faltaba mucho para que llegara el ocaso, y no le quedó más remedio que esconderse entre los árboles. Tampoco podía volar más cerca del calor del sol, y estaba obligado a desplazarse a muy poca altura por encima del suelo, tan cerca de él que casi rozaba las copas de los árboles. Las tierras que se extendían por debajo de él parecían cobrar vida y llenarse de guerreros, tanto a pie como a caballo. Cuando se detenía para recuperar fuerzas Kaw se enteraba de su destino, y averiguó que, al igual que los Cazadores, todos iban hacia la fortaleza de los Hijos de Don. El aguijón de la alarma acabó imponiéndose al del dolor, y Kaw reemprendió el vuelo.

Y por fin, cuando ya llevaba un buen rato envuelto en el frío entumecedor de las montañas que se alzaban al noreste del río Ystrad, Kaw creyó distinguir lo que había estado buscando. El valle rodeado por las murallas verticales de los riscos y acantilados era un nido de verdor que destacaba entre las cimas coronadas de nieve. Una casita se hizo visible. La superficie azul de un lago brillaba bajo los rayos del sol. Una forma alargada que tenía los contornos de una embarcación resaltaba en el lado protegido de la ladera de una montaña. Los costillares y cuadernas del navío estaban recubiertos de musgo. Kaw se dejó caer hacia el valle con un débil batir de alas y se precipitó sobre él como si fuese una piedra.

Cuando sus ojos se cerraron fue vagamente consciente de unas mandíbulas que le sujetaban con firmeza y le alzaban de la hierba, y oyó una voz grave.

-Bien, Brynach, ¿qué nos has traído? -preguntó la voz.

Y el cuervo ya no se enteró de nada más.

Cuando volvió a abrir los ojos yacía sobre un blando nido de cañizo en una habitación llena de sol. Estaba muy débil, pero ya no sentía dolor. Le habían vendado la herida. Cuando agitó débilmente las alas un par de manos muy fuertes le alzaron con gran destreza y le calmaron.

-Despacio, despacio -dijo una voz-. Me temo que vas a estar atado a la tierra durante algún tiempo...

El rostro nudoso y lleno de arrugas de aquel hombre de barba blanca hacía pensar en un viejo roble envuelto por una ventisca de nieve. Su cabellera blanca colgaba por debajo de unos hombros muy anchos y nervudos, y una gema azul relucía en la banda de oro que circundaba su frente. Kaw no lanzó sus graznidos y chillidos de costumbre, y se limitó a inclinar humildemente la cabeza. Nunca había volado hasta ese valle, pero su corazón siempre había sabido que tenía aquel refugio esperándole. Un sentido secreto parecido a algún recuerdo oculto que compartía con todas las criaturas de los bosques de Prydain le había guiado infaliblemente, y el cuervo comprendió que había acabado llegando a la morada de Medwyn.

-Déjame ver, déjame ver... -siguió diciendo Medwyn mientras fruncía sus espesas cejas en busca de algo que llevaba mucho tiempo guardado en un rincón de su mente-.



Librodot

Tú debes de ser..., sí..., el parecido familiar es inconfundible. Eres Kaw, Hijo de Kadwyr. Sí, naturalmente... Disculpa que no te haya reconocido de inmediato, pero hay tantos clanes de cuervos que a veces confundo a uno con otro. Conocí a tu padre cuando no era más que una avecilla de patas flacas y débiles. -Sus recuerdos hicieron sonreír a Medwyn-. El muy bribón era un visitante asiduo de mi valle..., un ala rota que curar, una pata dislocada..., un percance detrás de otro.

«Espero que no sigas su ejemplo -añadió Medwyn-. Ya he oído hablar mucho de tu valor y de..., de cierta inclinación a..., bueno, digamos que a fanfarronear. También ha llegado a mis oídos que sirves a un Ayudante de Porquerizo que vive en Caer Dallben. Creo que se llama Melynlas. No, disculpa... Ése es su corcel. Naturalmente..., Melynlas, Hijo de Melyngar. El nombre del Ayudante de Porquerizo se me escapa por el momento, pero no importa. Sírvele con fidelidad, Hijo de Kadwyr, pues su corazón es bueno. De entre toda la raza de los hombres él ha sido uno de los pocos a los que he permitido la entrada en mi valle. En cuanto a ti, me parece que has estado muy cerca de los gwythaints. Ten cuidado. Son muchos los mensajeros de Arawn que vuelan por el cielo estos días. Pero ahora te encuentras a salvo, y no tardarás en estar levantado y revoloteando de un lado a otro.

Un águila inmensa posada en el respaldo de la silla de Medwyn observaba al cuervo. El lobo Brynach estaba sentado sobre sus cuartos traseros al lado del anciano. El lobo flaco y gris de ojos amarillos meneó la cola, alzó la cabeza hacia el cuervo y le sonrió. Un instante después una loba más pequeña con una mancha blanca en el pecho entró trotando en la habitación y se acostó al lado de su compañero.

-Ah, Briavael -dijo Medwyn-. ¿Has venido a saludar a nuestro visitante? Estoy seguro de que al igual que su padre tendrá una historia llena de grandes hazañas que contarnos...

Kaw habló en su propia lengua, que Medwyn entendía sin ninguna clase de problemas. Los rasgos del anciano se fueron poniendo muy serios mientras escuchaba. Cuando el cuervo hubo acabado de hablar Medwyn guardó silencio durante un tiempo con el ceño profundamente fruncido. Brynach dejó escapar un gemido de inquietud.

-Ha llegado -dijo Medwyn con voz cansada-. Tendría que haberlo adivinado, pues he captado un temor extraño entre los animales. Cada vez son más y más los que llegan hasta aquí huyendo de algo que ellos mismos apenas perciben con claridad... Cuentan que hay Cazadores y hombres armados por todas partes. Ahora comprendo el significado de esas noticias y lo que presagiaban. El día que siempre había temido ya está sobre nosotros, pero mi valle no puede acoger a todos los que buscan un refugio.

La voz de Medwyn había empezado a subir de tono y se encrespaba como un vendaval iracundo.

-La raza de los hombres se enfrenta a la esclavitud de Annuvin, y las criaturas de Prydain también se enfrentan a ella. La canción de la alondra vacilará y morirá bajo la sombra de la Tierra de los Muertos. Las galerías de los tejones y los topos se convertirán en prisiones. Ningún animal o pájaro correrá o volará con la alegría de un corazón libre. Aquellos que no sean sacrificados..., su destino será el de los gwythaints, convertidos en cautivos hace mucho tiempo y torturados hasta que se doblegaron y esos espíritus que habían sido amables y bondadosos quedaron deformados para que Arawn pudiese utilizarlos con vistas a sus viles fines.

Medwyn se volvió hacia el águila.

-Tú, Edyrnion, vuela rauda a los nidos de las montañas de tus parientes. Pídeles que acudan con toda su fuerza y sin que ni una sola falte a la cita.

»Tú, Brynach, y tú, Briavael -ordenó mientras la pareja de lobos erguían las orejas-, extended la alarma entre vuestros congéneres; entre los osos que tienen garras para golpear y patas para aplastar; entre los ciervos de cornamenta afilada y entre todos los moradores del bosque grandes o pequeños.

Medwyn se había puesto en pie irguiéndose cuan alto era. Sus manos se tensaron como las raíces del árbol que se aferran a la tierra. El cuervo le contempló en silencio, tremendamente impresionado. Los ojos de Medwyn parecían arder, y cuando habló la voz que salió de sus labios era como el retumbar del trueno.

-Habladles en mi nombre y decidles que éstas son las palabras del que construyó un navío cuando las aguas oscuras inundaron Prydain, de aquel que hace muchísimo tiempo llevó a sus primeros progenitores hasta un lugar seguro. Ahora cada nido y cada madriguera tiene que convertirse en una fortaleza contra esta inundación de maldad. Que cada criatura vuelva el pico, el diente y la garra contra todos aquellos que sirven a Arawn, Señor de la Muerte.

Los lobos salieron de la casita trotando el uno al lado del otro, y el águila emprendió el vuelo.

# 9 - El estandarte

Una nevada no demasiado intensa cayó antes de que los compañeros se hubieran alejado un día del castillo del rey Smoit, y cuando llegaron al valle del Ystrad las laderas estaban cubiertas por una capa de blancura y la vaina del hielo había empezado a extenderse sobre el río. Vadearon la corriente mientras astillas de hielo herían las patas de sus caballos, y serpentearon por los desolados cantrevs de las colinas avanzando en dirección este hacia los Commots Libres. Gurgi era el que más acusaba el frío de todo el grupo. La desgraciada criatura iba envuelta en un enorme chaquetón de piel de oveja, pero aun así no paraba de temblar. Tenía los labios azules, le castañeteaban los dientes y su enmarañada cabellera estaba salpicada de gotitas heladas; pero a pesar de ello Gurgi se las arregló para mantenerse al lado de Taran y sus manos entumecidas no soltaron ni un momento el estandarte.

Días de duro viaje les hicieron cruzar el Pequeño Avren y llegar a Cenarth, donde Taran había decidido que iniciaría su labor de poner en pie de guerra a los habitantes de los Commots Libres. Pero nada más entrar en la aglomeración de casitas con techos de cañizo y barro vio que la aldea estaba llena de hombres; y entre ellos se hallaba Hevydd el Herrero, un hombretón con el pecho como un barril y una abundante barba que se abrió paso a codazos por entre la multitud y palmeó la espalda de Taran con una mano que pesaba tanto como uno de sus martillos.

-Me alegra poder saludarte, Vagabundo -dijo el herrero-. Te vimos desde lejos, y nos hemos congregado para darte la bienvenida.

-Me alegra poder saludar a unos buenos amigos -replicó Taran-, pero me apena que la misión que me ha permitido disfrutar de esta cálida bienvenida sea tan dura y poco agradable. Escuchadme con atención -siguió diciendo con voz apremiante-. Lo que os pido no es algo que se solicite a la ligera ni que pueda ser concedido a la ligera: os pido la fuerza de vuestras manos y el coraje de vuestros corazones y, si llegara a ser necesario, incluso vuestras vidas.

Los habitantes de los Commots Libres se apelotonaron a su alrededor hablando en murmullos los unos con los otros, y Taran les contó lo que le había ocurrido a Gwydion y lo que planeaba Arawn. Cuando hubo terminado de hablar los rostros que le rodeaban se habían puesto muy serios, y durante unos momentos todos los hombres guardaron silencio. Finalmente Hevydd el Herrero hizo oír su voz.

-Los habitantes de los Commots Libres honran al rey Math y a la Casa de Don -dijo-, pero sólo responderán a uno a quien reconocen como amigo, y le seguirán no porque estén obligados a hacerlo, sino por amistad. Así pues, que Hevydd sea el primero en seguir a Taran el Vagabundo.

-¡Todos le seguiremos! ¡Todos! -gritaron los hombres de los Commots Libres como con una sola voz, y en solo un instante la aldea pacífica que había sido Cenarth se agitó igual que el aire en los inicios de una tempestad cuando cada hombre se apresuró a armarse.

Pero Hevydd se volvió hacia Taran y los compañeros y sus labios se curvaron en una tensa sonrisa.

-Nuestra voluntad es fuerte, pero no tenemos muchas armas -dijo-. No importa, Vagabundo... Trabajaste con tesón en mi herrería, y ahora mi herrería trabajará para ti; y además avisaré a cada herrero de los Commots Libres de que debe trabajar para ti con tanto ahínco como lo haré yo.

Taran llevó a los compañeros a los Commots de los alrededores mientras los hombres preparaban sus monturas y Hevydd avivaba las llamas de su forja. Su misión no tardó en ser conocida, y cada día traía consigo un nuevo grupo de pastores y granjeros a los que no hacía falta convencer de que se incorporaran a la cada vez más numerosa hueste que se estaba formando bajo el estandarte de la Cerda Blanca. Para Taran los días y las noches empezaron a confundirse los unos con los otros. Iba y venía por entre las muchedumbres de hombres pacíficos convertidos en guerreros que se acumulaban en los campamentos de concentración, montado sobre su infatigable Melynlas ocupándose de todo lo referente a las provisiones y el equipo, y celebraba consejo con las partidas de guerreros recién formadas a la luz de las ascuas de las hogueras encendidas por los centinelas.

Cuando hubo hecho todo lo que podía hacer en Cenarth, Hevydd se reunió con Taran para convertirse en su jefe de armeros.

-Has hecho muy bien tu trabajo, pero nuestro armamento aún es demasiado escaso -dijo Taran en un aparte con el herrero-. Me temo que ni todas las forjas de Prydain bastarían para satisfacer nuestras necesidades. No sé cómo, pero he de encontrar una forma de....

-¡Y con un poco de suerte la encontrarás! -gritó una voz.

Taran giró sobre sí mismo para ver a un jinete que acababa de detener su montura junto a él y parpadeó sorprendido, pues se encontraba ante el guerrero de atuendo más extraño que había visto desde su llegada a los Commots Libres. El recién llegado era alto y tenía la cabellera lacia y las piernas tan flacas como las de una cigüeña, y tan largas que los pies casi tocaban el suelo a cada lado de su montura. Su jubón estaba recubierto por trocitos de hierro y fragmentos de otros metales cosidos a la tela; llevaba en la mano un cayado de madera con una hoz en un extremo y lucía sobre su cabeza lo que en tiempos había sido un cacharro de cocina trabajado y moldeado hasta convertirlo en un casco improvisado que quedaba tan bajo sobre la frente que casi cubría los ojos del hombre.

-¡Llonio! -gritó Taran estrechando afectuosamente la mano del recién llegado-. ¡Llonio, Hijo de Llonwen!

-El mismo que viste y calza -respondió Llonio echando hacia atrás su peculiar casco-. ¿Es que no suponías que aparecería más tárele o más temprano?

-Pero tu esposa y tu familia... -empezó a decir Taran-, Nunca se me ocurriría pedirte que les dejaras. Vaya, pero si me acuerdo de que había media docena de niños...

-Y otro en camino y que esperamos llegue pronto -replicó Llonio con una sonrisa de felicidad-. Con la clase de suerte que tengo quizá sean gemelos. Pero mi familia estará a salvo hasta que regrese. De hecho, si quiero que Prydain vuelva a ser un lugar seguro he de seguir al Vagabundo... Pero lo que debe preocuparte ahora no son los niños de pecho, sino los hombres de pelo en pecho. Escúchame, amigo Vagabundo -siguió diciendo Llonio-, he visto que casi todos los habitantes de los Commots Libres tienen horcas y tridentes para el heno. ¿No sería posible cortar las púas metálicas e incrustarlas

en astiles de madera? Con eso conseguirías tres, cuatro e incluso más armas cuando al comienzo sólo tenías una.

-¡Pues claro que podríamos hacerlo! -gritó Hevydd-. ¿Cómo es que no se me había ocurrido?

-A mí tampoco se me ocurrió -admitió Taran-, Llonio ve las cosas con más claridad que cualquiera de nosotros, pero llama suerte a lo que otros llaman ingenio. Ve, amigo Llonio, y encuentra todo lo que puedas. Sé que serás capaz de dar con más cosas de las que saltan a la vista.

Llonio empezó a ir y venir por los Commots en busca de hoces, guadañas, tenazas para el fuego, rastrillos y herramientas de jardinería ayudado por Hevydd; y el armamento disponible fue aumentando poco a poco a medida que concebía nuevas formas de conseguir que incluso los objetos más improbables sirvieran para nuevos propósitos.

Cada día que pasaba Taran iba reuniendo más y más seguidores, y Coll, Gurgi y Eilonwy ayudaban a cargar las carretas con equipo y provisiones, una tarea que no gustaba en lo más mínimo a la princesa, pues habría preferido ir al galope de un Commot Libre a otro en vez de caminar al lado de las carretas cargadas hasta los topes. Eilonwy se había puesto ropa de hombre y se había trenzado el pelo recogiéndoselo alrededor de la cabeza; y de su cinturón colgaban una espada y una daga corta que había obtenido de Hevydd el Herrero después de mucho rogar y quejarse. Su atuendo de guerrero no le sentaba demasiado bien, pero Eilonwy se enorgullecía de llevarlo y se sintió terriblemente vejada cuando Taran se negó a permitir que se alejara de la aldea.

-Cabalgarás conmigo en cuanto las bestias de carga hayan sido atendidas y todo lo que transportan esté convenientemente asegurado -le dijo Taran.

La princesa accedió de mala gana, pero al día siguiente cuando Taran pasó junto a las hileras de caballos que había en la parte de atrás del campamento montado en Melynlas, Eilonwy se encaró con él.

-¡Me has engañado! -gritó, hecha una furia-, ¡Estas tareas no se acabarán nunca! Apenas he terminado con una fila de caballos y carretas aparecen unas cuantas más. Muy bien, cumpliré mi promesa, Taran de Caer Dallben. ¡Pero me da igual que seas un líder de guerra o no, porque te aseguro que no volveré a dirigirte la palabra!

Taran sonrió y se alejó al galope.

Los compañeros entraron en el Commot Gwenith después de haber atravesado el valle del Gran Avren avanzando en dirección norte, y apenas habían desmontado cuando Taran oyó una voz cascada que le interpelaba.

-¡Vagabundo! -gritó la voz-. Ya sé que buscas guerreros, no ancianas medio inválidas; pero detente un momento y saluda a una que no te ha olvidado.

Dwyvach, la Tejedora de Gwenith, estaba inmóvil en la entrada de su casita, y parecía tan animada e incansable como de costumbre a pesar de su cabellera canosa y sus facciones llenas de arrugas. Sus ojos grises examinaron a Taran con gran atención, y después se posaron en Eilonwy. La anciana tejedora le hizo una seña pidiéndole que se acercara.

-A Taran el Vagabundo le conozco bien -dijo-, y en cuanto a quién puedas ser tú creo que lo adivino a pesar de que a tu pelo no le iría mal un lavado y de que vayas vestida con ropas de hombre. -Dwyvach contempló a la princesa con un brillo de astucia en los ojos-. Ah, sí, en cuanto el Vagabundo y yo nos conocimos enseguida estuve segura de que había una hermosa doncella en sus pensamientos...

-¡Hum! -resopló Eilonwy-. No estoy muy segura de que pensara en mí entonces, y estoy todavía menos segura de que lo haga ahora.

Dwyvach dejó escapar una risita.

-Pues si tú no lo estás nadie más puede estarlo. El tiempo dirá cuál de las dos está en lo cierto, niña, pero mientras tanto -añadió desplegando una capa que sostenía en sus



Librodot

manos marchitas y colocándola sobre los hombros de Eilonwy- acepta esto como el regalo de una vieja a una doncella, e intenta comprender que no hay tanta diferencia entre la una y la otra; pues incluso una abuela que se tambalea conserva una parte cíe su corazón de muchacha, y la más joven de las doncellas ya lleva dentro de ella una hebra de la sabiduría de la anciana.

Taran había llegado a la puerta de la casita. Saludó afectuosamente a la tejedora y admiró la capa que acababa de entregar a Eilonwy.

-Hevydd y los herreros de los Commots están trabajando día y noche para proporcionarnos armas -dijo-, pero los guerreros necesitan algo que les proteja del frío tanto como necesitan las armas. Por desgracia no disponemos de prendas como ésta.

-¿Acaso crees que una tejedora tiene menos energías y ganas de trabajar que un herrero? -replicó Dwyvach-. Tú tejiste con paciencia en mi telar, y ahora mi telar tejerá lo más deprisa que pueda para ti; y las lanzaderas volarán en todos los Commots para ayudar a Taran el Vagabundo.

Los compañeros partieron de Gwenith reconfortados por la promesa de la anciana tejedora. Estaban a poca distancia del Commot cuando Taran vio a un grupito de jinetes que venían hacia él cabalgando a gran velocidad. Al frente del grupo iba un joven alto y fuerte que gritó el nombre de Taran y alzó una mano para saludarle.

Taran lanzó un grito de alegría y apremió a Melynlas para que fuese al encuentro de los jinetes.

-¡Llassar! -exclamó Taran tirando de las riendas y deteniendo a su montura al lado del joven-. Nunca llegué a imaginar que tú y yo acabaríamos encontrándonos tan lejos de las ovejas que cuidas en el Commot Isav.

-Las noticias que has traído contigo te preceden a gran distancia, Vagabundo -replicó Llassar-, pero temía que pensaras que nuestro Commot era demasiado pequeño y decidieras pasar de largo. He sido yo quien ha guiado a nuestra gente en tu busca -añadió con una tímida vacilación que no lograba ocultar del todo su orgullo de muchacho.

-El tamaño de Isav no da ninguna medida de su valor -dijo Taran-, y os necesito y os doy la bienvenida a todos. Pero ¿dónde está tu padre? -preguntó mientras recorría con la mirada al grupo de jinetes-. ¿Dónde está Drudwas? Nunca permitiría que su hijo recorriera una distancia tan grande sin él.

La tristeza nubló el rostro de Llassar.

-El invierno nos lo arrebató. Le lloro y le echo de menos, pero honro su memoria haciendo lo que él habría hecho de estar con vida.

-¿Y tu madre? -preguntó Taran mientras él y Llassar volvían a reunirse con los compañeros-. ¿Ella también deseaba que abandonaras tu hogar y tu rebaño?

-Otros cuidarán de mi rebaño -respondió el joven pastor-. Mi madre sabe qué es lo que ha cíe hacer un niño y qué es lo que ha de hacer un hombre. Yo soy un hombre -añadió con decidida firmeza-, y lo he sido desde que tú y yo nos enfrentamos a Dorath y sus rufianes aquella noche en el aprisco de las ovejas.

-¡Sí, sí! -exclamó Gurgi-. ¡Y el intrépido Gurgi también se enfrentó a ellos!

-Oh, sí, estoy segura de que todos os enfrentasteis a ellos mientras yo hacía reverencias y aguantaba que me lavaran el pelo en Mona -dijo Eilonwy con voz malhumorada-. No sé quién es el tal Dorath, pero si llego a encontrarme con él alguna vez os prometo que sabré recuperar todo el tiempo que he perdido.

Taran meneó la cabeza.

-Considérate afortunada de no conocerle -dijo-. Para mi desgracia yo llegué a conocerle demasiado bien.

-Desde aquella noche no ha vuelto a crearnos problemas -dijo Llassar-, y no es probable que vuelva a hacerlo. He oído decir que se ha marchado de las tierras de los Commots y que ahora se encuentra muy al oeste de aquí. Se rumorea que ha puesto su

espada al servicio del Señor de la Muerte. Quizá sea cierto, pero suponiendo que Dorath sirva a alguien ese alguien siempre será él mismo.

-Para nosotros el servicio que nos prestáis sin que nada os obligue a ello cuenta mucho más que cualquiera de los que el Señor de Annuvin pueda llegar a comprar -le dijo Taran a Llassar-. El príncipe Gwydion os estará muy agradecido.

-Creo que es más bien a ti a quien debe estar agradecido -dijo Llassar-. Nos enorgullecemos de ser granjeros, no guerreros; y nos sentimos orgullosos de lo que hacen nuestras manos, no nuestras espadas. Nunca habíamos buscado la guerra. Ahora marcharemos bajo el estandarte de la Cerda Blanca porque es la bandera de nuestro amigo, Taran el Vagabundo.

El tiempo fue empeorando a medida que los compañeros seguían avanzando a través del valle, y la cada vez más numerosa hueste de hombres de los Commots Libres les obligó a avanzar bastante más despacio. Los días eran demasiado cortos para todo el trabajo que había que hacer, pero Taran siguió adelante sin dejarse abatir por ello. Coll galopaba a su lado, siempre jovial y sin quejarse jamás. Su rostro enrojecido y curtido por el viento y el frío casi quedaba oculto por el cuello de un chaquetón forrado con piel de oveja. Un cinto para espada hecho de gruesos eslabones de hierro ceñía su cintura, y de su espalda colgaba un escudo redondo de cuero de buey. Había encontrado un casco de metal labrado, pero le pareció que su calva coronilla no lo consideraría tan cómodo como su vieja gorra de cuero y decidió prescindir de él.

Taran agradecía el poder contar con la sabiduría de Coll, y siempre estaba dispuesto a pedirle consejo. Cuando los campamentos en los que se iban agrupando los hombres empezaron a estar demasiado llenos fue Coll quien tuvo la idea de enviar grupos más pequeños y veloces directamente a Caer Dathyl en vez de ir de un Commot a otro con una fuerza que se estaba volviendo cada vez más incómoda de trasladar. Llassar, Hevydd y Llonio se negaron a abandonar la vanguardia de Taran y siempre estaban disponibles y cerca de él; pero cuando Taran se envolvía en una capa y se acostaba sobre la tierra helada para permitirse sus escasos momentos de sueño era Coll quien vigilaba su reposo.

-Eres el báculo de roble en el que me apoyo -dijo Taran-. Más que eso... -Se rió-. Eres todo el robusto tronco, y todo un guerrero además.

En vez de sonreír Coll le lanzó una mirada llena de melancolía.

-¿Pretendes honrarme con esas palabras? -preguntó-. Pues entonces prefiero oírte decir que soy todo un cultivador de repollos y un recolector de manzanas. No tengo nada de guerrero, sólo el que se necesiten mis servicios como tal durante un tiempo... Mi huerto me echa de menos tanto como yo lo echo de menos a él -añadió Coll-. No pude dejarlo preparado para el invierno, y pagaré un duro precio por eso cuando llegue el momento de la siembra de primavera.

Taran asintió.

-Cavaremos y arrancaremos las malas hierbas juntos, y me enorgullece poder decir que eres un gran cultivador de repollos... y un gran amigo.

Las hogueras de los centinelas ardían en la noche. Los caballos se removían en sus hileras. A su alrededor yacía la masa de sombras de los guerreros dormidos, un manchón de negrura más intensa envuelto en la oscuridad. El viento helado hería el rostro de Taran, y de repente se sintió cansado hasta la médula de los huesos. Se volvió hacia Coll.

-Mi corazón también se alegrará cuando vuelva a ser un Ayudante de Porquerizo -dijo.

Le habían llegado noticias de que el rey Smoit había reunido una potente hueste entre los señores de los cantrevs y que estaba avanzando en dirección norte. Los compañeros también se enteraron de que algunos vasallos de Arawn habían enviado partidas de guerreros a través del Ystrad para que acosaran a las columnas que se



Librodot

dirigían hacia Caer Dathyl. Eso hacía que la misión de Taran se volviera todavía más apremiante, pero lo único que podía hacer era seguir avanzando a la máxima velocidad posible.

Los compañeros llegaron al Commot Merin. Taran lo había considerado el más hermoso de todos los que había llegado a conocer durante sus vagabundeos. Las casitas blancas con tejados de barro y cañizos de la pequeña aldea parecían envueltas en un aura de paz incluso en aquellos momentos, cuando estaban rodeadas por el tumulto de los guerreros que se armaban, los caballos que relinchaban y los jinetes que gritaban, y daban la impresión de estar muy lejos de todo aquel desorden. Taran pasó al galope junto a los campos comunales rodeados por un anillo de chopos e higueras. Tiró de las riendas deteniendo su montura delante de una choza que le resultaba muy familiar y cuya chimenea humeante delataba el fuego que ardía en su hogar, y sintió el peso de los recuerdos acumulándose en su corazón. La puerta se abrió, y un anciano robusto y erguido que vestía una túnica de tosca tela marrón salió de la choza. Llevaba la cabellera y la barba color gris hierro muy cortas, y sus ojos de un nítido azul no habían perdido nada de su brillo.

-Bien hallado -saludó a Taran, y alzó una manaza recubierta de arcilla seca-. Nos dejaste siendo un vagabundo, y vuelves convertido en un líder de guerreros. He oído muchos comentarios sobre las capacidades de que has dado muestra en ese oficio, pero debo preguntarte si has olvidado las artes que aprendiste sentado ante mi torno de alfarero. ¿He desperdiciado mi tiempo y mi habilidad enseñándote?

-Bien hallado, Annlaw, Moldeador de la Arcilla -respondió Taran bajando de Melynlas y estrechando con afecto la mano del viejo alfarero-. Sí, me temo que fueron desperdiciados -dijo riendo-, pues el maestro tenía un aprendiz de lo más torpe. Siempre me ha faltado habilidad, pero no memoria. En cuanto a lo poco que pude llegar a aprender, no lo he olvidado.

-Entonces demuéstramelo -le desafió el alfarero, y cogió un puñado de arcilla húmeda de un recipiente de madera.

Taran sonrió con tristeza y meneó la cabeza.

-Me he detenido sólo para saludarte -replico-. Ahora trabajo con espadas, no con cuencos de barro...

Pero a pesar de sus palabras Taran no hizo ademán de marcharse. La luz del horno hacía brillar los estantes repletos con hileras de cuencos, gráciles jarras para el vino y aguamaniles moldeados con amor hasta darles la forma más hermosa imaginable. Taran cogió la fría arcilla y la colocó sobre el torno que Annlaw ya había empezado a hacer girar. Taran sabía que no tenía tiempo que perder; pero cuando su obra empezó a cobrar forma bajo sus manos sintió que quedaba libre durante un momento del peso de su otra tarea. Los días retrocedieron, y sólo hubo el zumbar del torno y la forma del recipiente que nacía de la arcilla informe.

-Muy bien -dijo Annlaw en voz baja-. Ya sé que los herreros y las tejedoras de todos los Commots están trabajando para proporcionarte armas y prendas. Pero mi torno no puede forjar una espada ni tejer una capa para un guerrero, y mi arcilla sólo es moldeada para labores pacíficas. Ay, por desgracia no puedo ofrecerte nada que te sea de utilidad ahora.

-Me has dado más que todos los demás -replicó Taran-, y es lo que más valoro. El camino que quiero seguir no es el camino del guerrero; pero si no empuño mi espada ahora en todo Prydain no habrá lugar para la utilidad y la belleza de las creaciones de ningún artesano..., y si fracaso habré perdido todo lo que obtuve de ti.

La voz de trueno de Coll gritó su nombre, y la mano de Taran vaciló. Se levantó de un salto del torno y salió de la choza gritando una apresurada despedida al alfarero mientras Annlaw le contemplaba con expresión alarmada. Coll ya había desenvainado su espada, y Llassar se reunió con ellos un instante después. Galoparon hacia el

campamento que se encontraba a poca distancia de Merin, y durante el trayecto Coll explicó a Taran que los centinelas habían divisado a un grupo de merodeadores.

-No tardarán en caer sobre nosotros -le advirtió Coll-. Tendríamos que dar con ellos antes de que ataquen nuestros convoyes. Como cultivador de repollos, mi consejo es que reúnas un grupo de arqueros y a una hueste de buenos jinetes. Llassar y yo intentaremos atraerles con un grupo de arqueros más reducido.

Trazaron rápidamente sus planes. Taran se adelantó para reunir a los jinetes e infantes, que se apresuraron a coger sus armas y le siguieron. Después ordenó a Eilonwy y Gurgi que buscaran un lugar seguro entre las carretas, y se alejó al galope hacia el bosque de higueras que cubría las laderas de las colinas adyacentes sin esperar a oír las protestas de sus compañeros.

Los merodeadores iban mejor armados de lo que había esperado Taran. Bajaron rápidamente del risco cubierto de nieve. Cuando Taran dio la señal los arqueros echaron a correr y se refugiaron en una angosta cañada, y los guerreros montados de los Commots se lanzaron a la carga. Los jinetes de uno y otro bando se enfrentaron en un torbellino de cascos y un entrechocar de hojas. Taran se llevó el cuerno a los labios. La señal que desgarró el aire llenándolo de ecos hizo que los arqueros surgieran de su escondite.

Taran sabía que aquello era poco más que una escaramuza, pero el combate se libró con gran encarnizamiento; y los merodeadores no rompieron filas y huyeron hasta que el grupo de Coll y Llassar atrajo a muchos enemigos haciéndolos alejarse. A pesar de todo, era la primera batalla que Taran había dirigido como líder de guerreros para el príncipe de Don. Los habitantes de los Commots se habían alzado con la victoria. No habían tenido ningún muerto, y sólo unos cuantos heridos. Taran estaba cansado y se sentía sin fuerzas, pero cuando se puso al frente de los guerreros exultantes para salir del bosque y volver a Merin su corazón latía velozmente con la alegría del triunfo.

Cuando llegó a la cima de la colina vio llamas y nubes de humo negro.

Al principio creyó que el campamento se había incendiado. Espoleó a Melynlas para que bajara por la pendiente a la máxima velocidad de que era capaz, y cuando estuvo más cerca las lenguas carmesíes se agitaron contra el cielo en un crepúsculo manchado de sangre y el humo se alzó y se extendió por encima del valle, y Taran vio que lo que ardía era el Commot.

Se adelantó a la tropa y entró al galope en Merin. Taran logró distinguir a Eilonwy y Gurgi entre los guerreros del campamento que luchaban infructuosamente por apagar las llamas. Coll había llegado a la aldea antes que él. Taran bajó cíe un salto de Melynlas y corrió a reunirse con él.

-¡Demasiado tarde! -gritó Coll-. Los incursores describieron un círculo y atacaron el Commot desde atrás. Merin ha sido incendiada con antorchas, y sus habitantes han sido pasados por la espada.

Taran lanzó un terrible grito cíe pena y rabia y echó a correr por entre las casitas en llamas. Los cañizos de los tejados habían ardido, y muchas paréeles se habían agrietado y habían acabado desmoronándose. Eso era lo que había ocurrido en la choza de Annlaw, que aún humeaba convertida en un montón de ruinas abiertas al cielo. El cuerpo del alfarero yacía entre los escombros. Toda la obra de sus manos había sido hecha añicos. El torno estaba volcado, y el cuenco destrozado.

Taran cayó de rodillas. La mano de Coll se posó sobre su hombro, pero Taran se apartó y alzó la mirada hacia el viejo guerrero.

-Hoy he gritado celebrando la victoria, ¿verdad? -susurró con voz enronquecida-. No es un gran consuelo para aquellos que me brindaron su amistad en el pasado. ¿Les he servido bien? La sangre de Merin mancha mis manos.

Después Llassar fue a buscar a Coll para hablar con él.



Librodot

-El Vagabundo sigue entre las ruinas de la choza del alfarero -murmuró el pastor-. Soportar el dolor de su propia herida ya resulta muy difícil para un hombre, pero el que está al frente de ellos debe soportar el dolor de las heridas de tocios los que le han seguido.

Coll asintió.

-Deja que siga allí donde ha escogido permanecer. Por la mañana estará bien -añadió-, aunque es probable que nunca llegue a curarse.

A mediados del invierno ya se había reunido la última partida de guerra, y todos los guerreros de los Commots habían sido enviados a Caer Dathyl. Llasar, Hevydd, Llonio y un contingente de jinetes seguían con Taran, quien guió a los compañeros en dirección noroeste a través de las montañas Llawgadarn, El grupo era lo bastante numeroso como para poder proteger su avance sin que su progreso resultara demasiado lento.

Los merodeadores les atacaron dos veces, y dos veces fueron derrotados por los seguidores de Taran, que les infligieron graves pérdidas. El líder de guerreros que cabalgaba bajo el estandarte de la Cerda Blanca había dado una terrible lección a los incursores, y éstos acabaron retirándose y no se atrevieron a hacer nuevos intentos de acosar a la columna. Los compañeros atravesaron las estribaciones de las Montañas delÁguila rápidamente y sin encontrar obstáculos. Gurgi seguía sosteniendo orgullosamente en alto el estandarte que chasqueaba y crujía impulsado por los potentes vendavales nacidos en las distantes cimas que azotaban a la columna. Taran llevaba un talismán entre los pliegues de su capa: un fragmento ennegrecido por el fuego de un cuenco que había sido hecho añicos durante la incursión en el Commot Merin.

Cuando estuvieron cerca de Caer Dathyl los jinetes enviados como avanzadilla volvieron trayendo la noticia de que había otra hueste cerca. Taran se adelantó al galope, y no tardó en ver a Fflewddur Fflam al frente de una vanguardia de lanceros.

-¡Gran Belin! -gritó el bardo, e hizo avanzar más deprisa a Llyan hasta estar al lado de Taran-. ¡Gwydion se alegrará! Los señores del norte se están armando hasta los dientes y reúnen a todos sus guerreros. Cuando un Fflam da órdenes..., sí, bueno, la verdad es que conseguí ponerles en pie de guerra en nombre de Gwydion, pues de lo contrario quizá no se habrían mostrado tan dispuestos a obedecerme. Pero en el fondo da igual, y lo importante es que están en camino. He oído decir que el rey Pryderi también está reuniendo a sus ejércitos. ¡Cuando haya llegado verás lo que es una auténtica hueste de guerreros! Me atrevería a decir que la mitad de los cantrevs del oeste le obedecen.

»Oh, sí -añadió Fflewddur al darse cuenta de que Taran acababa de ver a Glew montado en un caballo gris de gruesas patas y grupa un tanto jorobada-, el hombrecillo sigue con nosotros.

El antiguo gigante estaba muy ocupado royendo un hueso, y se limitó a saludar a Taran con un gesto casi imperceptible.

-No sabía qué hacer con él -dijo Fflewddur bajando la voz-. Me daba pena ordenarle que se marchara justo cuanto se estaban congregando todos los ejércitos, así que... En fin, aquí está. No ha dejado de quejarse y de protestar ni un solo momento. Un día le duelen los pies, al siguiente le duele la cabeza y así va pasando revista poco a poco al resto de su cuerpo. Entre comida y comida sigue torturándonos con sus inacabables historias de la época en que era un gigante.

»Lo peor de todo -siguió diciendo Fflewddur con expresión apenada- es que su charla incesante ha acabado consiguiendo que casi llegue a sentir pena por él. Es una comadreja de corazón mezquino, siempre lo fue y siempre lo será; pero si te paras a pensar un poco en el asunto... Bueno, la verdad es que ha sufrido mucho y que se le ha tratado muy mal. Verás, cuando Glew era un gigante... -El bardo se calló de golpe y se dio una palmada en la frente-. ¡Basta! ¡Un poco más de parloteo suyo y acabaré

creyéndomelo! Ven, únete a nosotros -exclamó, descolgando su arpa de entre la confusión cíe arcos, aljabas llenas de flechas, escudos y correajes de cuero que cubría su espalda-. Todos los amigos han vuelto a encontrarse. ¡Tocaré una melodía para celebrarlo y para mantenernos calientes al mismo tiempo!

Los compañeros siguieron viajando juntos animados por la música del bardo. La inmensa fortaleza de Caer Dathyl no tardó en alzarse ante ellos revelando su masa dorada por los rayos del sol invernal. Sus poderosos baluartes se elevaban como águilas impacientes por alcanzar el cielo. Más allá de los muros y circundando la fortaleza se encontraban los campamentos y pabellones coronados de estandartes cíe los señores que habían acudido para demostrar su fidelidad a la casa real de Don; pero lo que hizo que Taran sintiera que el corazón le daba un vuelco no fue la visión de los estandartes o los emblemas del Sol Dorado agitados por el viento, sino el saber que los compañeros y los guerreros del Commot habían llegado sanos y salvos al final de un viaje, y que aunque sólo fuese por poco tiempo podrían disfrutar del calor y el descanso. Estaban a salvo... Taran detuvo el curso de sus pensamientos y los recuerdos volvieron en tropel, y se acordó de Rhun, el rey de Mona que dormía en silencio ante las puertas de Caer Cadarn; y de Annlaw, el Moldeador de la Arcilla, y sus dedos se tensaron sobre el fragmento de barro cocido.

# 10 - La llegada de Pryderi

Caer Dathyl era un campamento en pie de guerra donde las chispas brotaban de las forjas de los armeros como copos de nieve llameantes. Sus extensos patios de armas resonaban con el repiqueteo de las pezuñas calzadas de hierro de los corceles de guerra y las notas estridentes de los cuernos de señales. Los compañeros se encontraban a salvo detrás de sus murallas, pero la princesa Eilonwy se negó a cambiar su tosca indumentaria de guerrero por un atavío más adecuado. Lo máximo a que accedió -y aun así de mala gana- fue a lavarse el pelo. Unas cuantas damas de la corte seguían en Caer Dathyl después de que el resto hubiera sido enviado hacia la protección que podían ofrecer las fortalezas situadas más al este, pero Eilonwy se negó categóricamente a unirse a ellas en las estancias donde hilaban y tejían.

-Caer Dathyl quizá sea el castillo más glorioso cíe todo Prydain -declaró-, pero las damas de la corte son damas cíe la corte estén donde estén y después del tiempo que pasé con las gallinas cíe la reina Teleria ya he quedado más que harta de damas de la corte. Escuchar sus risitas y sus cotilleos... Bueno, es peor que aguantar que te hagan cosquillas en las orejas con una pluma. Han estado a punto de ahogarme en agua jabonosa con la excusa de que tenía que parecer una auténtica princesa, y me bastó con eso. Aún noto el pelo tan viscoso como si fuese un alga marina... En cuanto a faldas, me encuentro muy cómoda tal como voy ahora. De todas formas he perdido todos mis vestidos, y puedo aseguraros que no pienso desperdiciar mi tiempo permitiendo que me tomen medidas para hacerme un vestuario nuevo. La ropa que llevo me irá estupendamente.

-Nadie ha pensado en preguntarme si mi atuendo resulta adecuado a las circunstancias -observó Glew con voz malhumorada, aunque por lo que podía ver Taran las ropas del antiguo gigante se hallaban en bastante mejor estado que las de cualquiera de los compañeros-. Pero ya estoy acostumbrado a los malos tratos y las indignidades. Cuando era un gigante las cosas eran muy distintas en mi caverna. ¡La generosidad! Ay, ha desaparecido para siempre. Ah, recuerdo aquella vez en que los murciélagos y yo...

Taran no se sentía con fuerzas para rebatir los argumentos de Eilonwy y no tenía tiempo para escuchar a Glew. Gwydion ya se había enterado de la llegada de los compañeros, y había convocado a Taran a la Sala cíe los Tronos. Taran siguió a un

grupo de guardias hasta la Sala mientras Coll, Fflewddur y Gurgi se ocupaban de obtener equipo y provisiones para los guerreros que habían viajado con ellos. Cuando entró en la Sala de los Tronos Taran vio que Gwydion estaba celebrando un consejo de guerra con Math, Hijo de Mathonwy, y no se atrevió a acercarse; pero Math le hizo una seña y Taran dobló una rodilla ante el gobernante de la barba blanca.

El Gran Rey rozó el hombro de Taran con una mano arrugada pero firme, y le pidió que se levantara. Taran no había estado en presencia de Math, Hijo de Mathonwy, desde la batalla librada entre los Hijos de Don y los ejércitos del Rey con Cuernos, y enseguida vio que los años habían dejado su marca sobre el monarca de la Casa Real. El rostro de Math estaba todavía más arrugado y consumido por las preocupaciones que el de Dallben, y la Corona Dorada de Don que reposaba sobre su frente parecía oprimirla como un peso cruel; pero sus ojos estaban llenos de un austero orgullo y su mirada seguía siendo tan aguda como siempre. Taran captó algo más en ellos, y ese algo era una pena tan profunda que le llenó cíe dolor el corazón y le hizo inclinar la cabeza.

-Mírame a la cara, Ayudante de Porquerizo -ordenó Math con voz baja y suave-. No temas ver lo que sé es visible en ella. La mano de la muerte se alarga hacia la mía, y la perspectiva cié estrecharla entre mis dedos cada vez me resulta más agradable. Ya hace mucho que oí sonar el cuerno de Gwyn el Cazador, el cuerno que llama a su hogar del túmulo incluso a un rey...

«Respondería a esa llamada con el corazón alegre -dijo Math-, pues una corona es una dueña implacable, y servirla resulta mucho más penoso que servir al cayado de un porquerizo. Un cayado ayuda a sostenerse en pie, pero una corona te va inclinando poco a poco, y ningún hombre es lo bastante fuerte para llevarla durante mucho tiempo sin sentir su peso. Lo que me apena no es mi muerte, sino que al final de mi vida deba ver sangre derramada en una tierra donde yo pretendía que sólo hubiera paz.

»Ya conoces la historia de nuestra Casa Real. Sabes que hace mucho tiempo los Hijos de Don viajaron hasta Prydain a bordo de sus navíos dorados, y que los hombres solicitaron su protección contra Arawn, Señor de la Muerte, quien había arrebatado sus tesoros a Prydain y había convertido una tierra fértil y hermosa en un campo estéril que no daba fruto alguno. Desde entonces los Hijos de Don se han alzado como un escudo contra todos los embates de Annuvin, pero si el escudo se raja..., entonces todo se hará añicos junto con él.

-Obtendremos la victoria -dijo Gwydion-. El Señor de Annuvin lo apuesta todo en esta empresa, pero su fuerza también es su debilidad, pues si podemos resistir su ataque su poder se desvanecerá para siempre.

»Nos han llegado noticias buenas, y también noticias malas -siguió diciendo Gwydion-. Entre las últimas está la de que el rey Smoit y sus ejércitos están combatiendo en el valle del Ystrad. A pesar de todo su valor temerario Smoit no conseguirá seguir avanzando en dirección norte antes de que llegue el final del invierno. Aun así nos ha prestado un gran servicio, pues sus guerreros se están enfrentando a los traidores que había entre los señores del sur e impedirán que se unan a las otras huestes de batalla de Arawn. Los reyes más distantes de los reinos del norte avanzan despacio, pues para ellos el invierno es un enemigo todavía más temible que Arawn.

»Una noticia que nos permite albergar más esperanzas es la de que los ejércitos de los Dominios del Oeste se encuentran a pocos días de marcha de nuestra fortaleza. Los exploradores ya los han divisado. Es una hueste más numerosa que cualquiera de las reunidas jamás en Prydain, y el señor Pryderi en persona se encuentra al frente de ella. Ha hecho todo lo que le rogué que hiciera, y más aún. Lo único que me inquieta es que los vasallos de Arawn puedan presentarle batalla y obligarle a desviarse antes de que llegue a Caer Dathyl; pero si eso sucede se nos avisará y entonces nuestras fuerzas acudirán en su auxilio.

»Y otra de las buenas noticias, y no precisamente la menor de ellas -añadió Gwydion mientras una sonrisa iluminaba sus tensas y cansadas facciones-, es la llegada de Taran de Caer Dallben y de los guerreros que han venido de los Commots. Había puesto una gran confianza en él, y aún le pediré más cosas.

Después Gwydion habló de la disposición de los jinetes y las tropas de a pie que había traído consigo Taran. El Gran Rey le escuchó con atención y acabó asintiendo.

-Y ahora ve a hacer tu labor -dijo Math mirando a Taran-, pues ha llegado el día en el que un Ayudante de Porquerizo debe ayudar a un rey a soportar su carga.

Durante los días que siguieron los compañeros trabajaron allí donde surgía la necesidad de hacerlo y en lo que les ordenaba Gwydion. Incluso Glew tomó parte hasta cierto punto en la actividad..., aunque sólo después de que Fflewddur Fflam insistiera enérgicamente en ello y no por decisión propia. El antiguo gigante fue colocado bajo la atenta vigilancia de Hevydd el Herrero y se le asignó la misión de manejar los fuelles en las fraguas, a pesar cíe que se quejaba a cada momento de que sus regordetas manos estaban llenas de ampollas.

Más que una fortaleza de guerra Caer Dathyl era un lugar consagrado al recuerdo y a la belleza. Dentro de sus bastiones, en el extremo más alejado de las murallas de uno de sus muchos patios, crecía un bosquecillo de chopos de gran altura entre cuyos troncos se alzaban túmulos erigidos en honor de reyes y héroes de la antigüedad. Salones de vigas talladas y recubiertas de adornos contenían panoplias con armas de linajes tan nobles como prolongados, y estandartes cuyos emblemas eran famosos en las canciones de los bardos. En otros edificios se guardaban tesoros de artesanía enviados desde cada cantrev y Commot de Prydain; y fue allí donde Taran vio una jarra para vino maravillosamente modelada por las manos de Annlaw, el Moldeador de la Arcilla, cuya belleza le hizo sentir una aguda punzada de dolor.

Cuando se les liberaba de sus tareas los compañeros encontraban muchas cosas ante las que asombrarse y de las que disfrutar. Coll nunca había estado en Caer Dathyl, y no podía evitar levantar la mirada hacia las arcadas y torres que parecían alzarse hasta llegar más arriba que las montañas coronadas de nieve que se elevaban más allá de las murallas.

-Todo esto es muy hermoso y fruto de una gran habilidad -admitió Coll-, pero las torres me recuerdan que debería haber podado mis manzanos. Y abandonado a sí mismo mi huerto dará tan poco fruto como las piedras de este patio de armas...

Un hombre les llamó a gritos y les hizo señas desde el umbral de uno de los edificios más pequeños y de construcción más sencilla. Era alto y su rostro estaba curtido por la intemperie y lleno cíe surcos y arrugas; su blanca cabellera caía sobre sus hombros. Los holgados pliegues cíe la tosca capa de un guerrero envolvían su cuerpo, pero de su cinto de cuero desprovisto de adornos no colgaban ni daga ni espada. Fflewddur echó a correr hacia aquel hombre nada más verlo y dobló una rodilla ante él sin prestar atención a la nieve. Los compañeros se apresuraron a seguirle.

-Quizá soy yo el que debe inclinarse ante ti, Fflewddur Fflam, Hijo de Godo -dijo el hombre sonriendo-, y solicitar tu perdón. -Se volvió hacia los compañeros y les ofreció la mano-. Os conozco mejor de lo que vosotros me conocéis a mí -dijo, y dejó escapar una carcajada jovial al ver sus expresiones de sorpresa-. Me llamo Taliesin.

-El Primer Bardo de Prydain me regaló mi arpa -dijo Fflewddur con el rostro radiante de orgullo y placer-. Estoy en deuda con él.

-No estoy totalmente seguro de ello -replicó Taliesin.

Los compañeros le siguieron a través del umbral hasta llegar a una estancia muy espaciosa parcamente amueblada con unos cuantos bancos y sillas de gran solidez, y una mesa de madera curiosamente granulada a la que arrancaban destellos las llamas de una chimenea. Viejos volúmenes y pilas y rollos de pergaminos atestaban las paredes, y subían hasta desaparecer entre las sombras cíe las vigas del techo.



Librodot

-Sí, amigo mío -elijo el Primer Bardo volviéndose hacia Fflewddur-, he pensado a menudo en ese regalo; y si he de ser sincero la verdad es que incluso ha pesado un poco sobre mi conciencia.

La mirada que dirigió al bardo era astuta y un poco maliciosa, pero también estaba llena de bondad y buen humor. Al principio Taran había tenido la impresión de que Taliesin era un hombre muy anciano; pero en aquellos momentos se sintió incapaz de adivinar la edad del Primer Bardo. Los rasgos cíe Taliesin estaban marcados por el paso del tiempo, pero parecían impregnados por una extraña mezcla de juventud y vieja sabiduría. No llevaba encima nada que delatara su rango, y Taran comprendió que no necesitaba lucir semejantes adornos. Al igual que Adaon, su hijo, quien había sido compañero de Taran hacía ya mucho tiempo, tenía los ojos grises y un poco hundidos en las órbitas. Sus pupilas parecían mirar más allá de lo que veían, y en el rostro y la voz del Primer Bardo había una sensación impalpable de autoridad mucho más grande que la de un líder de guerreros y más imponente y capaz de exigir respeto que la de un rey.

-Cuando te la regalé ya conocía la naturaleza del arpa -siguió diciendo el Primer Bardo-; y conociendo tu propia naturaleza sospeché que siempre tendrías algún que otro problemilla con las cuerdas.

-¿Problemas? -exclamó Fflewddur-. ¡Oh, en absoluto! Ni por un solo momento he... -Dos cuerdas se partieron con un chasquido tan ruidoso que Gurgi se sobresaltó. El rostro de Fflewddur se puso rojo hasta la punta de la nariz-. Bien, ahora que me paro a pensar en ello la verdad es que ese viejo trasto me ha obligado a decir la verdad..., ah..., digamos que con un poquito más de frecuencia de lo que lo habría hecho en circunstancias normales. Pero me parece que decir la verdad no ha hecho daño a nadie...,

especialmente a mí.

Taliesin sonrió.

-Entonces has aprendido una lección muy importante -dijo-. Aun así, te hice ese regalo un poco como chanza, pero no lo era del todo. Digamos quizá que era la risa de un corazón dirigida a otro... Pero tú lo aceptaste y has sabido soportar de buena gana las consecuencias. Ahora te ofrezco la que desees escoger -añadió.

Taliesin señaló un estante donde había un gran número de arpas, algunas más nuevas y otras más viejas, y entre ellas unas cuantas de curvas todavía más elegantes que las del instrumento que Fflewddur llevaba colgando cíe su hombro. Fflewddur lanzó un grito de alegría y corrió hacia ellas. Acarició con cariñosa delicadeza las cuerdas de cada arpa, admiró su artesanía y paseó la mirada de una a otra y volvió a empezar.

Después vaciló durante algún tiempo mientras contemplaba con expresión melancólica las cuerdas de su instrumento que acababan de romperse y los arañazos y pequeñas señales de golpes visibles en la madera.

-Ah... Sí, bueno, me hacéis un gran honor -murmuró como si no supiera qué decir-, pero este viejo cacharro ya es lo bastante bueno para mí. Juro que hay momentos en los que parece tocar por sí solo. Ningún arpa tiene un tono mejor..., cuando todas las cuerdas están enteras, claro. Se apoya en mi hombro sin molestarme en lo más mínimo. No es que pretenda menospreciar estas arpas, no... Lo que quiero decir es que sin saber muy bien cómo nos hemos acabado acostumbrando el uno a la otra. Sí, os estoy muy agradecido, pero no quiero cambiar de arpa.

-Entonces que así sea -replicó Taliesin-, Y vosotros -añadió el Primer Bardo volviéndose hacia los compañeros-, ya habéis visto muchos de los tesoros de Caer Dathyl. Pero ¿habéis visto su verdadero orgullo, el auténtico tesoro inapreciable que guarda? Está aquí -dijo en voz baja mientras movía una mano señalando las paredes de la estancia-. Esta Sala del Saber guarda una gran parte de la antigua sabiduría de Prydain. Arawn, el Señor de la Muerte, robó los secretos de sus artes y oficios a los

hombres, pero no pudo apoderarse de las melodías y las palabras de nuestros bardos, y todas han ido siendo meticulosamente recogidas aquí. En cuanto a ti, mi valeroso amigo, hay unas cuantas canciones tuyas y no pocas precisamente -dijo mirando a Fflewddur- . La memoria vive más tiempo que lo que recuerda -siguió diciendo Taliesin-, y todos los hombres comparten los recuerdos y la sabiduría de todos los demás. Debajo de esta sala hay tesoros todavía más valiosos. -Sonrió-. La mayor parte se encuentra oculta a gran profundidad, como ocurre con la poesía. Allí está también la Sala de los Bardos. Por desgracia, Fflewddur Fflam, sólo el verdadero bardo puede entrar en ella -dijo con voz entristecida-, aunque quizá algún día te unas a nuestras filas.

-¡Oh, la sabiduría de los nobles bardos! -gritó Gurgi. Estaba tan asombrado que los ojos casi se le salían de las órbitas-. ¡Todo esto hace que la pobre y tierna cabeza del humilde Gurgi se llene de mareos y meneos! ¡Ay, ay, pobre de él porque no tiene sabiduría! ¡Pero sería capaz de renunciar al masticar y el tragar para conseguirla!

Taliesin puso una mano sobre el hombro de la criatura.

-¿Crees que careces de sabiduría? -preguntó-. Eso no es cierto. Existen tantas formas de la sabiduría como urdimbres puede crear un telar. La tuya es la sabiduría del corazón bondadoso y lleno de ternura. Es muy escasa, y eso hace que su valor sea mucho más grande.

»Y lo mismo es cierto de Coll, Hijo de Collfrewr -dijo el Primer Bardo-, y en su caso a la sabiduría de la tierra se añade el don de hacer despertar al suelo estéril y conseguir que éste florezca entregando una abundante cosecha.

-Es mi huerto el que se encarga de esa labor, no yo -dijo Coll mientras su calva coronilla se volvía de color rosado a causa del placer y la modestia-. Y cuando me acuerdo del estado en el que lo dejé, pienso que ocurra lo que ocurra tendré que esperar mucho tiempo para obtener otra cosecha.

-Yo tenía que encontrar la sabiduría en la isla de Mona -intervino Eilonwy-. Dallben me envió allí para eso, pero sólo aprendí a cocinar, manejar la aguja y hacer reverencias, -Aprender no es lo mismo que la sabiduría -repuso Taliesin con una carcajada llena de bondad-. Princesa, la sangre de las encantadoras de Llyr fluye por tus venas. Tu sabiduría quizá sea la más secreta de todas pues sabes sin saber, de la misma manera que el corazón sabe cómo ha de latir.

-Ay, me temo que yo sí carezco de toda sabiduría -dijo Taran-. Estaba con vuestro hijo cuando le llegó la muerte. Me dio un broche de gran poder, y mientras lo llevé comprendí muchas cosas y mucho que me había estado oculto hasta entonces se volvió claro como el agua. El broche ya no es mío, si es que hubo algún momento en el que realmente lo fuese. Lo que sabía entonces ahora sólo lo recuerdo como un sueño que está más allá de mis fuerzas poder recuperar.

Una sombra de pena pasó por las facciones de Taliesin.

-Hay quienes deben aprender conociendo primero la pena, la desesperación y la pérdida -dijo con afabilidad-, y de todos los caminos que llevan a la sabiduría ése es el más largo y el más cruel. ¿Eres tú uno de los que han de seguir semejante camino? Eso es algo que ni siquiera yo puedo saber, pero aunque lo seas no debes desanimarte. Quienes llegan al final de ese camino obtienen algo más que la sabiduría. Así como la lana sin cardar acaba convirtiéndose en una prenda y la arcilla sin moldear y cocer en un recipiente, así cambian ellos y dan forma a la sabiduría para otros, y lo que devuelven es más gránele que lo que han obtenido.

Taran se disponía a hablar, pero las notas de un cuerno de señales resonaron procedentes de la Torre Central y los gritos de los centinelas de las torretas llegaron a sus oídos. Los vigías anunciaron que acababan de divisar a la hueste que el rey Pryderi había reunido para la batalla. Taliesin precedió a los compañeros por un tramo de espaciosos escalones de piedra y les llevó hasta lo alto de la Sala del Saber, desde donde podrían ver más allá de los muros de la fortaleza. Taran sólo logró distinguir los

destellos que el sol que empezaba a bajar hacia el oeste arrancaba a las hileras de lanzas extendidas a través del valle. Después siluetas montadas a caballo emergieron del contingente principal de guerreros y galoparon a través de la llanura salpicada de nieve. El atuendo carmesí, oro y negro del jinete que encabezaba al grupo hacía que destacara sobre los colores más apagados cíe la llanura, y los rayos del sol centelleaban sobre su casco dorado. Taran no pudo seguir observando por más tiempo, pues los centinelas ya habían empezado a gritar los nombres de los compañeros llamándoles a la Gran Sala.

Gurgi cogió el estandarte de la Cerda Blanca y se apresuró a seguir a Taran. Los compañeros fueron lo más deprisa posible a la Gran Sala. Una mesa muy larga había sido colocada en el centro de la estancia, y Math y Gwydion estaban sentados a su cabecera. Taliesin tomó asiento a la izquierda de Gwydion. A la derecha de Math había un trono vacío adornado con los colores de la casa real del rey Pryderi. A cada lado cíe la mesa estaban sentados los señores cíe Don. los nobles de los cantrevs y los líderes cíe guerreros.

Los portadores de estandartes se alineaban a lo largo cíe las paredes de la Gran Sala. Gurgi miró a su alrededor poniendo cara de susto, pero se unió a sus filas después de que Gwydion le hiciera una seña. Estar rodeada por todos aquellos guerreros de rostros ceñudos hacía que la pobre criatura se sintiera terriblemente incómoda y aterrorizada, pero los compañeros le animaron con la mirada, y Coll le guiñó un ojo y acompañó el guiño con una sonrisa tan enorme que Gurgi alzó tanto su peluda cabeza como su estandarte improvisado más orgullosamente que cualquier otro portador cíe emblemas presente en la Gran Sala.

El mismo Taran se sintió bastante incómodo cuando Gwydion alzó una mano indicando que él y los otros compañeros debían tomar asiento entre los líderes de guerra; aunque Eilonwy, que seguía llevando su atuendo de guerrero, sonrió alegremente y dio la impresión de sentirse a sus anchas.

-¡Hum! -observó-. Creo que Hen Wen queda francamente bien en el estandarte, y si quieres que te sea sincera como emblema está mejor que muchos de los que veo. Te pusiste tan desagradable con eso de que si tiene los ojos azules o marrones... Bueno, pues puedo decirte que eso no llega a ser ni la mitad de raro que algunos de los colores que veo bordados en ciertos estandartes, y...

Eilonwy dejó de hablar, pues las puertas acababan de abrirse y un instante después el rey Pryderi entró en la Gran Sala. Todos los ojos se clavaron en él mientras avanzaba hacia la mesa donde se iba a celebrar el consejo de los monarcas. Era tan alto como Gwydion, y su soberbio atuendo brillaba bajo la luz de las antorchas. No llevaba casco: lo que Taran había visto era su larga cabellera que relucía como el oro alrededor de su frente. De su costado colgaba una espada sin vaina, pues, como explicó Fflewddur Fflam en susurros a Taran, Pryderi tenía por costumbre no envainar jamás su espada hasta que la batalla hubiera sido ganada. Detrás del rey venían maestros de cetrería con halcones encapuchados sobre sus muñecas protegidas por guanteletes; sus líderes de guerra, con el emblema del halcón carmesí de la Casa de Pwyll bordado sobre sus capas; y lanceros que flanqueaban al portador de su estandarte.

Gwydion, quien al igual que el Primer Bardo llevaba el atuendo desprovisto de adornos de un guerrero, se puso en pie para saludarle, pero Pryderi se detuvo antes de llegar a la mesa del consejo, cruzó los brazos delante del pecho y paseó la mirada por la Gran Sala observando a los reyes de los cantrevs que le aguardaban.

-Bien hallados, señores -exclamó Pryderi-. Me alegra veros reunidos aquí. La amenaza de Annuvin os ha hecho olvidar vuestras disputas internas. Volvéis a solicitar la protección de la Casa de Don, igual que hacen las avecillas cuando ven que el halcón traza círculos en el cielo.

La voz de Pryderi estaba impregnada cíe un desprecio que no hacía ningún esfuerzo por ocultar. La aspereza de las palabras del rey sorprendió bastante a Taran. El

mismo Gran Rey clavó la mirada en Pryderi, aunque cuando habló sus palabras fueron mesuradas y su tono grave y tranquilo.

-¿Por qué decís eso, señor Pryderi? Soy yo quien ha hecho venir a todos los que estaban dispuestos a ponerse a nuestro lado, pues la seguridad cíe todos está en juego.

Pryderi sonrió con amargura. Sus apuestas facciones estaban un poco enrojecidas, aunque Taran no tenía forma de saber si debido al frío o a causa cíe la ira. La sangre tino los pómulos de líneas bien marcadas que sobresalían por encima de sus mejillas cuando Pryderi echó hacia atrás su dorada cabeza y sostuvo sin vacilar la adusta mirada del Gran Rey.

-¿Quién de entre ellos habría osado quedarse quieto cuando veía amenazada su propia persona? -replicó Pryderi-, Los hombres sólo responden a un puño de hierro o al roce cíe una espada en sus gargantas. Los que se consideran vasallos vuestros obran así porque eso sirve a sus propios fines. Estos gobernantes de cantrev nunca están en paz entre ellos, y cada uno anhela sacar todo el provecho posible de la debilidad de su vecino. ¿Creéis acaso que en lo más profundo de sus corazones son menos malvados que Arawn, el Señor de la Muerte?

Murmullos de ira y perplejidad brotaron de los monarcas de los cantrevs. Math los silenció con un rápido gesto de su mano.

Gwydion habló en cuanto se hubo hecho el silencio.

-Juzgar lo que se oculta en el corazón de los demás es algo que se encuentra más allá de la sabiduría de cualquier hombre, pues el mal y el bien siempre están mezclados -dijo-. Pero esta clase de asuntos deben ser discutidos sentados ante las ascuas de una hoguera de campamento, corno vos y yo hemos hecho con frecuencia; o al final de un banquete cuando la llama de las antorchas empieza a encogerse. Ahora nuestras acciones deben tener como meta la defensa de Prydain. Venid, Piyderi, Hijo de Pwyll. Vuestro asiento os espera, y tenemos muchos planes que trazar.

-Me habéis llamado, príncipe cíe Don -replicó Pryderi con voz seca y cortante-. Estoy aquí. ¿Para unirme a vos? No. Para pediros que os rindáis.

# 11 - La fortaleza

Durante un momento nadie pudo hablar. Las campanillas de plata atadas a las patas de los halcones de Pryderi emitieron un débil tintineo. Después Taran se levantó de un salto con la espada en la mano. Los señores de los cantrevs lanzaron gritos de rabia y desenvainaron sus armas. La voz de Gwydion resonó en la enorme estancia conminándoles a guardar silencio.

Pryderi no se movió. Los miembros de su séquito habían desenvainado las espadas y habían formado un círculo a su alrededor. El Gran Rey se había levantado de su trono.

-Os estáis divirtiendo a nuestras expensas, Hijo de Pwyll -dijo Math con voz severa-, pero la traición no es algo con lo que se deban gastar bromas.

Pryderi seguía inmóvil con los brazos cruzados delante del pecho. Sus rasgos dorados se habían vuelto del color del hierro.

-No lo llaméis broma -replicó-, y no me llaméis traidor. He pensado durante mucho tiempo en esto, y hacerlo ha llenado de angustia mi corazón; pero al fin he acabado comprendiendo que es la única manera en que puedo servir a Prydain.

El rostro de Gwydion estaba muy pálido, y las sombras de la preocupación se habían adueñado de sus ojos.

-La locura habla por vuestra boca -replicó-. ¿Acaso las falsas promesas de Arawn os han cegado impidiéndoos ver la luz de la razón? ¿Vais a decirme que un vasallo del Señor de la Muerte sirve a algún reino que no sea Annuvin?

-Arawn no puede prometerme nada que no tenga ya -dijo Pryderi-. Pero Arawn hará lo que los Hijos de Don no han conseguido hacer: pondrá fin a las interminables guerras entre los cantrevs, y traerá la paz donde antes ésta no ha existido nunca.

-¡La paz de la muerte y el silencio de la esclavitud muda! -replicó Gwydion.

Pryderi miró a su alrededor. Sus labios se habían curvado en una sonrisa despectiva.

-¿Acaso estos hombres merecen algo mejor, señor Gwydion? ¿Es que todas sus vicias juntas valen una de las nuestras? Estos hombres que se hacen llamar señores de los cantrevs no son más que una pandilla de matones toscos y pendencieros, y no son dignos de mandar ni siquiera en sus casas.

«Escojo lo que es mejor para Prydain -siguió diciendo-. No sirvo a Arawn. ¿Es el hacha dueña del leñador? Al final será Arawn quien acabará sirviéndome.

Taran escuchó con expresión horrorizada las palabras de Pryderi mientras éste se dirigía al Gran Rey.

-Deponed las armas. Abandonad a los alfeñiques que se aferran a vos en busca de protección. Rendios a mí ahora mismo. Ni Caer Dathyl ni vos sufriréis daño alguno, y estimo que sois digno de gobernar conmigo.

Math alzó la cabeza.

-¿Existe alguna maldad peor que ésta? -dijo en voz baja. Sus ojos no se habían apartado ni un instante de los de Pryderi-. ¿Acaso hay una maldad peor que la que se oculta bajo la máscara del bien?

Un señor de cantrev se levantó de un salto y avanzó hacia Pryderi con la espacia en alto.

-¡No le toquéis! -gritó Math-. Le hemos dado la bienvenida en calidad de amigo. Se marcha como enemigo, pero saldrá de aquí sin sufrir daño alguno. Si alguien osa tocar aunque sólo sea una pluma de sus halcones perderá la vida.

-Sal de aquí, Pryderi, Hijo de Pwyll -dijo Gwydion, y la gélida frialdad de su voz hacía que su ira resultase todavía más terrible-. La angustia de mi corazón no tiene nada que envidiar a la tuya. Nuestra camaradería ha quedado rota. Entre nosotros ya sólo podrán existir las filas de la batalla, y a partir de ahora lo único que nos unirá será el filo de una espada.

Pryderi no respondió. Giró sobre sí mismo y salió de la Gran Sala seguido por su séquito. Mientras montaba en su corcel la noticia se fue difundiendo entre los guerreros, y éstos le contemplaron en silencio sin romper filas. Más allá de las murallas los ejércitos de Pryderi habían encendido antorchas, y el valle ardía hasta allí donde podían abarcar los ojos de Taran. Pryderi cruzó las puertas -el carmesí y el oro de su atuendo despedían destellos iridiscentes tan intensos como los de las mismas antorchas-, y se alejó al galope hacia la hueste que le aguardaba. Taran y los hombres de los Commots le vieron marcharse sintiendo cómo la desesperación se iba extendiendo por todo su ser. Sabían, como sabían todos en Caer Dathyl, que aquel rey resplandeciente se había apoderado de sus vidas como si fuese un halcón de la muerte, y que se marchaba llevándoselas consigo.

Gwydion suponía que el ejército del rey Pryderi atacaría con las primeras luces del alba, y los hombres de la fortaleza pasaron toda la noche trabajando en los preparativos para enfrentarse a un asedio. Pero cuando llegó el amanecer y el pálido sol fue subiendo en el cielo, se pudo ver que la hueste de Pryderi apenas si había avanzado. Taran, Fflewddur, Coll y los otros líderes de guerra se encontraban en lo alto de una muralla al lado de Gwydion, quien permanecía inmóvil observando el valle y las alturas que iban bajando hasta las planicies en una sucesión de riscos escarpados. No había nevado desde hacía varios días. Las cañadas y las fisuras dé las rocas aún mostraban retazos de blancura atrapados entre los riscos como mechones de lana, pero casi toda la

extensión de planicie estaba despejada. La hierba muerta aparecía en forma de manchones de un marrón oscuro bajo una capa irregular de escarcha.

Los exploradores habían vuelto trayendo consigo la noticia de que los guerreros de Pryderi controlaban todo el valle e impedían el paso a través de las líneas de batalla; pero no se habían divisado grupos de incursores ni columnas de jinetes que flanquearan al ejército, y basándose en esto y en la distribución de los infantes y los jinetes los exploradores estimaban que el ataque vendría bajo la forma de una gran embestida hacia adelante, como si un puño de hierro se lanzara contra las puertas de Caer Dathyl.

Gwydion asintió.

-Pryderi tiene intención de atacar con todas sus fuerzas aunque deba pagar un precio muy caro al hacerlo. Puede derrochar las vidas de sus guerreros, pues sabe que nosotros no podemos permitirnos pagar un precio igual.

Frunció el ceño y se frotó el mentón con el dorso de una mano protegida por el metal del guantelete. Sus verdes ojos se entrecerraron mientras escudriñaba el valle, y su rostro curtido por la intemperie hacía pensar en el de un lobo que huele a sus enemigos.

-El señor Pryderi es arrogante -murmuró.

Gwydion se volvió rápidamente hacia los líderes de guerra.

-No esperaré un asedio. Hacerlo significaría una derrota segura. Pryderi tiene tropas suficientes para caer sobre nosotros y barrernos como una inundación torrencial. Presentaremos batalla fuera de la fortaleza, y embestiremos la ola antes de que haya llegado a su máxima altura. Math, Hijo de Mathonwy, estará al mando de las defensas interiores. No nos retiraremos a la fortaleza hasta el último momento, cuando no haya más remedio que hacerlo, y entonces resistiremos en ella.

Gwydion contempló en silencio durante unos momentos las salas y torres del castillo que empezaban a quedar iluminadas por los primeros rayos del sol matinal.

-Los Hijos de Don edificaron Caer Dathyl con sus propias manos, y construyeron esta fortaleza no sólo para que fuese un escudo contra Arawn, sino para que protegiera toda la belleza y la sabiduría de Prydain. Estoy dispuesto a hacer cuanto esté en mis manos para acabar con Pryderi, y también haré cuanto pueda para salvar a Caer Dathyl de la destrucción. Es posible que triunfemos en ambas empresas, y también es posible que fracasemos en una y en otra; pero no debemos luchar como el buey lento y torpe, sino como los lobos veloces y los astutos zorros.

El príncipe de Don habló rápidamente con los líderes de guerra y dejó claras las tareas encargadas a cada uno. Taran se sentía muy inquieto. Cuando era un muchacho había soñado con ocupar el sitio de un hombre entre los hombres; y siempre se había considerado capaz de hacerlo; pero en aquellos momentos el estar rodeado de guerreros canosos y curtidos en mil batallas parecía nublarle el conocimiento y robarle las fuerzas dejándole terriblemente debilitado. Coll adivinó los pensamientos que pasaban por la cabeza de Taran y le guiñó un ojo para animarle. Taran sabía que el anciano y robusto granjero había prestado gran atención a las palabras de Gwydion, pero aun así Taran supuso que una parte del corazón de Coll debía de estar muy lejos de allí, felizmente absorta atendiendo a su huerto de repollos.

La hueste de Pryderi se mantuvo en la misma posición durante una gran parte de la mañana mientras los defensores se apresuraban a formar sus propias líneas de batalla. A cierta distancia detrás de los muros de Caer Dathyl guerreros fuertemente armados se preparaban para soportar el embate del ataque de Pryderi, y esas tropas estarían al mando de Gwydion. Fflewddur y Llyan, con Taliesin y una compañía de bardos-guerreros, ocuparían posiciones al otro lado del valle. Los jinetes de los Commots estarían en el flanco del ataque de Pryderi, y se les había asignado la misión de lanzarse contra la oleada para obstaculizar su avance y disipar la fuerza de los brazos del enemigo.



Librodot

Taran y Coll se pusieron al frente de sus hombres y Llasar al frente de los suyos, y los dos grupos se dirigieron al galope hacia los puestos que les habían sido asignados. Gurgi, silencioso y sacudido por los temblores a pesar del enorme chaquetón que le envolvía, clavó el estandarte de la Cerda Blanca en la tierra helada para indicar el punto de agrupamiento. Taran sentía cómo los ojos del enemigo vigilaban cada uno de sus movimientos, y una extraña impaciencia mezclada con miedo hizo que los músculos de su cuerpo se envarasen hasta dejarlo tan tenso como la cuerda de un arco.

Gwydion apareció montado en Melyngar para echar un último vistazo a la disposición de los hombres de los Commots.

-¿A qué espera Pryderi? -le gritó Taran-. ¿Acaso se está burlando de nosotros? ¿Es que para él no somos más que hormigas que van y vienen sobre una colina a las que puede aplastar cuando le plazca?

-Paciencia -respondió Gwydion en un tono que contenía tanto la orden de un líder de guerra como el intento de tranquilizar de un amigo-. Sois espadas añadidas a mis manos -siguió diciendo Gwydion-. No permitáis que os rompan. Moveos deprisa; no permanezcáis demasiado tiempo en un solo combate, y tratad de iniciar muchas escaramuzas dispersas. -Estrechó la mano de Taran, y luego hizo lo mismo con Coll y Gurgi-. Adiós -dijo Gwydion casi con brusquedad.

Hizo volver grupas a Melyngar y se alejó al galope para reunirse con sus guerreros.

Taran le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido, y después volvió la cabeza hacia las lejanas torres de Caer Dathyl. Eilonwy y Glew habían recibido orden de permanecer dentro de la fortaleza bajo la protección del Gran Rey. Taran forzó la vista con la vana esperanza de divisar a Eilonwy en las murallas. No estaba más seguro de qué podía sentir hacia él de lo que lo había estado en Caer Dallben; pero a pesar de su decisión inicial había estado a punto de revelarle los sentimientos que se agitaban en su corazón. Después se había visto envuelto en la labor de agrupar y dar instrucciones a los guerreros, y ésta le había arrastrado con la fuerza de un torrente desbordado hasta el punto de que ni siquiera había tenido un momento para despedirse de ella. El anhelo y la tristeza atravesaron su ser con una dolorosa punzada, y aquellas palabras que no había podido llegar a pronunciar eran como una mano de hierro que le rodeaba la garganta.

Melynlas piafó dejando escapar una nube blanca por sus ollares y empezó a patear el suelo. Taran se sobresaltó y tensó las riendas. Una mirada le bastó para ver que la hueste de Pryderi se había puesto en movimiento y estaba lanzándose hacia el valle. La batalla estaba a punto de caer sobre él.

Llegó muy deprisa, no como la ola que se acerca lentamente a su cresta que Taran había imaginado. Primero hubo un mar tempestuoso de hombres que gritaban. Los Hijos de Don no estaban aguardando la carga de Pryderi, sino que se lanzaban adelante para enfrentarse con el enemigo que se aproximaba. Taran vio a Gwydion sobre la blanca silueta de Melyngar cuando su montura alzó las patas delanteras agitándolas en el aire; pero no supo en qué instante se produjo el primer entrechocar de las armas. Durante un momento en vez de dos mareas sólo hubo una que giraba y cambiaba continuamente de sentido en una gran convulsión, un torbellino de lanzas y espadas.

Taran hizo sonar su cuerno, y cuando le llegó el grito de respuesta cíe Llassar hincó los talones en los flancos de Melynlas. Coll y los jinetes de los Commots espolearon a sus monturas detrás de él. Las potentes patas de Melynlas pasaron de un trote veloz a un galope fulgurante. Los músculos de su montura se tensaban debajo de él, y Taran se internó en el mar de hombres con la espada en alto. La cabeza le daba vueltas, y jadeaba como si se estuviera ahogando. Taran comprendió que estaba aterrorizado.

Los rostros de los amigos y los enemigos giraban locamente a su alrededor. Vio a Llonio asestando mandobles a derecha e izquierda. El casco improvisado bailoteaba

sobre sus ojos, los estribos hacían que sus largas piernas sobresalieran hacia arriba y parecía un espantapájaros que hubiese cobrado vida; pero por donde pasaba Llonio los atacantes caían como las espigas ante la guadaña. La corpulenta silueta de Hevydd se alzaba como un muro en el centro del combate. No había ni rastro de Llassar, pero Taran creyó poder oír el estridente grito de batalla del joven pastor. Un instante después sus oídos captaron un rugido lleno de furia, y supo que Llyan y Fflewddur acababan de añadirse a la contienda. Un instante más en el que sólo fue consciente de la espada que sostenía en su mano, y Taran quedó sumergido en el ciego frenesí de la batalla, con guerreros que le atacaban y cuyos golpes se esforzaba por devolver.

Taran y los jinetes de los Commots atacaron una y otra vez, hundiéndose en los flancos del enemigo y volviendo grupas después para emerger del torbellino de hierro sólo para volver a perderse en él a continuación. De repente Taran vio destellos de oro y carmesí que relucían en un instante de claridad perdido en la confusión de la batalla. Era el rey Pryderi montado sobre un corcel negro. Taran intentó llegar hasta él para que pudieran cruzar las espadas. Sus ojos se encontraron durante un instante, pero el Hijo de Pwyll no hizo el más mínimo intento de responder al desafío de un jinete maltrecho y casi harapiento. Pryderi desvió la mirada y siguió avanzando, y un instante después ya había desaparecido; y la fugaz mirada despectiva de Pryderi hirió a Taran de manera más ¿olorosa y profunda que la hoja que emergió de la masa de enemigos para arañarle la cara.

En un momento dado las convulsiones de la marea armada arrojaron a Taran hacia el perímetro de la batalla. Vio el estandarte de Gurgi y trató de reunir a los jinetes alrededor de él. Las filas de Pryderi se habían separado un poco dejando un espacio libre. Un instante después un caballo galopó hacia él: era Lluagor. Un guerrero armado con una larga lanza se aferraba a su grupa.

-¡Atrás! -gritó Taran con toda la fuerza de sus pulmones-. ¿Es que has perdido la cabeza?

Eilonwy, pues era ella, tiró de las riendas. Había ocultado su cabellera trenzada debajo de un casco de cuero. La princesa cíe Llyr le sonrió jovialmente. -Ya comprendo que estás un poco nervioso, pero eso no es razón para que seas grosero -elijo, y se alejó al galope.

Durante un rato Taran no pudo creer que realmente la hubiera visto.

Unos momentos después estaba enfrentándose a un grupo de guerreros que lanzaban mandobles contra Melynlas y se arrojaban contra sus flancos intentando derribar tanto a la montura como a su jinete. Taran fue vagamente consciente de que alguien agarraba la brida de su montura y tiraba de ella hacia un lado. Los guerreros de Pryderi se apartaron. En cuanto quedó libre de su acoso Taran se volvió sobre la silla de montar y movió la espada casi a ciegas lanzando un mandoble contra el nuevo atacante.

Era Coll. El robusto granjero había perdido su casco. Su calva coronilla estaba tan llena de arañazos como si se hubiera zambullido en un zarzal.

-¡Usa la espada con tus enemigos, no con tus amigos! -gritó.

Taran estaba tan sorprendido que se quedó sin habla durante unos instantes.

-Me has sa-salvado la vida, Hijo de Collfrewr -logró tartamudear por fin.

-Vaya, pues quizá sí que lo he hecho -replicó Coll, como si la idea acabara de pasarle por la cabeza.

Se miraron el uno al otro, y se echaron a reír como un par de tontos.

Taran no logró formarse una nueva perspectiva de la batalla hasta la puesta del sol, cuando incluso el mismo cielo parecía hallarse manchado de sangre. Los guerreros de Gwydion se habían lanzado a través del camino que seguía el avance de Pryderi, y habían tenido que enfrentarse a toda la furia de los atacantes. Las huestes de Pryderi habían vacilado como si estuvieran tropezando con sus propios muertos. La ola había



Librodot

alcanzado su máxima altura y había quedado paralizada en ese punto. Un viento nuevo empezó a soplar a través del valle. Gritos de renovada energía brotaron de las filas de los guerreros de Don, y Taran sintió que el corazón le daba un vuelco. Los defensores empezaron a avanzar empujando ante ellos cuanto encontraban. Taran hizo sonar su cuerno, y galopó junto con los jinetes de los Commots para unirse a la marea que lo barría todo a su paso.

Las filas del enemigo se abrieron como un muro de ladrillos que se derrumba. Taran tiró de las riendas, y Melynlas se encabritó y lanzó un relincho alarmado. Un estremecimiento de horror recorrió el valle. Taran vio y comprendió la razón incluso antes de que el nuevo griterío llegase a sus oídos.

-¡Los Nacidos del Caldero! ¡Los guerreros que no pueden morir!

Los hombres de Pryderi se apartaron para dejarles pasar como si les estuvieran rindiendo un temeroso homenaje. Los Nacidos del Caldero llenaron la brecha avanzando en un horripilante silencio moviéndose a un paso que no era ni lento ni rápido, y el valle resonó con el rítmico movimiento de sus pesadas botas. La calina carmesí del sol que agonizaba hacía que sus rostros pareciesen todavía más lívidos. Sus ojos estaban tan fríos y carentes de brillo como las piedras. La columna de guerreros que no podían morir avanzó hacia Caer Dathyl sin vacilar ni un instante. Entre ellos se veía un ariete con la punta recubierta de hierro sostenido por cuerdas que colgaban de sus hombros.

Los enemigos que flanqueaban a los Nacidos del Caldero giraron de repente sobre sí mismos para lanzar un nuevo ataque contra los Hijos de Don. Taran, horrorizado, comprendió por qué Pryderi había retrasado tanto su ofensiva y entendió su arrogancia. El plan del rey traidor no había llegado a su culminación hasta hacía unos momentos. Guerreros descansados que conservaban todas sus energías surgieron de las colinas detrás de la larga columna de Nacidos del Caldero. Para Pryderi el largo día de batalla no había sido más que un remedo burlón. La carnicería había empezado.

Los muros de la fortaleza estaban llenos de arqueros y lanceros de las defensas interiores. La tempestad de flechas no hizo vacilar a los guerreros mudos Nacidos del Caldero. Cada dardo encontró su blanco, pero los enemigos siguieron avanzando sin pausa deteniéndose sólo para arrancar las flechas de su carne que no sangraba. Sus rasgos no mostraban dolor o ira, y ningún grito humano o alarido de triunfo salió de sus labios. Habían venido de Annuvin viajando como si hubieran surgido de la tumba. Su única tarea era traer la muerte, y estaban dispuestos a llevarla a cabo de una manera tan implacable y desprovista de piedad como sus rostros sin vida.

Las embestidas del ariete hicieron que las puertas de Caer Dathyl gimieran y temblaran. Las inmensas bisagras empezaron a aflojarse, y los ecos de cada golpe del ariete vibraron por toda la fortaleza. Las puertas se astillaron, y la primera brecha se abrió como una herida en la madera. Los Nacidos del Caldero volvieron a prepararse para lanzar el ariete hacia adelante. Las puertas de Caer Dathyl se derrumbaron hacia dentro. Los Hijos de Don habían quedado atrapados entre las filas de los guerreros de Pryderi y luchaban en vano por volver a la fortaleza. Taran, impotente, sollozó de furia y desesperación al ver cómo los Nacidos del Caldero avanzaban dejando atrás las puertas destrozadas.

Y entonces el Gran Rey Math se alzó ante ellos. Llevaba el atuendo de la Casa Real ceñido con eslabones de oro, y la Corona Dorada de Don relucía en su frente. Una capa de la más fina lana blanca colgaba de sus hombros y envolvía su cuerpo como si fuese una prenda funeraria. Su anciana mano llena de arrugas estaba extendida hacia adelante y sostenía una espacia desenvainada.

Los guerreros que no podían morir llegados de Annuvin se detuvieron como ante el débil agitarse de un recuerdo confuso, pero el momento pasó enseguida y siguieron avanzando. El campo de batalla había quedado totalmente silencioso, e incluso los

hombres de Pryderi se habían sumido en un silencio impresionado. El Gran Rey no retrocedió ante el avance de los Nacidos del Caldero, y sus ojos no se apartaron de los suyos mientras alzaba desafiantemente su espada. Math permaneció inmóvil, la imagen del orgullo y la antigua majestad hecha carne. El primero de los pálidos guerreros llegó hasta él. El Gran Rey aferró la espada reluciente con sus frágiles manos y la hizo descender en un mandoble hacia abajo. La espada del guerrero lo desvió, y el Nacido del Caldero lanzó un golpe terrible. El rey Math se tambaleó y puso una rodilla en tierra. La masa de guerreros mudos se lanzó hacia adelante moviendo sus armas en un torbellino de estocadas y mandobles. Taran se tapó el rostro con las manos y apartó la cabeza llorando mientras Math, Hijo de Mathonwy, caía al suelo y las botas con suela cíe hierro de los Nacidos del Caldero seguían moviéndose en su implacable marcha pasando sobre su cuerpo sin vida. Un instante después las prolongadas y temblorosas notas de un cuerno de caza surgieron de las oscuras colinas y crearon ecos entre las cañadas y picachos, y una sombra pareció deslizarse en el cielo por encima de la fortaleza.

Los hombres de Pryderi entraron en tropel por las puertas destrozadas siguiendo a los Nacidos del Caldero mientras oleadas de atacantes empujaban a los restos del ejército de Gwydion hacia las alturas dispersándolo entre las cañadas llenas de nieve. El retumbar de nuevos truenos llegó de Caer Dathyl cuando el ariete de los Nacidos del Caldero fue vuelto en contra de las murallas para derribarlas. Las llamas se elevaron por encima de la Gran Sala y la Sala del Saber, y el estandarte del halcón carmesí fue izado en la Torre Central.

A su lado, tapando el sol agonizante, se alzaba el estandarte negro de Arawn, Señor de Annuvin.

Caer Dathyl había caído.

# 12 - Los Eriales Rojos

La noche fue una orgía de destrucción, y al amanecer Caer Dathyl se había convertido en un montón de ruinas. Los fuegos humeaban allí donde habían estado los espaciosos salones. Las espadas y las hachas de los Nacidos del Caldero habían derribado el bosquecillo de chopos que se había alzado junto a los túmulos conmemorativos. La luz del amanecer hacía que los muros medio derruidos parecieran estar manchados de sangre.

El ejército de Pryderi les había negado incluso el derecho a enterrar a los muertos, y había empujado a los defensores hasta las colinas al este de Caer Dathyl. Fue allí, en la confusión de un campamento improvisado, donde los compañeros volvieron a encontrarse los unos a los otros. El fiel Gurgi seguía llevando el estandarte de la Cerda Blanca, aunque el astil había quedado roto y el emblema había sido acuchillado hasta dejarlo casi irreconocible. Llyan, con Fflewddur a su lado, estaba acurrucada bajo la escasa protección que ofrecía un afloramiento de rocas; su cola se movía nerviosamente de un lado a otro, y sus ojos amarillos aún ardían con el fuego de la ira. Hevydd el Herrero había encendido una hoguera, y Taran, Eilonwy y Coll intentaron calentarse con las ascuas. Llasar había sobrevivido a la batalla a pesar de las muchas heridas sufridas; pero el enemigo había infligido crueles pérdidas a los hombres de Coll. Entre los que yacían silenciosos para siempre en el suelo pisoteado del campo de batalla estaba Llonio, Hijo de Llonwen.

Uno de los escasos supervivientes que habían logrado escapar de las defensas interiores de la fortaleza era Glew. Un guerrero de Don le había encontrado perdido y confuso fuera de las murallas, se había apiadado de él y le había llevado al campamento. El antiguo gigante se mostró patéticamente alegre al reunirse con los compañeros,

aunque aún estaba tan aterrorizado y tembloroso que sólo consiguió balbucear unas cuantas palabras. Glew se acurrucó delante del fuego con una capa desgarrada sobre los hombros y apoyó la cabeza en sus manos.

Gwydion estaba solo. Sus ojos llevaban mucho tiempo sin apartarse de la columna de humo negro que manchaba el cielo por encima de las ruinas de Caer Dathyl, hasta que por fin acabó apartando la mirada de ella y ordenó a todos los que habían sobrevivido al día que se congregaran. Taliesin se reunió con ellos, cogió el arpa de Fflewddur y entonó un lamento por los muertos. La voz del Primer Bardo se alzó entre los pinos impregnada por una profunda pena, pero se trataba de una pena en la que no había desesperación, y aunque las notas del arpa soportaban el peso del llanto que contenían también encerraban las límpidas melodías de la vida y la esperanza.

Taliesin alzó la cabeza cuando la canción se hubo desvanecido en el silencio y habló en voz baja.

-Cáela piedra rota cíe Caer Dathyl será un monumento al honor, y todo el valle será un lugar de reposo para Math, Hijo de Mathonwy, y para todos nuestros muertos. Pero aún vive un Gran Rey. Le honro, así como honro a todos los que están a su lado.

Se volvió hacia Gwydion y le hizo una gran reverencia. Los guerreros desenvainaron sus espadas y gritaron el nombre del nuevo rey de Prydain.

Después Gwydion llamó a los compañeros para que se acercaran a él.

-Nos encontramos únicamente para separarnos -dijo-. La victoria de Pryderi sólo nos da una elección y una esperanza. Ya se han enviado mensajeros para que lleven la noticia de nuestra derrota al rey Smoit y su ejército y a los señores del norte, pero no podemos correr el riesgo de esperar su ayuda. Lo que debemos hacer tiene que hacerse ahora. Ni siquiera una hueste de guerreros diez veces más numerosa que la de Pryderi puede enfrentarse a los Nacidos del Caldero, pues un ejército tras otro puede ser lanzado contra ellos sin que se consiga otra cosa que engrosar las filas de los muertos.

»Y, sin embargo, aquí está la semilla de nuestra esperanza -siguió diciendo Gwydion-. Que se recuerde, Arawn jamás había hecho salir de Annuvin a un contingente tan grande de los guerreros que no pueden morir. Ha corrido el mayor de los riesgos para obtener el mayor de los premios, y ha triunfado; pero su triunfo también se ha convertido en su momento de máxima debilidad. Sin los Nacidos del Caldero para defender sus fronteras Annuvin se encuentra expuesta al ataque. Así pues, debemos atacar.

-¿Entonces creéis que Annuvin se halla indefensa? -se apresuró a preguntar Taran-. ¿Es que Arawn no tiene otros servidores aparte de los Nacidos del Caldero?

-Seguramente contará con guerreros mortales, y quizá con una fuerza de Cazadores -replicó Gwydion-, pero si los Nacidos del Caldero no llegan a Annuvin a tiempo de ayudarles disponemos de las tropas necesarias para vencerles.

El rostro de Gwydion estaba tan duro e impasible como la piedra.

-No deben llegar a Annuvin. Su poder va menguando cuanto más tiempo pasen fuera del reino del Señor de la Muerte, por lo que es preciso obstaculizarles, retrasarles y desviarles de cada camino que intenten seguir.

Coll asintió.

-Cierto, es nuestra única esperanza -dijo-. Y tiene que hacerse deprisa, pues ahora pretenderán volver lo más rápido posible con su amo. Pero ¿podremos alcanzarles en cuanto se hayan puesto en marcha? ¿Seremos capaces de hostigarles y, al mismo tiempo, preparar nuestro ataque contra Annuvin?

-No si viajamos como un solo ejército -replicó Gwydion-. Tenemos que separarnos formando dos grupos. El primero y más pequeño recibirá todos los caballos de los que sea posible prescindir, y se apresurará a perseguir a los Nacidos del Caldero. El segundo marchará hacia el valle de Kynvael y seguirá el curso de su río en dirección

noroeste hasta llegar a la costa. El camino es fácil, y avanzando a marchas forzadas se puede llegar al mar en no más de dos días.

»El mar debe ayudar a nuestra empresa -siguió diciendo Gwydion-, pues a Pryderi le resultaría muy fácil impedir que nuestro ejército avanzara por tierra. -Se volvió hacia Taran-, Math, Hijo de Mathonwy, te habló de los navíos que transportaron a los Hijos de Don cuando abandonaron la Tierra del Verano. Esos navíos no fueron abandonados. Aún están en condiciones de navegar, y se los ha mantenido preparados por si llegaba el día en el que fueran necesarios. Un pueblo fiel los vigila en una ensenada oculta cerca del estuario del río Kynvael. Nos llevarán hasta la costa oeste de Prydain, y nos dejarán muy cerca de los bastiones de la misma Annuvin.

»Sólo dos hombres saben dónde se encuentra esa ensenada -añadió Gwydion-. Uno era Math, Hijo de Mathonwy. El otro soy yo. No tengo más elección que encabezar la marcha hacia el mar. En cuanto al otro viaje, ¿aceptarás ponerte al frente de quienes lo emprendan? -preguntó volviéndose hacia Taran.

Taran alzó la cabeza.

-Os serviré en todo lo que me ordenéis.

-No te estoy ordenando que hagas esto -dijo Gwydion-. No ordeno a ningún hombre que emprenda semejante tarea en contra de su voluntad, y todos los que te sigan deben hacerlo voluntariamente.

-Entonces es mi voluntad hacerlo -preguntó Taran.

Los compañeros murmuraron su asentimiento.

-Los navíos de los Hijos cíe Don son veloces -dijo Gwydion-. Lo único que te pido es que retrases a los Nacidos del Caldero haciéndoles perder un poco de tiempo..., pero todo depende de ese pequeño retraso.

-Si fracaso, ¿cómo os avisaré? -preguntó Taran-, Si los guerreros del Caldero llegan a Annuvin antes que vos vuestro plan no podrá tener éxito y tendréis que retiraros.

Gwydion meneó la cabeza.

-No puede haber ninguna retirada, pues ya no queda otra esperanza. Si alguno de los dos fracasa todos moriremos.

Llassar, Hevydd y todos los supervivientes de los Commots decidieron seguir a Taran.. Los guerreros de Fflewddur Fflam que habían sobrevivido a la batalla se unieron a ellos, y los dos grupos formaron el contingente principal de la tropa de Taran. Para gran sorpresa de los compañeros Glew decidió acompañarles.

El antiguo gigante ya se había repuesto de su terror, al menos lo suficiente para recuperar su malhumor y susceptibilidad habituales. También había recuperado todo su apetito, y exigía comida en grandes cantidades cíe la bolsa de cuero de Gurgi.

-Ya estoy harto cíe que se me lleve de un lado a otro agarrado del pescuezo -dijo Glew lamiéndose los decios-, y ahora he de escoger entre que se me haga subir a un navío o que se me meta entre una manada de caballos. Muy bien, en ese caso escojo la última opción porque por lo menos no resultará tan húmeda y salada; pero os aseguro que cuando era un gigante habría rechazado las dos.

Fflewddur fulminó con la mirada al antiguo gigante, e hizo una seña a Taran para que se alejaran y pudiesen hablar sin que les oyera.

-Parece que además cíe todos los infortunios que han llovido sobre nuestras cabezas también estamos condenados a soportar la presencia de esa comadreja gimoteante a cada paso que damos; y sigo teniendo el presentimiento de que en algún rincón de esa mente mezquina se oculta la esperanza de sacar provecho de todo esto..., de hacerse un nido cómodo y lleno de plumas, como te dije hace algún tiempo. -El bardo meneó la cabeza y lanzó una mirada apenada a Taran-. Pero ¿queda algún nido que llenar de plumas? Ya no hay ningún lugar seguro en el que Glew pueda esconder su cabeza.



Librodot

Gurgi había atado el estandarte de la Cerda Blanca a un nuevo astil, pero el maltrecho emblema le hizo lanzar un suspiro melancólico.

-¡Pobre cerdita! -exclamó-. ¡Ahora nadie puede verla porque ha sido desgarrada y desmenuzada!

-Te prometo que bordaré otro emblema -dijo Eilonwy-. Tan pronto como...

Se interrumpió de repente y no dijo nada más, y se apresuró a subir a la grupa de Lluagor. Taran captó la mirada llena cíe preocupación que le lanzó. Temía que la princesa de Llyr tendría que esperar mucho tiempo antes de que sus manos pudieran volver a trabajar con una aguja de bordar; y aunque se lo callaba, en lo más hondo de su corazón se agazapaba el temor de que ninguno de ellos volviera a ver Caer Dallben, pues era muy posible que la muerte fuera el único premio que les aguardase al final de aquella terrible carrera.

Los guerreros armados con lanzas y espadas ya habían montado y estaban preparados para emprender la marcha. Los compañeros se despidieron de Gwydion e iniciaron su viaje a través de las colinas avanzando hacia el oeste.

Coll opinaba que los Nacidos del Caldero volverían a Annuvin siguiendo el camino más corto y con menos desvíos. Llasar cabalgaba al lado de Taran al frente de la columna que avanzaba serpenteando por las alturas cubiertas de nieve. La habilidad del joven pastor les facilitaba el avance, y Llassar supo guiarles rápidamente hacia las planicies manteniéndoles ocultos al ejército de Pryderi, que ya había empezado a retirarse del valle que se extendía alrededor de Caer Dathyl.

Viajaron durante varios días, y Taran empezó a temer que los Nacidos del Caldero hubieran logrado dejarles muy atrás en su veloz retirada. Aun así lo único que podían hacer era seguir avanzando a la mayor velocidad posible. Se habían desviado hacia el sur, y estaban atravesando grandes extensiones salpicadas de maleza y bosquecillos.

Gurgi fue el primero en divisar a los guerreros que no podían morir. El rostro de la criatura se puso gris a causa del miedo mientras señalaba un trozo de llanura rocosa. Glew parpadeó, se atragantó y apenas si consiguió engullir el bocado que estaba masticando. Eilonwy les observó en silencio, y el bardo expresó su abatimiento con un silbido tan débil que apenas resultó audible.

El espectáculo de la columna que avanzaba sobre las llanuras ondulando como una inmensa serpiente llenó de preocupación a Taran. Se volvió hacia Coll y le lanzó una mirada interrogativa.

-¿Crees que podremos hacer algo para retrasarles? -preguntó.

-Un guijarro puede desviar una avalancha -dijo Coll-, y una ramita puede contener una inundación.

-Quizá, quizá -murmuró Fflewddur-, pero prefiero no pensar en lo que le ocurre al guijarro o a la ramita después.

Taran se disponía a indicar a sus guerreros que adoptaran la formación de ataque, pero Coll le sujetó el brazo.

-Todavía no, muchacho -dijo-. Antes de atacar hay que averiguar cuál es el camino que estas criaturas pretenden seguir para llegar a Annuvin. Si se quiere que la ramita haga su trabajo es preciso que esté colocada en el lugar adecuado.

Durante el resto del día y la mañana del siguiente los compañeros acompasaron su avance al de los Nacidos del Caldero. A veces les precedían, y a veces marchaban junto a su flanco, pero siempre sin perder de vista ni por un instante a los guerreros que no podían morir. Taran tuvo la impresión de que los Nacidos del Caldero se estaban moviendo más despacio. La oscura columna avanzaba sin detenerse ni un momento, pero su progreso era lento, como si los Nacidos del Caldero cargaran con un peso invisible. Taran se lo comentó a Coll, quien asintió y puso cara de satisfacción.

-Su fortaleza ha disminuido un poquito -dijo Coll-. El tiempo trabaja a favor nuestro, pero creo que pronto tendremos que poner manos a la obra.

Habían llegado a una gran franja de desolación donde la tierra desprovista de hierba se extendía a cada lado alejándose hasta donde podía ver el ojo. El suelo muerto estaba lleno de accidentes e irregularidades: se hallaba repleto de surcos que hacían pensar en un intento de ararlo que había sido abandonado a la mitad, y estaba acuchillado por cañadas y barrancos bastante profundos. Ni un solo árbol o matorral brotaba de la tierra de un color rojo oscuro, y mirara donde mirase Taran no vio ni la más leve señal de que algo vivo hubiera crecido allí jamás. Contempló el paisaje con una vaga inquietud, y el frío que le hizo temblar no era sólo producto de la mordedura del viento, sino también del silencio que se cernía sobre aquella tierra sin vida flotando como una neblina invisible.

-¿Qué lugar es éste? -preguntó en voz baja.

Coll torció el gesto.

-Ahora se llama los Eriales Rojos -dijo-. Me temo que en estos momentos mi huerto debe de tener un aspecto muy parecido -añadió con voz apenada.

-He oído hablar de él -dijo Taran-, aunque creía que sólo era uno de esos cuentos que se inventan los viajeros.

Coll meneó la cabeza.

-Sea lo que sea no es ningún cuento. Los hombres lo han rehuido desde hace mucho tiempo, aunque hubo una época en la que estos eriales eran el reino más hermoso de todo Prydain. La tierra era tan fértil que todo podía crecer en ella prácticamente de la noche a la mañana. Cereales, hortalizas, frutas..., vaya, pero si comparadas con las manzanas de este lugar las mías habrían parecido bayas resecadas por el viento tanto en tamaño como en sabor. Esa tierra era un tesoro digno de ser conquistado y conservado, y muchos fueron los señores que lucharon por su posesión; pero en los combates librados a lo largo de años y más años los cascos de los caballos pisotearon el suelo y éste quedó manchado por la sangre de los guerreros. La tierra acabó muriendo, como murieron aquellos que deseaban arrebatársela a sus congéneres, y la enfermedad no tardó en salir de los campos de batalla y se fue extendiendo poco a poco. -Coll suspiró-. Conozco esta tierra, muchacho, y no me gusta nada volver a verla. En mis días de juventud yo también marché con las huestes de batalla, y dejé bastante sangre mía en los Eriales.

-¿Es que nunca volverán a dar fruto? -preguntó Taran contemplando con abatimiento toda aquella extensión de campos desperdiciados-. La abundancia de cosechas que podrían producir haría que Prydain fuese un lugar rico y feliz. Dejar estos campos en su estado actual es todavía peor que derramar sangre en ellos. Si se la cultivara adecuadamente, ¿no crees que la tierra volvería a ser fértil?

-¿Quién puede saberlo? -respondió Coll-. Quizá. Hace muchos años que ningún hombre labra estos campos, pero en estos momentos eso no es algo que deba importarnos. -Movió una mano señalando las escarpadas cimas que se alzaban en la lejanía al otro lado de los campos-. Los Eriales Rojos se extienden hasta llegar a las colinas de Bran-Galedd, y por el suroeste llegan hasta muy cerca de Annuvin. Aquí empieza el camino más largo pero más libre de obstáculos de todos cuantos llevan hasta el reino de Annuvin, y si no estoy equivocado los Nacidos del Caldero marcharán por él lo más deprisa posible para volver con su amo.

-No debemos permitir que pasen por aquí -replicó Taran-. Tenemos que enfrentarnos a ellos en esos campos y retrasarles todo el tiempo que podamos. -Volvió la mirada hacia las cimas-. Hemos de obligarles a retirarse hacia las colinas. Las rocas y los accidentes del terreno nos permitirían tenderles trampas o atraerles a emboscadas. Es nuestra única esperanza.

-Quizá -dijo Coll-, pero antes de que tomes tu decisión hay algo que debes saber. Las colinas de Bran-Galedd también proporcionan un camino hasta Annuvin, y es más corto. Van haciéndose más altas a medida que se extienden hacia el oeste, y no tardan



Librodot

en ser riscos muy difíciles de escalar. Allí se alza el Monte Dragón, la cima más alta, que protege las Puertas de Hierro de la Tierra de la Muerte. Es una ruta difícil, cruel y muy peligrosa..., más para nosotros que para los Nacidos del Caldero, que no pueden morir. Nosotros podemos perder la vida, ellos no.

Taran frunció el ceño y contempló las montañas con expresión preocupada.

-No es una elección fácil, viejo amigo -dijo por fin con una carcajada llena de amargura-. El camino de los Eriales Rojos tiene menos obstáculos pero resulta más largo; el camino de las montañas es más duro y más corto. -Meneó la cabeza-. No poseo la sabiduría necesaria para decidir. ¿No tienes ningún consejo que darme?

-La elección debe ser tuya, líder de guerreros -respondió Coll-. Aun así, y como cultivador de coles y repollos, me atrevo a decir que si confías en tus fuerzas las montañas tanto pueden ser un amigo como un enemigo.

Taran sonrió con melancolía.

-No confío demasiado en las fuerzas de un mero Ayudante de Porquerizo, pero confío mucho en la fuerza y la sabiduría de sus compañeros -dijo después de guardar silencio durante unos momentos-. Bien, que así sea. Los guerreros del Caldero deben ser empujados hacia las colinas.

-Hay otra cosa que debes saber -dijo Coll-. Si ésa es tu elección, hay que actuar aquí mismo y cueste lo que cueste. Más hacia el sur los Eriales se ensanchan y la llanura se vuelve todavía más extensa y lisa; y si fracasamos aquí existe el peligro de que los Nacidos del Caldero consigan escapársenos para siempre.

Taran sonrió.

-Bueno, incluso un Ayudante de Porquerizo puede comprender algo tan sencillo.

Taran volvió a reunirse con la columna de guerreros y cabalgó a lo largo de ella para explicarles el plan que debían seguir. Advirtió a Eilonwy y Gurgi de que se mantuvieran lo más alejados posible de la contienda, pero no le costó demasiado adivinar que la princesa de Llyr no tenía ninguna intención de hacer caso de su advertencia. En cuanto a Taran, la decisión que había tomado era como un gran peso invisible depositado sobre sus hombros. Cuando los jinetes se agruparon junto a la franja de bosque y se fue acercando el momento en el que deberían avanzar a través de los Eriales sus dudas y temores se intensificaron. Tenía frío. El viento que murmuraba deslizándose sobre los campos llenos de surcos y cañadas se infiltraba a través de su capa como un torrente de agua helada. Vio a Coll, quien le guiñó el ojo e inclinó su calva coronilla en una rápida seña. Taran se llevó el cuerno a los labios y dio la señal de avanzar.

Coll había sugerido que cortaran ramas gruesas de los árboles, y los compañeros y todos los jinetes así lo habían hecho. La columna entró en el erial como una hilera cíe hormigas cargada con briznas de paja, y empezó a avanzar dificultosamente a través de las cañadas y barrancos. A su derecha se alzaban las ruinas de una muralla, alguna vieja frontera que ya no servía de nada cuyos bloques medio derruidos se extendían a lo ancho de una gran parte de los Eriales y terminaban cerca de la abrupta pendiente que llevaba hasta las colinas de Bran-Galedd.

Taran condujo al grupo de guerreros lo más deprisa posible hasta allí. Tenía la impresión de que los Nacidos del Caldero ya les habían avistado, pues la columna oscura había apretado el paso y estaba avanzando rápidamente a través de los Eriales. Los jinetes de Taran desmontaron y corrieron para colocar sus ramas en los huecos y grietas de la muralla. La columna de los Nacidos del Caldero estaba cada vez más cerca. Detrás de ellos venían Cazadores a caballo envueltos en gruesos chaquetones de piel de lobo, los capitanes de tropa cuyas ásperas órdenes llegaban a los oídos de Taran como el chasquear de un látigo. Hablaban en un lenguaje desconocido para él, pero Taran comprendía muy bien el tono despectivo y las carcajadas brutales que brotaban de sus labios como si fueran escupitajos.



Librodot

Los Nacidos del Caldero mantenían su formación igual que habían hecho en Caer Dathyl, y sus filas avanzaban implacablemente sin detenerse ni un instante. Habían desenvainado las espadas que colgaban de sus gruesos cintos de bronce. Los remaches de bronce que cubrían sus petos de cuero relucían con débiles destellos mate. Sus pálidos rostros estaban totalmente inmóviles, y tan vacíos como sus ojos de mirada eternamente fija.

De repente los cuernos de los capitanes sonaron con un grito tan estridente como el de un halcón lanzado al ataque. Los guerreros del Caldero se envararon, y un instante después se lanzaron hacia adelante moviéndose más deprisa que antes en una pesada carrera sobre la tierra color rojo oscuro.

Los hombres de los Commots corrieron hacia su barrera improvisada de rocas y ramas. Los Nacidos del Caldero se lanzaron sobre la muralla medio en ruinas e intentaron trepar por ella. Fflewddur dejó a Llyan con Glew entre las otras monturas, cogió una rama muy larga y la hundió como si fuera una lanza en la masa de guerreros que trepaban por la muralla mientras gritaba con toda la potencia cíe sus pulmones. A su lado Gurgi agitaba un enorme cayado con el que golpeaba desesperadamente la ola que ascendía hacia ellos. Eilonwy alzó su lanza sin hacer caso del grito de Taran y fue su furioso ataque el que hizo tambalearse y caer al primer guerrero del Caldero, obligándole a debatirse desesperadamente para recuperar el equilibrio entre las filas de guerreros silenciosos que pasaban sobre él. El grupo de Taran redobló sus esfuerzos, y todos lanzaron golpes, mandobles y estocadas invirtiendo hasta su última reserva de energía en el intento de rechazar a su mudo enemigo.

Otros guerreros de las tropas que no podían morir perdieron su asidero cuando los atacantes se lanzaron ciegamente contra la barrera para ser rechazados una y otra vez por los astiles de las lanzas y los garrotes improvisados de los hombres de los Commots.

-¡Nos temen! -gritó el bardo con frenética alegría-. ¡Mirad, están retrocediendo! No podemos matarles, ¡pero por el Gran Belin que todavía somos capaces de obligarles a retirarse!

Taran, envuelto en la confusión de los guerreros que se agitaban y las estridentes llamadas de los cuernos de los Cazadores, pudo ver cómo las filas de Nacidos del Caldero se apartaban del seto de lanzas que las amenazaba, y sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Sería verdad que los capitanes temían aquel obstáculo y estaban preocupados por la disminución de la fortaleza de su muda hueste? La ola atacante parecía más débil, aunque Taran no podía estar totalmente seguro de que no fuesen meramente sus esperanzas las que creaban aquella impresión. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo llevaban combatiendo en la muralla. La que parecía interminable tarea de golpear con su lanza le había agotado hasta tal punto que sentía como si llevara toda una eternidad allí, aunque el cielo aún estaba iluminado.

Y de repente se dio cuenta de que Fflewddur tenía razón. La masa silenciosa de los guerreros que no podían morir había quedado atrás. Los capitanes de los Cazadores habían tomado su decisión. Los líderes a caballo se comportaron como bestias que descubren que su presa se encuentra demasiado bien escondida, e hicieron sonar una prolongada nota temblorosa en sus cuernos. Las filas de Nacidos del Caldero se desviaron hacia las colinas de Bran-Galedd.

Los guerreros de los Commots prorrumpieron en vítores. Taran volvió grupas para ir en busca de Coll, pero el viejo guerrero seguía avanzando a toda prisa a lo largo de la muralla. Taran gritó su nombre, y un instante después comprendió qué era lo que había visto Coll y se horrorizó. Un grupo de Nacidos del Caldero se había separado del contingente principal y estaba intentando abrirse paso a través de una brecha que no se hallaba defendida.

Coll llegó a ella justo cuando el primer guerrero del Caldero había empezado a trepar por encima de las piedras. Un instante después el viejo guerrero ya se había



Librodot

lanzado sobre él. Coll dejó caer su lanza al suelo, alzó en vilo al guerrero con sus robustos brazos y lo arrojó hacia abajo. Otros Nacidos del Caldero llegaron a la brecha, y Coll desenvainó su espada y empezó a repartir mandobles a derecha e izquierda sin prestar atención a las hojas de sus atacantes. El arma se rompió en sus manos, y el robusto granjero lanzó un grito de ira y empezó a asestar golpes con sus potentes puños. Los guerreros que no podían morir se aferraron a él e intentaron arrastrarle hacia abajo, pero Coll se libró de su presa, arrancó una espada de entre los dedos de un Nacido del Caldero que se tambaleaba a punto de perder el equilibrio y la hizo girar como si pretendiera derribar un roble con un solo tajo.

Taran estuvo al lado de Coll en un instante. Los cuernos de los Cazadores dieron la señal de retirada. Taran comprendió que el ataque había llegado a su fin con aquella última convulsión. Los Nacidos del Caldero habían empezado a escalar las cimas. Los Eriales Rojos les estaban prohibidos.

Coll sangraba abundantemente por la cabeza. Su chaquetón forrado con piel de oveja estaba empapado en sangre y había sido desgarrado en muchos sitios por las hojas de los Nacidos del Caldero. Taran y Fflewddur se apresuraron a bajarle entre los dos y le llevaron hasta los cimientos de la muralla. Gurgi corrió a ayudarles lanzando gemidos de preocupación. Eilonwy ya había desgarrado su casa para colocarla como almohada entre la cabeza del anciano granjero y las duras piedras.

-Ve detrás de ellos, muchacho -jadeó Coll-. No les des cuartel... Las ramitas han desviado el torrente, pero hay que volver a desviarlo y habrá que hacerlo muchas veces más si quieres bloquear el camino que lleva a Annuvin.

-Un robusto tronco «de árbol lo ha desviado -replicó Taran-, y he vuelto a apoyadme en él.

Tomó las manos encallecidas por el trabajo de Coll entre sus dedos e intentó ponerle en pie con toda la delicadeza de que era capaz.

Coll sonrió y meneó la cabeza.

-Soy un granjero -murmuró-, pero aun así tengo lo suficiente de guerrero como para saber que he sido herido de muerte. Vete, muchacho... No lleves contigo más cargas que las imprescindibles.

-¿Cómo, acaso quieres que rompa la promesa que te hice? -exclamó Taran-, Te prometí que cavaríamos y arrancaríamos las malas hierbas juntos.

Pero cada palabra le resultó tan dolorosa como una herida de daga.

Eilonwy lanzó una mirada de preocupación a Taran.

-Tenía la esperanza de que algún día podría dormir en mi huerto -elijo Coll-. El zumbido de las abejas me habría resultado mucho más agradable que el cuerno de Gwyn el Cazador, pero ya veo que no me corresponde hacer esa elección.

-El cuerno de Gwyn no suena por ti -dijo Taran-. Lo que estás oyendo es a los capitanes llamando a retirada a los Nacidos del Caldero.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras las débiles notas de un cuerno de caza se alzaron sobre las colinas y sus ecos agonizantes temblaron como sombras por encima del erial. Eilonwy se tapó el rostro con las manos.

-Cuida de nuestras plantaciones, muchacho -dijo Coll.

-Los dos cuidaremos de ellas -replicó Taran-. Las malas hierbas serán tan incapaces de resistirte como lo fueron los guerreros de Arawn.

El robusto anciano no respondió. Pasaron unos momentos antes de que Taran comprendiera que Coll había muerto.

Mientras los apenados compañeros recogían piedras de entre los restos de la muralla, Taran cavó una tumba con sus propias manos en la dura tierra sin permitir que nadie le ayudara en esa tarea. No se apartó de ella ni siquiera después de que el humilde túmulo se hubiera alzado sobre Coll, Hijo cíe Collfrewr, y ordenó a Fflewddur y a los



Librodot

compañeros que siguieran avanzando hacia las colinas de Bran-Galedd diciéndoles que se reuniría allí con ellos antes de que cayera la noche.

Taran permaneció inmóvil y en silencio largo rato. El cielo ya había empezado a oscurecerse cuando por fin acabó dando la espalda al túmulo y subió cansadamente a la grupa de Melynlas. Después contempló unos momentos más el montículo de tierra rojiza y piedras.

-Que duermas bien, cultivador de repollos y recolector de manzanas -murmuró-. Te encuentras muy lejos del sitio en el que anhelabas estar. Yo también estoy muy lejos de allí.

Y Taran cabalgó en soledad a través de los Eriales, que ya iban quedando sumidos en las tinieblas, dirigiéndose hacia las colinas que le aguardaban.

# 13 - Oscuridad

Durante los días siguientes los compañeros se esforzaron por alcanzar a los Nacidos del Caldero y volver a interponerse en el camino que seguían los guerreros en retirada, pero su avance resultó terriblemente lento. Taran sabía que Coll estaba en lo cierto cuando le había dicho que las colinas de Bran-Galedd tanto podían ser un amigo como un enemigo. Las cañadas rocosas y los angostos desfiladeros, los abismos repentinos en los que el suelo se alejaba de manera vertiginosa hasta llegar a gargantas congeladas ofrecían a los compañeros su única esperanza de retrasar a la hueste incapaz de morir que avanzaba como un río de hierro; pero al mismo tiempo ráfagas de viento cargadas de nieve bajaban aullando desde los riscos del oeste y golpeaban al pequeño grupo con martillos de hielo. Los caminos azotados por los vendavales eran resbaladizos y traicioneros. Los barrancos contenían pozos muy profundos llenos de nieve donde montura y jinete podían hundirse sin que hubiese forma alguna de rescatarles.

El guía en quien más confiaba Taran para que les llevara por las colinas era Llassar. El joven del Commot estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a desplazarse por las montañas y se movía con ágil seguridad en aquellos terrenos, y Llassar se convirtió en pastor de un rebaño distinto y mucho más preocupado. En más de una ocasión sus agudos sentidos mantuvieron alejados a los compañeros de las trampas heladas que eran las cañadas llenas de nieve, y Llassar sabía descubrir senderos que nadie más era capaz de ver; pero aun así el avance del cansado grupo seguía siendo muy lento, y tanto los hombres como los animales padecían terribles sufrimientos a causa del frío. Sólo Llyan, la gran gata, no parecía afectada por las potentes ráfagas de viento que incrustaban un diluvio de agujitas de hielo en los rostros de los compañeros.

-Parece estar pasándolo en grande -suspiró Fflewddur mientras se envolvía en su capa. Se había visto obligado a desmontar después de que a Llyan se le metiera en la cabeza que quería afilar sus enormes garras en la corteza de un árbol-, Y si dispusiera de un abrigo de pieles como el suyo yo también lo estaría pasando en grande, claro -añadió.

Gurgi movió la cabeza con expresión abatida indicando que estaba totalmente de acuerdo con él. Desde que habían entrado en las colinas la pobre criatura se había ido pareciendo cada vez más a un montón de nieve peluda. El frío incluso había logrado poner fin a las incesantes quejas de Glew. El antiguo gigante se había tapado la cara con el capuchón, y lo único que se podía ver de él era el extremo medio congelado de su nacida nariz. Eilonwy también guardaba un silencio nada habitual en ella. Taran sabía que su corazón estaba tan dolorido y apenado como el de él.

Aun así, y en la medida en que podía hacerlo, Taran se obligaba a olvidarse de la pena. Su tenaz persecución por fin había conseguido que sus guerreros estuvieran lo

bastante cerca de los Nacidos del Caldero para atacarles, y sólo pensaba en qué medios podía emplear con el fin de retrasar su avance hacia Annuvin. Al igual que habían hecho en los Eriales Rojos, los compañeros trabajaron construyendo barreras con ramas y troncos que colocaron atravesando una angosta cañada, y se esforzaron hasta que el sudor empapó sus ropas y fue congelado por las ráfagas de viento. Esta vez los guerreros de rostros lívidos lograron pasar después de haber cortado las ramas con sus espadas sin decir ni una palabra. Los hombres de los Commots se dejaron dominar por la desesperación e intentaron enzarzarse en un combate cuerpo a cuerpo con su terrible enemigo, pero los Nacidos del Caldero atravesaron sus filas hiriendo y matando en un avance implacable. Taran y los hombres de los Commots intentaron obstruirles el paso con grandes peñascos, pero esa labor quedaba más allá del alcance de sus fuerzas incluso contando con la ayuda de los poderosos brazos de Hevydd, y sólo consiguieron sufrir más bajas.

Los días eran una pesadilla blanca cíe nieve y viento. Las noches traían consigo el horror del frío agravado por el abatimiento, y los compañeros tenían que buscar el poco refugio que ofrecían los promontorios rocosos y los pasos de montaña como si fuesen animales exhaustos. Pero ocultarse servía de poco, pues la presencia de los guerreros de los Commots era conocida y sus movimientos eran avistados rápidamente por los capitanes enemigos. Al principio los Nacidos del Caldero no habían prestado atención a la pequeña tropa; pero pasado un tiempo los incansables caminantes que no podían morir no sólo apretaron el paso sino que se aproximaron a los jinetes de Taran como si estuvieran impacientes por entrar en combate con ellos.

Aquello sorprendió a Fflewddur, quien cabalgaba al frente de la columna al lado de Taran.

Taran frunció el ceño y meneó la cabeza mientras ponía cara de preocupación.

-Lo comprendo demasiado bien -dijo-. Su poder se había debilitado cuando estaban más lejos de Annuvin. El poder vuelve a ellos a medida que se aproximan a los dominios de Arawn, y los Nacidos del Caldero se van haciendo más fuertes en tanto que nosotros nos vamos debilitando. A menos que los detengamos de una vez por todas nuestros esfuerzos sólo servirán para ir minando nuestras energías. Pronto nos infligiremos una derrota mucho más grave que la que nunca habrían podido esperar infligirnos los guerreros de Arawn -añadió con amargura.

Pero no habló de otro temor que estaba en el corazón de todos. Cada día que pasaba dejaba más claro que los Nacidos del Caldero se estaban desviando en dirección sur alejándose de las colinas de Bran-Galedd, y que volvían de nuevo hacia el camino más rápido y libre de obstáculos que les ofrecían los Eriales Rojos. Taran pensó que aquello quería decir que el enemigo aún temía a los perseguidores, y que haría cuanto estuviera en sus manos para librarse de ellos; y la idea le hizo sentir una ceñuda satisfacción.

Aquella noche nevó, y los compañeros se detuvieron cegados por los copos de nieve que se arremolinaban a su alrededor y su propio agotamiento. Los Nacidos del Caldero atacaron su campamento antes del amanecer.

Al principio Taran creyó que sus puestos cíe avanzada sólo habían sido rebasados por una compañía de los guerreros mudos, pero en cuanto los guerreros de los Commots cogieron sus armas entre el relinchar aterrorizado de los caballos y el entrechocar de las hojas se dio cuenta de que toda la columna enemiga estaba abriéndose paso a través de sus líneas. Espoleó a Melynlas hacia la contienda. Fflewddur estaba montado en Llyan con Glew aferrado a su cintura, y la enorme gata se reunió con los apurados defensores en una rápida serie de grandes saltos. La confusión era tal que Taran había perdido de vista a Eilonwy y Gurgi. Los Nacidos del Caldero habían atravesado las filas de jinetes de los Commots con tanta facilidad como si fueran una espada implacable, y estaban

avanzando sin encontrar ningún obstáculo aplastando todo lo que encontraban ante ellos.

La desigual batalla duró todo el día, y los hombres de los Commots intentaron vanamente reagrupar sus fuerzas. Hacia el ocaso el camino seguido por los Nacidos del Caldero era una estela ensangrentada de heridos y muertos. La hueste del Caldero había logrado librarse de sus perseguidores con un solo golpe letal, y ya podía reanudar su avance veloz e incesante saliendo rápidamente de las colinas.

Eilonwy y Gurgi habían desaparecido.

Taran y Fflewddur estaban muy preocupados, y temían lo peor mientras se abrían paso por entre los maltrechos restos de la tropa de guerreros que intentaban recomponer sus filas. Se habían encendido antorchas para indicar los puntos de reagrupamiento a los rezagados, y los hombres heridos y confusos avanzaban dando tumbos entre los cuerpos de sus camaradas caídos. Taran pasó toda la noche en una búsqueda frenética haciendo sonar su cuerno y gritando los nombres de los compañeros perdidos. Antes había cabalgado con Fflewddur hasta más allá del campo de batalla con la esperanza de encontrar alguna señal de Eilonwy o Gurgi. No había ninguna, y la nueva nevada que empezó a caer hacia el amanecer cubrió todas las huellas.

Los supervivientes lograron reagruparse a mediados cíe la mañana. El ataque de los Nacidos del Caldero había infligido numerosas bajas tanto a las monturas como a los hombres. Uno de cada tres guerreros de los Commots había caído bajo las hojas del enemigo que no podía morir; y habían perdido más de la mitad de las monturas. Lluagor galopaba con la silla vacía. Eilonwy y Gurgi no se encontraban ni entre los muertos ni entre los vivos.

Taran estaba desesperado, y se dispuso a iniciar la búsqueda por las colinas más alejadas; pero Fflewddur le cogió del brazo y le retuvo. El bardo estaba muy serio y la preocupación se había adueñado de su rostro.

-Solo no tienes ninguna esperanza de dar con ellos -le advirtió-, y tampoco puedes perder tiempo ni hombres formando un grupo de búsqueda. Si queremos detener a esas bestias repugnantes antes de que lleguen a los Eriales tendremos que movernos a la mayor velocidad posible. Tus amigos de los Commots están listos para emprender la marcha.

-Tú y Llassar tendréis que poneros al frente de ellos -replicó Taran-. En cuanto haya encontrado a Eilonwy y Gurgi ya nos las arreglaremos para reunimos con vosotros. Id lo más deprisa posible. Volveremos a vernos pronto.

El bardo meneó la cabeza.

-Si ésa es tu orden, así sea; pero tengo entendido que Taran el Vagabundo llamó a los habitantes de los Commots para que siguiesen su estandarte, y ellos respondieron a esa llamada porque procedía de Taran el Vagabundo. Te han seguido allí donde les has llevado. No habrían hecho todo eso por nadie más.

-¿Qué quieres que haga? -gritó Taran-, ¿Quieres que abandone a Eilonwy y Gurgi cuando corren peligro?

-Es una elección muy difícil -dijo Fflewddur-, y por desgracia no tengo forma alguna de hacer que te resulte más fácil.

Taran no dijo nada. Las palabras de Fflewddur le resultaban todavía más dolorosas porque eran ciertas. Hevydd y Llassar sólo le habían pedido poder luchar a su lado. Llonio había dado su vida en Caer Dathyl. No había ni un solo guerrero de los Commots que no hubiera perdido a parientes o camaradas. Si les abandonaba para buscar a Eilonwy, ¿qué pensaría la princesa? ¿Creería que había elegido bien? Los jinetes aguardaban sus órdenes. Melynlas arañaba impacientemente el suelo con los cascos delanteros.

-Si Eilonwy y Gurgi han muerto ya no puedo hacer nada para ayudarles -<lijo Taran por fin con voz angustiada-. Si viven debo esperar y confiar en que lograrán

reunirse con nosotros. -Subió cansadamente a la grupa de su montura-. Si viven... -murmuró.

Y cabalgó hacia el grupo de guerreros sin atreverse a lanzar una última mirada a las colinas silenciosas y vacías.

Cuando los hombres de los Commots lograron reemprender la marcha los Nacidos del Caldero ya les llevaban una considerable ventaja y avanzaban velozmente hacia las estribaciones de Bran-Galedd. Los jinetes de los Commots galoparon tan deprisa como podían y tan sólo se permitieron breves momentos de inquieto descanso, pero aun así apenas consiguieron recuperar una pequeña fracción del tiempo precioso que habían perdido.

Taran forzaba la vista cada día intentando divisar alguna señal de Eilonwy y Gurgi, esperando contra toda esperanza que la princesa encontraría alguna forma de volver a reunirse con el grupo de guerreros. Pero los dos compañeros se habían desvanecido, y la desesperada jovialidad de Fflewddur y sus repetidas afirmaciones de que les verían aparecer de un momento a otro sonaban a falso y a hueco.

A media mañana del tercer día de marcha un explorador llegó al galope para informar de que había detectado movimientos extraños en el pinar que se alzaba, junto a un flanco de la columna. Taran detuvo a sus guerreros, les ordenó que se prepararan para el combate y avanzó al galope en compañía de Fflewddur para echar un vistazo. Los árboles que se extendían debajo de él sólo le permitieron ver un vago agitarse, como si sombras proyectadas por las ramas se movieran sobre la pendiente; pero un instante después el bardo lanzó un grito de sorpresa y Taran se apresuró a hacer sonar su cuerno.

Una larga fila de siluetas bajas y corpulentas emergió del bosque. Sus capas y capuchones blancos hacían que resultaran prácticamente invisibles contra la nieve, y Taran no pudo distinguir a un caminante de otro hasta que hubieron empezado a moverse sobre una extensión de rocas desnudas. Sus sólidas botas de cuero reforzadas y atadas con gruesos cordones apenas resultaban visibles por debajo de sus capas, y las siluetas parecía otros tantos tocones de árbol que se movían a gran velocidad. Taran supuso que las formas que se distinguían sobre sus hombros o colgando de sus cinturas eran armas o sacos de provisiones.

-¡Gran Belin! -exclamó Fflewddur-. Si ése es quien creo que es...

Taran ya había desmontado y corría cuesta abajo haciendo señas al bardo para que le siguiera. Al frente de la columna, que parecía estar formada por más de un centenar de siluetas, avanzaba una figura corpulenta que le resultaba muy familiar. También iba vestida de blanco, pero su cabellera carmesí parecía llamear por debajo del borde cíe su capuchón. Llevaba un hacha de hoja muy gruesa y mango corto en una mano, y un grueso cayado en la otra. Ya había visto a Taran y Fflewddur, y apretó el paso para reunirse con ellos.

Un instante después el bardo y Taran estaban estrechando sus manos mientras daban palmadas sobre sus robustos hombros y gritaban tantos saludos y preguntas que el recién llegado se llevó las manos a la cabeza.

-¡Doli! -exclamó Taran-. ¡El buen Doli, nuestro viejo amigo!

-Ya os he oído con toda claridad las primeras veces -bufó el enano-. Si alguna vez albergué duelas cíe que pudierais reconocerme habéis logrado dejarme totalmente convencido de que sois capaces de hacerlo.

Se puso las manos en las caderas y alzó la mirada hacía ellos intentando ofrecer un aspecto lo más malhumorado posible, tal como hacía siempre; pero no pudo evitar que sus brillantes ojos rojizos emitieran destellos de placer y que sus labios se curvaran en una sonrisa que Doli intentó convertir en su feroz mueca habitual sin el más mínimo éxito.

-¡Menuda persecución! Nos habéis hecho sudar lo nuestro -declaró Doli señalando a los guerreros que seguían a Taran por la pendiente-. Nos habían dicho que estabais en las colinas, pero hasta hoy no habíamos visto ni rastro de la columna.

-¡Doli! -exclamó Taran, quien aún estaba asombrado ante la inesperada aparición del compañero que llevaba tanto tiempo ausente-. ¿Qué buena suerte te ha traído hasta nosotros?

-¿Buena suerte? -gruñó Doli-. ¿Llamas buena suerte a tener que caminar día y noche por la nieve aguantando el viento? Todo el Pueblo Rubio ha abandonado sus hogares y anda de un lado a otro... Órdenes del rey Eiddileg. Las mías eran encontraros y ponerme a vuestro servicio. No pretendo ofenderte, pero me imaginé que si había alguien en Prydain que necesitara ayuda resultarías ser tú; y aquí estamos.

-Gwystyl ha hecho bien su trabajo -dijo Taran-. Sabíamos que iba a vuestro reino, pero temíamos que el rey Eiddileg se negara a escucharle.

-Bueno, mentiría si dijera que Eiddileg se puso muy contento -replicó Doli-. De hecho, faltó poco para que le diera un ataque... Yo estaba allí cuando nuestro melancólico amigo le describió vuestra apurada situación, y pensé que los gritos de Eiddileg conseguirían hacerme estallar los oídos. ¡Bobos grandullones, montañas patosas, gigantes atontados...! En fin, todas sus opiniones habituales sobre los seres humanos, pero se dejó convencer enseguida a pesar de todas sus protestas y alaridos. Diga lo que diga la verdad es que siente un gran aprecio hacia vosotros y, por encima de todo, recuerda cómo salvasteis al Pueblo Rubio impidiendo que todos acabáramos convertidos en ranas, topos y no sé qué más. Es el mayor servicio que mortal alguno nos ha prestado jamás, y Eiddileg está decidido a saldar la deuda pendiente que ha contraído con vosotros.

»SÍ, el Pueblo Rubio se ha puesto en marcha -siguió diciendo Dolí-. Por desgracia llegamos a Caer Dathyl cuando ya era demasiado tarde, pero el rey Smoit tiene motivos para estarnos agradecidos. Una hueste del Pueblo Rubio está luchando codo a codo con sus guerreros. Los señores del norte están preparados para la batalla, y puedes estar seguro de que también tomaremos parte en esa contienda.

A pesar de sus gruñidos y su tono malhumorado Doli estaba obviamente orgulloso de las noticias que traía. Había acabado de relatar con gran entusiasmo un enfrentamiento en el que el Pueblo Rubio había engañado al enemigo haciendo que todo un valle resonara con ecos tan terribles que sus adversarios acabaron huyendo aterrorizados al creer que estaban rodeados, y había empezado a contar otra historia sobre el valor del Pueblo Rubio cuando se calló de repente al ver la expresión preocupada del rostro de Taran. Doli escuchó en silencio mientras Taran le contaba lo que había sido de los otros compañeros, y cuando hubo acabado fue el rostro del enano el que se puso grave y pensativo. Después de que Taran terminase de hablar Doli guardó silencio durante unos momentos.

-En cuanto a Eilonwy y Gurgi, estoy totalmente cíe acuerdo con Fflewddur -dijo por fin-. Sabrán arreglárselas de alguna manera, ya lo verás... Y si conozco un poco a la princesa no me sorprendería verla aparecer galopando al frente de su propio ejército.

»En cuanto a los Nacidos del Caldero, son un serio problema para todos nosotros -siguió diciendo Doli-. Ni siquiera el Pueblo Rubio puede hacer gran cosa contra criaturas semejantes. Todos los trucos que engañarían a un mortal común resultan inútiles. Los Nacidos del Caldero no son humanos..., en realidad debería decir que son menos que humanos. No guardan ningún recuerdo de lo que fueron, no conocen el miedo ni la esperanza..., no hay nada que pueda afectarles. -El enano meneó la cabeza-. Y soy consciente de que cualquier victoria que se pueda obtener en otros lugares no servirá de nada a menos que demos con alguna forma de pararle los pies a la ralea maldita de Annuvin. Gwydion tiene toda la razón. Si no se les detiene..., bueno, amigos míos, tendremos que hacerlo entre todos, y no hay más que hablar.



Librodot

La columna del Pueblo Rubio ya había llegado a las líneas de Taran y un murmullo de asombro se fue extendiendo entre las filas de los hombres de los Commots. Todos habían oído hablar de la astucia y proezas de que eran capaces las fuerzas de combate del rey Eiddileg, pero nadie las había visto con sus propios ojos. Hevydd el Herrero se maravilló ante sus espadas y hachas de mango corto, y declaró que tanto su temple como la agudeza de sus filos superaban en mucho a la de cualquier arma que él pudiera forjar. Por su parte los recién llegados del Pueblo Rubio no parecían sentir ni la más mínima incomodidad. El más alto de los guerreros de Eiddileg apenas llegaba un poco más arriba de la rodilla de Llassar, pero los soldados del Pueblo Rubio contemplaban a sus camaradas humanos con la afable indulgencia con la que podrían haber tratado a unos niños superdesarrollados.

Dolí le dio unas palmaditas a Llyan en la cabeza, y el inmenso animal emitió un ronroneo de felicidad indicando que le había reconocido. Ver a Glew encorvado sobre una roca contemplando con expresión avinagrada a los recién llegados hizo que el enano de cabellos carmesíes lanzara un grito de sorpresa.

-¿Quién o qué es eso? ¡Es demasiado grande para ser una seta y demasiado pequeño para ser cualquier otra cosa!

-Me alegra que lo preguntes -dijo Glew-. Es una historia que estoy seguro te parecerá muy interesante. En tiempos fui un gigante, y mi infeliz estado actual se originó nada más y nada menos que en la absoluta falta de miramientos de ese par... -Glew fulminó con la mirada a Taran y al bardo-, de quienes se podría haber esperado que me mostraran un mínimo de consideración. Mi reino..., sí, agradecería que te dirigieras a mí llamándome rey Glew..., era la caverna más hermosa de toda la isla de Mona, y contaba con los murciélagos más soberbios que te puedas imaginar. Era una caverna tan vasta que...

Fflewddur se llevó las manos a las orejas.

-¡Cállate de una vez, gigante! ¡Basta ya! No podemos perder el tiempo oyéndote parlotear sobre cavernas y murciélagos. Sabemos que se te ha maltratado y que han abusado de ti. Tú mismo nos lo has dicho cien veces. Créeme, un Fflam es paciente, pero como encuentre una caverna te meto a patadas en ella y te dejo ahí.

El rostro de Dolí había adquirido una expresión pensativa.

-Cavernas -murmuró el enano, y chasqueó los dedos-. ¡Cavernas! Escuchadme con atención -se apresuró a decir-. A no más de un día de marcha de aquí hay una mina del Pueblo Rubio..., sí, estoy totalmente seguro de que está cerca. Las mejores gemas y piedras preciosas ya han sido extraídas, y que yo recuerde Eiddileg no ha tenido a nadie trabajando en esa mina desde hace mucho tiempo; pero creo que podremos entrar en ella. ¡Pues claro que sí! Si seguimos la galería principal debería llevarnos casi hasta el comienzo de los Eriales Rojos. Podréis alcanzar a los Nacidos del Caldero antes de que os hayáis dado cuenta. Uniendo nuestras fuerzas les detendremos de una manera o de otra. Cómo no lo sé, pero de momento eso no importa. Ya cruzaremos ese puente

cuando lleguemos a él.

Dolí sonrió de oreja a oreja.

-Amigos míos, ahora el Pueblo Rubio está con vosotros -dijo-. Cuando hacemos algo se hace bien. La primera mitad de vuestras preocupaciones ya ha quedado atrás. En cuanto a la segunda mitad, quizá no resulte tan fácil -añadió.

Glew parecía de buen humor por primera vez desde que habían salido de Caer Dallben. La idea de algo que se pareciese a una caverna parecía animarle, aunque el resultado de la mejora de su estado anímico fue un nuevo chorro de historias interminables sobre sus hazañas de los tiempos en que era un gigante; pero después de un duro día y una noche de marcha cuando Doli se detuvo ante la escarpada pared de un gran risco el antiguo gigante empezó a contemplar lo que le rodeaba con expresión atemorizada. Arrugó la nariz y parpadeó poniendo cara de perplejidad abatida. La

entrada a la vieja mina que el enano señalaba haciéndoles señas para que fuesen hacia ella no era más que una fisura en la roca que a duras penas resultaba lo bastante grande para permitir el paso a un caballo, y los carámbanos que colgaban sobre ella relucían haciendo pensar en unos dientes muy afilados.

-No, no -balbuceó Glew-. No tiene ni comparación con mi reino de Mona. No es ni la mitad de grande... No, no podéis esperar que vaya dando tumbos por una madriguera miserable como ésta.

Glew ya se disponía a retroceder, pero Fflewddur le agarró por el cuello y tiró de él obligándole a avanzar.

-¡Se acabó, gigante! -gritó el bardo-. Entrarás ahí con el resto de nosotros. -Pero Fflewddur tampoco parecía tener muchas ganas de guiar a Llyan hacia aquella angosta abertura que se abría entre las rocas-. Un Fflam es valiente -murmuró-, pero nunca me han gustado demasiado los pasadizos subterráneos y similares. Traen mala suerte. Acordaos de lo que os digo: antes de que hayamos conseguido salir de ahí nos habremos vuelto medio topos.

Taran se detuvo ante la entrada de la caverna. Más allá de aquel punto no había ninguna esperanza de encontrar a Eilonwy. Taran volvió a librar batalla con el deseo de buscarla antes de que la perdiera para siempre, y luchó con todas sus fuerzas para expulsar aquellos pensamientos de su mente; pero cuando por fin se obligó a seguir al bardo sintió como si dejara todo su ser detrás y avanzó tambaleándose por entre la oscuridad.

Doli había dado la orden de que los guerreros preparasen antorchas. Una vez encendidas su luz parpadeante permitió ver a Taran que el enano les había llevado a una galería que iba bajando gradualmente. Los muros de roca desnuda no llegaban más arriba que las manos levantadas de Taran. Los hombres de los Commots tuvieron que desmontar y guiar a sus asustados caballos dejando atrás trozos de roca y promontorios de bordes muy afilados.

Doli les explicó que aquello no era la mina propiamente dicha, sino uno de los muchos túneles secundarios que el Pueblo Rubio había utilizado cuando llevaba los sacos llenos de gemas al exterior. Tal como había predecido el enano, el pasadizo no tardó en volverse mucho más ancho y el techo rocoso se fue alejando de ellos hasta que las paredes alcanzaron tres veces la estatura de Taran. Angostas plataformas de madera colocadas unas encima de otras seguían las paredes a cada lado, aunque muchas se hallaban en muy mal estado y las vigas habían caído sobre el suelo de tierra apisonada. Maderos medio podridos reforzaban las arcadas que llevaban de una galería a otra, pero algunas habían sufrido derrumbamientos parciales y los guerreros y sus monturas tenían que avanzar con gran cautela a través de los montones de escombros o dar un rodeo para evitarlos. Después del viento helado que soplaba en el exterior la atmósfera de la mina resultaba casi asfixiante, y estaba saturada por los olores del abandono y el polvo acumulado durante muchos años. Los ecos revoloteaban como murciélagos alrededor de las estancias abandonadas hacía mucho tiempo, mientras la partida de guerreros avanzaba en una fila serpenteante con las antorchas levantadas por encima de sus cabezas. Las sombras que se retorcían parecían ahogar el sonido de sus pisadas, y el silencio sólo era roto de vez en cuando por el estridente relinchar de un caballo asustado.

De repente Glew, quien no había dejado de quejarse desde que entraron en la mina, lanzó un grito de sorpresa. Se inclinó y cogió algo del suelo. La luz de su antorcha reveló a Taran que el antiguo gigante sostenía en la palma una gema resplandeciente tan grande como su puño.

Fflewddur también la había visto.

-Suelta eso, hombrecillo -le ordenó secamente-. Estamos en una mina del Pueblo Rubio, no en esa caverna infestada de murciélagos donde vivías antes.

Glew apretó su hallazgo contra su pecho.

-¡Es mía! -chilló-. Vosotros no la habíais visto. Si la hubieseis visto os la habríais quedado.

Doli echó un vistazo a la gema y dejó escapar un bufido despectivo.

-Basura -dijo el enano volviéndose hacia Taran-. Ningún artesano del Pueblo Rubio malgastaría su tiempo con algo semejante. Usamos joyas de mejor calidad que ésa para reparar un camino. Si ese amigo vuestro de la cara de champiñón quiere cargar con su peso se la puede quedar.

Glew no esperó a que se lo dijeran dos veces, y se apresuró a guardar la gema en la bolsita de cuero que colgaba de su costado, y sus fláccidos rasgos adoptaron una expresión que hasta entonces Taran sólo había visto cuando el antiguo gigante estaba absorto comiendo.

A partir de entonces y mientras los compañeros avanzaban por la mina los ojillos de Glew no pararon de mirar con interés en todas direcciones, y su caminar adquirió una energía y una decisión que no había tenido antes. El antiguo gigante no quedó decepcionado, pues las luces de las antorchas no tardaron en arrancar destellos a otras gemas medio enterradas en el suelo o que asomaban de las paredes. Glew se lanzaba sobre ellas nada más verlas para extraerlas con sus dedos regordetes y guardar los cristales resplandecientes en su bolsita de cuero. Cada nuevo hallazgo le excitaba un poco más, y no tardó en soltar risitas y murmurar para sí.

El bardo le lanzó una mirada llena de compasión.

-Bueno, parece que la pequeña comadreja por fin ha conseguido encontrar una forma de salir beneficiado -dijo-. Aunque para lo que le van a servir cuando hayamos vuelto al exterior... ¡Un puñado de rocas! El único uso que se me ocurre para ellas es que las arroje contra los Nacidos del Caldero.

Pero Glew estaba totalmente absorto en la tarea de acumular la mayor cantidad de gemas lo más deprisa posible, y no prestó ninguna atención a las observaciones de Fflewddur. En muy poco tiempo la bolsita de cuero del antiguo gigante ya había quedado repleta de joyas de un rojo vivo y un verde brillante, gemas tan límpidas como el agua y otras en cuyas profundidades iridiscentes brillaban chispazos de color oro y plata.

En los pensamientos de Taran no había lugar para las riquezas abandonadas de la mina, aunque las joyas parecieron hacerse más abundantes a medida que la larga columna de guerreros seguía adentrándose por el túnel. Por lo que podía juzgar Taran pensó que no debía de ser más tarde que el mediodía, y los compañeros ya habían recorrido una distancia considerable; y cuando el túnel se ensanchó y se volvió más recto la velocidad a la que avanzaban aumentó todavía más.

-Tan fácil como silbar -dijo Doli-. Un día y medio como mucho y saldremos al exterior en los Eriales.

-Es nuestra única esperanza -dijo Taran-, y gracias a ti es la mejor de la que disponemos. Pero los Eriales me preocupan... Si la tierra está desnuda tendremos muy poca protección para nosotros, y apenas ningún medio de retrasar a los Nacidos del Caldero.

-¡Hum! -exclamó Doli-. Hace un rato te dije que ahora estás en compañía del Pueblo Rubio, amigo mío. Cuando ponemos manos a la obra siempre lo hacemos a lo grande, sin pequeñeces ni mezquindades. Ya verás como se nos ocurre algo.

-Hablando de pequeñeces y mezquindades, ¿dónde está Glew? -preguntó Fflewddur.

Taran se detuvo y miró rápidamente a su alrededor. Al principio no vio ni rastro del antiguo gigante. Alzó su antorcha y gritó su nombre. Un instante después le vio y corrió hacia él, muy alarmado.

Su incesante búsqueda de tesoros había hecho que Glew trepara por una de las plataformas de madera. Una gema reluciente tan grande como su cabeza, estaba incrustada entre las rocas justo encima del arco que llevaba a la recámara siguiente. Glew había logrado instalarse precariamente en una angosta cornisa, y estaba tirando de la gema con todas sus fuerzas para arrancarla de la pared.

Taran le gritó que bajara, pero Glew no le hizo caso y siguió tirando aún más fuerte que antes. Taran soltó las riendas de Melynlas y se dispuso a ir en su busca para hacerle bajar, pero Doli le agarró por el brazo.

-¡No lo hagas! -dijo secamente el enano-. Las vigas no aguantarían tu peso. -Lanzó un silbido e hizo señas a dos guerreros del Pueblo Rubio para que treparan por la plataforma, que había empezado a balancearse peligrosamente de un lado a otro debido a los frenéticos esfuerzos con que Glew intentaba arrancar la gema-. ¡Deprisa! -gritó Doli-. ¡Bajad de ahí a ese idiota!

Y en ese instante la bolsa de cuero de Glew, que ya estaba repleta de joyas, se desgarró. Las gemas cayeron en un diluvio resplandeciente, y Glew lanzó un grito de consternación y giró sobre sí mismo manoteando para cogerlas. Perdió el equilibrio, volvió a manotear desesperadamente intentando agarrarse a la plataforma y al hacerlo el arco empezó a ceder debajo de él. Glew siguió debatiéndose y gritando, ya no por las joyas perdidas sino por su vida, y consiguió agarrarse a una de las vigas que empezaban a soltarse. Un instante después el antiguo gigante caía al suelo del túnel. El arco acabó de ceder y el techo pareció gruñir. Glew logró incorporarse y echó a correr para escapar a la cascada de piedras que caía del techo.

-¡Atrás! -gritó Doli-. ¡Retroceded todos!

Los caballos se encabritaron y relincharon mientras los guerreros intentaban hacerles volver grupas. Las plataformas superiores se derrumbaron con un crujido ensordecedor, y una avalancha de vigas rotas y peñascos se desplomó sobre la galería con el retumbar del trueno. Una nube de polvo que cegaba los ojos y hacía toser invadió el túnel, y toda la galería de la mina pareció estremecerse durante unos momentos para acabar sumiéndose de nuevo en un silencio absoluto.

Taran corrió tropezando y tambaleándose hacia el montón de cascotes mientras gritaba los nombres de Doli y Fflewddur. Ningún guerrero o montura había quedado atrapado por el derrumbamiento; el túnel se había mantenido intacto detrás de ellos y no habían sufrido ningún daño. Pero el camino que debían seguir se encontraba totalmente obstruido.

Doli había trepado al montón de piedras y madera y estaba tirando del extremo de una viga, pero pasados unos momentos apartó las manos de ella y se volvió hacia Taran. El enano se había quedado sin aliento y le lanzó una mirada de desesperación.

-Es inútil -jadeó-. Si quieres seguir adelante tendremos que abrirnos paso cavando.

-¿Cuánto se tardaría? -preguntó Taran con voz apremiante-. ¿Cuánto tiempo podemos permitirnos perder?

Doli meneó la cabeza.

-Es difícil decirlo... La tarea será larga incluso para el Pueblo Rubio. Días, muy probablemente. ¿Quién sabe hasta dónde llegan los daños? -Dejó escapar un bufido de ira-. ¡Puedes agradecérselo a ese gigante de pacotilla tuyo, ese hongo con dos piernas que tiene menos sesos que un mosquito!

Taran sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

-¿Qué hacemos entonces? -preguntó-. ¿Hemos de desandar lo andado?

La expresión que vio en el rostro manchado de tierra de Doli le hizo temer cuál iba a ser la respuesta del enano.

Doli asintió con una breve inclinación de la cabeza.

-Hagamos lo que hagamos perderemos mucho tiempo, pero si quieres mi consejo yo optaría por retroceder. Tendremos que llegar hasta los Eriales por el exterior. Toda la

mina ha quedado debilitada, y no me sorprendería en lo más mínimo que se produjeran nuevos derrumbamientos. La próxima vez quizá no seamos tan afortunados.

-¡Afortunados! -gimió el bardo, que se había sentado en el suelo con la espalda apoyada en una roca. Fflewddur ocultó la cara en las manos-. ¡Días desperdiciados! Los Nacidos del Caldero llegarán a Annuvin antes de que tengamos otra ocasión de detenerles. Ah, si pudiera ver a esa comadreja codiciosa enterrada bajo un montón de sus gemas inútiles... ¡Entonces sí que me consideraría realmente afortunado!

Mientras tanto Glew se había atrevido a abandonar su escondite debajo de una de las plataformas que no se habían derrumbado. Tenía la ropa desgarrada, y su rostro regordete estaba cubierto de polvo.

-¿Días desperdiciados? -gimoteó-. ¿Nacidos del Caldero? ¿Túneles bloqueados? Pero ¿es que ninguno de vosotros se ha parado a pensar en que acabo de perder una fortuna? Todas mis joyas han desaparecido, y ni siquiera habéis caído en ello. Yo a eso lo llamo egoísmo. ¡Sí, egoísmo! No hay otra palabra para ello.

# 14 - La luz del día

La princesa Eilonwy estaba doblemente enfadada. En primer lugar se había perdido; y en segundo lugar estaba prisionera. Se había visto alejada de Taran y Fflewddur durante el ataque, y seguramente habría acabado pereciendo si Gurgi no la hubiese sacado de la contienda. Cuando la embestida de los Nacidos del Caldero se hubo alejado de ellos, Eilonwy avanzó tambaleándose y tropezando por los cada vez más oscuros riscos con Gurgi a su lado. Cuando anocheció no pudieron seguir buscando a Taran, y Gurgi encontró una pequeña cueva en la que se agazaparon temblando hasta que llegaron las primeras luces del alba. Durante el día siguiente los dos compañeros estaban intentando dar con el rastro de Taran cuando los merodeadores saltaron de repente sobre ellos.

Eilonwy mordió, pateó y arañó en una infructuosa lucha para escapar a la presa del hombre corpulento que la había agarrado. Otro hombre había derribado a Gurgi al suelo, y apoyó su rodilla sobre la espalda de la impotente criatura después de haber desenvainado su daga. Un instante después los dos compañeros estaban atados de pies y manos y eran colocados sobre la espalda de sus agresores como si fueran sacos llenos de provisiones. Eilonwy no tenía ni idea de la dirección en la que estaba siendo llevada, pero no tardó en ver la hoguera de un campamento parpadeando a través de la creciente oscuridad. A su alrededor había una banda de una docena o más de rufianes.

El hombre acuclillado más cerca del fuego alzó la mirada.

Tenía el rostro tosco y la expresión brutal. Llevaba días sin afeitarse, su larga cabellera de un rubio amarillento estaba enmarañada y vestía sucias pieles de oveja y una capa de tela bastante basta.

-Os envié de caza, no para que hicierais prisioneros -dijo secamente-. ¿Qué habéis encontrado?

-Poca cosa -respondió el captor de Eilonwy dejando caer su furiosa carga al suelo junto a Gurgi-. Me parece que no son más que un par de patanes, y no creo que tengan mucho valor.

-Probablemente ninguno. -El hombre de rasgos toscos y brutales escupió en el fuego-. Tendrías que haberles rajado el cuello y haberte ahorrado la molestia de cargar con ellos. -Se puso en pie, fue hacia los compañeros, y agarró a Eilonwy por el cuello con una manaza sucia de uñas rotas estrujándolo como si pretendiera estrangularla-. ¿Quién eres, muchacho? -preguntó con voz rechinante. Sus fríos ojos azules se entrecerraron-. ¿A quién sirves? ¿Qué rescate nos aportarás? Cuando Dorath te hace una pregunta tienes que responder enseguida, ¿entendido?

Oír aquel nombre hizo que Eilonwy contuviera el aliento. Taran le había hablado de Dorath, y el gemido aterrorizado de Gurgi le hizo pensar que él también había reconocido al forajido.

-¡Responde! -gritó Dorath.

Lanzó un juramento y le cruzó la cara de una bofetada. La muchacha se tambaleó y acabó desplomándose sintiendo cómo los oídos le zumbaban a causa del golpe. La esfera dorada cayó de su jubón. Eilonwy luchó con sus ataduras e intentó arrojarse encima de su juguete. Una bota lo apartó de una patada impidiéndole llegar hasta él. Dorath se inclinó, cogió la esfera y la hizo girar a la luz de la hoguera mientras la contemplaba con curiosidad.

-¿Qué es? -preguntó uno de los rufianes acercándose para ver mejor el juguete.

-Es de oro -dijo otro-. Vamos, Dorath, córtala en trozos y repártelos.

-Apartad las manos, cerdos -gruñó Dorath, y guardó la esfera dentro de sus pieles de oveja. Los otros miembros de la banda emitieron murmullos de protesta, pero Dorath los silenció con una mirada. Después se inclinó sobre Eilonwy-. ¿Dónde has robado eso, joven ladrón? ¿Quieres conservar la cabeza sobre los hombros? Bien, pues entonces cuéntame en qué sitio podemos encontrar más tesoros como ése.

Eilonwy estaba furiosa, pero guardó silencio.

Dorath sonrió.

-No tardarás en hablar -dijo-, y cuando lo hagas desearás haberlo hecho antes. Pero antes voy a averiguar si tu acompañante está más dispuesto a mover la lengua que tú.

Gurgi había escondido la cabeza en su chaquetón de piel de oveja y había tensado los hombros. Los dientes le castañeteaban haciendo mucho ruido.

-¿Quieres jugar a las tortugas conmigo? -exclamó Dorath y dejó escapar una risotada enronquecida. Después hundió sus gruesos dedos en la cabellera de Gurgi y le obligó a levantar la cabeza de un tirón-. ¡No me extraña que ocultes tu cara! ¡Es la más fea que he visto en toda mi vida!

Dorath entrecerró los ojos y observó el rostro de Gurgi con más atención.

-Es fea, cierto, y no se olvida con facilidad... ¡Vaya, vaya! Tú y yo somos viejos amigos. ¡Vuelves a disfrutar de mi hospitalidad! Cuando nos encontramos por última vez eras camarada de un porquerizo. -Dorath volvió la mirada hacia Eilonwy-. Pero éste no es el cuidador de cerdos...

Dorath agarró a Eilonwy por la cara y se la hizo girar sin miramientos a un lado y a otro.

-Este chico imberbe... -Lanzó un gruñido de sorpresa-. ¿Qué tenemos aquí? ¡Esto no es un chico! ¡Es una muchacha!

Eilonwy no pudo seguir conteniéndose por más tiempo.

-¡Soy una muchacha, cierto! Me llamo Eilonwy, Hija de Angharad, Hija de Regat, princesa de Llyr. No me gusta que me aten y no me gusta recibir golpes. No me gusta que me manoseen, ¡y te agradecería que dejaras de hacerlo inmediatamente!

A pesar de sus ataduras Eilonwy lanzó una vigorosa patada en dirección al forajido.

Dorath rió y retrocedió un par de pasos.

-Recuerdo que el Señor Porquerizo habló de ti en una ocasión. -Le hizo una reverencia burlona-. Bienvenida, Princesa Raposa. Eres un premio mucho más valioso que cualquier rescate. Dorath tiene muchas cuentas pendientes con tu porquerizo... Ahora nos proporcionarás el placer de cobrarnos unas cuantas.

-Te proporcionaré el placer de que nos sueltes ahora mismo -replicó Eilonwy-, y quiero recuperar mi juguete.

El rostro de Dorath se había llenado de manchitas rojizas.



Librodot

-Quedarás en libertad cuando haya pasado algún tiempo, mi hermosa princesa - dijo apretando los dientes-. Cuando seas compañía adecuada para porquerizos quizá puedas reunirte con tu cuidador de cerdos, y quizá incluso sea capaz de reconocer tus encantos..., o lo que quede de ellos.

-¿Has pensado en lo que quedará de ti cuando Taran te encuentre? -replicó Eilonwy.

Hasta aquel momento la princesa de Llyr había conseguido no perder la calma, pero no le costaba nada imaginarse los pensamientos que se ocultaban detrás de las gélidas pupilas del forajido, y por primera vez desde que había sido capturada sintió el aguijonazo del miedo.

-El Señor Cuidador de Cerdos y yo ajustaremos cuentas cuando llegue el momento - replicó Dorath y se inclinó sobre ella sonriendo-. Pero tu momento ya ha llegado.

Gurgi se debatió frenéticamente luchando con sus ataduras.

-¡No hagas daño a la sabia y bondadosa princesa! -gritó-. ¡Oh, Gurgi te hará pagar cara tu maldad y tu crueldad!

Se lanzó sobre Dorath y trató de hundir los dientes en la pierna del forajido.

Dorath se volvió hacia Gurgi mascullando una maldición y desenvainó su espada. Eilonwy gritó.

Pero una silueta surgió de repente de entre las rocas que se cernían sobre ellos antes de que el forajido pudiera iniciar el mandoble hacia abajo que tenía intención de asestar. Dorath dejó escapar un grito ahogado. El arma cayó de su mano, y Dorath retrocedió tambaleándose hasta caer mientras la sombra peluda rugía y le desgarraba la garganta. Los otros forajidos sentados alrededor de la hoguera se levantaron de un salto y lanzaron gritos de terror. Sombras grises se agitaban por todas partes y se les aproximaban rápidamente. Los merodeadores intentaron huir, pero se vieron rechazados en todas direcciones, y la fuerza de aquellos cuerpos esbeltos y la amenaza de los colmillos que chasqueaban no tardaron en hacerles caer al suelo.

Gurgi empezó a lanzar chillidos asustados.

-¡Socorro, oh, socorro! ¡Oh, unos espíritus malignos han venido para matarnos a todos!

Eilonwy logró incorporarse. Podía sentir cómo algo afilado mordisqueaba y roía sus ligaduras detrás de ella. Un instante después sus manos quedaron libres. Se tambaleó hacia adelante mientras la sombra gris desgarraba las tiras de cuero que le inmovilizaban los pies. El cuerpo inmóvil de Dorath yacía delante de ella. Eilonwy se apresuró a arrodillarse y extrajo su juguete de entre las pieles de oveja del forajido. Cuando reposó en la palma de su mano la esfera lanzó en todas direcciones sus rayos dorados y reveló un lobo enorme agazapado ante ella. La hoguera del campamento le permitió ver más lobos que se retiraban tan velozmente como habían aparecido. Detrás de ellos todo estaba en silencio. Eilonwy se estremeció y desvió la mirada. Los lobos habían hecho su trabajo a la perfección.

Gurgi había sido liberado por una loba gris que tenía una mancha blanca en el pecho, y aunque le complacía haber quedado libre de los guerreros la aún bastante asustada criatura arrugó la frente y lanzó una mirada de desconfianza a su rescatadora. Los ojos amarillos de la loba parpadearon, y Briavael le sonrió; pero aun así Gurgi decidió mantenerse a una distancia prudencial de ella.

Por su parte Eilonwy se sorprendió al descubrir que no tenía miedo y que no sentía ni la más mínima intranquilidad. El lobo Brynach se sentó sobre sus cuartos traseros sin apartar la mirada de ella ni un instante. Eilonwy puso una mano sobre el peludo y musculoso cuello del animal.

-Espero que sepas que estoy intentando darte las gracias -dijo-, aunque no estoy segura de si me entiendes o no. Los únicos lobos a los que he conocido vivían muy lejos de aquí, en el valle de Medwyn.

Al oír aquel nombre Byrnach dejó escapar un suave gañido y meneó la cola.

-Vaya, veo que eso sí lo has entendido -dijo Eilonwy-. Medwyn... -Vaciló unos momentos antes de seguir hablando-. Había dos lobos y... -Dio una palmada-. ¡Claro, eso tiene que ser! No es que pretenda afirmar que puedo distinguir a un lobo de otro, por lo menos no al primer vistazo; pero hay algo en ti que me recuerda a... En cualquier caso, si eres ese lobo nos alegra mucho volver a verte. Estamos en deuda contigo, y ahora seguiremos nuestro camino; aunque no estoy demasiado segura de qué camino debemos seguir, si es que entiendes a qué me refiero.

Brynach sonrió y no dio señales de que quisiera marcharse. El lobo siguió sentado sobre sus cuartos traseros, abrió las fauces y emitió un ladrido estridente.

Eilonwy suspiró y meneó la cabeza.

-Nos hemos perdido y estamos intentando dar con nuestros compañeros, pero no tengo ni idea de cómo se dice «Ayudante de Porquerizo» en la lengua de los lobos.

Mientras tanto Gurgi había cogido su bolsa de la comida y se la había colgado del hombro. Cuando comprendió que los lobos no tenían intención de hacerle ningún daño se acercó un poco más a Brynach y Briavael y les observó con gran interés, mientras la pareja de lobos le observaba con una curiosidad tan intensa como la suya.

Eilonwy se volvió hacia Gurgi.

-Estoy segura de que están dispuestos a ayudarnos. ¡Oh, si pudiera entenderles! ¿De qué sirve ser medio encantadora si ni siquiera puedes comprender lo que un lobo está intentando decirte? -Eilonwy puso cara pensativa-. Pero... ¡Pero creo que lo he entendido! ¡Tengo que haberlo entendido! Vaya, uno de ellos acaba de decir «¡Habla!». He podido oír..., no, no es que lo haya oído; ¡he podido sentirlo!

La mirada que dirigió a Gurgi estaba llena de asombro.

-No son palabras -siguió diciendo-. Es como escuchar sin tus oídos, o como si oyeras con tu corazón. Lo he entendido, pero no tengo ni idea de cómo lo he hecho. Y sin embargo es justo lo que me dijo Taliesin... -añadió con expresión pensativa.

-¡Oh, gran sabiduría! -exclamó Gurgi-. ¡Oh, astuto escuchar y la oreja aguzar! ¡Gurgi también escucha, pero por dentro sólo oye gruñidos y mugidos cuando su pobre tripa está vacía! ¡Oh, qué pena y qué dolor! Gurgi nunca podrá oír las cosas profundas y secretas que oye la princesa...

Eilonwy se había arrodillado al lado de Brynach, y le habló en tono rápido y apremiante de Taran, de los compañeros y de lo que les había ocurrido. Brynach irguió las orejas y dejó escapar un seco ladrido. El enorme lobo se levantó, se sacudió para quitarse la nieve de encima y agarró delicadamente la manga de Eilonwy con los dientes y empezó a tirar de ella.

-Dice que tenemos que seguirles -le explicó Eilonwy a Gurgi-. Ven, ahora estamos en buenas manos..., ¿o quizá debería decir en buenas patas?

Los lobos avanzaron deprisa y sin hacer ningún ruido siguiendo senderos ocultos y pasajes cuya existencia la muchacha jamás habría podido llegar a adivinar. Los dos compañeros hicieron todo lo posible para moverse tan deprisa como Brynach, pero pese a todos sus esfuerzos se veían obligados a reposar a menudo. Cuando eso ocurría a los lobos no parecía importarles tener que esperar pacientemente hasta que los compañeros estaban listos para reemprender la marcha. Brynach se agazapaba al lado cíe Eilonwy con la cabeza gris entre las patas, pero casi nunca se adormilaba. Sus orejas siempre estaban alertas y se movían captando cada sonido por débil que éste fuera. Briavael también actuaba como centinela y guía, y subía con ágiles saltos a los picachos rocosos para olisquear el aire. Después movía la cabeza indicando a los compañeros que la siguiesen.

Eilonwy apenas vio al resto de la manada, pero de vez en cuando despertaba de un breve sueño para descubrir a los lobos sentados a su alrededor formando un círculo protector. Después de que despertara los esbeltos animales grises no tardaban en esfumarse entre las sombras, y sólo Brynach y Briavael se quedaban con ellos. La muchacha no tardó en comprender que los lobos no eran las únicas criaturas que se movían por las colinas de Bran-Galedd. En una ocasión vio a un numeroso grupo de osos que avanzaban en fila a lo largo de un risco. Los osos se detuvieron un momento, les contemplaron con curiosidad y reanudaron la marcha. De vez en cuando el frío y limpio aire de aquella región le traía los ladridos lejanos de los zorros y otros sonidos que quizá fueran ecos o respuestas a una señal desconocida.

-Están explorando todas las colinas -le murmuró a Gurgi señalando un picacho desnudo en el que acababa de aparecer un gran ciervo-. Me pregunto cuántas bandas de forajidos andarán rondando por los alrededores... Supongo que si los osos y los lobos se están tomando su trabajo tan en serio como parece ya deben de quedar muy pocas.

El lobo Brynach la miró como si hubiera oído las palabras de Eilonwy. Sacó la lengua y sus ojos amarillos parpadearon. Sus labios se curvaron ligeramente alrededor de las hileras de dientes brillantes y afilados formando lo que no cabía duda era una sonrisa.

Siguieron adelante. Al anochecer Eilonwy hizo que su juguete se iluminara y lo sostuvo en alto. Vio que toda la manada de lobos se había vuelto a reunir con ellos, y que avanzaba en largas filas a cada lado de ella justo allí donde terminaba el círculo de luz dorada. Los osos también les estaban siguiendo, y había otras criaturas del bosque cuya presencia percibió más que vio.

En las colinas de Bran-Galedd había muchos sitios donde acechaban el peligro y la muerte, pero la princesa de Llyr no llegó a enterarse de su existencia pues ella y Gurgi los dejaron atrás sin sufrir ningún daño, seguros entre el grupo de guardianes silenciosos que cuidaban de ellos en todo momento.

A finales de la mañana del día siguiente Briavael, que había pasado casi todo el tiempo explorando los caminos que se extendían por encima de ellos, empezó a dar señales de excitación. La loba ladró y subió cíe un salto a unas rocas muy altas, y cuando se hubo encaramado a la última se volvió hacia el oeste y empezó a menear la cola enérgicamente de un lado a otro mientras apremiaba a los compañeros a que avanzaran más deprisa.

-¡Creo que han encontrado a Taran! -exclamó Eilonwy-. No consigo entender del todo lo que están diciendo, pero parece como si hubieran logrado dar con él... ¡Hombres y caballos! Una gata de montaña..., ¡debe de ser Llyan! Pero ¿qué están haciendo avanzando en esta dirección? ¿Es que vuelven a los Eriales Rojos?

Tanto Eilonwy como Gurgi ardían en deseos de volver a reunirse con los compañeros, y su impaciencia hizo que se negaran a detenerse para descansar o comer. Brynach tuvo que hundir los dientes en la capa de Eilonwy en bastantes ocasiones para impedir que la muchacha corriera riesgos innecesarios durante el viaje por las cada vez más abruptas montañas. Los viajeros no tardaron en llegar al borde de una profunda hondonada, y un grito de alegría escapó de los labios de Eilonwy.

-¡Les veo! ¡Les veo!

Se apresuró a señalar hacia el gran valle que se extendía bajo ellos. Gurgi ya había corrido a su lado y empezó a dar saltos de excitación.

-¡Oh, es el bondadoso amo! -gritó-. ¡Oh, sí, y el valiente bardo! ¡No son mayores que hormigas, pero Gurgi tiene unos ojos muy agudos y puede verles!

Las minúsculas siluetas se encontraban tan lejos que Eilonwy sólo consiguió distinguirlas después de haber forzado la vista al máximo. Sabía que el largo descenso hasta el valle exigiría el resto del día, y tenía muchas ganas de reunirse con sus

compañeros antes de que cayera la noche. Se disponía a iniciar la bajada por el risco cuando se detuvo de repente.

-¿Qué pueden estar haciendo? -exclamó-. Avanzan en línea recta hacia esa pared de roca. ¿Es una caverna? Mira, ahí está el último jinete... Ahora ya no puedo ver a nadie. ¡Si es una caverna debe de ser la más gránele que existe en todo Prydain! No entiendo nada... ¿Habrá algún pasadizo de alguna clase, o quizá un túnel? ¡Oh, qué fastidio! ¡Tendría que haberme imaginado que un Ayudante de Porquerizo conseguiría dar con alguna manera de esfumarse justo cuando acabas de encontrarle!

Eilonwy empezó a bajar apresuradamente por la abrupta pendiente. Descendió lo más deprisa posible, pero aun así el trayecto le pareció interminable. Aun contando con la ayuda de Brynach y Briavael los dos compañeros sólo habían conseguido recorrer un poco más de la mitad de la distancia cuando el sol inició su caída hacia el oeste y las sombras empezaron a alargarse. Brynach se quedó inmóvil de repente, y dejó escapar un gruñido gutural que surgió de lo más profundo de su garganta. Después se le erizó el pelo y enseñó los dientes. Los ojos del lobo estaban clavados en el valle, y su hocico se estremecía nerviosamente. Un instante después Eilonwy vio lo que había hecho detenerse a Brynach. Una larga columna de guerreros acababa de aparecer y avanzaba rápidamente en dirección oeste.

Briavael soltó un gañido estridente. Eilonwy captó el miedo y el odio que lo impregnaban, y comprendió la razón.

-¡Cazadores! -exclamó la muchacha-. Parece que hay centenares, y están volviendo a Annuvin. Oh, espero que no vean las huellas de Taran, aunque allí donde se encuentre probablemente estará a salvo.

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando un movimiento en el lejano valle rocoso hizo que se llevara una mano a la boca. Eilonwy vio cómo las diminutas siluetas de Taran y su tropa iban emergiendo una a una de entre las cada vez más oscuras sombras.

-¡No! -jadeó Eilonwy-. ¡Vuelven a salir!

El lugar en el que se encontraba permitía que la muchacha escudriñara todo el valle, y cíe repente tuvo la horrible certeza de que los guerreros de los Commots y los Cazadores, que aún no se habían visto los unos a los otros, estaban reduciendo rápidamente la distancia que les separaba.

-¡Quedarán atrapados! -gritó Eilonwy-. ¡Taran! ¡Taran!

Los ecos murieron en la inmensa extensión nevada. Taran no podía verla ni oírla. La oscuridad acababa de caer sobre el valle y cegó a la muchacha ocultándole el inevitable e inminente enfrentamiento entre las dos partidas de guerra. Era una pesadilla en la que toda acción resultaba inútil y en la que sólo podía esperar la carnicería que no tardaría en producirse. Eilonwy tenía la sensación de que le habían atado las manos y le habían robado la voz.

Sacó su juguete de entre los pliegues de su capa sin dejar de gritar ni un momento el nombre de Taran, y alzó la esfera todo lo que pudo. La luz se fue haciendo más y más brillante. Los lobos empezaron a retroceder asustados, y Gurgi se tapó la cara con las manos. Los haces luminosos se extendieron y se alzaron hacia las nubes, como si el mismísimo sol estuviera saliendo de la ladera montañosa. Los riscos sumidos en las tinieblas y las ramas negras de los árboles quedaron bañadas en una potente y límpida claridad. Todo el valle estaba tan iluminado como si fuese mediodía.

## 15 - El río de hielo

La repentina aparición de aquella claridad dorada hizo que los Cazadores lanzaran gritos de alarma. Un estremecimiento de miedo onduló a lo largo de la columna en movimiento, y ésta se detuvo y retrocedió buscando la protección que ofrecía una

profunda cañada. Taran comprendió enseguida lo cerca que había estado de llevar a los jinetes de los Commots hasta una trampa fatal, pero un grito de alegría brotó de sus labios.

-¡Eilonwy!

Habría espoleado a Melynlas para que cruzara el valle llevándole hasta la ladera de la montaña si Fflewddur no hubiera extendido una mano para detenerle.

-Espera, espera -exclamó el bardo-. No cabe duda de que nos ha encontrado. ¡Gran Belin, la luz que desprende el juguete de esa chica resulta inconfundible! Nos ha salvado la vida con ella. Estoy seguro de que Gurgi también está a su lado; pero si vas galopando hacia allí ninguno de vosotros regresará. Hemos visto a los Cazadores, y no creo que ellos hayan podido evitar el vernos a nosotros.

Doli acababa de trepar a lo alto de un peñasco y estaba observando la retirada de los Cazadores. La señal de Eilonwy se esfumó tan deprisa como había aparecido, y un instante después la oscuridad invernal volvió a caer sobre el valle.

-¡Menuda situación! -gruñó el enano-. ¡De todos los momentos en que podían sorprendernos en el exterior ha tenido que ocurrir justo ahora! La mina no nos sirve de nada, y no hay ningún otro pasaje a menos de una semana de marcha de aquí; y aunque lo hubiera no podríamos llegar hasta él con todo un ejército de Cazadores obstruyéndonos el paso.

Fflewddur había desenvainado su espada.

-¡Yo digo que ataquemos! Esos villanos asquerosos se han llevado un buen susto... Ahora no tendrán estómago para combatir. Caeremos sobre ellos sin aviso. ¡Gran Belin, seguro que eso es algo que no se esperan!

Dolí le miró y soltó un bufido.

-¡Veo que te has dejado los sesos dentro de la galería de la mina! ¿Caer sobre los Cazadores? ¿Matar a uno y conseguir que los demás se vuelvan mucho más fuertes? Incluso el Pueblo Rubio se lo piensa dos veces antes de atacar a esos rufianes... No, amigo mío, no es una buena idea.

-Cuando era un gigante me habría resultado facilísimo hacerles huir a todos, pero las cosas han cambiado mucho aunque no por culpa mía, y francamente no me parece que hayan cambiado para mejorar. Por ejemplo, en Mona un día decidí que ya había llegado la hora de hacer algo con esos murciélagos tan descarados. Es una historia muy interesante...

-Silencio, criatureja miserable -le ordenó el bardo-. Ya has dicho y hecho más que suficiente.

-Ah, claro, ahora échame todas las culpas -dijo Glew sorbiendo aire por la nariz-. Yo tengo la culpa de que le robaran la espada a Gwydion, el que los Nacidos del Caldero escaparan fue culpa mía y yo soy el culpable de todo el resto de cosas desagradables que han ocurrido.

El bardo no se dignó responder al estallido de quejas y gimoteos del antiguo gigante. Taran fue a ordenar a los guerreros de los Commots que se refugiaran en la relativa seguridad de la boca del túnel y volvió a reunirse con los compañeros.

-Me temo que Doli tiene razón -dijo-. Si atacamos a los Cazadores sólo conseguiremos asegurar nuestra destrucción. No contamos con muchas energías, y no podemos correr el riesgo de desperdiciarlas. Hemos sufrido un grave retraso, y quizá ya sea demasiado tarde para ayudar a Gwydion. No, tenemos que encontrar una forma de seguir adelante a pesar de los Cazadores.

Doli meneó la cabeza.

-Sigue pareciéndome imposible -dijo-. Saben que estamos aquí, y si intentamos movernos se enterarán. Les basta con seguir nuestras huellas. De hecho, me sorprendería mucho que no nos atacaran antes del amanecer. Echad un vistazo a

vuestras pieles, amigos míos. Quizá sea la última oportunidad de verlas intactas que os quede.

-Doli, eres el único que puede ayudarnos -dijo Taran con voz apremiante-. ¿Estarías dispuesto a ir a espiar al campamento de los Cazadores? Averigua cuanto puedas acerca de sus planes. Ya sé lo poco que te gusta volverte invisible, pero...

-¡Invisible! -gritó el enano, y se dio una palmada en la frente-. Oh, sabía que más tarde o más temprano habría que recurrir a eso. ¡Siempre pasa igual! ¡El bueno de Doli, claro! ¡Venga, vuélvete invisible! No estoy seguro de si aún soy capaz de volverme invisible, ¿sabes? He intentado olvidar cómo se hacía. Me destroza los oídos. Antes preferiría que me rellenaran de avispas y abejas... No, no, ni soñarlo. Pídeme que haga cualquier otra cosa, pero eso no.

-Ah, mi buen Doli, estaba seguro de que lo harías -dijo Taran.

Después de una nueva exhibición de reluctancia que no convenció a nadie, salvo quizá al mismo Doli, el enano de cabellos carmesíes consintió en hacer lo que Taran le pedía. Doli cerró los ojos, tragó una honda bocanada de aire como si se preparara para zambullirse en agua helada y se esfumó. De no haber sido por los débiles murmullos irritados que seguían oyéndose Taran habría creído que Doli no estaba allí. Sólo el leve crujir de los guijarros desplazados por los pies invisibles de Doli indicó a Taran que el enano había salido del túnel y avanzaba hacia las líneas enemigas.

La tropa del Pueblo Rubio siguió las órdenes de Doli y se apostó formando un amplio semicírculo de vigilancia más allá de la boca del túnel, donde sus agudos ojos y oídos podrían captar cualquier movimiento o sonido amenazador. Taran se asombró al ver lo inmóviles que permanecían aquellos guerreros. El silencio en el que se habían sumido hacía que resultaran casi tan invisibles como Doli. Sus prendas blancas hacían que pareciesen piedras cubiertas de hielo o promontorios escarchados que se alzaban bajo la luna, la cual había empezado a asomar por detrás de las nubes. Los jinetes dormitaban entre sus monturas intentando aprovechar al máximo el calor que desprendían. Glew se hizo un ovillo cerca de ellos. Fflewddur estaba en el comienzo del túnel, sentado con la espalda apoyada en el muro de roca. El bardo tenía una mano sobre su arpa y la otra reposando sobre la enorme cabeza de Llyan, que se había estirado a su lado y ronroneaba suavemente.

Taran se envolvió en su capa y volvió a contemplar con expresión asombrada la ladera montañosa donde había aparecido la señal de la luz de Eilonwy.

-Está viva -murmuró-. Está viva... -repitió una y otra vez, y el corazón le daba un vuelco cada vez que pronunciaba aquellas palabras.

Sin saber muy bien por qué Taran estaba seguro de que Gurgi se encontraba con ella. Todos sus sentidos le decían que los dos compañeros habían sobrevivido. Una ráfaga de viento helado le trajo el ladrido de un lobo. Había otros sonidos, como un griterío distante, pero no tardaron en desvanecerse y la esperanza recién encontrada que llenaba su corazón hizo que Taran apenas pensara en ellos.

Ya había transcurrido la mitad de la noche cuando Doli volvió a aparecer. El enano estaba demasiado excitado para quejarse de que le zumbaban las orejas, y se apresuró a hacer señas a Fflewddur y Taran indicándoles que le siguieran. Taran ordenó a los jinetes que se mantuvieran alerta y se reunió con sus compañeros. Los guerreros del Pueblo Rubio ya estaban trotando detrás de Doli, moviéndose tan en silencio como si fueran sombras blancas.

Al principio Taran pensó que el enano pretendía llevarles directamente al campamento de los Cazadores; pero Doli se desvió cuando aún estaban a cierta distancia de él y empezó a trepar por una pendiente que se alzaba hasta una considerable altura sobre la cañada.

-Los Cazadores siguen ahí -murmuró Doli mientras trepaban-, y no porque ellos lo deseen. Tenemos algunos amigos acerca de los que no sabíamos nada..., osos y lobos,

docenas de ellos. Están esparcidos a lo largo de toda la cañada. Un grupo de Cazadores intentó salir de allí escalando la pendiente. Es una suerte que no me vieran, pues de lo contrario ahora no estaría aquí..., pero a ellos sí que les vieron. Los osos fueron los primeros en llegar hasta donde estaban y se ocuparon enseguida de esos villanos. No es algo muy agradable de ver, pero hicieron su trabajo en unos momentos.

-¿Han matado a un grupo de Cazadores? -Taran frunció el ceño-. Ahora los otros son más fuertes que antes.

-Sí, supongo que sí -replicó Doli-, pero de todas maneras los osos y los lobos tienen más recursos que nosotros para ocuparse de ellos. Dudo mucho que los Cazadores vayan a atacar esta noche... Temen a los animales. Se quedarán en la cañada hasta que amanezca, y ahí es donde queremos que estén. Creo que hemos dado con la solución a nuestro problema.

Ya habían llegado al final de la pendiente, y se encontraron junto a un lago recubierto de hielo. Una cascada helada relucía bajo la luna precipitándose por el risco; carámbanos gigantescos que parecían dedos de un puño enorme arañaban la escarpada pendiente como si mantuvieran atrapado al lago en una presa de hielo. Un río de plata bajaba serpenteando hacia la cañada en la que se habían refugiado los Cazadores. Taran pudo ver las hogueras de su campamento brillando como ojos malévolos en la oscuridad. No podía estar seguro, pero le pareció que siluetas oscuras se agitaban entre las rocas y los achaparrados matorrales de aquellas alturas; y pensó que quizá fueran los osos y los lobos de los que había hablado el enano.

-¡Ahí! -dijo Dolí-, ¿Qué opinas de eso?

-¿Que qué opino? -exclamó el bardo-. Mi viejo amigo, creo que eres tú el que se ha dejado los sesos en la mina... Nos has guiado en una escalada bastante difícil, pero no creo que sea el momento más adecuado para admirar las bellezas de la naturaleza.

El enano se puso las manos en las caderas y se encaró con Fflewddur lanzándole una mirada de exasperación.

-A veces pienso que Eiddileg tiene razón acerca de vosotros los humanos... ¿Es que eres incapaz de ver más allá de tu nariz? ¿No te das cuenta? Estamos casi encima de esos rufianes. ¡Liberemos el lago! ¡Liberemos la cascada! ¡Dejemos que toda esa agua caiga justo sobre el campamento!

Taran contuvo el aliento y la esperanza invadió su corazón durante un momento, pero acabó meneando la cabeza.

-La tarea es demasiado colosal, Doli. El hielo nos derrotará.

-¡Pues entonces derritámoslo! -gritó el enano-. Cortemos ramas, arbustos..., todo aquello que pueda arder. ¡Donde el hielo sea demasiado grueso rompámoslo con las hachas y las espadas! ¿Cuántas veces he de repetíroslo? ¡Estáis tratando con el Pueblo Rubio!

-¿Realmente crees que puede hacerse? -murmuró Taran.

-¿Acaso lo habría dicho si no lo creyera? -replicó secamente el enano.

Fflewddur dejó escapar un prolongado silbido de admiración.

-Piensas a gran escala, viejo amigo; pero confieso que tu plan tiene su atractivo. ¡Gran Belin, si pudiéramos acabar con todos ellos de un solo golpe y librarnos de los Cazadores de una vez por todas...!

Dolí ya no estaba escuchando al bardo, y había empezado a transmitir apresuradas órdenes a los guerreros del Pueblo Rubio, Los enanos descolgaron sus hachas del hombro y entraron en acción cortando los troncos y las ramas, arrancando los arbustos y corriendo al lago con sus cargas.

Taran hizo a un lado sus dudas, desenvainó su espada y empezó a cortar ramas. Fflewddur se afanaba a su lado. A pesar del frío, el sudor no tardó en brotar a chorros de sus frentes; y su jadeante respiración pronto flotó como una neblina delante de sus caras. Las hachas del Pueblo Rubio resonaban al chocar con el hielo cíe la cascada

congelada. Dolí se movía velozmente por entre los guerreros aumentando el tamaño del montón de arbustos y ramas o desplazando rocas y peñascos para formar un nuevo canal más recto por el que el agua pudiese correr más deprisa. La noche estaba llegando a su fin. El agotamiento hacía tambalear a Taran, sus manos entumecidas por el frío estaban llenas de heridas ensangrentadas y Fflewddur apenas si era capaz de seguir manteniéndose en pie; pero el Pueblo Rubio continuaba trabajando sin cesar y tan enérgicamente como al principio. Antes de que amaneciese, el lago y el curso de la corriente estaban tan repletos de arbustos y ramas que parecía como si un bosque hubiera crecido en ellos. Sólo entonces se dio por satisfecho Doli.

-Ahora vamos a prender fuego a todo esto -le dijo a Taran-, La yesca del Pueblo Rubio es capaz de producir un calor muy superior al de cualquier fuego conocido por los humanos. Empezará a arder enseguida.

Doli lanzó un silbido estridente que se deslizó por entre sus dientes apretados. Las antorchas del Pueblo Rubio se encendieron a lo largo de todo el lago. Los guerreros las arrojaron a la pira, y las antorchas cayeron trazando un arco luminoso como si fueran estrellas fugaces. Taran vio cómo las primeras ramas se incendiaban, y el fuego se propagó enseguida a las demás. Un ruidoso chisporroteo invadió sus oídos, y por encima de él oyó el grito de Doli advirtiendo a los compañeros de que se alejaran cl«e las llamas. Una ola de calor tan intenso como el aliento de un horno alcanzó a Taran mientras intentaba encontrar asidero, entre las piedras. El hielo se estaba derritiendo. Taran oyó el.«sisear de las llamas que se apagaban, pero el fuego ya era demasiado alto para extinguirse del todo y se avivaba más a cada momento que pasaba. Los crujidos y gemidos de los peñascos que temblaban bajo la creciente presión del caudal que no paraba de aumentar crearon ecos en el cauce. Un instante después todo un lado del risco cedió tan repentinamente como una puerta arrancada cíe sus goznes o un muro que se desmorona, y un chorro de agua que lo arrastraba todo ante él salió disparado por el cauce. Enormes bloques de hielo cayeron por la pendiente con un ruido atronador, rodando sobre sí mismos y dando tumbos como si no fuesen más que guijarros. La velocidad con que se produjo la avalancha arrastró las ramas envueltas en llamas. Nubes de chispas se hincharon y giraron sobre la masa cíe agua que avanzaba a gran velocidad, y las llamas se deslizaron a lo largo de todo el cauce.

Los Cazadores que habían acampado en la cañada gritaron e intentaron huir. Ya era demasiado tarde. Las aguas embravecidas y los peñascos arrojaron hacia atrás a los guerreros que intentaban escalar la pendiente. Los Cazadores cayeron bajo la cascada gritando y lanzando maldiciones, o salieron despedidos por los aires igual que briznas de paja para acabar aplastados contra las rocas. Unos cuantos consiguieron llegar a terreno más elevado, pero apenas lo hicieron Taran vio siluetas oscuras que se lanzaban sobre ellos, y a los animales que esperaban les llegó el momento de vengarse de quienes les habían perseguido y matado implacablemente.

El silencio cayó sobre la cañada. Taran miró hacia abajo, y vio cómo las primeras luces del amanecer empezaban a hacer brillar la masa de agua oscura que había inundado la cañada. Algunas ramas aún ardían, otras humeaban y chisporroteaban, y una neblina grisácea hecha de humo flotaba en el aire. Un ruido de piedras a su espalda hizo que Taran girara sobre sí mismo y desenvainara su espacia.

-¡Hola! -dijo Eilonwy-. ¡Por fin hemos vuelto!

-Tienes una forma muy rara de dar la bienvenida a la gente -siguió diciendo Eilonwy mientras Taran la contemplaba en silencio con el corazón tan lleno de emociones que no podía hablar-. Por lo menos podrías decir algo, ¿no te parece?

Taran fue hacia Eilonwy mientras Gurgi intentaba saludar a todo el mundo a la vez, lanzando chillidos de alegría, la rodeó con sus brazos y estrechó a la princesa contra su pecho.

-Había perdido toda esperanza...

-Qué tontería -murmuró Eilonwy-, Yo nunca perdí la esperanza, aunque admito que ese rufián llamado Dorath me hizo pasar algunos momentos bastante malos, y puedo contarte historias que nunca creerías sobre los lobos y los osos. Las guardaré para más tarde, cuando puedas contarme todo lo que te ha estado ocurriendo. En cuanto a los Cazadores -siguió diciendo mientras los compañeros reunidos volvían al túnel-, lo he visto todo. Al principio no tenía ni idea de qué tramabais, pero luego lo comprendí. Fue maravilloso. Tendría que haberme imaginado que Doli andaba metido en esto... ¡El bueno de Doli! Parecía un río de hielo en llamas... -La princesa se calló de repente y abrió mucho los ojos-. ¿Comprendes lo que habéis hecho? -murmuró-. ¿Es que no lo ves?

-¿Que si sabemos lo que hemos hecho? -dijo Fflewddur, y se echó a reír-, ¡Pues claro que sí! Nos hemos librado de los Cazadores, y ha sido un trabajo excelentemente ejecutado. Ni un Fflam podría haberlo hecho mejor... En cuanto a lo que veo, me complace más lo que no puedo ver y te aclaro que me refiero a no ver ni rastro de esos villanos.

-¡La profecía de Hen Wen! -exclamó Eilonwy-. ¡Una parte de la profecía se ha realizado! ¿Es que todos lo habéis olvidado? La noche se convierte en mediodía y los ríos arden con fuego helado antes de que Dyrnwyn sea recuperada. Bueno, habéis incendiado un río, o eso me pareció a mí... El fuego helado bien podía ser todo ese hielo y las ramas envueltas en llamas, ¿no?

Taran miró fijamente a la princesa. Las palabras de la profecía crearon ecos en su memoria, y sintió que le temblaban las manos.

-¿Has visto lo que nosotros mismos no vimos? Sí, pero... ¿Acaso no has hecho tanto como nosotros sin darte cuenta de ello? ¡Piensa! La noche se conviene en mediodía. ¡Tu juguete convirtió la oscuridad en luz!

Le tocó el turno a Eilonwy de sorprenderse.

-¡Es cierto! -exclamó.

-|Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡La sabia cerdita dijo la verdad! ¡La poderosa espada volverá a ser encontrada! Fflewddur carraspeó para aclararse la garganta. -Un Fflam siempre está dispuesto a dar ánimos -dijo-, pero en este caso creo que

debería recordaros que la profecía también decía que la llama de Dyrnwyn quedaría extinguida y que su poder se desvanecería, lo cual nos deja en tan mala situación como antes aun suponiendo que consiguiéramos dar con ella. Ah, y también recuerdo algo sobre pedir a las piedras mudas que hablaran... Hasta el momento no he oído ni una sola palabra procedente de ninguna de las piedras que hay por aquí, a pesar de que el lugar está excelentemente aprovisionado en lo referente a peñascos y rocas. El único mensaje que me han transmitido es que son demasiado duras para que se pueda dormir cómodamente encima de ellas. Además si queréis mi opinión os diré que para empezar no confío en las profecías. Mi experiencia me ha enseñado que son tan malas como los encantamientos, y que sólo acabas sacando una cosa de ellas: problemas.

-Yo tampoco comprendo el significado de la profecía -dijo Taran-. ¿Son señales de esperanza, o nos engañamos a nosotros mismos deseando que lo sean? Sólo Dallben o Gwydion poseen la sabiduría necesaria para interpretarlas, y sin embargo no puedo evitar el tener la sensación de que por fin hay alguna esperanza. Pero tienes razón cuando dices que nuestra tarea sigue siendo igual de difícil.

Doli torció el gesto.

-¿Igual de difícil? Ahora es imposible. ¿Sigues teniendo intención de ir a los Eriales Rojos? Te advierto que los Nacidos del Caldero están tan lejos que ya no se les puede alcanzar. -El enano lanzó un bufido-. No me hables de profecías, habíame de tiempo... Hemos perdido demasiado.

-También he estado meditando en ello -replicó Taran-. Es algo que ha estado presente en mi mente desde que se derrumbó el túnel. Creo que nuestra única

posibilidad es cruzar las montañas y tratar de retrasar a los Nacidos del Caldero cuando se desvíen hacia el noroeste para llegar a Annuvin.

-Es una esperanza tan pequeña que apenas existe -dijo Dolí-. El Pueblo Rubio no puede ir tan lejos. Es tierra prohibida. Si se encontrara tan cerca del reino de Arawn cualquier guerrero del Pueblo Rubio moriría... El puesto de vigilancia de Gwystyl era el más cercano a la Tierra de la Muerte, y ya has visto los efectos que eso ha producido sobre su digestión y su estado de ánimo general. Lo más que podemos hacer es ayudaros a emprender la marcha e indicaros el camino más rápido. Uno de nosotros podría acompañaros -añadió-. Ya podéis imaginaros quién va a ser, claro... ¡El bueno de Dolí! He pasado tanto tiempo encima del suelo rodeado de humanos que estar en Annuvin no puede dañarme.

»Sí, iré con vosotros -siguió diciendo Doli mientras fruncía aparatosamente el ceño-. No veo otra solución. ¡El bueno de Doli! A veces desearía no haber nacido con un temperamento tan agradable. ¡Hum!

# 16 - El encantador

El anciano estaba encorvado sobre la mesa repleta de libros con la cabeza apoyada en el brazo como si fuera un niño cansado. Se había puesto una capa sobre los huesudos hombros; el fuego seguía bailoteando en la chimenea, pero la mordedura del frío de aquel invierno era más profunda que la de cualquier otro que pudiese recordar. Hen Wen se removió nerviosamente a sus pies y dejó escapar un gimoteo quejumbroso. Dallben, que no estaba ni totalmente dormido ni del todo despierto, bajó una frágil mano y le rascó delicadamente la oreja.

Pero el gesto no sirvió para calmar a la cerda. Su hocico rosado se estremecía, y no paraba de resoplar y lanzar quejidos lastimeros mientras intentaba esconder la cabeza en los pliegues de la túnica de Dallben. El encantador acabó prestándole atención.

-¿Qué ocurre, Hen? ¿Acaso ha llegado nuestra hora? -Dio una palmadita tranquilizadora a la cerda y se levantó envaradamente del escabel de madera-. Oh, vamos, sólo es un momento por el que pasar..., sea cual sea el desenlace no es más que eso.

Dallben fue sin apresurarse a coger un largo báculo de madera de fresno, se apoyó en él y salió cojeando de la habitación. Hen Wen trotaba detrás de él. Cuando llegó a la puerta de la casita el encantador se envolvió en los pliegues de su capa y salió a la noche. La luna estaba llena y flotaba en la lejanía del cielo. Dallben permaneció inmóvil escuchando con toda la atención de que era capaz. Cualquier otra persona habría tenido la impresión de que la granja estaba tan silenciosa como la misma luna, pero el anciano encantador asintió con la cabeza mientras fruncía el ceño y entrecerraba los ojos - Tienes razón, Hen -murmuró-. Ya les oigo, pero todavía están lejos. Bien, ¿tendré que esperarles el tiempo suficiente para que se me hiele la poca médula que me queda dentro de los huesos.-añadió con una sonrisa de sus labios marchitos Pero Dallben no volvió a entrar en la casita, sino que se alejo unos cuantos pasos del umbral. Sus ojos, que habían estado enturbiados por el adormilamiento, se volvieron tan límpidos como cristales de hielo. Su mirada penetrante fue más allá de los árboles sin hojas del huerto, como si quisiera ver lo que se ocultaba entre las sombras que se entrelazaban con el bosque que rodeaba la casita igual que si fuesen zarcillos de yedra negra. Hen Wen se había quedado detrás de Dallben y acabó sentándose sobre sus cuartos traseros para removerse nerviosamente mientras observaba al encantador con una considerable preocupación visible en su rostro erizado de pelitos.

-Yo diría que son unos veinte -observó Dallben-. No sé si sentirme insultado o aliviado -añadió con voz melancólica- ¿Solo veinte? Es un número tan miserable... Y

sin embargo un grupo más grande habría tenido muchas dificultades para hacer un viaje tan largo, especialmente para abrirse paso a través de los combates en el valle del Ystrad. No, veinte es una sabia elección y resultan más que suficientes.

El anciano aguardó pacientemente en silencio y sin moverse durante largo rato, hasta que un débil resonar de cascos de caballos se fue haciendo cada vez más perceptible en la límpida atmósfera nocturna y acabó esfumándose de repente como si los jinetes hubieran desmontado y llevaran sus monturas de las riendas.

Las siluetas que se movían contra el oscuro amasijo de árboles allí donde se iniciaba el bosque al extremo del campo de rastrojos eran tan difíciles de ver que se las podría haber confundido con las sombras proyectadas por los arbustos. Dallben se irguió, alzó la cabeza y dejó escapar el aliento tan suavemente como si estuviera soplando sobre un diente de león.

Un instante después un terrible vendaval aulló a través del campo. La granja estaba sumida en el silencio, pero el viento se internó en el bosque desgarrando su calma con la fuerza de un millar de espadas y los árboles empezaron a crujir y agitarse locamente de un lado a otro. Los caballos relincharon y los hombres gritaron cuando las ramas les golpearon de repente El vendaval embistió a los guerreros, y éstos alzaron sus armas como para protegerse de él.

Pero la partida de guerra siguió avanzando debatiéndose a través del bosque azotado por el viento, y consiguió acabar llegando al campo de rastrojos. Cuando se inició el vendaval, Hen Wen lanzó un chillido asustado, volvió grupas y entró corriendo en la casita. Dallben alzó una mano y el vendaval se esfumó tan repentinamente como se había iniciado. El anciano frunció el ceño y golpeó la tierra cubierta de escarcha con la punta de su báculo.

El retumbar ahogado del trueno se oyó en la lejanía, y el suelo se estremeció mientras el campo se agitaba como si fuese un mar inquieto. Los guerreros se tambalearon y perdieron el equilibrio, y muchos atacantes huyeron al bosque buscando el refugio que les ofrecía y se apresuraron a escapar temiendo que la tierra se abriese bajo sus pies y les engullera. Los demás se apremiaron los unos a los otros a seguir avanzando, desenvainaron sus espadas y corrieron tambaleándose a través del campo en dirección a la casita.

Dallben puso cara malhumorada y alzó la mano con los dedos desplegados como si estuviera arrojando guijarros a un estanque. Una llama carmesí surgió de su mano y se extendió como un látigo llameante dibujando trazos cegadores contra la negrura del cielo.

Cuerdas de llamas chisporroteantes cayeron sobre los guerreros y se enredaron alrededor de sus brazos y sus piernas haciéndoles gritar de pavor. Los caballos se escaparon y huyeron galopando hacia el bosque. Los atacantes arrojaron sus armas al suelo y empezaron a arrancarse frenéticamente las capas y los jubones. Los hombres vacilaron durante unos momentos y acabaron huyendo por entre los troncos mientras lanzaban alaridos de dolor y terror.

Las llamas se esfumaron. Dallben se disponía a darse la vuelta cuando vio una silueta que seguía avanzando a través del campo vacío. El anciano se alarmó. Sus dedos se tensaron sobre el báculo y entró en la casita cojeando tan deprisa como podía. El guerrero ya había dejado atrás los establos y estaba entrando en el patio. Dallben cruzó corriendo el umbral con el sonido de los pasos avanzando detrás de él, pero el anciano apenas había conseguido llegar al refugio de su habitación cuando el guerrero cruzó el umbral de ella. Dallben giró sobre sí mismo para encararse con el atacante.

-¡Cuidado! -exclamó el encantador-. ¡Cuidado! No te acerques ni un paso más.

Dallben se había erguido cuan alto era. Sus ojos llameaban y el tono en el que había hablado era tan imperioso que el guerrero vaciló. El capuchón del hombre había



Librodot

caído hacia atrás, y un instante después la luz de la hoguera reveló la cabellera dorada y los rasgos orgullosos de Pryderi, hijo de Pwyll.

Dallben no apartó la mirada de su rostro ni un instante.

-Llevo mucho tiempo esperándote, rey de los Dominios del Oeste -dijo.

Pryderi pareció disponerse a dar un paso hacia adelante. Su mano se posó sobre el pomo de la espada sin vaina que colgaba de su cinto, pero la mirada del anciano le impidió avanzar.

-Estás equivocado en cuanto a mi rango -replicó con voz burlona-. Ahora gobierno un reino mucho más grande. Mando sobre todo Prydain.

-¿Cómo, es que acaso Gwydion de la Casa de Don ya no es Gran Rey de Prydain? -replicó Dallben fingiendo sorpresa.

Pryedri dejó escapar una áspera carcajada.

-¿Un rey sin un reino? ¿Un rey vestido de harapos al que se acosa como si fuese un zorro en la cacería? Caer Dathyl ha caído, y los Hijos de Don han sido dispersados por el vendaval. Ya sabes todo eso, aunque parece que las noticias te han llegado muy deprisa.

-Todas las noticias me llegan muy deprisa -dijo Dallben-. Quizá todavía más deprisa de lo que te llegan a ti...

-¿Alardeas de tus poderes? -replicó Pryderi con voz despectiva-. Tus poderes han acabado fallándote justo cuando más los necesitabas. Tus encantamientos sólo han conseguido asustar a un puñado de guerreros. ¿Es que el sabio y astuto Dallben se enorgullece de haber hecho huir a unos cuantos patanes?

-Mis encantamientos no estaban concebidos para destruir, sino sólo para advertir -dijo Dallben-. Este lugar es peligroso para todos los que entran en él contra mi voluntad. Tus seguidores hicieron caso de mi advertencia, señor Pryderi, pero por desgracia tú te has negado a escucharla. Esos patanes son más sabios que su rey, pues no puede llamarse sabiduría a que un hombre busque su propia muerte.

-Vuelves a equivocarte, hechicero -elijo Pryderi-. Lo que busco es tu muerte.

Dallben tiró suavemente de los mechones de su barba.

-Lo que buscas y lo que quizá acabes encontrando no siempre es lo mismo, Hijo de Pwyll -dijo en voz baja-. Sí, estás dispuesto a arrebatarme la vida y eso no es ningún secreto para mí. Caer Dathyl ha caído, ¿verdad? Esa victoria no tiene ningún valor mientras Caer Dallben siga en pie y mientras yo siga vivo. Dos fortalezas llevan mucho tiempo alzándose contra el Señor de Annuvin: un castillo dorado y la casita de un granjero. Una se ha convertido en ruinas, pero la otra sigue siendo un escudo contra el mal y una espacia que siempre apunta al corazón de Arawn. El Señor de la Muerte lo sabe, y también sabe que ni él ni sus Cazadores ni sus Nacidos del Caldero pueden entrar aquí.

»Y por eso has venido para cumplir la voluntad de tu amo -añadió Dallben.

El rojo de la ira se extendió por el rostro de Pryderi.

-¡Yo soy mi único amo! -gritó-. Si se me da poder para servir a Prydain, ¿acaso temeré utilizarlo? No soy ningún Cazador que mata por el placer de matar. Hago lo que ha de hacerse, y no tiemblo ante la perspectiva. Mi propósito es más grande que la vida de un hombre o de un millar de hombres. Y si debes morir, Dallben..., entonces que así sea.

Pryderi arrancó la espada de su cinto y golpeó al encantador en un movimiento tan veloz como repentino, pero Dallben había sujetado su báculo con más fuerza y lo alzó contra el golpe. La hoja de Pryderi se hizo añicos al chocar con la esbelta rama de fresno y los trozos de metal cayeron al suelo con un suave tintineo.

Pryderi arrojó la empuñadura lejos de él, pero lo que había en sus ojos no era miedo sino un desprecio burlón.



Librodot

-Se me ha advertido de tus poderes, hechicero. He decidido ponerlos a prueba en persona.

Dallben no se había movido.

-¿Realmente se te ha advertido de ellos? Yo creo que no. Si te hubieran advertido no habrías osado enfrentarte a mí.

-Tu fuerza es grande, hechicero -replicó Pryderi-, pero no tanto como tu debilidad. Conozco tu secreto. Puedes oponerte a mí cuanto quieras, pero al final soy yo quien debe salir vencedor. De todos los poderes que posees hay uno que te está prohibido usar, y si intentas infringir esa prohibición el precio que pagarás es tu muerte. ¿Eres dueño y señor de los vientos? ¿Puedes hacer temblar la tierra? Eso no son más que jugueteos que no sirven de nada. No puedes hacer lo que está al alcance del guerrero más bajo: no puedes matar.

Pryderi sacó de entre los pliegues de su capa una daga negra de hoja corta en cuyo pomo estaba grabado el sello de Annuvin.

-Pero yo no estoy atado por ninguna prohibición -dijo-. Se me ha advertido, y me he preparado debidamente. Esta hoja procede de la mano del mismísimo Arawn. Puede ser blandida a pesar de todos tus encantamientos.

Una expresión de profunda pena y compasión se extendió por las facciones de Dallben.

-Pobre estúpido... -murmuró-. Es cierto. Esa arma de Annuvin puede arrebatarme la vida y no puedo detener tu mano, pero estás tan ciego como el topo que se afana cavando debajo de la tierra. Pregúntate ahora quién es el amo y quién el esclavo, señor Pryderi. Arawn te ha traicionado.

»Sí, te ha traicionado -dijo Dallben, y su voz se volvió seca y gélida-. Pensaste que le convertirías en tu servidor, pero sin saberlo ni quererlo le has servido mejor que cualquiera de sus esbirros. Te ha enviado para matarme, y te ha proporcionado los medios para hacerlo. Y, ciertamente, quizá me mates..., pero el triunfo será de Arawn, no tuyo. En cuanto hayas llevado a cabo los designios del Señor de Annuvin pasarás a ser un cascarón vacío que ya no le servirá de nada. Arawn sabe muy bien que nunca te permitiré salir vivo de Caer Dallben, señor Pryderi. Aún estás en pie, pero ya eres un hombre muerto.

Pryderi alzó la daga negra.

-Intentas escapar a la muerte con palabras.

-Mira por la ventana -replicó Dallben.

Mientras hablaba un resplandor carmesí entró por el hueco de la ventana. Un cinturón de llamas había surgido de la nada y envolvía a Caer Dallben en un círculo de fuego. Pryderi vaciló y dio un paso hacia atrás.

-Has creído en medias verdades -dijo Dallben-. Ningún hombre ha sufrido jamás la muerte a mis manos, pero quienes desprecian mis encantamientos tienen que pagar un alto precio por ello. Mátame, señor Pryderi, y las llamas que ves caerán sobre Caer Dallben en un instante. No hay escapatoria para ti.

Los rasgos dorados de Piyderi se habían tensado en una mueca de incredulidad a la que se iba añadiendo el miedo creciente provocado por las palabras del encantador.

-Mientes -murmuró con voz enronquecida-. Las llamas morirán cuando tú mueras.

-Eso es algo que tendrás que averiguar por ti mismo -dijo Dallben.

-¡Tengo mi prueba! -gritó Pryderi-. Arawn nunca destruiría aquello que más anhela. ¡Había dos tareas que llevar a cabo! Toda tu sabiduría no te ha permitido adivinarlo. Tu muerte sólo era una. La otra era adueñarme del Libro de los Tres.

Dallben meneó la cabeza con expresión apenada y volvió la mirada hacia el grueso volumen encuadernado en cuero.

-En tal caso has sido doblemente traicionado. Este libro no le sirve de nada a Arawn porque no puede ser utilizado con ningún propósito maligno..., y a ti tampoco te servirá de nada, señor Pryderi.

La fuerza de la voz del anciano era como un viento helado.

-Te has empapado las manos en sangre y tu orgullo te ha impulsado a juzgar a tus congéneres. ¿Es cierto que sólo querías servir a Prydain? Bien, pues el medio que has escogido para ello no puede ser más maligno. El bien no puede surgir del mal. Te aliaste con Arawn por lo que considerabas era una noble causa. Ahora te has convertido en un prisionero del mismo mal que esperabas vencer..., eres su prisionero y su víctima, pues ya estás marcado para la muerte en El Libro de los Tres.

Los ojos de Dallben llameaban y la verdad que había en sus palabras pareció aferrar a Pryderi por la garganta. El rostro del rey se había vuelto de un color gris ceniza. Pryderi arrojó la daga al suelo y se lanzó sobre el enorme volumen. Sus manos se alargaron desesperadamente hacia él como si quisiera partirlo por la mitad.

-¡No lo toques! -ordenó Dallben.

Pero Pryderi ya había agarrado El Libro de los Tres, y apenas lo hizo un relámpago cegador surgió como un árbol en llamas del antiguo volumen. El alarido de muerte de Pryderi resonó en toda la habitación.

Dallben le dio la espalda e inclinó la cabeza como bajo el peso de una pena insoportable. Las llamas del círculo de fuego que había envuelto la pequeña granja se fueron empequeñeciendo y acabaron esfumándose en el silencio del amanecer.

# 17 - La tempestad de nieve

Todos los guerreros del Pueblo Rubio salvo Dolí habían vuelto sobre sus pasos y se dirigían hacia la hilera de riscos desnudos de árboles que marcaban el límite oriental de las colinas de Bran-Galedd, pues más allá de aquel punto la tierra se hallaba sometida al poder de Arawn, el Señor de la Muerte. Los compañeros ya llevaban algunos días avanzando penosamente a través de una desolación pétrea donde ni siquiera los musgos

o los líquenes florecían. El cielo estaba gris, y las escasas nubes que se veían en él sólo eran hilachas de un gris más oscuro. Era como si una neblina maligna hubiese rezumado de la fortaleza de Annuvin aniquilando a todas las cosas vivas bajo ella y dejando sólo aquella desnudez rocosa.

Los compañeros procuraban conservar sus fuerzas y apenas hablaban. Desde el primer día en que rebasaron las fronteras de la Tierra de la Muerte se habían visto obligados a desmontar y avanzar a pie guiando a sus cansadas monturas por aquellos pasos traicioneros. Incluso Melynlas mostraba señales de fatiga. Su poderoso cuello se inclinaba hacia el suelo, y trastabillaba de vez en cuando; pero Llyan se desplazaba ágilmente a lo largo de las cornisas más estrechas y peligrosas. La enorme gata solía saltar de un risco a otro mientras los compañeros bajaban lentamente por una escarpada pendiente para iniciar el ascenso de una cuesta todavía más abrupta, y cuando conseguían terminar la subida se la encontraban con el rabo enroscado alrededor de los cuartos traseros esperando a que Fflewddur le rascara las orejas, después de lo cual se alejaba una vez más dando saltos.

Dolí avanzaba al frente del pequeño grupo aferrando su báculo con su capuchón blanco tapándole la cara. Taran nunca dejaba de asombrarse ante aquel enano incansable que parecía poseer un sexto sentido gracias al cual lograba encontrar senderos ocultos y angostos caminos que ayudaban a hacer más rápido aquel duro viaje.

Pero pasado un tiempo el caminar de Doli empezó a hacerse más lento y vacilante. Taran vio con creciente preocupación e inquietud que de vez en cuando perdía el equilibrio y que sus zancadas se habían vuelto repentinamente inseguras. Cuando Doli

tropezó y tuvo que poner una rodilla en el suelo Taran corrió hacia él, muy alarmado, e intentó levantarle del suelo. Los compañeros se apresuraron a reunirse con ellos.

El rostro normalmente rubicundo de Doli se había llenado de manchitas rojizas, y su respiración se había vuelto estertorosa y difícil. El enano se esforzó por incorporarse.

-Maldito sea este reino maligno -murmuró-. No lo aguanto tan bien como me imaginaba... ¡No os quedéis ahí mirándome con la boca abierta! Ayudadme a levantarme.

El enano se negó tozudamente a montar en un caballo insistiendo en que se encontraba mejor cuando tenía los pies en el suelo. Cuando Taran le apremió a descansar Doli meneó malhumoradamente la cabeza.

-He dicho que encontraría un paso por el que pudierais avanzar -dijo secamente-, y tengo intención de hacerlo. No aguanto los trabajos hechos a medias... Cuando el Pueblo Rubio pone manos a la obra hace las cosas bien y no pierde el tiempo con tonterías.

Pero pasado un rato Doli accedió de mala gana a montar sobre Melynlas. El enano empezó a luchar con los estribos, pero a pesar de sus dificultades lanzó un gruñido de irritación cuando Fflewddur le ayudó a instalarse sobre la silla.

El alivio que le proporcionó el ir montado no duró demasiado. La cabeza del enano no tardó en inclinarse hacia adelante como si pesara demasiado para que pudiese mantenerla erguida, y Doli resbaló a lo largo de la grupa de Melynlas y cayó al suelo antes de que Taran pudiera llegar hasta él.

Taran se apresuró a dar la orden de detenerse.

-Hoy no seguiremos avanzando -le dijo al enano-. Mañana habrás recuperado las fuerzas.

Doli meneó la cabeza. Su rostro estaba blanco, y sus ojos carmesíes habían perdido su brillo habitual.

-Esperar no servirá de nada -jadeó-. Llevo demasiado tiempo aquí... Mi estado empeorará. Debemos seguir adelante mientras todavía pueda guiaros.

-No al precio de tu vida -dijo Taran-. Hevydd el Herrero cabalgará contigo hasta la frontera. Llassar, Hijo de Drudwas, nos ayudará a encontrar el camino que buscamos.

-No lo conseguirá -murmuró el enano-. Sin la habilidad de un guerrero del PuebloRubio se tardaría demasiado... Átame a la silla -ordenó.

Doli luchó por levantarse del suelo, pero cayó hacia atrás y se quedó inmóvil. Su respiración se fue volviendo cada vez más jadeante y entrecortada.

-¡Se está muriendo! -exclamó Taran, muy alarmado-. Deprisa, Fflewddur, ayúdame a colocarle sobre la grupa de Llyan... Es la montura más veloz de que disponemos. Regresa a la frontera con él. Quizá todavía estemos a tiempo de salvarle...

-Dejadme aquí -jadeó Doli-. No podéis prescindir de Fflewddur. Su espada vale por diez..., bueno, o por seis. Marcharos, deprisa.

-No lo haré -replicó Taran.

-¡Idiota! -se atragantó el enano-. ¡Hacedme caso! -ordenó-. Debe hacerse... ¿Eres un líder de guerreros o un Ayudante de Porquerizo?

Taran se arrodilló junto al enano, que había entrecerrado los ojos, y puso con gran delicadeza una mano sobre el hombro de Doli.

-¿Hace falta que me lo preguntes, viejo amigo? Soy un Ayudante de Porquerizo.

Taran se puso en pie para recibir al bardo, quien había venido corriendo con Llyan, pero cuando se volvió hacia el enano el suelo estaba vacío. Doli se había esfumado.

-¿Dónde ha ido? -gritó Fflewddur.

Una voz muy enfadada que parecía venir de al lado de un peñasco cercano llegó a sus oídos.

-¡Aquí! ¿Dónde creíais que me había ido?

-¡Doli! -exclamó Taran-. Estabas a punto de morir, y ahora...

-Me he vuelto invisible, como puede ver cualquier gigantón patoso que tenga un poco de sentido común dentro de su dura cabezota -bufó Doli-. Tendría que habérseme ocurrido hace mucho rato... Cuando estuve antes en Annuvin permanecí invisible durante la mayor parte del tiempo. Nunca había caído en la cuenta de lo mucho que me protegía eso.

-¿Crees que te servirá de algo ahora? -preguntó Taran, quien aún estaba un poco aturdido-. ¿Te atreves a seguir avanzando?

-Pues claro que sí -replicó el enano-. Ya me encuentro mejor, pero tendré que seguir siendo invisible. ¡Mientras pueda aguantarlo, claro está! ¡Invisible! ¡Montones de abejas y avispas dentro de mis oídos!

-¡El bueno de Doli! -gritó Taran buscando en vano la mano invisible del enano para estrechársela.

-¡No vuelvas a empezar con eso! -dijo secamente el enano-. No haría esto..., oh, mis oídos..., por ningún mortal de Prydain..., oh, mi cabeza..., que no fueses tú. ¡Y no grites! ¡Mis pobres oídos no lo soportan!

El báculo de Doli, que había caído al suelo, pareció levantarse por sí solo cuando el enano invisible lo recogió. El movimiento del báculo indicó a Taran que Doli había reanudado la marcha.

Los compañeros le siguieron guiándose por el trozo de madera, pero podrían haber sabido dónde se encontraba incluso sin verlo gracias a los continuos y enfurecidos gruñidos que lanzaba Doli.

Fflewddur fue el primero en ver a los gwythaints. Tres negras siluetas aladas trazaban círculos en la lejanía revoloteando sobre una cañada poco profunda.

-¿Qué han encontrado? -exclamó el bardo-. ¡Sea lo que sea, espero que no seamos su próximo hallazgo!

Taran hizo sonar su cuerno y ordenó a los guerreros que buscaran la protección que pudieran ofrecerles los enormes peñascos. Eilonwy no hizo caso de las órdenes de Taran y trepó a lo alto de una gran piedra que sobresalía del suelo.

-No estoy segura -dijo haciéndose sombra en los ojos con una mano-, pero me parece que han acorralado algo. Pobre criatura... No durará mucho tiempo contra ellos.

Gurgi se acurrucó contra una roca e intentó hacerse tan plano como un pez mientras ponía cara de terror.

-Y el pobre Gurgi tampoco si le ven -gimoteó-. ¡Su pobre y tierna cabeza sufrirá sus picotazos y zarpazos!

-¡Pasemos de largo! -gritó Glew con su pequeño rostro contorsionado por el miedo-. Están muy ocupados con su presa... No nos quedemos aquí a mirar como una pandilla de tontos. Alejémonos todo lo que podamos. ¡Oh, si volviera a ser un gigante no me encontraríais aquí perdiendo el tiempo!

Los gwythaints estrecharon su círculo y empezaron a descender preparándose para acabar con su víctima. Pero de repente lo que parecía una nube negra con una forma oscura al frente surgió a toda velocidad del confín este del cielo. Antes de que los sorprendidos compañeros pudieran seguir el veloz movimiento con que se desplazaba por encima de sus cabezas la nube, como obedeciendo una orden de su líder, se convirtió en un sinfín de fragmentos alados que se lanzaron sobre las enormes aves. Incluso desde aquella distancia Taran pudo oír los gritos de furia que lanzaron los gwythaints cuando remontaron el vuelo para enfrentarse a aquellos extraños atacantes.

Fflewddur había trepado por la roca hasta reunirse con Eilonwy.

-¡Cuervos! -gritó excitadamente el bardo mientras Doli y Taran subían hasta un punto desde el que pudieran observar mejor lo que ocurría-, ¡Gran Belin, nunca había visto tantos!

Los cuervos cayeron sobre su enemigo como enormes avispas negras. No era un combate singular de ave contra ave, sino una batalla en la que tropas enteras de cuervos se aferraban a las alas de los gwythaints sin prestar atención a sus afiladas garras y picos obligando a las criaturas a ir descendiendo hacia el suelo. Cuando los gwythaints lograban zafarse de sus atacantes gracias a un gran esfuerzo una nueva tropa se formaba y volvía a lanzarse a la carga. Los gwythaints intentaron librarse del peso que se les adhería lanzándose en picado y llegando todo lo cerca que se atrevían de las afiladas piedras, pero mientras lo hacían los cuervos les picoteaban furiosamente y los gwythaints giraban y aleteaban aturdidamente de un lado a otro perdiendo el curso, con lo que volvían a ser victimas de la implacable ofensiva.

Los gwythaints lograron remontar el vuelo con un último e increíble esfuerzo, y aceleraron desesperadamente en dirección este con los cuervos persiguiéndoles de muy cerca. Todas las siluetas aladas se desvanecieron detrás del horizonte salvo un cuervo que voló rápidamente hacia los compañeros.

-¡Kaw! -gritó Taran, y extendió sus brazos.

El cuervo descendió graznando y parloteando con toda la potencia de sus pulmones. Sus ojos emitían destellos de triunfo y movía sus lustrosas alas más orgullosamente que si fuese un gallo. Kaw graznó, chirrió, chilló y lanzó tal torrente de parloteo que Gurgi se llevó las manos a las orejas.

Kaw se posó en la muñeca de Taran e inclinó la cabeza mientras hacía chasquear el pico. El cuervo estaba muy complacido consigo mismo, y no interrumpió su veloz charla ni un instante.

Taran intentó vanamente interrumpir el ensordecedor chorro de fanfarronadas, y ya había desesperado de obtener alguna noticia de la traviesa ave cuando Kaw batió las alas y volvió a remontar el vuelo.

-¡Achren! -graznó Kaw-. ¡Achren! ¡Reina!

-¿La has visto? -Taran contuvo el aliento. Apenas había vuelto a pensar en la que había sido poderosísima reina desde que Achren huyó de Caer Dallben-. ¿Dónde está?

El cuervo revoloteó alejándose un poco de él y volvió enseguida. El batir cíe sus alas apremiaba a Taran a seguirle.

-¡Cerca! ¡Cerca! ¡Gwythaints!

-¡Eso es lo que vimos! -exclamó Eilonwy-. ¡Los gwythaints la han matado!

-¡Viva! -respondió Kaw-. ¡Herida!

Taran ordenó a los jinetes de los Commots que le esperaran allí y bajó al suelo de un salto para seguir a Kaw. Eilonwy, Doli y Gurgi se apresuraron a reunirse con él. Glew se negó a moverse, e insistió en que ya se había despellejado lo suficiente tropezando con las rocas y que no tenía la más mínima intención de dar ni solo paso que no fuese necesario por nadie.

Fflewddur vaciló un momento.

-Sí, bueno... Supongo que yo también debería ir con vosotros por si necesitáis ayuda para transportarla, pero no me parece muy buena idea. Achren se marchó a toda prisa sin despedirse cíe nadie, y creo que no deberíamos meter las narices en sus asuntos. No es que la tema, no penséis eso ni por un momento... Ah -se apresuró a añadir al ver que las cuerdas cíe su arpa empezaban a tensarse-, la verdad es que esa mujer me da escalofríos. Desde el día en que me arrojó a su mazmorra he tenido la impresión de que hay algo duro y malvado en ella. Puedo aseguraros que odia la música. Sin embargo... ¡Un Fflam al rescate! -gritó.

La silueta inmóvil de la reina Achren yacía como un maltrecho montón cíe harapos negros en la fisura de una enorme roca donde se había refugiado intentando escapar a los terribles picos y garras cíe los gwythaints, pero Taran enseguida vio que la fisura no había ofrecido mucha protección a la reina y sintió una punzada de compasión hacia ella. Los compañeros la sacaron de allí moviéndola con la mayor delicadeza

posible mientras la reina dejaba escapar gemidos quejumbrosos. Llyan, que les había seguido acompañando al bardo, se acurrucó a cierta distancia de ellos y empezó a menear nerviosamente el rabo. El rostro de Achren, cansado y pálido como el de una muerta, estaba lleno de cortes y arañazos, y en sus brazos había muchas heridas bastante profundas que no paraban de sangrar. Eilonwy se inclinó sobre la mujer e intentó revivirla.

-Llyan la llevará hasta donde hemos dejado a los jinetes -dijo Taran-. Necesitará más hierbas curativas de las que he traído..., la fiebre la ha debilitado todavía más que sus heridas. Lleva mucho tiempo sin comida ni bebida.

-Sus zapatos están destrozados -observó Eilonwy-. ¿Cuánto hará que vagabundea por este lugar horrible? ¡Pobre Achren! No puedo decir que me caiga bien, pero me basta con imaginar lo que podría haber ocurrido para sentir escalofríos en los dedos de los pies.

Fflewddur se había mantenido a unos cuantos pasos de distancia después de haber ayudado a llevar a la reina inconsciente hasta un terreno menos accidentado, y Gurgi también había preferido interponer cierta distancia entre Achren y él; pero en cuanto Taran se lo pidió los dos se acercaron y el bardo consiguió mantener inmóvil a Llyan acariciándola y hablando en tono tranquilizador mientras los otros compañeros colocaban a Achren sobre el lomo de la gran gata.

-Daros prisa -dijo la voz de Doli-. Está empezando a nevar.

Copos blancos habían empezado a caer del cielo lleno de nubes, y en unos instantes un viento helado empezó a arremolinarse alrededor de los compañeros y la nieve cayó sobre ellos en una nube que se hacía más espesa a cada momento que transcurría. Agujas de hielo se clavaron en sus rostros. Cada vez resultaba más difícil ver algo, y la tormenta se fue recrudeciendo hasta tales extremos que incluso Doli acabó no estando muy seguro de qué camino debían seguir. Los compañeros avanzaron tambaleándose en fila agarrándose los unos a los otros con Taran aferrando un extremo del báculo de Doli. Kaw, casi totalmente cubierto de nieve, pegó las alas al cuerpo e intentó desesperadamente mantenerse encima del hombro de Taran. Llyan, que cargaba con el peso de la reina inmóvil, inclinó su enorme cabeza contra la ventisca y siguió avanzando; pero a pesar de su agilidad natural la gata tropezaba con frecuencia al encontrarse con pozos llenos de nieve o peñascos ocultos. En un momento ciado Gurgi lanzó un chillido de terror y desapareció tan de repente como si se lo hubiese tragado la tierra. Había caído en una cañada bastante profunda, y cuando los compañeros lograron sacarle de ella la infortunada criatura casi se había convertido en un carámbano peludo. Gurgi temblaba tan violentamente que apenas era capaz de caminar, y Taran y Fflewddur tuvieron que llevarle entre los dos.

El viento no daba señales de amainar, la nieve caía formando una cortina impenetrable y el frío, que ya era terrible, se iba haciendo más intenso a cada momento que pasaba. Respirar resultaba difícil y cada bocanada que lograba tragar con muchas dificultades hacía que Taran sintiese cómo el aire frío parecía clavarle dagas en los pulmones. Eilonwy casi sollozaba a causa del frío y el agotamiento, y se agarraba a Taran intentando no perder el equilibrio mientras Doli les hacía avanzar por entre los montículos de nieve que ya les llegaban hasta la rodilla.

-¡No podemos seguir! -gritó el enano para hacerse oír por encima del viento-. Tenemos que encontrar un refugio... Ya nos reuniremos con los jinetes cuando deje de nevar.

-Pero los guerreros... ¿Qué tal estarán? -preguntó Taran con voz preocupada.

-¡Mejor que nosotros! -gritó el enano-. Me fijé en que había una caverna bastante grande en la pared del risco allí donde les dejamos. No temas, tu joven pastor la encontrará... Ahora nuestro problema es encontrar algún sitio en el que podamos refugiarnos.

Pero a pesar de su larga y penosa búsqueda el enano sólo consiguió encontrar una angosta cañada debajo de una protuberancia rocosa. Los compañeros entraron tambaleándose en ella agradeciendo el parco abrigo que les protegía de los peores embates del viento y de la nieve; pero la cañada no podía protegerles del frío, y apenas se detuvieron sus cuerpos se envararon hasta el punto de que mover los brazos y las piernas les resultaba terriblemente difícil. Se pegaron los unos a los otros para darse calor y se mantuvieron lo más cerca posible del grueso pelaje de Llyan, pero al caer la noche el frío se fue intensificando y ni siquiera la proximidad de la enorme gata les aliviaba demasiado. Taran se quitó la capa y cubrió con ella a Eilonwy y Achren. Gurgi insistió en añadir su chaquetón forrado con piel de oveja, y se agazapó rodeándose el cuerpo con los peludos brazos mientras sus dientes castañeteaban ruidosamente.

-Me temo que Achren no sobrevivirá a la noche -le murmuró Taran a Fflewddur-. Estaba demasiado cerca de la muerte cuando la encontramos... No dispone de las fuerzas necesarias para soportar un frío corno éste.

-Me pregunto si alguno de nosotros dispone de ellas -replicó el bardo-. Sin un fuego quizá será mejor que nos vayamos despidiendo los unos de los otros.

-No sé por qué te quejas -suspiró Eilonwy-, Nunca había estado tan cómoda.

Taran la contempló con expresión alarmada. La muchacha estaba totalmente inmóvil debajo de la capa. Tenía los ojos entrecerrados, y su voz sonaba adormilada.

-Qué calentita se está aquí... -siguió diciendo Eilonwy con una sonrisa de placer-. Este edredón de plumas de ganso es magnífico. Qué raro... Soñé que estábamos atrapados en una tormenta terrible. No resultaba nada agradable. ¿O es que aún estoy soñando? No importa... Cuando despierte todo eso se habrá esfumado.

Taran se apresuró a sacudirla.

-¡No te duermas! -le gritó con el rostro contorsionado por la preocupación-. Si te duermes será tu muerte...

Eilonwy no le respondió, y se limitó a volver la cabeza y cerrar los ojos. Gurgi se había hecho un ovillo a su lado, y ni empujones ni sacudidas consiguieron hacer que se moviera. Taran sintió que una somnolencia irresistible empezaba a adueñarse de él.

-Fuego -dijo-. Tenemos que encender una hoguera...

-¿Con qué? -replicó secamente Dolí-. En esta desolación no se puede encontrar ni una sola rama. ¿Qué vas a quemar? ¿Nuestras botas? ¿Nuestras capas? Entonces nos congelaremos todavía más deprisa... -El enano volvió a hacerse visible-. Y si he cíe congelarme por lo menos lo haré sin avispas zumbando en mis oídos.

Fflewddur, que se había mantenido en silencio hasta entonces, se llevó la mano a la espalda y descolgó su arpa. Doli le fulminó con la mirada.

-¡Música de arpa! -gritó furiosamente-. ¡Amigo mío, el frío te ha helado los sesos!

-Nos proporcionará la melodía que necesitamos -replicó Fflewddur.

Taran se arrastró hasta el lado del bardo.

-Fflewddur, ¿qué vas a hacer?

El bardo no respondió. Sostuvo el arpa en sus manos durante unos momentos y acarició las cuerdas con una inmensa ternura..., y después alzó velozmente el hermoso instrumento sobre su cabeza y lo estrelló contra su rodilla.

Taran lanzó un grito de angustia al ver cómo la madera se rompía convirtiéndose en astillas y las cuerdas del arpa se soltaban en un torrente de sonidos discordantes. Fflewddur dejó que los fragmentos destrozados cayeran de sus manos.

-Quemadla -dijo-. Es madera vieja, y arderá bien.

Taran agarró al bardo por los hombros.

-¿Qué has hecho? -sollozó-. ¡Fflam valeroso y estúpido! Has destruido el arpa para darnos un momento de calor. Necesitamos una hoguera mucho más grande que la que nunca podremos obtener con esta cantidad de madera...

Pero Doli ya se había apresurado a sacar el pedernal de su faltriquera y había lanzado una chispa sobre el montoncito de astillas. La madera se incendió al instante y el calor se derramó sobre los compañeros. Taran contempló con expresión asombrada las llamas que subían hacia el cielo. Los trocitos de madera apenas parecían consumirse, pero el fuego ardía con una intensidad cada vez mayor. Gurgi se removió y alzó la cabeza. Sus dientes habían dejado de castañetear y el color estaba volviendo a su rostro cubierto de escarcha. Eilonwy también se irguió y miró a su alrededor como si acabara de despertar de un sueño. Una mirada le bastó para comprender qué combustible les había ofrecido el bardo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¡Oh, vamos, olvidadlo de una vez! -exclamó Fflewddur-. La verdad es que me encanta haberme librado de ella. Nunca se me dio muy bien tocar el arpa, y era más una carga que otra cosa. Gran Belin, me siento ligero como una pluma sin ella... En primer lugar no he nacido para ser bardo, así que es mucho mejor así, creedme.

Varias cuerdas se partieron en las profundidades de las llamas, y una nubécula de chispas revoloteó por los aires.

-Pero desprende un humo realmente insoportable -murmuró Fflewddur, aunque el fuego ardía con llamas limpias y muy brillantes-. Me está haciendo llorar los ojos cíe una manera espantosa...

Las llamas se habían extendido a todos los fragmentos, y cuando las cuerdas del arpa empezaron a arder una melodía brotó de repente del corazón del fuego. Se fue haciendo más y más hermosa a cada momento que pasaba, y las notas se dispersaron por el aire y crearon ecos entre las cañadas y barrancos. Al morir el arpa parecía estar liberando todas las melodías y canciones que se habían tocado en ella, y los sonidos bailaban y flotaban como las llamas iridiscentes.

El arpa cantó toda la noche, y sus melodías les hablaron de la alegría, la pena, el amor y el valor. El fuego no se debilitó ni un instante, y la vida y las energías fueron volviendo poco a poco a los compañeros; y cuando las notas se alzaron hacia el cielo el viento empezó a soplar del sur apartando la nevada como si fuera una cortina e inundó las colinas de calor. Las llamas no se encogieron convirtiéndose en ascuas relucientes hasta que hubo llegado el amanecer, y entonces la voz del arpa enmudeció para siempre. La tempestad había terminado, y los riscos cubiertos de nieve que empezaba a derretirse relucían.

Los compañeros salieron de su refugio sin decir palabra mirándose los unos a los otros con expresiones asombradas. Fflewddur permaneció en él unos momentos antes de seguirles. Del arpa sólo quedaba una cuerda, la cuerda que no podía romperse que Gwydion había regalado al bardo hacía ya mucho tiempo. Fflewddur se arrodilló y la sacó de entre las cenizas. El calor del fuego había hecho que la cuerda se curvara enroscándose sobre sí misma, pero brillaba como si fuese de oro puro.

# 18 - Monte Dragón

Tal como había pronosticado Doli, Llassar condujo a los guerreros hasta el refugio de una caverna y les salvó de tener que soportar toda la furia de la tempestad de nieve. Los compañeros se prepararon para reanudar su viaje. Los escarpados riscos que formaban su último obstáculo ya no se encontraban muy lejos. La masa oscura y amenazadora de la cima del Monte Dragón se alzaba ante ellos. Las pociones curativas de Taran y los cuidados de Eilonwy habían permitido que Achren recobrara el conocimiento. Fflewddur aún seguía negándose a estar a menos de tres pasos de distancia cíe la reina vestida de negro, pero Gurgi acabó logrando acumular el valor suficiente para abrir su bolsa de cuero y ofrecer comida a la mujer medio muerta de hambre..., aunque el rostro de la criatura estaba fruncido en una mueca de inquietud y

mantuvo las provisiones al final del brazo extendido como si temiera recibir un mordisco. Achren comió muy poco; pero Glew se apresuró a apoderarse de lo que dejó y se lo metió en la boca mientras miraba a su alrededor para ver si había más comida disponible.

La fiebre había debilitado el cuerpo de Achren, pero su rostro no había perdido ni un ápice de su altivez habitual; y después de que Taran le hubiera explicado rápidamente los acontecimientos que habían traído a los compañeros hasta tan cerca de Annuvin ésta le respondió en un tono de desprecio apenas disimulado.

-¿Cómo es que un porquerizo y sus harapientos seguidores albergan la esperanza de triunfar allí donde una reina ha fracasado? Habría llegado a Annuvin hace mucho tiempo de no ser por Magg y sus guerreros. Su partida de guerra se tropezó conmigo por casualidad en Cantrev Caddifor. -Los labios llenos de heridas y arañazos de Achren se curvaron en una sonrisa impregnada de amargura-. Me dejaron por muerta. Oí la carcajada de Magg cuando les dijo que habían acabado conmigo... Él también conocerá mi venganza.

»Sí, yací en el bosque como una bestia herida; pero el filo de mi odio estaba más aguzado que el de las espadas con que me golpearon. Me habría arrastrado sobre las manos y las rodillas en pos de ellos y habría invertido mis últimas energías en destruirles, aunque la verdad es que llegué a temer que moriría sin haber sido vengada. Pero encontré un refugio. En Prydain aún hay quienes rinden homenaje a Achren. Me cobijaron hasta que estuve en condiciones de seguir viajando, y serán recompensados por ese servicio.

»Y aun así fracasé cuando mi objetivo ya estaba a la vista... Los gwythaints fueron más implacables que Magg. Se habrían asegurado cíe mi muerte..., yo que en tiempos les daba órdenes. Ah, su castigo será terrible.

-Tengo la desagradable sensación de que a veces Achren piensa que todavía es reina de Prydain -le murmuró Eilonwy a Taran-. No es que me importe, siempre que no se le meta en la cabeza que nosotros también debemos ser castigados.

Achren había oído las observaciones de Eilonwy, y se volvió hacia la muchacha.

-Perdóname, princesa de Llyr -se apresuró a decir-. Mis palabras surgen en parte del sueño sin lógica y del frío consuelo del recuerdo... Os agradezco el que me hayáis salvado la vida, y la recompensa que recibiréis por eso superará en mucho el valor del servicio. Ahora escuchadme con atención. ¿Queréis dejar atrás los bastiones de las montañas de Annuvin? Pues estáis siguiendo el camino equivocado.

-¡Hum! -exclamó Dolí, haciéndose visible durante un momento-. No oses decir a un guerrero del Pueblo Rubio que se ha equivocado de camino.

-Pues es cierto -replicó Achren-. Existen algunos secretos desconocidos incluso para tu pueblo.

-Bueno, pues cuando quieres atravesar unas montañas escoges el camino más fácil y eso no es ningún secreto -replicó secamente Doli a su vez-. Eso es lo que planeo hacer. Me estoy orientando mediante el Monte Dragón, pero te aseguro que en cuanto estemos más cerca nos desviaremos y encontraremos un paso por las estribaciones inferiores. ¿Acaso crees que soy lo bastante idiota como para obrar de otra manera?

Los labios de Achren se curvaron en una sonrisa despectiva.

-Si obraras de esa manera no cabe duda de que te comportarías corno un idiota, enano -dijo-. De entre todos los picachos que rodean Annuvin sólo hay uno que permita el acceso, y es el Monte Dragón. Escuchadme -añadió al oír el murmullo de incredulidad cíe Taran-. Las cañadas son cebos y trampas. Otros han sido engañados, y sus huesos yacen en el fondo de ellas. Las montañas de menor altura prometen un camino más fácil, pero apenas se las deja atrás caen a pico en paredes verticales. ¿Os advierte el Monte Dragón cíe que evitéis sus alturas? Bien, pues la ladera oeste baja

poco a poco y ofrece un camino practicable que lleva hasta las Puertas de Hierro de Annuvin. Existe un sendero secreto que permite llegar hasta allí, y yo os guiaré por él.

Taran escrutó el rostro de la reina.

-Bien, Achren, todos hemos oído tus palabras. ¿Nos pides que arriesguemos nuestras vidas fiándonos de ellas?

Los ojos de Achren se encendieron.

-En lo más profundo de tu corazón me temes, porquerizo. Pero ¿qué es lo que temes más..., el sendero que te ofrezco o la muerte segura del señor Gwydion? ¿Pretendes alcanzar a los guerreros del Caldero de Arawn? No puedes hacerlo, porque el tiempo te derrotará a menos que me sigas hasta donde yo te llevaré. Éste es el regalo que te hago, porquerizo. Desprécialo si tal es tu elección, y cada uno se irá por su camino.

Achren se dio la vuelta y se envolvió en su maltrecha capa. Los compañeros la dejaron sola y hablaron entre ellos. Dolí estaba muy ofendido e irritado por el juicio de sus capacidades que había emitido Achren, pero aun así admitió que cabía la posibilidad de que sin quererlo les estuviera llevando por un camino equivocado.

-El Pueblo Rubio nunca se ha atrevido a venir por aquí, y no puedo demostrar que Achren dice la verdad o que está mintiendo; pero he visto montañas que parecen muy abruptas por un lado.... y que te permiten bajar casi corriendo sin tropezar por el otro. Es posible que esté diciendo la verdad.

-Y también podría estar intentando librarse de nosotros de la forma más rápida que conoce -intervino el bardo-. Esas cañadas con el fondo lleno de huesos de las que ha hablado me han puesto la piel de gallina. Creo que a Achren le encantaría que algunos de esos huesos fueran los nuestros. Está jugando su propio juego, podéis estar seguros de eso... -Meneó la cabeza y puso cara de preocupación-. Un Fflam no conoce el miedo, pero con Achren prefiero ser lo más cauteloso posible.

Taran guardó silencio durante unos momentos mientras buscaba en su interior la sabiduría necesaria para tomar una decisión u otra, y volvió a tener la impresión de que el peso de la carga que Gwydion había depositado sobre sus hombros era superior a sus fuerzas. El rostro de Achren era una máscara pálida, y no podía saber nada de lo que había en su corazón guiándose por él. La reina había estado dispuesta en más de una ocasión a acabar con las vidas de los compañeros, pero Taran también sabía que después de que sus poderes le hubieran sido arrebatados había sido una sirvienta buena y fiel para Dallben.

-Creo que lo menos que podemos hacer es confiar en ella hasta que nos dé una razón clara para dudar de su buena voluntad -dijo por fin hablando despacio y en tono vacilante-. La temo, al igual que la tememos todos nosotros -añadió-, pero no permitiré que el miedo me ciegue impidiéndome ver la luz de la esperanza.

-Estoy de acuerdo contigo -dijo Eilonwy-, lo cual me hace pensar que por lo menos en este caso tu juicio es acertado y tiene fundamentos sólidos. Admito que confiar en Achren es como permitir que una avispa se pose sobre tu nariz, pero a veces sólo te pica cuando intentas quitártela..., me refiero a la avispa.

Taran fue hacia Achren.

-Guíanos hasta el Monte Dragón -dijo-. Te seguiremos.

Otro día de viaje llevó a los compañeros, a través de un valle de suelo bastante accidentado que se hallaba bajo la sombra proyectada por el Monte Dragón. El nombre dado a la cima era muy acertado, pues Taran vio que el picacho tenía la forma de una monstruosa cabeza con las fauces abiertas, y las estribaciones inferiores se alzaban a cada lado de ella como alas desplegadas. Los enormes bloques y promontorios de piedra que subían hacia el cielo para formar aquella silueta eran de un color marrón oscuro moteado por manchitas rojizas. Los compañeros se detuvieron ante aquella última barrera que se inclinaba por encima de ellos como si quisiera precipitarse sobre sus



Librodot

cabezas para aplastarles y la contemplaron con expresiones atemorizadas. Achren se puso a la cabeza de la columna que aguardaba y les hizo la señal de avanzar.

-Hay otros caminos más fáciles -dijo Achren cuando entraron en un angosto desfiladero que serpenteaba por entre muros de piedra-, pero son más largos y quienes viajan por ellos pueden ser vistos antes de que lleguen a la fortaleza de Annuvin. Este camino sólo es conocido por Arawn y sus sirvientes de mayor confianza..., y por mí, pues fui yo quien le reveló los senderos secretos del Monte Dragón.

Pero Taran pronto empezó a temer que Achren les hubiese engañado, pues el sendero subía en una pendiente tan pronunciada que los hombres y los caballos tenían grandes dificultades para no perder el equilibrio. Achren parecía estar llevándoles hacia el corazón cíe la montaña. Enormes riscos de rocas se alzaban como arcos sobre el grupo de viajeros que avanzaba penosamente y les impedían ver el cielo. Había momentos en los que el camino pasaba junto a terribles abismos, y Taran se tambaleó en más de una ocasión al ser abofeteado por una ráfaga de viento helado surgida de la nada que le arrojaba contra las paredes. La visión de los profundos despeñaderos que se abrían a sus pies hacía que el corazón le latiese a toda velocidad y que le diera vueltas la cabeza, y el terror le obligaba a aferrarse a los afilados cantos de las rocas que sobresalían de los riscos. Achren jamás perdía el equilibrio, y se limitaba a volverse para contemplarle en silencio con una sonrisa burlona en su rostro lleno de heridas y cicatrices.

El camino siguió ascendiendo, aunque no de manera tan pronunciada, pues había dejado de contornear la ladera de la montaña y casi parecía volver sobre sí mismo; y los compañeros tuvieron grandes dificultades para llegar hasta los niveles superiores de la senda. Las enormes fauces de piedra de la cabeza del dragón se alzaban sobre ellos. El camino que había quedado oculto por grotescas formaciones de rocas durante una gran parte de su extensión quedó al descubierto, y Taran pudo ver casi toda la ladera de la montaña descendiendo rápidamente por debajo de ellos. Ya casi habían llegado al risco más alto del hombro del dragón, y fue allí donde Kaw volvió a reunirse con ellos después de haberse adelantado para explorar e hizo chasquear frenéticamente su pico.

-¡Gwydion, Gwydion! -chilló el cuervo con toda la potencia de sus pulmones-, ¡Annuvin! ¡Deprisa!

Taran echó a correr hacia el risco dejando atrás a Achren y trepó por entre las rocas intentando divisar la fortaleza. ¿Habrían iniciado ya los Hijos de Don su ataque a Annuvin? ¿Y si los guerreros de Gwydion habían conseguido alcanzar a los Nacidos del Caldero? Taran siguió trepando sintiendo cómo el corazón le palpitaba contra las costillas, y de repente las oscuras torres de la fortaleza de Arawn se alzaron ante él. Detrás de los muros y de las enormes Puertas de Hierro, tan horribles como imponentes, pudo vislumbrar los espaciosos patios de armas y la Sala de los Guerreros que en tiempos había acogido al Caldero Negro. La Gran Sala de Arawn se alzaba hacia el cielo reluciendo como si estuviera hecha de mármol negro, y el estandarte del Señor de la Muerte flotaba en el pináculo más alto por encima de ella.

La visión de Annuvin hizo que el aura de muerte helada que se cernía sobre aquel lugar pareciera extenderse por el cuerpo de Taran. Sintió que le daba vueltas la cabeza, y las sombras parecieron cegarle. Siguió subiendo. Los patios de armas estaban llenos de siluetas que se enfrentaban unas con otras, y el entrechocar de las hojas y los gritos de batalla no tardaron en llegar a sus oídos. Taran vio hombres que escalaban la muralla oeste. La Puerta Oscura había sufrido una brecha, y Taran creyó distinguir el destello blanco de los flancos de Melynlas y sus crines doradas, y las altas siluetas cíe Gwydion y Taliesin.

¡Los hombres de los Commots no habían fracasado! La hueste que no podía morir enviada por Arawn había sido retrasada lo suficiente, y la victoria estaba al alcance de las manos de Gwydion; pero de repente Taran sintió que se le helaba el corazón cuando

ya se disponía a girarse para pregonar a gritos las buenas noticias. El ejército de los Nacidos del Caldero acababa de aparecer por el sur y se aproximaba a toda velocidad. Sus botas con suelas de hierro chocaban estrepitosamente con el suelo mientras los guerreros mudos corrían hacia las enormes puertas, y los cuernos de los capitanes sonaban clamando venganza.

Taran saltó del risco para reunirse con sus compañeros. La cornisa de piedra se desmoronó bajo sus pies y perdió el equilibrio cayendo hacia adelante. El grito de Eilonwy resonó en sus oídos y las rocas cíe cantos afilados parecieron girar velozmente subiendo hacia él. Taran manoteó desesperadamente para agarrarse a ellas e intentó interrumpir su caída. Se aferró con todas sus fuerzas a la ladera del Monte Dragón, y las piedras se hundieron en las palmas de sus manos mordiéndolas como si fueran dientes. Su espada había sido arrancada del cinto y se precipitó dando tumbos cañada abajo con un gran estrépito.

Vio los rostros horrorizados de los compañeros encima de él y comprendió que se encontraba más allá de su alcance. Taran intentó trepar hacia el sendero. Le temblaban los músculos, y el esfuerzo era tan grande que sus pulmones parecían a punto de reventar.

Su pie resbaló, y Taran se retorció para recuperar el equilibrio..., y fue entonces cuando vio al gwythaint que acababa de remontar el vuelo desde la cima del Monte Dragón y que venía velozmente hacia él.

# 19 - El Señor de la Muerte

El gwythaint, mayor que cualquier otro que Taran hubiese visto antes, gritó y batió sus alas creando un viento que parecía una tempestad de muerte. Taran vio el pico curvado que se abría y los ojos rojos como la sangre, y un instante después las garras del gwythaint se hundieron en sus hombros buscando aferrar ¡a carne que había debajo de la tela. El ave implacable estaba tan cerca de él que la pestilencia de sus plumas inundó las tosas nasales de Taran. Su cabeza, en la que se veía la profunda cicatriz dejada por una vieja herida, se volvió hacia él.

Taran apartó la cara y esperó a que el pico le desgarrara la garganta, pero el gwythaint no atacó. Lo que hizo fue empezar a alejarle de las rocas con una fuerza tan enorme que Taran supo que no podría resistirse a ella. El gwythaint había dejado de gritar y estaba emitiendo una especie de gañidos ahogados, y los ojos del ave estaban clavados en Taran contemplándole no con furia sino con una extraña mirada de reconocimiento.

El ave parecía estar apremiándole a que dejara de agarrarse a las rocas. Un recuerdo de cuando era un muchacho surgió en la mente de Taran, y volvió a ver a una cría de gwythaint atrapada en un matorral espinoso; un ave muy joven herida que se estaba muriendo. ¿Era éste el maltrecho montón de plumas que Taran había cuidado hasta devolverle la salud? ¿Sería posible que la criatura hubiese vuelto por fin para pagar una deuda recordada desde hacía tanto tiempo? Taran no se atrevía a albergar esa esperanza, pero mientras colgaba de la ladera del Monte Dragón sintiéndose más debilitado a cada momento que transcurría comprendió que era su única esperanza. Dejó de agarrarse y permitió que su cuerpo cayera en el vacío.

El peso de su carga hizo que el gwythaint vacilara y descendiese hacia el suelo durante un momento. Los riscos oscilaron locamente de un lado a otro debajo de Taran. La enorme ave batió sus alas con toda la potencia de que era capaz y Taran se sintió arrastrado hacia arriba, más y más alto, y el viento silbó en sus oídos. El gwythaint siguió subiendo con sus negras alas esforzándose al máximo hasta que sus garras se abrieron y Taran cayó sobre las rocas de la cima del Monte Dragón.



Librodot

Achren no había mentido. La corta ladera libre de obstáculos que bajaba en una suave pendiente se extendía ante él hasta terminar en las Puertas de Hierro, que en esos momentos se abrían girando sobre sus goznes para permitir que el ejército de los Nacidos del Caldero entrara a toda prisa en Annuvin. La hueste que no podía morir había desenvainado sus espadas. Los guerreros de Gwydion que luchaban dentro de la fortaleza ya habían visto al enemigo, y gritos de desesperación se alzaron de las bocas de los Hijos de Don trabados en un terrible combate.

Un grupo de Nacidos del Caldero había divisado la silueta solitaria de Taran en la cima de la montaña y las de los compañeros que acababan de cruzar el risco, y se separaron del contingente principal de la hueste para lanzar un ataque sobre el Monte Dragón. Los guerreros que no podían morir empezaron a subir por la pendiente con sus espadas desenvainadas.

El gwythaint que trazaba círculos en las alturas lanzó un grito de guerra. El ave gigante desplegó sus alas y se abatió sobre los guerreros abriéndose paso por entre sus filas mientras golpeaba con sus garras y su pico. La violencia de la inesperada carga del gwythaint fue tan terrible que la primera fila de Nacidos del Caldero retrocedió tambaleándose y cayó al suelo, pero uno de los guerreros mudos alzó su espada y golpeó una y otra vez hasta que el gwythaint se derrumbó a sus pies. Las enormes alas se movieron en un último estremecimiento, y el maltrecho cuerpo acabó quedando inmóvil.

Tres Nacidos del Caldero habían dejado atrás a sus camaradas y corrían hacia Taran, quien leyó su muerte en aquellos rostros lívidos. Sus ojos recorrieron la cima buscando en vano un último medio cíe defensa.

En el punto más alto de la cresta del dragón se alzaba una gran roca. El tiempo y las tormentas la habían ido royendo hasta ciarle una forma grotesca. El viento que soplaba a través de los surcos y agujeros creaba una queja lastimera, y la piedra aullaba y gemía como si tuviera una lengua humana. El extraño gemido parecía encerrar una orden imperiosa dirigida a Taran. Allí estaba su única arma. Taran se arrojó contra la roca y centró sus esfuerzos en aquella masa inamovible intentando arrancarla del suelo. Los Nacidos del Caldero ya casi estaban sobre él.

Taran redobló sus esfuerzos y la cresta de piedra pareció moverse un poco. Un instante después la base de la roca salió de la oquedad del suelo en la que estaba encajada. Taran dio un último empujón y la envió rodando hacia sus atacantes. Dos Nacidos del Caldero retrocedieron tambaleándose y las espadas salieron despedidas de sus manos, pero el tercer guerrero siguió subiendo hacia Taran sin vacilar ni un instante.

La desesperación hizo que Taran reaccionara como el hombre que arroja guijarros contra el rayo que le fulminará, y buscó a tientas un puñado de piedras o de tierra, incluso una ramita rota que lanzar en desafío al guerrero del Caldero que estaba cada vez más cerca amenazándole con su hoja en alto.

La oquedad de la que había sido arrancada la cresta del dragón estaba rodeada por piedras planas y dentro de ella, como en una pequeña tumba, yacía Dyrnwyn, la espada negra.

Taran la cogió. Estaba tan aturdido que durante un momento no reconoció el arma. Mucho tiempo antes había intentado empuñar a Dyrnwyn y su temeridad había estado a punto de costarle la vida; pero en aquellos momentos Taran sólo podía verla como un arma caída providencialmente en sus manos, y arrancó la espada de su vaina sin pensar en el precio que podía pagar por ello. Dyrnwyn ardió con una cegadora luz blanca, y sólo entonces un lejano rincón cíe la mente de Taran fue vagamente consciente de que Dyrnwyn llameaba en su mano y de que seguía vivo a pesar de ello.

El Nacido del Caldero quedó deslumbrado. Dejó caer la espada y se llevó las manos a la cara. Taran saltó hacia adelante y hundió el arma llameante en el corazón del guerrero impulsándola con todas sus fuerzas.

El Nacido del Caldero se tambaleó y cayó; y aquellos labios que llevaban tanto tiempo mudos dejaron escapar un alarido que creó ecos y más ecos en la fortaleza del Señor de la Muerte haciéndose tan potente como si brotara de un millar de lenguas. Taran retrocedió con paso vacilante. El Nacido del Caldero yacía inmóvil en el suelo.

Y los guerreros del Caldero se estaban derrumbando a lo largo del sendero y en las Puertas de Hierro como si fueran un solo cuerpo. Dentro de la fortaleza los hombres que no podían morir que se enfrentaban a los Hijos de Don gritaron y se derrumbaron igual que había caído el enemigo de Taran. Un grupo de guerreros que se apresuraba a taponar la brecha en la Puerta Oscura cayó de bruces ante los pies de los guerreros de Gwydion, y quienes se esforzaban por acabar con los soldados en el muro oeste se quedaron inmóviles de repente y sus armas se desprendieron de sus manos para chocar ruidosamente con las piedras. La muerte había llegado por fin a los Nacidos del Caldero.

Taran llamó a gritos a los compañeros mientras bajaba corriendo de la cima del Monte Dragón. Los jinetes de los Commots saltaron a sus sillas de montar y lanzaron sus corceles al galope siguiendo a Taran hacia la contienda.

Taran cruzó a la carrera el patio de armas. La muerte de los Nacidos del Caldero había hecho que muchos de los centinelas mortales de Arawn arrojaran sus armas al suelo y buscaran vanamente huir de la fortaleza. Otros luchaban con el frenesí cíe hombres cuyas vidas ya estaban perdidas; y los Cazadores supervivientes, que habían ido adquiriendo nuevas fuerzas a medida que sus camaradas caían bajo las hojas de los Hijos de Don, seguían lanzando su grito de guerra y se arrojaban contra los guerreros de Gwydion. Uno de los capitanes de los Cazadores lanzó un mandoble a Taran con el rostro marcado por el sello de Arawn contorsionado en una mueca de rabia, pero dejó escapar un grito de horror y retrocedió en cuanto vio la espada llameante.

Taran se abrió paso luchando a través de la confusión de guerreros que se debatían a su alrededor y corrió a la Gran Sala donde había visto por primera vez a Gwydion. Calzó el umbral, y al hacerlo sintió que el miedo y la repugnancia se adueñaban de él. Las antorchas ardían a lo largo de los pasillos de paredes que relucían con una oscura iridiscencia. Taran vaciló unos instantes, como si una ola negra acabara de caer sobre él. Gwydion le había visto llegar desde el otro extremo del pasillo, y fue rápidamente hacia él. Taran corrió a su encuentro gritando con voz triunfante que Dyrnwyn había sido recuperada.

-¡Envaina la espada! -gritó Gwydion protegiéndose los ojos con una mano-. ¡Envaina la espada, pues no hacerlo te costará la vicia!

Taran obedeció.

El rostro de Gwydion estaba pálido y tenso, y sus ojos tachonados de verde ardían con una luz febril.

-¿Cómo has logrado desenvainar esta espada, porquerizo? -preguntó Gwydion-. Sólo mis manos pueden atreverse a tocarla. Dame la espada.

La voz de Gwydion sonaba áspera e imperiosa, pero Taran vaciló mientras su corazón palpitaba en las garras de un temor inexplicable.

-¡Deprisa! -ordenó Gwydion-. ¿Quieres destruir aquello que hemos luchado para obtener? El tesoro de Arawn espera a que hundamos las manos en él, y un poder mayor que el que ningún hombre haya podido soñar nos aguarda. Tú lo compartirás conmigo, porquerizo. No confío en nadie más.

»¿Acaso quieres que algún guerrero de baja cuna nos impida adueñarnos de esos tesoros? -gritó Gwydion-. Arawn ha huido de su reino, Pryderi ha muerto y su ejército se ha dispersado. Ahora nadie puede enfrentarse a nosotros. Dame la espada, porquerizo. La mitad de un reino se halla a tu alcance..., cógelo antes de que sea demasiado tarde.

Gwydion alargó la mano.

Taran retrocedió con los ojos muy abiertos y llenos de horror.

-Señor Gwydion, éste no es el consejo que da un amigo. Es traición...

Y sólo entonces, mientras contemplaba con expresión perpleja a aquel hombre al que había honrado desde que era un muchacho, comprendió que estaba siendo engañado.

Taran desenvainó a Dyrnwyn sin perder ni un instante y alzó la hoja resplandeciente.

-¡Arawn! -jadeó, e hizo bajar el arma.

La silueta que había servido de disfraz al Señor de la Muerte se volvió borrosa antes de que el mandoble diera en su objetivo, y se esfumó. Una sombra se retorció a lo largo del pasillo y desapareció.

Los compañeros entraron corriendo en la Gran Sala, y Taran se apresuró a ir hacia ellos mientras les advertía a gritos de que Arawn aún vivía y se había escapado.

La llama del odio ardió en los ojos de Achren al oír aquellas palabras.

-Ha escapado de ti, porquerizo, mas no de mi venganza. Las recámaras secretas de Arawn no son ningún secreto para mí. Le buscaré y le encontraré sin importar dónde se haya refugiado.

Achren echó a correr como una exhalación por los serpenteantes pasillos sin esperar a los compañeros, que corrieron en pos de ella. Dejó atrás dos gruesas puertas en las que el sello del Señor de la Muerte estaba grabado a gran profundidad en la madera reforzada con herrajes. Al otro extremo de una estancia de grandes dimensiones Taran vio una silueta encogida sobre sí misma que corría hacia un enorme trono con forma de calavera.

Era Magg. El rostro del gran mayordomo estaba horriblemente blanco, le temblaban los labios y babeaba, y los ojos giraban locamente en sus órbitas. Magg avanzó tambaleándose hasta llegar al pie del trono, cogió un objeto que yacía encima de las losas, lo sujetó contra su pecho y giró sobre sí mismo para encararse con los compañeros.

-¡No os acerquéis más! -chilló Magg.

Su tono era tan imperioso que incluso Achren se detuvo y Taran, que se disponía a sacar a Dyrnwyn de su vaina, quedó horrorizado ante los rasgos convulsos de Magg.

-¿Queréis conservar la vida? -gritó Magg-. ¡Pues entonces de rodillas! Humillaos ante mí y suplicad misericordia. Yo, Magg, os haré el inmenso favor de convertiros en mis esclavos.

-Tu amo te ha abandonado -replicó Taran-, y tus traiciones han terminado.

Dio un paso hacia adelante.

Las manos de dedos delgados como patas de araña de Magg se extendieron en un gesto de advertencia, y Taran vio que el gran mayordomo sostenía en ellas una corona extrañamente labrada.

-¡Soy quien manda aquí! -gritó Magg-. Yo, Magg, Señor de Annuvin... Arawn juró que yo llevaría la Corona de Hierro. ¿Se le ha resbalado de entre los dedos? ¡Es mía, mía por derecho y por promesa!

-Se ha vuelto loco -le murmuró Taran a Fflewddur, quien estaba contemplando con cara de repugnancia cómo el gran mayordomo alzaba la corona entre balbuceos ininteligibles-. ¡Ayúdame a hacerle prisionero!

-No será tomado prisionero -exclamó Achren mientras sacaba una daga de entre los pliegues de su capa-. Su vicia es mía para que se la arrebate, y morirá como morirán todos los que me han traicionado. Mi venganza empieza aquí, con un esclavo traidor, y después le tocará el turno a su amo.

-No le hagas daño -ordenó Taran mientras la reina intentaba pasar junto a él para llegar hasta el trono-. Deja que encuentre justicia de Gwydion.

Achren empezó a luchar con él, pero Eilonwy y Doli se apresuraron a sujetar los brazos de la enfurecida reina. Taran y el bardo fueron hacia Magg, quien se apresuró a lanzarse sobre el asiento del trono.

-¿Me dices que las promesas de Arawn son mentiras? -siseó el gran mayordomo mientras acariciaba la pesada corona-. Se me prometió que llevaría esta corona en la cabeza, y ahora ha sido depositada en mis manos. ¡Así será!

Magg alzó rápidamente la corona y se la puso sobre la cabeza.

-¡Magg! -gritó-. ¡Magg el Magnífico, Magg el Señor de la Muerte!

La carcajada triunfante del gran mayordomo se convirtió en un alarido, y sus manos se curvaron como garras para tensarse sobre la banda de hierro que circundaba su frente. Taran y Fflewddur retrocedieron con expresiones horrorizadas.

La corona brillaba como el hierro al rojo dentro de una fragua. Magg se retorció en la agonía mientras arañaba en vano el metal ardiente que ya se había puesto al rojo blanco, y el gran mayordomo se derrumbó del trono después de lanzar un último aullido.

Eilonwy gritó y apartó la mirada.

Gurgi y Glew habían perdido el rastro de los compañeros y estaban avanzando por el laberinto de corredores serpenteantes intentando vanamente encontrarles. Hallarse en el corazón de Annuvin hacía que Gurgi estuviera aterrorizado, y gritaba el nombre de Taran a cada paso que daba; pero la única respuesta que obtenía era el eco que volvía a él después de resonar en los salones y pasillos iluminados por las antorchas. Glew estaba tan asustado como él, y entre jadeo y jadeo el antiguo gigante encontraba el aliento suficiente para quejarse amargamente.

-¡Es demasiado! -gritó-, ¡Oh, esto es intolerable! ¿Acaso no hay fin a las cargas terribles que se dejan caer sobre mis hombros? Empujado a bordo de un navío, llevado hasta Caer Dallben, medio congelado hasta que me encontré al borde de la muerte, arrastrado a través de montañas con grave peligro para mi vida, una fortuna arrebatada de mis manos... ¡Y ahora esto! ¡Ah, cuando era un gigante nunca habría tenido que soportar el que se me tratara con semejante falta de miramientos!

-¡Oh, gigante, basta de quejidos y resoplidos! -replicó Gurgi, quien ya tenía bastante desgracia con haber quedado separado de los compañeros-. Gurgi está perdido y entristecido, pero intenta encontrar al bondadoso amo con inspecciones e investigaciones. No temas -añadió en tono tranquilizador, aunque tenía que hacer un inmenso esfuerzo para impedir que le temblara la voz-, el osado Gurgi mantendrá a salvo al gigantito quejumbroso, oh, sí.

-Pues no lo estás haciendo demasiado bien -dijo secamente Glew.

Pero a pesar de sus palabras el regordete hombrecillo se agarró al costado de la peluda criatura, y sus rechonchas piernecillas empezaron a moverse más deprisa para acompasar su paso al de Gurgi.

Habían llegado al final de un pasillo en el que había una gruesa puerta de hierro no muy alta que estaba abierta. Gurgi se detuvo ante ella y la contempló con expresión atemorizada. Una luz brillante y fría brotaba de la estancia que había al otro lado del umbral. Gurgi dio unos cuantos pasos cautelosos hacia adelante y echó un vistazo en el interior. Más allá del umbral se extendía lo que parecía ser un túnel interminable. La luz procedía de montones de gemas preciosas y adornos de oro. Más lejos distinguió objetos extraños medio escondidos por las sombras. Gurgi retrocedió, y los ojos se le desorbitaron a causa del asombro y el terror.

-Oh, es la sala de los tesoros del malvado Señor de la Muerte... -murmuró-. ¡Oh, relumbres y vislumbres! Este lugar es muy secreto y temible, y no es prudente que el osado Gurgi siga en él.

Pero Glew avanzó hacia el umbral, y la visión de las gemas hizo que sus pálidas mejillas temblaran y que le brillasen los ojos.

-¡Cierto, es un tesoro! -exclamó, medio atragantándose a causa de la excitación-. Se me ha robado una fortuna, pero ahora me cobraré con creces lo que se me debe. ¡Es mío! -gritó-. ¡Todo, todo! ¡Yo he hablado primero! ¡Nadie me privará cíe esto!

-No, no -protestó Gurgi-. ¡No puede ser tuyo, gigante codicioso! Dar o tomar es algo que corresponde al poderoso príncipe. Ahora ven con apresuramiento y premura, y busquemos a los compañeros todavía más deprisa. Ven con avisos y consejos, pues Gurgi también teme a las celadas y entrampadas. ¿Costosos tesoros sin vigilancia? No, no, el astuto Gurgi se huele que aquí hay encantamientos malvados.

Glew le apartó a un lado sin hacer caso de las advertencias de la criatura. El antiguo gigante cruzó el umbral con un grito anhelante y entró en el túnel para hundir las manos en el montón de joyas más grande. Gurgi le agarró por el cuello del jubón e intentó en vano hacerle retroceder mientras las llamas emergían de las paredes del escondite de los tesoros.

Gwydion reagrupó a los últimos supervivientes de los Hijos de Don y los jinetes de los Commots ante la Gran Sala de Annuvin. Los compañeros se reunieron con ellos allí mientras Kaw revoloteaba sobre sus cabezas lanzando graznidos de júbilo. Taran escrutó el rostro cíe Gwydion durante unos momentos, pero sus dudas se desvanecieron cuando el guerrero se apresuró a ir hacia él y le estrechó la mano.

-Tenemos muchas cosas que contarnos el uno al otro -dijo Gwydion-, pero ahora no hay tiempo para ello. Annuvin está en nuestras manos, pero el Señor de la Muerte se nos ha escapado. Debe ser encontrado y muerto, si es que se halla en nuestro poder el hacerlo.

-Gurgi y Glew se han extraviado en la Gran Sala -dijo Taran-. Dadnos permiso para ir en su busca antes.

-Id entonces, y deprisa -respondió Gwydion-. Si el Señor de la Muerte sigue en Annuvin sus vidas corren tanto peligro como las nuestras.

Taran abrió la hebilla que unía Dyrnwyn a su cinto y alargó la espada a Gwydion.

-Ahora entiendo por qué Arawn quiso apoderarse de ella..., no para utilizarla él mismo, sino porque sabía que amenazaba su poder. Sólo Dyrnwyn podía destruir a sus Nacidos del Caldero. De hecho, su temor era tan grande que ni siquiera se atrevió a tenerla dentro de su fortaleza, y creyó que si la enterraba en la cima del Monte Dragón ya no podría dañarle. Cuando Arawn se disfrazó utilizando vuestra apariencia casi consiguió engañarme para que le entregase el arma. Tomadla ahora. La espada está más segura en vuestras manos.

Gwydion meneó la cabeza.

-Te has ganado el derecho a desenvainarla, Ayudante de Porquerizo -dijo-, y con él el derecho a llevarla al cinto.

-¡Cierto, cierto! -intervino Fflewddur-. El golpe que asestaste a ese Nacido del Caldero fue realmente magnífico... Ni un Fflam podría haberlo hecho mejor. Nos hemos librado de esas bestias repugnantes para siempre.

Taran asintió.

-Y sin embargo ya no siento odio hacia ellos. Nunca desearon acabar convertidos en esclavos de otra voluntad, y ahora por fin están en paz.

-Bueno, en cualquier caso la profecía de Hen Wen se ha realizado después de todo -dijo Fflewddur-. No es que dudara de ello ni por un momento, naturalmente... -El bardo lanzó una mirada instintiva por encima de su hombro, pero esta vez no hubo ningún chasquido de cuerdas de arpa-. Aun así la verdad es que se expresó en unos términos realmente muy curiosos. Sigo sin haber oído hablar a ninguna piedra.

-Yo sí la he oído hablar -respondió Taran-. En la cima del Monte Dragón el sonido de la cresta rocosa era como una voz. Sin él no habría prestado ninguna atención a la piedra, pero cuando vi lo desgastada y agujereada que estaba pensé que quizá sería capaz de moverla. Sí, Fflewddur, la piedra que no tenía voz habló con toda claridad...

-Bueno, si piensas en ello supongo que tienes razón -dijo Eilonwy-, En cuanto a que la llama de Dyrnwyn se extinguiría está claro que Hen Wen no podía estar más equivocada. Es comprensible, desde luego, ya que en aquellos momentos estaba muy nerviosa y asustada y...

Dos siluetas asustadas salieron a la carrera cíe la Gran Sala antes de que la muchacha pudiera terminar la frase y corrieron hacia los compañeros. Una gran parte del vello y la cabellera de Gurgi estaban chamuscadas aquí y allá; sus hirsutas cejas se habían quemado hasta casi desaparecer y sus ropas aún desprendían humo. El antiguo gigante lo había pasado todavía peor, pues parecía poco más que un montón de mugre y cenizas.

Taran no tuvo tiempo de dar la bienvenida a los compañeros extraviados, pues la voz cíe Achren se alzó en un grito terrible.

-¿Buscáis a Arawn? ¡Está aquí!

Achren se arrojó a los pies de Taran, quien jadeó y quedó paralizado por el horror. Ante él había una serpiente enroscada que se preparaba para atacar.

Taran saltó a un lado. Dyrnwyn salió de su vaina y brilló en el aire. Achren había agarrado a la serpiente con las dos manos como si quisiera estrangularla o partirla por la mitad. La cabeza de la serpiente salió disparada hacia ella, el cuerpo escamoso se movió con la fuerza y la velocidad de un látigo y los colmillos se hundieron en la garganta de Achren, quien cayó al suelo lanzando un grito desgarrador. Un instante después la serpiente ya volvía a enroscarse. Sus ojos estaban iluminados por una llama gélida y letal. La serpiente volvió a lanzarse hacia adelante emitiendo un silbido de rabia para atacar a Taran con las fauces abiertas y los colmillos al descubierto. Eilonwy gritó. Taran hizo girar la espada resplandeciente golpeando con todas sus fuerzas. La hoja atravesó el cuerpo de la serpiente cortándolo por la mitad.

Taran arrojó a Dyrnwyn a un lado y cayó de rodillas junto a Gwydion, quien sostenía en sus brazos el flácido cuerpo de la reina. Los labios de Achren estaban exangües, y sus ojos vidriosos buscaron el rostro de Gwydion.

-Bien, Gwydion, ¿he sido fiel a mi juramento o no? -murmuró con una débil sonrisa-. ¿El Señor cíe Annuvin está muerto...? Ah, eso es bueno. La muerte me llega como una amiga.

Los labios de Achren se separaron como si fuese a decir algo más, pero su cabeza cayó hacia atrás y su cuerpo se aflojó en los brazos de Gwydion.

Un jadeo horrorizado escapó de la boca de Eilonwy. Taran alzó la mirada y vio que la muchacha señalaba las dos mitades cíe la serpiente. El cuerpo de la serpiente se retorció y se volvió borroso, y en su lugar apareció la silueta vestida de negro cíe un hombre cuya cabeza cercenada había rodado hasta quedar con el rostro vuelto hacia el suelo; pero un instante después aquella forma también pareció perder la sustancia y el cadáver se hundió en la tierra como una sombra, y allí clónele había yacido el suelo quedó calcinado y estéril, herido y agrietado como por muchos años de sequía. Arawn, el Señor de la Muerte, se había esfumado.

-¡La espada! -gritó Fflewddur-. ¡Mirad la espada!

Taran se apresuró a cogerla, pero la llama de Dyrnwyn parpadeó como avivada por un viento surgido de la nada en el mismo instante en que sus dedos se cerraban alrededor cíe la empuñadura. El resplandor blanco se debilitó como una hoguera que agoniza, y se fue desvaneciendo cada vez más y más deprisa. Ya no era blanco, sino que estaba lleno de colores que se arremolinaban en una danza temblorosa. Un instante después Taran sostenía en su mano un arma maltrecha y envejecida cuya hoja brillaba con los destellos apagados que ya no procedían de la llama que en tiempos había ardido dentro de ella, sino sólo cíe los rayos del sol poniente que reflejaba.

Eilonwy corrió hasta él.

-Lo que había escrito en la vaina también está desapareciendo -exclamó-. Por lo menos creo que eso es lo que ocurre, a menos que sea la penumbra... Espera, déjame probar con esto.

Sacó su juguete de entre los pliegues de su capa y lo acercó a la vaina negra, y de repente la inscripción brilló bajo los rayos dorados.

-¡Mi juguete ilumina lo que está escrito en la vaina de Dyrnwyn, y hay más de lo que se veía antes! -gritó la muchacha con voz sorprendida-. Incluso la parte que había sido raspada... ¡Ahora puedo verla casi toda!

Los compañeros se apresuraron a congregarse a su alrededor, y Taliesin cogió la vaina y la examinó mientras Eilonwy sostenía su juguete sobre ella.

-La escritura está clara, pero se desvanece muy deprisa -dijo Taliesin-. Cierto, princesa, tu luz dorada muestra lo que había escrito en ella... «DESENVAINA ADYRNWYN, SÓLO TÚ DE NOBLE NATURALEZA, PARA GOBERNAR CON JUSTICIA Y PARA ACABAR CON EL MAL. QUIEN LA EMPUÑE POR UNA BUENA CAUSA PODRÁ MATAR INCLUSO AL SEÑOR DE LA MUERTE.» Un instante después la inscripción ya se había desvanecido. Taliesin hizo girar la vaina negra entre sus dedos.

-Ahora quizá comprendo aquello a lo que el saber antiguo sólo hacía vagas alusiones..., que hubo un tiempo en el que un gran rey descubrió un gran poder e intentó utilizarlo en beneficio propio. Creo que Dyrnwyn era esa arma, que fue apartada de su destino y que estuvo perdida durante mucho tiempo para acabar volviendo a ser encontrada.

-La misión de Dyrnwyn ha llegado a su fin -dijo Gwydion-. Marchémonos cíe este lugar maligno.

La muerte había hecho que los rasgos cíe Achren perdieran su altiva amargura, y su rostro por fin estaba tranquilo. Los compañeros envolvieron a la mujer en su harapienta capa negra como si fuese un sudario y llevaron el cuerpo hasta la Gran Sala, pues quien en tiempos gobernó Prydain había sabido morir con honor.

De repente el estandarte negro que ondeaba en el pináculo de la torre del Señor de la Muerte quedó envuelto en una nube de fuego y cayó convertido en hilachas llameantes. Los muros de la Gran Sala temblaron, y la fortaleza pareció estremecerse cié un extremo a otro.

Los compañeros y los guerreros se alejaron al galope de las Puertas de Hierro, y los muros se agrietaron y las enormes torres se derrumbaron detrás cíe ellos. Una cortina de llamas brotó de las minas sobre las que se había levantado Annuvin y se alzó hacia el cielo.

# 20 - El regalo

Volvían a estar en casa. Gwydion había guiado a los compañeros en dirección oeste hasta llegar a la costa en la que aguardaban los navíos dorados. Desde allí, con Kaw orgullosamente posado en el mástil más alto, las grandes embarcaciones de velas relucientes les llevaron hasta el puerto de Avren. La nueva de la destrucción de Arawn se había difundido con gran rapidez; y cuando los compañeros desembarcaron muchos señores de los cantrevs y sus huestes de batalla ya se habían reunido para seguir a los Hijos de Don, rendir homenaje al rey Gwydion y gritar dando la bienvenida a los habitantes de los Commots y a Taran el Vagabundo. Gurgi desplegó lo que quedaba del estandarte de la Cerda Blanca y lo alzó con expresión triunfante.

Pero Gwydion se mostraba extrañamente silencioso, y cuando la pequeña granja apareció ante sus ojos Taran sintió más pena que alegría. El invierno ya se iba debilitando. La tierra que se descongelaba había empezado a agitarse, y las primeras

huellas cíe verde, aún apenas visibles, acariciaban las colinas como una delgada cortina de niebla; pero los ojos de Taran se posaron en el huerto vacío de Coll y volvió a sentir el dolor cíe la pérdida del robusto cultivador de repollos que se hallaba tan lejos en su solitario lugar cíe reposo como si ésta acabara de ocurrir.

Dallben salió cojeando de la casita para recibirles. El rostro del encantador estaba aún más arrugado que cuando se separaron de él. Su frente parecía muy frágil, y la piel marchita era casi transparente. Al verle, Taran tuvo la impresión de que Dallben ya sabía que Coll no volvería. Eilonwy corrió hacia sus brazos extendidos. Taran bajó de un salto de la grupa de Melynlas y la siguió. Kaw batió las alas y empezó a parlotear con toda la potencia de sus pulmones. Fflewddur, Dolí y Gurgi. quien tenía un aspecto más sucio y descuidado que nunca, se apresuraron a añadir sus saludos y todos intentaron hablar al mismo tiempo para contar a Dallben lo que les había ocurrido.

Hen Wen gruñía, chillaba y resoplaba, y parecía a punto de conseguir trepar por encima de los maderos de su aprisco. Taran entró de un salto en él para rodear con sus brazos a la cerda que había enloquecido de alegría al verle, cuando de repente oyó unos chillidos muy estridentes y la sorpresa le dejó boquiabierto.

Eilonwy, quien había venido corriendo hasta el aprisco, lanzó un grito de alegría.

-¡Cerditos!

Seis cerditos, cinco blancos como Hen Wen y uno negro, estaban incorporados sobre sus patas traseras al lado de su madre y no paraban de chillar. Hen Wen resoplaba y lanzaba gruñidos llenos de orgullo.

-Hemos tenido visitantes -dijo Dallben-, y uno de ellos era un jabalí muy apuesto. Durante el invierno hubo mucha agitación entre las criaturas del bosque, y ese jabalí vino buscando comida y refugio y descubrió que Caer Dallben le resultaba más agradable que el bosque. Ahora está vagabundeando por los alrededores, pues todavía es un poco salvaje y no está acostumbrado a la presencia de tantos recién llegados.

-¡Gran Belin! -exclamó Fflewddur-. ¡Siete cerdos oráculo! Taran, amigo mío, ahora te esperan tareas mucho más duras que aquellas a las que te enfrentaste en las colinas de Bran-Galedd.

Dallben meneó la cabeza.

-Son robustos y sanos, y nunca había visto una carnada tan espléndida, pero sus poderes no son más grandes que los de cualquier otro cerdo..., lo cual debería bastar para satisfacerles. El don de Hen Wen empezó a desvanecerse cuando las varillas de las letras quedaron hechas añicos, y ahora ya se ha perdido del todo. Es mejor así, pues un poder semejante resulta una carga muy pesada tanto para los hombres como para los cerdos, y me atrevería a decir que ahora es mucho más feliz.

Los compañeros descansaron durante dos días, agradeciendo el estar juntos en la paz de la pequeña granja y contentándose con ello. El cielo nunca había parecido más despejado, y estaba lleno de la feliz promesa de la primavera o de una alegría aún mayor. El rey Smoit había llegado con su guardia de honor, y durante toda una noche de celebración la casita acogió los joviales sonidos del festejo.

Al día siguiente Dallben convocó a los compañeros a su habitación, donde ya estaban esperando Gwydion y Taliesin. El encantador contempló en silencio con sus ojos sabios y llenos de bondad a todos los presentes durante unos momentos, y cuando habló su voz estaba impregnada de dulzura.

-Éstos han sido días de bienvenida -dijo-, pero también de adiós.

Un murmullo interrogativo se alzó de los compañeros. Taran puso cara de alarma y lanzó una mirada interrogativa a Dallben, pero Fflewddur se llevó una mano a la espada.

-¡Sabía que así ocurriría! -exclamó-. ¿Qué empresa falta por llevar a cabo? ¿Acaso han vuelto los gwythaints? ¿Aún queda alguna banda de Cazadores que ronda por ahí? ¡No temáis! ¡Un Fflam está preparado!

La excitación del bardo hizo que los labios de Gwydion se curvaran en una sonrisa entristecida.

-Nada de eso, mi valeroso amigo. Los gwythaints han sido destruidos, al igual que los Cazadores; y sin embargo es cierto que aún queda una empresa que llevar a cabo. Los Hijos de Don y toda su parentela deben subir a bordo de los navíos dorados y zarpar con rumbo a la Tierra del Verano, el país del que vinimos.

Taran se volvió hacia Gwydion como si no hubiera comprendido las palabras del Gran Rey.

-¿Cómo?; ¿es que los Hijos de Don se marchan de Prydain? -preguntó, no atreviéndose a creer que las había entendido bien-. ¿Tenéis que zarpar ahora? ¿Con qué propósito? ¿Cuánto tardaréis en regresar? ¿Es que no vais a disfrutar antes de vuestra victoria?

-Nuestra victoria es la razón de nuestro viaje -respondió Gwydion-. Es un destino que nos fue impuesto hace ya mucho tiempo: cuando el Señor de Annuvin fuese vencido los Hijos de Don tendrían que marcharse para siempre de Prydain.

-¡No! -protestó Eilonwy-, ¡De entre todos los momentos posibles..., ahora no!

-No podemos ciar la espalda a lo que ha sido nuestro destino desde hace muchísimo tiempo -replicó Gwydion-. El rey Fflewddur Fflam también debe venir con nosotros, pues está emparentado con la Casa de Don.

La preocupación nubló el rostro del bardo.

-Un Fflam es agradecido por naturaleza -dijo-, y en circunstancias normales me encantaría emprender un viaje por mar; pero me conformo con quedarme en mi reino. A decir verdad y aunque es un lugar bastante feo y aburrido, he descubierto que lo estoy echando de menos.

-No está en tus manos escoger, Hijo de Godo -intervino Taliesin-, pero debes saber que la Tierra del Verano es muy hermosa, más hermosa incluso que Prydain, y que allí todos los deseos del corazón se ven satisfechos. Llyan estará contigo. Tendrás una nueva arpa. Yo mismo te enseñaré a tocarla, y aprenderás todo el saber de los bardos. Tu corazón siempre ha sido el de un verdadero bardo, Fflewddur Fflam. Hasta ahora no estaba preparado. ¿Has renunciado a lo que más amabas por el bien de tus compañeros? El arpa que te aguarda será todavía más preciosa por ello, y sus cuerdas nunca se romperán.

»Hay otra cosa que también has de saber -añadió Taliesin-. Todos los que han nacido de hombre y mujer deben morir, salvo quienes moran en la Tierra del Verano. Es un lugar en el que no se conoce la contienda o el sufrimiento, y donde hasta la muerte es desconocida.

-Aún hay otro destino que se nos ha impuesto -dijo Dallben-. Al igual que los Hijos de Don han de volver a su tierra, así tiene que haber un fin a mis poderes. He meditado durante mucho tiempo en el mensaje que nos transmitió la última varilla de las letras de Hen Wen. Ahora comprendo por qué las varillas de fresno se hicieron astillas. No podían soportar una profecía semejante, que sólo podía ser ésta: no sólo llegará el momento en el que la llama de Dyrnwyn se extinguirá y su poder se esfumará, sino que llegará el día en el que todos los encantamientos desaparecerán, y los hombres guiarán su destino sin su ayuda.

»Yo también he de partir hacia la Tierra del Verano -siguió diciendo Dallben-. Lo hago con pena, pero con una alegría todavía mayor. Soy un anciano y estoy cansado, y para mí allí habrá descanso y la liberación de cargas que han llegado a ser demasiado pesadas para mis hombros.

»Ay, Doli también ha de volver al reino del Pueblo Rubio, y Kaw también debe irse - añadió el encantador-. Los puestos de vigilancia están siendo abandonados. El rey Eiddileg no tardará en ordenar que se bloqueen todos los caminos que llevan a su reino,

al igual que Medwyn ha cerrado ya su valle para siempre a la raza de los hombres, y a partir de ahora sólo los animales podrán encaminarse hacia él.

Dolí inclinó la cabeza.

-¡Hum! -resopló-. Ya iba siendo hora de que dejáramos de tener tratos con los mortales... Eso sólo da problemas. Sí, me alegrará volver. Ya estoy harto de mi-buen-Doli esto y mi-buen-Doli aquello, y mi-buen-Doli, ¿verdad que no te importaría volverte invisible una vez más?

El enano se esforzaba por parecer lo más furioso posible, pero había lágrimas en sus ojos carmesíes.

-Incluso la princesa Eilonwy, Hija de Angharad, debe partir hacia la Tierra del Verano -dijo Dallben-. Así ha de ser -siguió diciendo cuando Eilonwy dio un respingo de incredulidad-. En Caer Colur la princesa sólo renunció al uso de sus poderes mágicos. Siguen estando dentro de ella, pues han sido concedidos a todas las hijas de la Casa de Llyr; y por eso debe marcharse. Pero... -se apresuró a añadir antes de que Eilonwy pudiera interrumpirle- hay otros que han prestado grandes servicios a los Hijos de Don. El fiel Gurgi, y también Hen Wen, a su manera; y Taran de Caer Dallben... Su recompensa es que puedan hacer el viaje con nosotros.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Vayamos todos a la tierra donde no hay muertes ni malas suertes! -Empezó a dar saltos de alegría y movió los brazos de un lado a otro, con lo que consiguió perder una considerable cantidad del pelo que aún le quedaba-. ¡Sí, oh, sí! ¡Todos juntos para siempre! Y Gurgi también encontrará lo que busca... ¡Sabiduría para su pobre y tierna cabeza!

Taran sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Gritó el nombre de Eilonwy y corrió hacia la princesa para tomarla en sus brazos.

-No volveremos a separarnos. Cuando lleguemos a la Tierra del Verano nos casaremos... -Vaciló antes de seguir hablando-. Si..., si ése es tu deseo, claro. Si es que quieres casarte con un Ayudante de Porquerizo...

-Bueno, la verdad es que ya empezaba a dudar de que me lo pidieras -dijo Eilonwy-. Pues claro que lo haré, y si te hubieras tomado la molestia de pensar un poco en la pregunta ya conocerías mi respuesta.

A Taran aún le daba vueltas la cabeza a causa de las noticias que les acababa de dar el encantador, y se volvió hacia Dallben.

-¿Es posible que todo esto sea cierto..., que Eilonwy y yo podamos hacer el viaje juntos?

Dallben guardó silencio durante unos momentos y acabó asintiendo con la cabeza.

-Es cierto. No está en mis manos conceder un don mayor que ése.

Glew soltó un bufido.

-Todo eso está muy bien, sobre todo lo de ir otorgando la vida eterna a diestra y siniestra... ¡Incluso a una cerda! Pero nadie ha pensado en mí. ¡Ah, qué egoísmo y cuánta falta de consideración! Está clarísimo que si la mina del Pueblo Rubio no se hubiera derrumbado..., robándome mi fortuna, podría añadir..., habríamos seguido un camino distinto, nunca habríamos llegado al Monte Dragón, Dyrnwyn jamás habría sido encontrada, los Nacidos del Caldero nunca habrían muerto... -Pero a pesar de toda su indignación el rostro del antiguo gigante estaba fruncido en una mueca de pena, y le temblaban los labios-. ¡Venga, venga, marcharos! ¡Dejad que siga teniendo este tamaño ridículo! Os aseguro que cuando era un gigante...

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-, El gigante quejumbroso también ha prestado un servicio, como él acaba de decir... ¡No es justo dejarle solo y perdido en la pequeñez! ¡Y en la sala del tesoro del malvado Señor de la Muerte cuando todos los ricos tesoros quedaron envueltos en llamas una vida fue salvada de las quemaduras dolorosas y calientes!

-Sí, incluso Glew ha prestado un gran servicio aunque fuese de manera involuntaria -replicó Dallben-. Su recompensa no será menor que la tuya. En la Tierra

del Verano podrá crecer hasta alcanzar la estatura de un hombre, si ése es su deseo. Pero antes respóndeme a esta pregunta -añadió mirando con expresión severa a Gurgi-. ¿Es cierto que te salvó la vida?

Gurgi vaciló un momento, y Glew habló antes de que pudiera responder.

-Pues claro que no -dijo el antiguo gigante-. Una vida fue salvada..., la mía. Si Gurgi no me hubiera sacado a rastras de la sala de los tesoros ahora yo no sería más que un poco de ceniza en Annuvin.

-¡Por lo menos has dicho la verdad, gigante! -exclamó Fflewddur-. ¡Bien por ti! ¡Gran Belin, creo que ya eres un poquito más alto!

Gwydion dio un paso hacia adelante y puso la mano sobre el hombro de Taran.

-Nuestra hora no tardará en llegar -dijo con dulzura-. Partiremos por la mañana. Prepárate, Ayudante de Porquerizo.

Aquella noche Taran durmió bastante mal. La alegría que había iluminado su corazón había huido de manera inexplicable revoloteando hasta quedar fuera de su alcance como un pájaro de plumaje multicolor al que era incapaz de volver a atraer hacia su mano. Ni siquiera se sentía capaz de pensar en Eilonwy y en la felicidad que les aguardaba en la Tierra del Verano.

El nerviosismo acabó obligándole a levantarse de su camastro, y fue hasta la ventana del dormitorio. Las hogueras del campamento de los Hijos de Don se habían consumido hasta dejar sólo cenizas. La luna llena convertía los campos dormidos en un mar de plata. Una voz empezó a alzarse desde muy lejos al otro lado de las colinas entonando una canción que llegó a sus oídos débil pero muy clara; otra se unió a ella, y después otras más. Taran contuvo el aliento. Sólo había oído un cántico semejante en una ocasión, hacía ya mucho tiempo, en el reino del Pueblo Rubio. La canción, más hermosa de lo que recordaba, se fue haciendo más límpida y potente y un chorro de melodías que parecían brillar con una claridad más intensa que la de los rayos de la luna inundó la habitación..., hasta que la canción terminó de repente. Taran lloró de pena, sabiendo que nunca más volvería a escucharla y aunque quizá fuera cosa de su imaginación, le pareció que de cada confín de la tierra le llegaba el eco de una gruesa puerta cerrándose para siempre.

-¿Cómo, polluelo mío, es que no puedes dormir? -dijo una voz detrás de él.

Taran giró rápidamente sobre sí mismo. La luz que había inundado de repente la habitación le deslumbró; pero cuando su visión se fue aclarando distinguió tres figuras altas y esbeltas, dos vestidas con túnicas de colores cambiantes, de blanco, oro y carmesí llameante, y una que llevaba una capa y un capuchón de un negro tan intenso que parecía relucir. Las joyas centelleaban en las trenzas de la primera, y de la garganta cíe la segunda colgaba un collar de relucientes cuentas blancas. Taran vio que sus rostros estaban tranquilos y que eran increíblemente hermosos, y aunque las sombras del capuchón oscurecían los rasgos de la tercera silueta Taran supo que no podía ser menos hermosa.

-No puede dormir y tampoco puede hablar -dijo la figura del centro-, Pobrecito... Mañana en vez de bailar de alegría estará bostezando.

-Vuestras voces..., las conozco muy bien -balbuceó Taran, y apenas consiguió hablar en un tono más fuerte que el susurro-. Pero vuestras caras... Sí, las he visto en una ocasión, hace ya mucho tiempo..., en los pantanos de Morva. Pero no podéis ser las mismas... ¿Orddu? Orwen y... ¿Orgoch?

-Pues claro que lo somos, gansito -replicó Orddu-, aunque es verdad que cuando nos encontramos antes no estábamos en nuestro mejor momento.

-Pero aun así supimos estar a la altura de las circunstancias.

Orwen dejó escapar una risita de muchacha y jugueteó con las cuentas de su collar.

-No debes pensar que siempre tenemos aspecto de viejas arpías -dijo-. Sólo cuando la situación parece exigirlo.

-¿Por qué habéis venido? -preguntó Taran, quien aún no se había recuperado de la sorpresa que le producía oír las voces familiares de las encantadoras saliendo de aquellos labios tan hermosos-. ¿También viajaréis a la Tierra del Verano?

Orddu meneó la cabeza.

-Vamos a hacer un viaje, pero no iremos con vosotros. La sal del aire no le sienta nada bien a Orgoch, aunque probablemente es la única cosa que le sienta mal. Viajaremos a..., bueno, a cualquier parte. Incluso podrías decir que a todas partes.

-No volveréis a vernos, y nosotras tampoco volveremos a veros -añadió Orwen, en un tono casi apenado-. Os echaremos de menos. Todo lo que podemos echar de menos a alguien, claro está... A Orgoch le habría encantado... Bueno, será mejor que no hablemos de eso.

Orgoch dejó escapar un bufido nada delicado y totalmente impropio de su nueva belleza. Mientras tanto Orddu había desplegado un tapiz lleno de bordados multicolores y se lo alargó a Taran.

-Hemos venido a traerte esto, patito -dijo-. Cógelo y no hagas ningún caso del refunfuñar de Orgoch. Tendrá que tragarse su desilusión..., a falta de algo mejor.

-He visto esto en vuestro telar -dijo Taran, quien sentía una cierta desconfianza-. ¿Por qué me lo ofrecéis? No lo he pedido, y no puedo pagarlo.

-Es tuyo por derecho propio, mi petirrojo -respondió Orddu-. Si quieres ser estricto y fijarte en los detalles procede de nuestro telar, désele luego, pero fuiste tú quien lo tejió.

Taran puso cara cíe perplejidad y contempló con más atención el tapiz, y vio que estaba lleno de imágenes de hombres y mujeres, guerreros y batallas, pájaros y animales.

-Esto... -murmuró con voz asombrada-. Todo esto es mi vida.

-Por supuesto -replicó Orddu-. El dibujo es el escogido por ti y siempre lo fue.

-¿El escogido por mí? -replicó Taran-, ¿No lo escogisteis vosotras? Pero yo creía que... -Se calló y alzó la mirada hacia Orddu-. Sí, hubo un tiempo en el que creí que el mundo seguía el camino que vosotras le marcabais, pero ahora veo que no es así. Las hebras de la vida no son urdidas por tres arpías, y ni siquiera por tres hermosas doncellas... Cierto, el dibujo es el que yo escogí. Pero aquí... -añadió frunciendo el ceño mientras examinaba el extremo del tapiz en el que la urdimbre desaparecía y las hebras quedaban sueltas-. Esta parte no está terminada.

-Naturalmente -dijo Orddu-. Aún has de escoger el dibujo, y lo mismo tendréis que hacer todos y cada uno de vosotros, pobres y perplejos pajarillos..., por lo menos mientras aún quede hilo con el que tejer.

-¡Pero ya no soy capaz de verlo con claridad! -exclamó Taran-. Ya no entiendo a mi propio corazón... ¿Por qué mi alegría está ensombrecida por la pena? Contestad al menos a esa pregunta... Reveládmelo, y que sea la última merced que me hacéis.

-Querido polluelo -dijo Orddu sonriendo con tristeza-, ¿de verdad crees que alguna vez te hemos dado algo?

Y las tres figuras desaparecieron.

# 21 - Despedidas

Taran pasó el resto de la noche inmóvil delante de la ventana. El tapiz inacabado yacía a sus pies. Al amanecer muchos más habitantes de los Commots y nobles de los cantrevs se presentaron para invadir los campos y las laderas que se alzaban alrededor de Caer Dallben, pues se había sabido que los Hijos de Don se marchaban de Prydain, y

que con ellos se irían también las Hijas de Don que habían venido desde las fortalezas del este. Taran acabó dando la espalda a la ventana y fue a la habitación de Dallben.

Los compañeros ya estaban reunidos allí, incluso Doli, quien se había negado categóricamente a emprender el viaje hacia el reino del Pueblo Rubio sin despedirse antes por última vez de todos y cada uno de sus amigos. Kaw, silencioso por una vez, estaba posado sobre el hombro del enano. Glew parecía nervioso y complacido ante la perspectiva de partir. Taliesin y Gwydion estaban al lado de Dallben, quien se había puesto una gruesa capa de viaje y se apoyaba en un báculo de madera de fresno. El encantador sujetaba El Libro de los Tres debajo de un brazo.

-¡Deprisa, bondadoso amo! -gritó Gurgi, y Llyan meneó impacientemente el rabo al lado de Fflewddur-. ¡Todos están preparados para los flotamientos y embaucamientos!

Los ojos de Taran recorrieron los rostros de los compañeros y se posaron en Eilonwy, que le observaba en silencio, y después en los curtidos rasgos de Gwydion y en los de Dallben, arrugados por la sabiduría. Nunca había amado a ninguno de ellos más que en aquellos momentos. Taran no habló hasta que estuvo delante del anciano encantador.

-Jamás podré aspirar a un honor más grande que el que me ofrecéis ahora -dijo Taran. Las palabras salieron de sus labios muy despacio y como de mala gana, pero se obligó a seguir hablando-. Anoche mi corazón estaba inquieto. Soñé que Orddu..., no, no era un sueño. Estuvo aquí, y he comprendido que no puedo aceptar lo que me ofrecéis.

Los chillidos de Gurgi se interrumpieron de golpe, y la criatura se volvió hacia Taran abriendo los ojos como platos y contemplándole con cara de incredulidad.

Los compañeros dieron un paso hacia él.

-Taran de Caer Dallben, ¿tienes idea de lo que estás diciendo? -gritó Eilonwy-. ¿Es que la llama de Dyrnwyn te ha consumido los sesos? -Pero de repente fue como si la voz se le atascara en la garganta, y la princesa se mordió los labios y se apresuró a darle la espalda-. Ya lo entiendo... íbamos a casarnos cuando llegáramos a la Tierra del Verano. ¿Acaso sigues dudando de lo que hay en mi corazón? Mi corazón no ha cambiado. Es el tuyo el que ha cambiado en lo que sentía hacia mí.

Taran no se atrevía a mirar a Eilonwy, pues el dolor y la pena que sentía eran demasiado agudos.

-Te equivocas, princesa de Llyr -murmuró-. Te amo desde hace mucho tiempo, y te amé incluso antes de saber que lo hacía. Separarme de mis compañeros me desgarra el corazón, pero separarme de ti me resulta doblemente doloroso... Y sin embargo, que así sea. No puedo hacer otra cosa.

-Piénsalo bien, Ayudante de Porquerizo -dijo secamente Dallben-. Una vez hayas elegido no podrás volverte atrás. ¿Prefieres tener por morada al dolor y la pena en vez de a la felicidad? ¿Vas a rechazar no sólo el amor y la alegría, sino también a la vida que no termina nunca?

Taran tardó bastante en responder. Cuando por fin lo hizo su voz estaba impregnada de pena, pero las palabras sonaron límpidas y fueron pronunciadas sin ninguna vacilación.

-Hay quienes merecen ese don mucho más que yo, y sin embargo quizá nunca les sea ofrecido. Mi vida está atada a las suyas. El huerto y los frutales de Coll, Hijo de Collfrewr, están esperando una mano que les dé vida y haga que dejen de estar vacíos. Mi habilidad es inferior a la suya, pero la ofrezco de buena gana en su nombre.

»El dique de Dinas Rhydnant no está terminado -siguió diciendo Taran-. Juré ante el túmulo funerario del rey de Mona que no dejaría inacabada esa empresa.

Taran sacó el trocito de barro cocido de su jubón.

-¿He de olvidarme de Annlaw, el Moldeador de la Arcilla, y del Commot Merin y de otros como él? No puedo devolver la vida a Llonio, Hijo de Llonwen, y a los valientes que me siguieron para no volver a ver nunca sus hogares; y tampoco puedo curar las heridas de los corazones de las viudas y los niños que se han quedado huérfanos. Pero si está en mi poder reconstruir aunque sólo sea un poco de todo lo que ha sido destrozado..., entonces he de hacerlo.

»Hubo un tiempo en el que los Eriales Rojos eran un lugar fértil y rico. Con esfuerzo quizá vuelvan a serlo. -Se volvió y miró a Taliesin-. Los orgullosos salones de Caer Dathyl yacen en ruinas, y con ellos la Sala del Saber y toda la sabiduría que ha sido atesorada por los bardos. ¿Acaso no habéis dicho que la vida de la memoria es más larga que la de cuanto recuerda? Pero ¿qué ocurriría si se perdiese la memoria? Si encuentro a quienes estén dispuestos a ayudarme, levantaremos las piedras caídas y recuperaremos el tesoro de la memoria.

-¡Gurgi ayudará! ¡Él no viajará, no, no! -gimoteó Gurgi-. Él se queda siempre. ¡No quiere ningún regalo que le aparte del bondadoso amo!

Taran puso una mano sobre el brazo de la criatura.

-Debes viajar con los demás. ¿Me llamas amo? Entonces obedéceme en una última orden. Encuentra la sabiduría que tanto anhelas. Te está esperando en la Tierra del Verano. En cuanto a mí, no sé qué es lo que puedo encontrar, pero he de buscarlo aquí.

Eilonwy inclinó la cabeza.

-Has hecho la elección que debías, Taran de Caer Dallben.

-No lo negaré, pero antes debo hacerte una advertencia -dijo Dallben mirando a Taran-. Las labores que te has impuesto son cruelmente difíciles. No existe ninguna certeza de que puedas llevar a término ni tan siquiera una, y sí grandes riesgos de que fracases en todas ellas. En cualquiera de los dos casos es muy posible que tus esfuerzos no sean recompensados, que nadie componga canciones alabándolos y que acaben siendo olvidados. Y al final deberás enfrentarte a tu muerte, como todos los mortales; y quizá ni tan siquiera tengas un túmulo funerario que indique el lugar en el que reposas.

Taran asintió.

-Que así sea -dijo-. Hace mucho tiempo anhelé ser un héroe sin saber muy bien qué era un héroe. Ahora quizá lo comprendo un poco mejor. Un cultivador de repollos o un moldeador de la arcilla, un granjero de los Commots o un rey..., cada hombre es un héroe si lucha por el bien de los demás en vez de mirar sólo por el suyo propio. Hace tiempo me dijisteis que el buscar tiene más importancia que el encontrar -añadió-, y el esfuerzo también tiene que importar más que lo que se obtenga con él.

»Hubo un tiempo en el que esperaba tener un destino glorioso -siguió diciendo Taran, y el recordarlo le hizo sonreír-. Ese sueño se ha desvanecido junto con mi infancia; y aunque era un sueño agradable sólo resultaba adecuado para un niño. Me conformo con ser un Ayudante de Porquerizo, y me basta con eso.

-Ni tan siquiera esa satisfacción será tuya -dijo Dallben-. Ya no eres Ayudante de Porquerizo, sino Gran Rey de Prydain.

Taran contuvo el aliento y contempló al encantador con cara de incredulidad.

-Os burláis -murmuró-. ¿Acaso había tanto orgullo en mis palabras que ahora os mofáis de mí llamándome rey?

-Tu valía quedó demostrada cuando sacaste a Dyrnwyn de su vaina -dijo Dallben-, y tu capacidad para reinar quedó igualmente probada cuando decidiste permanecer aquí. Lo que te ofrezco ahora no es un don, sino una carga mucho más pesada que cualquiera de las que has soportado antes.

-¿Entonces por qué he de cargar con ella? -gritó Taran-. Soy un Ayudante de Porquerizo y siempre lo he sido.

-Estaba escrito en El Libro de los Tres -replicó Dallben, y alzó la mano pidiendo silencio antes de que Taran pudiese volver a hablar-. No me había atrevido a revelártelo, pues darte ese conocimiento habría impedido que la profecía se cumpliera. Hasta este mismo instante no estaba seguro de que fueses el elegido para gobernar y, de hecho, ayer temía que no lo fueras.

-¿Por qué? -preguntó Taran-. ¿Acaso El Libro de los Tres podía engañaros?

-No, no podía hacerlo -dijo Dallben-. El libro es llamado así porque describe los tres fragmentos de nuestras vidas, el pasado, el presente y el futuro, pero también podría llamársele un libro del «si». Si no hubieras conseguido llevar a término tus empresas; si hubieras seguido uno de los caminos del mal; si te hubieran matado; si no hubieras escogido tal como lo hiciste..., un millar de «sis», muchacho, y muchas veces un millar de ellos. El Libro de los Tres no puede hacer otra cosa que ir repitiendo «si» hasta el final, ese momento en el que de todas las cosas que podrían haber sido sólo una se convierte en lo que realmente es; pues lo que da forma al destino de un hombre son sus acciones, y no las palabras de una profecía.

-Ahora comprendo por qué mantuvisteis en secreto mi linaje -dijo Taran-. Pero ¿es qué nunca podré saber de quién desciendo?

-No te lo mantuve en secreto únicamente porque así lo deseara -replicó Dallben-, y tampoco voy a seguir haciéndolo. Hace mucho tiempo, cuando El Libro cíe los Tres llegó por primera vez a mis manos, sus páginas me revelaron que cuando los Hijos de Don se marcharan de Prydain el Gran Rey sería aquel que matara a una serpiente, que encontrara y perdiese una espada llameante y que escogiera un reino de penas prefiriéndolo a un reino de felicidad. Esas profecías resultaban oscuras incluso para mí; y la más oscura de todas era la profecía de que quien gobernaría Prydain no tendría ningún puesto en la cadena cíe la vida.

«Medité mucho tiempo sobre todas esas cosas -siguió diciendo Dallben-, hasta que acabé marchándome de Caer Dallben para buscar a ese rey futuro y apresurar su venida. Busqué durante muchos años, pero tanto si eran pastores como si eran líderes de guerreros, señores cíe los cantrevs o granjeros cíe los Commots, todos aquellos a los que interrogué sabían qué puesto ocupaban en la cadena de la vida.

»Las estaciones se fueron sucediendo; los reyes subieron al trono y lo dejaron vacío, las guerras se convirtieron en paz y la paz en guerras. Hubo un momento, hace de ello tantos años como tienes tú ahora, en el que una guerra salvaje devastó Prydain hasta el extremo de hacerme desesperar de que mi empresa pudiera llegar a verse coronada por el éxito, y encaminé nuevamente mis pasos hacia Caer Dallben. Ese día el azar quiso que pasara junto a un campo en el que se había librado una batalla. Había muchos muertos, tanto nobles como gente de humilde cuna; y ni tan siquiera las mujeres y los niños habían sido perdonados.

»Oí un grito que venía del bosque cercano. Había un bebé escondido entre los árboles, como si su madre hubiese querido mantenerle a salvo en el último instante. Los paños en los que iba envuelto no me dieron ninguna pista sobre su linaje, y lo único de lo que podía estar seguro era que tanto su padre como su madre yacían en aquel campo lleno de cadáveres.

«Acababa de encontrar a alguien que no ocupaba ningún puesto en la cadena de la vida, un bebé desconocido de linaje igualmente desconocido... Volví a Caer Dallben con el bebé, y le llamé Taran.

»No podría haberte hablado de tu linaje ni aunque hubiese querido hacerlo -siguió diciendo Dallben-, pues sabía tan poco sobre él como tú. Sólo compartí mi esperanza secreta con dos personas: el señor Gwydion y Coll. Nuestras esperanzas fueron creciendo a medida que tú crecías y te convertías en hombre, aunque nunca pudimos estar seguros de que fueras el niño nacido para ser Gran Rey.

«Hasta este momento, muchacho, siempre has sido un gran "quizá" -elijo Dallben.

-Lo que estaba escrito ha acabado ocurriendo -dijo Gwydion-, y ahora debemos despedirnos.

La habitación quedó sumida en el silencio. Llyan percibió la preocupación del bardo, y le rozó afectuosamente con el hocico. Los compañeros no se movieron. De repente Glew dio un paso hacia adelante y fue el primero en hablar.

-He llevado esto conmigo desde que fui tan desconsideradamente sacado de Mona - dijo, y sacó de su jubón un cristalito azul que puso en la palma de la mano de Taran-. Me recordaba mi caverna y los días maravillosos en que era un gigante, pero aunque no sé por qué ahora ya no quiero acordarme de todo eso. Como no lo quiero... Bueno, acéptalo como un pequeño recuerdo mío.

-Vaya, no se puede decir que tenga el espíritu más generoso de todo Prydain - murmuró Fflewddur-, pero no me cabe duda de que es la primera vez que da algo a alguien. ¡Gran Belin, juro que el hombrecillo ha crecido un poquito más!

Dolí descolgó de su cinto el hacha maravillosamente forjada y trabajada.

-La necesitarás -le dijo a Taran-, y te será útil en muchas tareas. El Pueblo Rubio sabe hacer bien las cosas, muchacho, y te costará mucho embotar su filo.

-Nunca podrá serme más útil que su propietario -replicó Taran estrechando la mano del enano-, y su metal no puede ser tan puro como tu corazón. Mi buen Doli...

-¡Hum! -resopló furiosamente el enano-. ¡Mi buen Doli, mi buen Doli...! Creo que ya he oído decir eso antes.

Kaw, que seguía posado en el hombro de Doli, subió y bajó la cabeza mientras Taran deslizaba cariñosamente un dedo sobre las lustrosas plumas negras.

-Adiós -graznó Kaw-. ¡Taran! ¡Adiós!

-Adiós a ti también -respondió Taran sonriendo-. Es cierto que acabé perdiendo la esperanza de llegar a enseñarte buenos modales, pero también es cierto que tu falta de ellos me ha hecho sonreír en muchas ocasiones. Eres un bribón y un descarado, y un águila entre los cuervos.

Llyan se había acercado para frotar afectuosamente el brazo de Taran con su cabezota, y lo hizo con tanto vigor que la enorme gata estuvo a punto de derribarle al suelo.

-Haz compañía a mi amigo -dijo Taran acariciándole las orejas-. Anímale con tus ronroneos cuando esté triste, como me gustaría que pudieras hacer conmigo. No te alejes mucho de él, pues la soledad no es desconocida ni tan siquiera para un bardo tan osado como Fflewddur Fflam.

Fflewddur fue hacia él sosteniendo en la palma de su mano la cuerda del arpa que había sacado de la hoguera. El calor de las llamas había hecho que la cuerda se torciese y se enroscara sobre sí misma adoptando una forma muy curiosa que parecía no tener comienzo ni final, y que cambiaba continuamente bajo los ojos de Taran como una melodía que pasa a convertirse en otra.

-Me temo que es todo lo que queda del viejo cacharro -dijo Fflewddur ofreciendo la cuerda a Taran-. Si he de ser sincero no me importa que haya ardido. Siempre sonaba de manera discordante, me destrozaba todas las melodías y... -Se calló de repente, lanzó una nerviosa mirada por encima de su hombro y carraspeó para aclararse la garganta-. Ah... Lo que quiero decir es que echaré de menos a esas cuerdas que no paraban de romperse.

-No más de lo que yo las echaré de menos -dijo Taran-. Acordaos de mí, y hacedlo con tanto cariño como yo me acordaré de vosotros.

-¡No temas! -exclamó el bardo-. Aún hay canciones que cantar e historias que narrar. ¡Un Fflam nunca olvida!

-¡Ay, ay! -gimió Gurgi-. El pobre Gurgi no tiene nada que dar a su bondadoso amo para los recuerdos cariñosos. ¡Miseria y calamidad! ¡Hasta la bolsa del mascar y el tragar está vacía!

Pero de repente la lacrimosa criatura dio una palmada.

-¡Sí, sí! El desmemoriado Gurgi tiene algo que dar. Aquí, aquí está... El osado Gurgi lo sacó de la sala de tesoros en llamas del malvado Señor de la Muerte, y se lo llevó firmemente agarrado y sujetado. ¡Pero su pobre y tierna cabeza estaba tan mareada por los sustos y los espantos que se le había olvidado!

Y Gurgi sacó de su bolsa de cuero un cofrecillo lleno de abolladuras y arañazos y ennegrecido por las llamas hecho de un metal desconocido y se lo ofreció a Taran, quien lo cogió y lo examinó con curiosidad durante unos momentos para acabar rompiendo el grueso sello que lo mantenía cerrado.

El cofre sólo contenía unos cuantos pergaminos muy delgados llenos de apretadas líneas de escritura. Taran fue abriendo los ojos más y más a medida que su mirada recorría los caracteres, y se volvió rápidamente hacia Gurgi.

-¿Sabes qué es lo que has encontrado? -murmuró-. Aquí están los secretos de la forja y el temple de los metales, del modelado y la cocción de la arcilla, del plantar y el cultivar... Esto es lo que Arawn robó hace mucho tiempo y mantuvo oculto de la raza de los hombres. Este conocimiento es en sí mismo un tesoro que no tiene precio.

-Quizá sea el más preciado de todos los tesoros -dijo Gwydion, quien se había aproximado para contemplar el pergamino que Taran sostenía en sus manos-. Las llamas de Annuvin destruyeron las herramientas encantadas que trabajaban por sí solas y que habrían dado como resultado el ocio y la despreocupación. Estos tesoros son mucho más valiosos, pues el usarlos exige la habilidad y la fuerza tanto de la mano como de la mente.

Fflewddur dejó escapar un silbido.

-Quien posea estos secretos es el auténtico dueño y señor de Prydain. Taran, viejo amigo, incluso el señor de cantrev más orgulloso se pondrá a tus órdenes y se arrastrará ante ti suplicando que le mires con buenos ojos...

-¡Y Gurgi los ha encontrado! -gritó Gurgi dando saltos en el aire y girando locamente sobre sí mismo-. ¡Sí, oh, sí! ¡El astuto, osado, valeroso y fiel Gurgi siempre encuentra cosas! ¡En una ocasión encontró a una cerdita perdida, y en otra encontró a un caldero negro y malvado! ¡Ahora encuentra poderosos secretos para el bondadoso amo!

La nerviosa alegría de Gurgi hizo sonreír a Taran.

-Cierto, has encontrado muchos secretos de gran poder; pero no puedo reservármelos para mí solo. Los compartiré con todos los que viven en Prydain, pues pertenecen a todos ellos por derecho propio.

-Entonces comparte esto también -dijo Dallben, quien había estado escuchando sus palabras con gran atención.

El anciano encantador le alargó el pesado volumen encuadernado en cuero que había estado sosteniendo debajo de su brazo.

-¿El Libro de los Tres? -dijo Taran contemplando al encantador con una expresión entre sorprendida e interrogativa-. No me atrevo a...

-Tómalo, muchacho -dijo Dallben-. No te dejará los dedos llenos de ampollas, como le ocurrió en una ocasión a un Ayudante de Porquerizo demasiado curioso. Todas sus páginas están abiertas para ti. El Libro de los Tres ya no predice lo que ha de ocurrir, sino sólo lo que ha pasado; pero ahora las palabras de su última página ya pueden quedar inscritas en él.

El encantador cogió una pluma de ave de la mesa, abrió el libro y escribió en él con mano firme y segura:

Y así fue como un Ayudante de Porquerizo se convirtió en Gran Rey de Prydain.

-Esto también es un tesoro -dijo Gwydion-. Ahora El Libro de los Tres es tanto historia como herencia. En cuanto a mi regalo, no puedo ofrecerte nada de mayor valor, y tampoco puedo ofrecerte una corona, pues un auténtico rey lleva su corona en el corazón. -El guerrero estrechó la mano de Taran-. Adiós. No volveremos a vernos.

-Entonces aceptad que os entregue la espada Dyrnwyn para que os acordéis de mí - dijo Taran.

-Dyrnwyn es tuya -dijo Gwydion-, como tenía que ser.

-Pero Arawn ha muerto -replicó Taran-. El mal ha sido vencido y la hoja ya ha hecho su trabajo.

-¿El mal vencido? -dijo Gwydion-. Has aprendido mucho, pero aprende ahora la última y más dolorosa de todas las lecciones. Sólo has logrado vencer a los encantamientos del mal. Ésa fue la más sencilla de tus tareas, y sólo es un comienzo, no un final. ¿Acaso crees que el mal propiamente dicho resulta tan fácil de vencer? No será así mientras los hombres sigan odiándose y matándose los unos a los otros cuando la codicia y la ira les impulsan a hacerlo. Ni tan siquiera una espada llameante puede enfrentarse a ellas y salir vencedora, y sólo esa parte del bien que se oculta en los corazones de todos los hombres y cuya llama jamás puede ser extinguida logrará salir triunfante en esa batalla.

Eilonwy, que había permanecido en silencio hasta entonces, fue hacia Taran. Los ojos de la muchacha no se apartaron ni un instante de los suyos mientras le alargaba la esfera dorada.

-Toma esto -dijo en voz baja-, aunque su resplandor no es tan brillante como el del amor que podríamos haber compartido. Adiós, Taran de Caer Dallben. Acuérdate de mí.

Eilonwy se disponía a darle la espalda, pero de repente un destello de furia iluminó sus ojos azules y golpeó ruidosamente el suelo con un pie.

-¡No es justo! -gritó-. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una familia de encantadoras, y no pedí tener poderes mágicos. ¡Eso es peor que el que te obliguen a llevar un par de zapatos que te vienen pequeños! ¡No veo por qué he de quedarme con ellos!

-Princesa de Llyr, he estado esperando oírte pronunciar esas palabras -dijo Dallben-. ¿Realmente deseas renunciar a tu herencia de encantadora? -¡Pues claro que sí! -exclamó Eilonwy-. ¡Si los encantamientos son lo que nos separa, entonces prefiero verme libre de ellos!

-Es algo que está en tu poder -dijo Dallben-, a tu alcance y, de hecho, en ese dedo. El anillo que llevas..., el regalo que el señor Gwydion te hizo hace tanto tiempo..., el anillo te concederá ese deseo.

-¿Qué? -estalló Eilonwy, tan sorprendida como indignada-, ¿Eso quiere decir que podría haber utilizado ese anillo en cualquier momento de todos los años que lo he llevado en el dedo para que me concediera un deseo? ¡Nadie me lo dijo! Eso es peor que una injusticia... ¡Vaya, pero si me habría bastado con desear la destrucción del Caldero Negro, o que Dyrnwyn fuese recuperada! O podría haber deseado que Arawn fuese vencido... ¡Sin el más mínimo peligro! ¡Y nunca lo supe!

-Niña, niña... -dijo Dallben-. Tu anillo puede concederte un deseo y sólo uno, pero el mal no puede ser vencido mediante los deseos. El anillo te servirá sólo a ti, y sólo puede concederte aquel deseo que más anhele ver realizado tu corazón. No te lo dije antes porque no estaba muy seguro de que supieras qué era lo que anhelabas.

»Haz girar el anillo en tu dedo -siguió diciendo Dallben-, y desea con todas tus fuerzas y de todo corazón que tus poderes mágicos se esfumen.

Eilonwy cerró los ojos, dubitativa y casi temerosa, e hizo lo que le ordenaba el encantador. El anillo emitió una claridad cegadora que se desvaneció enseguida. La muchacha dejó escapar un agudo grito de dolor, y la luz del juguete dorado que Taran sostenía en la palma de su mano se extinguió.

-Está hecho -murmuró Dallben.

Eilonwy parpadeó y miró a su alrededor.

-No me siento ni pizca distinta -observó-. ¿Es cierto que mis encantamientos se han esfumado?

Dallben asintió.

-Sí -dijo con dulzura-, pero siempre conservarás el misterio y la magia que son propiedad común de todas las mujeres. Y me temo que Taran, como todos los hombres, quedará perplejo y asombrado ante ella en muchas ocasiones..., pero así son las cosas. Ahora cogeros de la mano y pronunciad los votos que os atarán el uno al otro.

Cuando lo hubieron hecho los compañeros se apelotonaron alrededor de la pareja que acababa de unirse en matrimonio para desearle felicidad. Después Gwydion y Taliesin salieron de la casita, y Dallben cogió su báculo de madera de fresno.

-No podemos perder más tiempo -dijo el encantador-, y aquí es donde nuestros caminos deben separarse.

-Pero ¿y Hen Wen? -preguntó Taran-. ¿No la veré una última vez?

-La verás tan a menudo como quieras -respondió Dallben-. Era libre de irse o quedarse, y sé que escogerá permanecer a tu lado; pero antes te sugiero que permitas que esos visitantes que andan de un lado a otro pisoteando los campos vean que Prydain tiene un nuevo Gran Rey y una Reina. Gwydion ya habrá anunciado la buena nueva, y tus súbditos arderán en deseos de aclamarte.

Taran y Eilonwy salieron de la habitación con los compañeros siguiéndoles, pero cuando llegaron a la puerta de la casita Taran se detuvo y se volvió hacia Dallben.

-Pero alguien como yo... ¿Realmente será capaz de gobernar un reino? Recuerdo que en una ocasión me lancé de cabeza sobre un zarzal, y me temo que reinar no va a ser muy distinto a eso.

-Es muy probable que resulte todavía más irritante -intervino Eilonwy-, pero si tienes cualquier clase de dificultades para mí será un placer darte consejos. En estos momentos sólo hay una pregunta a la que responder, ¿Vas a cruzar este umbral o no?

Entre la multitud que se había congregado delante de la casita Taran divisó a Hevydd, Llassar, la gente de los Commots, Gast y Goryon codo a codo junto al granjero Aeddan, y al rey Smoit alzándose sobre ellos con su barba tan roja como las llamas de una hoguera; pero muchos eran los rostros muy amados que sólo podía ver claramente con su corazón. Un repentino estallido de vítores le saludó mientras estrechaba la mano de Eilonwy entre sus dedos y salía por la puerta de la casita.

Y así vivieron muchos años felices, y las tareas prometidas fueron llevadas a su término; pero mucho tiempo después, cuando todo se había alejado hasta perderse en la distancia del recuerdo, hubo muchos que se preguntaron si el rey Taran, la reina Eilonwy y sus compañeros habían caminado realmente sobre la tierra o si no habían sido más que sueños en una historia urdida para fascinar y entretener a los niños y, con el tiempo, sólo los bardos supieron la verdad de lo ocurrido.

# FIN

Librodot